

**LA ILUSTRACIÓN**  
Centro general de suscripciones  
**TALLER DE**  
**ENCUADERNACIONES**  
Paraiso, 9, Córdoba



5

50-94

LA MUJER.

CONSIDERACIONES MORALES.





196

26 Dec.

E

XIX

180

Propiedad Intelectual - 12<sup>a</sup> -

FILOSOFIA SOCIAL.

# LA MUJER.

## CONSIDERACIONES MORALES

POR

JOSÉ ESCALAMBRE Y NEYRA

CON UNA CARTA PRÓLOGO DE

DON FRANCISCO DE BORJA PAVÓN.



*José Escalambre*

CÓRDOBA.  
Imprenta LA ACTIVIDAD, Liceo, 41.

1885.

R-4963

---

Es propiedad del autor.

---

## Recuerdo.

Madre mía: tú que desde el Cielo has presenciado las amarguras de mi vida, que debes conocer el rigor de sus disposiciones, y que puedes acreditar mi fidelidad á tus consejos; si bendices y pides á Dios que estas páginas sirvan para la utilidad de ciertas lectoras, coronarás con imperecedero galardón las intenciones de

TU HIJO.



## CARTA PRÓLOGO.

Sr. D. José Escalambre.

Insiste V., mi querido amigo, con un empeño que me honra y apura juntamente, en que mi oscura firma salga á luz asociada al fruto de las meditaciones y pensamientos que han producido su estimable libro acerca de la mujer. Ni como crítico ni como encomiasta, en verdad, podria yo añadir un solo quilate al valor de su produccion literaria, y al merecimiento que haya V. logrado contraer con un nuevo estudio, desde el punto de vista en que le colocan á V. su inteligencia y sensibilidad, acerca de un objeto interesantísimo que ha ejercitado en todas épocas, y muy especialmente en la nuestra, la pluma y el ingenio de tantos escritores eminentes.

Aceptando el padrinazgo á que V. galantemente me invita, comienzo por felicitarle por

la constancia y fortuna con que ha realizado su designio, y por buscar así el solaz de las letras, como desahogo y compensacion al afan de sus ocupaciones y cálculos mercantiles, y respondiendo á la cultura de su educacion y á nobilísimas aficiones.

Que la mujer haya sido el fin predilecto del estudio emprendido por V., con tal teson, no es de estrañar si se considera que en todos tiempos, paises y condiciones, la mujer, compartícipe de la soberania dada al hombre como Rey de la creacion, fué elemento esencialísimo en las vicisitudes de su existencia, en sus placeres y amarguras, y en las alternativas de sus inquietudes y su bienestar. ¿Quién, en el mundo, podrá eximirse de esta ley de su condicion ni dejará de atribuir á la mujer, ó dígase á alguna ó algunas mujeres, una grande ó pequeña parte de sus infortunios; otra, menos veces, de sus prosperidades y satisfacciones; y casi siempre marcadísimo influjo en el proceso de su vida, y en los sucesos que llegan á determinar su personal significacion y su social valimiento?

Ni aun algunos de los bienaventurados que en los altares veneramos, como San Agustin y San Francisco de Borja, dejaron de deberles, en gran parte, el triunfo tras de la lucha mundanal; alguna aptitud para recibir la corona de la gracia; y en pos del desengaño, la conversion gloriosa.

Y en cuanto al vulgo y mayoría de los profanos, raro será quien mentalmente, y alguna vez por lo menos, no les haya dicho lo que un escritor insigne, gloria no muy remota de nuestro país y nuestros días:

“Vosotras sois nuestras flores,  
nuestro imán, nuestro reposo.,”

Ha merecido, por tanto, la mujer elogios y diatribas, investigaciones profundas de su espíritu y carácter, y apasionados juicios que la deprimen ó la ensalzan. Fisiólogos, novelistas, anatómicos del alma se han aplicado á inquirir la misteriosa esencia, el conjunto y contraste de calidades y defectos, de virtud y vicio, de nobles y elevados trasportes y de móviles mezquinos que se observan en el fondo moral de la mujer. Quién, como el insigne Fray Luis de Leon, se propuso doctrinarla, estribando en los principios sólidos de caridad y abnegacion, para el estado más importante de la vida. Quién prevenido á su favor, declinó á su alabanza y al elogio de sus méritos, como los franceses Thomas y Legouvé.

Nuestros poetas Quevedo, Tirso de Molina, Lope y Calderon; y de los modernos, Breton de los Herreros y Espronceda, parecen diferir al trazar la fisonomía de la mujer, objeto de sus cantares, ó figura principal de sus cuadros dramáticos, usando cada cual de peculiares rasgos y colores. Y hasta escritores distinguidos, hoy

florecientes en nuestro país, á quienes consagramos especial afecto y admiracion, como son los autores de *Pepita Jimenez* y de *La pródiga*, Alarcon y Valera, nos ofrecen tipos preciosos para el estudio y conocimiento de este ser enigmático, indescifrable, atractivo y temible que llamamos la mujer. En su mismo sexo, escritoras insignes, como Santa Teresa, Mad. Stael, J. Sand y Ninon de Leuclos, ya con su misticismo sublime, ya con su escéptica y sensual condicion, han dejado en los trazos de su pluma datos muy preciosos para adelantar en la exploracion de este laberinto fisiológico, cuyas oscuras revueltas se enlazan á un centro de ternura y de amor. Y con todo, queda siempre indescifrable el misterio, irresoluble el problema, y oscuro el cálculo que sobre el bien y el mal que de la mujer derivan, puede alumbrar las nieblas de nuestro entendimiento. Aun hay quien siga definiendo á las mujeres, *séres dulces, crueles, graciosos, interesantes, irresponsables, absurdos* en el *raciocinio* y *sublimes* en el *sentimiento*; sin cuyos seres, suponiendo que desapareciesen de la sociedad, no podemos concebirla.

Usted sabe que las circunstancias de mi situacion actual, y las extraordinarias que hondamente nos preocupan, no son las más apropiado para seguirle yo en sus meditaciones y procurar identificarme con su pensamiento, ya para corroborarlo ó combatirlo, ó ya para girar en torno de él con notas y comentarios.

Ni tal podría ser nunca mi propósito.

Debo decir á V. únicamente algo de lo que me sujere la rápida lectura ó audicion de los capítulos de su libro que conozco.

Nació desde luego en mí, como en otros sujetos sabedores de que se ocupaba V. en tal estudio, la curiosidad de inquirir, qué razon ó impulso, quizás personal y propio, indújole á V. tan decididamente á añadir un libro más y nuevas sentencias, observaciones y consejos, á lo mucho de ello que se encuentra en filósofos y novelistas, sentimentales ó escépticos, como Rousseau, Balzac, Michelet y otros, á propósito de la mujer.

No es muy antiguo el precioso libro de Don Severo Catalina, escritor, á la vez, ligero y profundo, agudo y donairoso, punzante y regocijado, que dejó fruto tan esquisito y delicioso de su ingenio y saber, de sus sanas miras y de su decoroso procedimiento. Siguióle, no muy posteriormente, con otro libro del mismo título y materia, el jóven militar D. Ildefonso Llanos; quien ameno y novelesco, sinó tan filósofo y científico, no cede al anterior en afluencia y jugueteo, en el exámen minucioso, y en propension á la mejora y bienestar de los séres que apasionadamente estudia.

Paréceme no equivocarme, al juzgar á usted subyugado por el mérito de la obra de Catalina, quien recto é indulgente, contrapone y

atenúa discretísimamente sus juicios, y balancea favores y desfavores, á punto de que en el ánimo del lector queda suspenso el fallo entre los cargos ó acusacion y la defensa.

Pero V., que se sintió tal vez más instruido por esperiencia propia en el asunto, que por juvenil y fantástica intuicion, no pudo proponerse seguir servilmente la huella de estos ú otros escritores; ni cuando hubiese por fuerza de coincidir con ellos en los puntos que tratan, ha dejado de seguir propia y diversa senda, conforme á la diferencia de medios literarios, del carácter, y del punto de vista desde el cual considera el objeto. En cuanto al secreto é interno móvil que tan fuertemente le ha impulsado, no me afano, por mi parte, en inquirirlo. Bástame para esplicarlo, la vehemencia con que suele usted adherirse, á lo que es el blanco de sus aficiones, la firmeza de su voluntad, y cierta conciencia de sus fuerzas, esta vez para acometer empresas literarias, no inaccesibles al hombre de buen discernimiento, inteligencia clara y conveniente educacion; por más que sumido ó envuelto habitualmente en la gestion de negocios, de harto distinta naturaleza, no se le suponga vulgarmente tan idóneo para los recreos literarios y las especulaciones filosóficas.

Con la autoridad, bien que limitada, de amigo de V., no vacilo en abonar su afirmacion de que su esperiencia y madurez le autorizan para

escribir; y aceptando su razon de no ser heridas vivas del alma las que le impulsan, habré de confirmarlo con la santidad del propósito que V. confiesa, de *acreditar á todas sus simpatias*: benevolencia que por su universalidad, le haria acreedor á la aplicacion de cierto cantarillo de zarzuela, si ya no considerase yo que esa madurez, cuya idea tampoco quiere V. perder de vista, le pone fuera del alcance de los tiros de la malicia; puesto que es su empeño moralizar á la mujer y procurar su ventura, más bien que señalar flaquezas y ardidés, para esa eterna y más que civil guerra sexual, en cuyo arte tantos se dan por, ó presumen de doctores: aun cuando ya dos mil años hace, excepcionalmente, costasen al oficioso Ovidio los horrores del Ponto, sus enseñanzas corruptoras.

No puede esto decirse, mi buen amigo, del libro de V., cuyo designio, algo docente contra las tendencias en cierto género de la moderna preceptiva, y á costa de la festiva ligera, que ha contribuido al éxito de otros libros tales, en tono grave y sério como cumple al carácter de V., lleva en cambio impreso hondamente el sello de sus convicciones firmes y de su genial energía.

Los epígrafes mismos de los asuntos que en la obra se tratan, pregonan ese fin moralizador, y el deseo de V. de promover el bienestar de la mujer, ya por nativa inclinacion á procurar su

ventura, ya por adaptarla á los hijos de V. con natural y bondadosa prevision. Pasiones y afectos, virtudes y vicios, calidades y notas características, accidentes de la vida sexual, social y personal, son la materia de los capítulos. No diré yo que la obra corresponda en su ordenado conjunto, método y formas didácticas á ningun género de tratados especiales. Pero, á no dudarlo, V. se ha trazado su plan; y el número de observaciones, principios y máximas que reúne y asienta, descubre los recursos de su reflexion y lectura. Y si es cierto que á veces, sus resultados, convertidos en dogmas y principios aforísticos, ó el presentar en relaciones abstractas de filiacion ó contrariedad, afecciones íntimas, ó efectos de la elevacion ó relajamiento del alma mujerial, exige esfuerzos de atencion en los lectores, para no confundir la esfera y límites de esas entidades, tambien se echa de ver claridad de enlace y no escasa fluidez, en otros capítulos, como los consagrados á la educacion, el matrimonio, el amor y otros que no recuerdo.

Y permítame V., mi buen amigo, que haciendo, ante todo, justicia á la completa buena fé, á la sinceridad de intencion y á la estudiosa laboriosidad de V., ponga aquí término á estas líneas comendaticias, con las que, por fuerza, tengo que defraudar la esperanza de quien pudiera desear para este libro más especiosas con-

sideraciones. Que estas sean un mero y vago encomio, rechazaríalo la sensatez y modestia de V. Que se ofrezcan como análisis de su producción intelectual, mal pudiera realizarlo quien ni se reconoce dotado de las condiciones indispensables para ello, ni aun poseyéndolas, se atrevería á ensayarlo, sin la meditacion, el continuado estudio, la madurez y detenimiento que de suyo demanda tal exámen y que excluye toda premura, y tener libre el espíritu de la obsesion de cuidados, que antójanseles cortos ó fútiles á cuantos no los sobrellevan como propia carga y fatiga.

¿Qué verá V., pues, en estas triviales, cuanto desaliñadas reflexiones? Ruego á V. que á pesar de su desnudez de doctrina y forma, las acepte como leal testimonio de afecto y dócil rendimiento á las indicaciones de la amistad, que son para mí imposiciones inapelables y poderosas; á cuyo arrastre puedo vencer únicamente mi repugnancia á cierto género de exhibicion en que mi engreimiento no me promete prez de ventajas ni de gloria.

Uno y otro galardón, sin embargo, desea para V. sinceramente su antiguo y cariñoso amigo,

F. DE B. PAVON.

Córdoba 14 de Setiembre de 1885.



## INTRODUCCION.

---

### I.

La mujer es uno de los asuntos preferentes de la vida que más preocupan á los hombres, lo mismo si se entregan ciegamente á sus halagadoras ilusiones, que si las temen y huyen de sus desengaños.

Su conocimiento y su influencia es tema de antiguo discutido; pero siempre queda pendiente de solucion porque nuestra cultura imperfecta no alcanza á definirlo, ni puede comprenderlo apesar de las esperiencias que nos facilitan su estudio.

Es para el hombre un problema difícil, planteado desde la creacion, despreciado despues por la barbarie de los tiempos, olvidado siempre que las pasiones oscurecen su estimacion y que concluimos por no poder resolver nunca.

Sus investigaciones ofuscan la razon con argumentos escépticos, si se apoyan en las vulgares definiciones que el amor, el desprecio y la indiferencia esplican.

Su ciencia siempre nueva, siempre combatida por interpretaciones opuestas, no permite fijar una opinion seria, concisa y clara que satisfaga á todos los pensadores.

Por esto parece que esta ciencia carece de principios, y que su estudio no ha de estar sujeto á las reglas de sistema.

Cada cual la considera y la juzga segun las impresiones de su ánimo, segun la índole de sus pasiones ó la influencia de los desengaños.

Para unos la mujer es todo *verdad*.

Para otros la mujer es todo *mentira*.

Unos la definen como *cosa fisica*, y solo la estiman cual obra más ó menos bella de la naturaleza, adecuada á la satisfaccion de nuestros placeres, y sin preocuparse de las condiciones del corazon, ni de la cabeza.

Otros la espiritualizan tanto, que absortos en las ilusiones que deducen de sus encantos fisicos, solo ven en ella la perfeccion de las perfecciones, ultimum de la sabiduría eterna, y se creen autorizados á divinizarla.

Aquellos la ven pequeña bajo el prisma positivista de los sentidos, y como Beaumarchais á lo más le conceden *instinto*.

Depresion demasiado severa que fundándose en la indiferencia, termina en el desprecio.

Estos la suponen tan sublime, que la hacen superior á los espíritus angélicos, y como Beauchene *solo á Dios conceden la facultad de conocerla y definirla*.

Metafísica pura que empieza en el respeto y concluye en la idolatría.

Creo que en ninguna de estas opiniones, que lo mismo abarcan *el todo*, que reducen el sér á *la nada*, debe en absoluto apoyarse el estudio de la mujer; porque sus consecuencias erróneas han de conducirnos á la exageracion apasionada, prestándose á aumentar nuestra confusion y desgracias.

La historia puede oponer siempre á una Eva prevaricadora, una Maria redentora; y contra todas las Lucrecias, Hortensias, Mesalinas y Gleopatras, nunca han faltado otras Susanas castas, otras Magdalenas regeneradas y otras Judits heróicas.

Y de esta diversidad de pareceres esparcidos, con peor

ó mejor intencion, por el vasto campo del raciocinio, la lógica deduce una verdad indiscutible.

Que la mujer valè; que lo que vale se estima; que su estimacion tiene un fin y que ese fin, designado por Dios, debe ser bueno y útil.

Yo añado á esta consecuencia otra más natural y *necesaria*.

De estas ideas deduzco con Lessing que *la mujer es la gran obra del Universo*.

Pero como no todo lo grande es perfecto, la inteligencia del hombre para juzgar imparcialmente á la mujer en su grandeza, y descubrir á la vez sus imperfecciones y sus defectos debe estar libre, y su corazon completamente dormido, haciéndose sordo á los impulsos de los recuerdos, y ciego á las impresiones que la mujer inspire ó á las amarguras que absorban su conocimiento.

Por mi parte, al escribir mis pensamientos acerca de la mujer, y autorizar al público para que los juzgue, tengo el triste convencimiento de haber reunido algunas condiciones con la madurez del tiempo, y con la esperiencia que se adquiere en el viaje de la vida.

Creo ocuparme de ella sin pasion, quizás me engañe; pero comprendo que la mujer vale más de lo que suponemos, no tanto como nos ilusionamos, y que pudiera justificar con méritos propios su exacto valimiento, si al amparo del progreso humano la condujéramos de buena fé al fin directo de su mision.

## II.

Despues de la creacion del cielo y de la tierra, despues de dar Dios la luz á los astros, límite á las aguas, vida á las plantas y ánima á todas las aves, peces y animales que sobre la tierra se mueven, crió al hombre á su imágen y semejanza.

Y vió Dios que todas las cosas criadas eran muy buenas, y dió al hombre posesion y dominio sobre todas ellas.

Y colocó al hombre en el jardin de la inocencia, cuando las flores exhalando sus primitivos perfumes, brindando los árboles las primicias de sus frutos, y las brisas movidas aun por el soplo divino, entonaban el primer cántico de admiracion y gratitud á la sabiduría suprema.

Pero el hombre estaba solo en su especie, es decir, incompleto.

Y dijo Dios: *no es bueno que el hombre esté en el mundo solo, hagámosle ayuda semejante á él.*

Y Dios durmió al hombre á la sombra de aquel paraíso, para extraer durante su letargo hueso de sus huesos y carne de su carne, y formar la primera hembra que *Varona* se llamó.

Esto nos enseñan las Escrituras sagradas, y aquí empieza el primer quebranto que la mujer hace sufrir al hombre; pero en ese mismo quebranto estriba la igualdad de la mujer con el hombre, la obediencia y amor que nos debe, la proteccion de que es acreedora, la vida social de ambos.

*Por ella, dijo Dios, abandonará el hombre á su padre y á su madre y serán dos en una sola carne.*

Disposicion natural y necesaria bajo el punto de vista de la continuacion de la especie; pero creacion á la vez del amor inestinguible que Dios pretendió inculcar á la humanidad.

¿Qué mayor elogio cabe á la mujer, que hacerla Dios, desde su principio, obra predilecta suya, elevándola á la dignidad de compañera del hombre, dotándola de belleza, y recomendándola á este para su amor, su bienestar y su defensa?

Ella resulta el complemento de la creacion; pero no por esto asume en sí el colmo de la perfeccion.

Bien se vé que procede del hombre, que recibe de él su carne y sus huesos, que Dios se esmera en embellecer su última obra, y con su soplo divino la eleva á la dignidad de sér racional; pero sin el complemento de sus facultades.

La hace libre, y, al amparo del hombre, responsable de su libertad: la destina con él á un estado perfectible, pero no la hace perfecta: la cria inocente y racional, pero queda ignorante y apasionada.

¿Qué de extraño tiene, pues, que la mujer con estas débiles condiciones, acosada por la astucia y sagacidad desobedeciese el primer mandato divino, y su curiosidad, ostigada por el orgullo y por la vivacidad de su temperamento, la incitara á conocer la ciencia del bien y del mal?

¿Qué ser inocente é ignorante á la vez resiste á las falsas persuasiones de la malicia disfrazada y de la astucia previsora?

La prevaricacion de la mujer no es un motivo para juzgarla malvada ni perversa; pero sí ignorante y débil.

Ella conduce á nuestros padres, y con ellos arrastra á la humanidad entera, al valle del desengaño, de las desgracias y de las lágrimas; pero sin experimentar la gravedad de la mentira ni la debilidad de la tentacion.

Si aquella funesta é irreparable pérdida es causa de nuestra condicion lamentable, yo la bendigo porque dió nueva luz á la inteligencia del hombre y de la mujer.

La luz de la esperiencia que les hace conocer y llorar la gravedad de su falta, y á través del arrepentimiento comprender sus deberes para amar, temer y respetar con más constancia la grandeza y bondades de su Creador.

¡Feliz desventura, pues, aquella; que á una ligereza de la mujer debe la humanidad la creacion del individuo trabajador, del hombre moral, y del hombre religioso!

Si sobre nosotros ha de pesar la gravedad de los trabajos, ella estará espuesta por su débil naturaleza á más peligros que el hombre, y sufrirá su castigo hasta en las

consecuencias de su amor, dando á luz sus hijos con dolores y lágrimas; pero sabrá amarlos cual ninguna otra criatura.

Ella caminará desde aquel momento al lado del hombre, compartiendo sus fatigas, anhelante siempre por recuperar la felicidad perdida, y mientras no lo consiga, prodigará sus consuelos hasta hacerse con su compañero dignos de la mision predestinada por Dios.

Pero solo con las luces propias, ¿cuán trabajoso no ha de ser á la mujer ni aún seguir al hombre?

¿Cómo ha de conocer su mision, y ha de contribuir con su auxilio á reparar los males que nos ha ocasionado?

Si la grandeza de nuestros pensamientos está en armonía con las fuerzas de la inteligencia, la espresion de sus sentimientos lo está con las bondades del corazon, y el amor que de ellos brota ha de influir, ha de atraer más al hombre que las convicciones del raciocinio.

Los pensamientos del hombre indican, demuestran y convencen: el amor impulsa, atrae y domina: y la influencia no es dudosa mientras esta relacion anómala exista.

No vacilo, pues, en considerar á la mujer elemento influyente de lo que el hombre valga, y declarar que la humanidad llegará á ser lo que la mujer pretenda ó quiera que sea con su atraccion y dominio.

Mision grandiosa si es bien conocida, de la cual nace la necesidad indiscutible de que á la mujer concedamos tanta dignidad como alcanza el progreso humano, y que en las luchas de ese mismo progreso, ella sea la gran palanca moral que nos haga avanzar en nuestros movimientos, y sirva de luz á nuestra civilizacion.

¿Ha sido siempre esta mision conocida y practicada?

¿Lo es hoy que tanto ha adelantado nuestra cultura?

Desgraciadamente, no.

¿Llegará á serlo?

He aquí el problema, que al hombre y á la mujer corresponde resolver juntos.

## III.

Las criaturas racionales revelan la supremacía de su naturaleza sobre la de los demás seres, no solo por la claridad de su inteligencia, sino por la excelencia de su dignidad.

La dignidad de la mujer no estriba en ninguna de sus delicadas condiciones físicas, ni en el realce de sus encantos; procede del alma, parte principal de su sér.

En ella hace su asiento, y, fecundada por los sentimientos morales y divinos, acredita su bondad y mérito con la nobleza de su conducta ó de su carácter.

La mision de la mujer, que no se limita á alumbrar hijos y amamantarlos, como sucede en los irracionales y demás seres del mundo, consiste en acreditar con sus pensamientos y con sus acciones el valor real de su dignidad.

Careciendo de aquella nobleza, condicion indispensable del espíritu inmortal, la mujer no puede conocer su importancia, los deberes que á ella afectan, las ventajas que con ellos adquiere, los peligros que á su perfección se oponen; y no dedicándose al cumplimiento de su mision, se priva ella misma de las bondades de su dignidad.

En este estado de embrion, propio de la ignorancia de las primitivas épocas en que preocupaban poco los estudios interiores, ha vivido la mujer no solo en los pueblos y entre las civilizaciones desconocidas, antes de publicarse la ley bíblica, sino que entre el mismo pueblo de Dios se la consideraba con el menosprecio del sér inferior, que careciendo de derechos y de libertad, solamente deberes tenia que cumplir.

Pero posteriormente viene la Ley civilizadora del cristianismo, y al esparcir su luz vivificante redime al hombre de su condicion antigua, y con él redime á la mujer

elevándola á la vez al mayor grado de dignidad concebible, haciéndole comprender la superioridad de su alma, su estado de esclavitud, la culpabilidad de su prevaricacion, las bondades del porvenir eterno, y distinguiendo á Maria de Nazareth la constituye Madre y Tutora de la humanidad entera, para dar á la mujer participacion importante en la regeneracion social.

Revolucion divina, no humana, que identifica á la mujer en su independencia y nobleza, y la coloca y enseña su verdadera mision, mejor su sacerdocio, confiándole la vida moral de la humanidad.

Desde aquí el hombre podrá apreciar bien su condicion elevada, disfrutará de la libertad redimida, y la familia no vivirá raquítica en el caos de la degradacion intelectual y moral, conociendo precisamente el fin predestinado á su inmortalidad.

La mujer podrá alentar con fé más pura sus esperanzas, de su propio amor brotará la caridad y será el consuelo sublime de la familia.

La mujer será tambien su luz, será su guía, no será ya solo la compañera de los goces del hombre, ni la esclava de sus pasiones y de sus vicios, sinó la fiel amiga que le podrá acompañar en sus delicias más allá de la vida terrenal.

Conocerá sus derechos, dulcificará sus deberes propios y podrá con su amor engrandecer aun su naturaleza misma.

Pero para llegar la mujer á este estado de sublime perfeccion, ¡cuántos obstáculos ha de vencer! ¡Cuántas luchas ha de sostener con el hombre y consigo misma!

¡Cuántas derrotas ha de llorar, ántes de proclamar sus merecidas victorias!

La redencion está hecha, la sociedad debió salir de la corrupcion; pero en el mundo queda el germen inmoral de las pasiones y los apegos materiales que entorpecerán sus progresos.

Queda tambien el soberbio egoismo del hombre, que abusando de su autoridad por el derecho de fuerza, con su prestigio é ignorancia limita los adelantos de la mujer, y contribuye con sus defectos y sus vicios á destruir el elevado pensamiento de la civilizacion.

Queda la índole díscola de la mujer, siempre dominadora del hombre, creyendo que su independencia debe absorber la libertad absoluta del corazon; que las inclinaciones de sus sentimientos, mal dirigidos por su amor y su vanidad, equivalen á la reflexion ilustrada del criterio y á la rectitud de la conciencia; é impulsada por las frivolidades de su ignorancia natural, persiste en sostener veleidosamente su porvenir y su felicidad en el desarrollo de las pasiones que más la embriagan y enloquecen.

Contra esas pasiones que bajo tanto disfraz social se encubren; contra los vicios que trasmitimos á los individuos de la familia, reasumo hoy mis pensamientos y escribo algunas páginas sueltas acerca de la mujer; no con el deseo pueril de unir mi humilde gota al gran Océano de este género de estudios, ni de evidenciar mis doctrinas contra el naturalismo moderno que se propone corromper á la mujer en sus enseñanzas, sinó porque de la torpeza de sus mismas inclinaciones se deriva la infelicidad que deploran algunos hombres.

Contra las consecuencias erróneas de sus pasiones y de sus defectos más evidentes, inspiro mi ideal de la buena educacion; no con la pretension de servir de mentor perfecto de la mujer, yo que apenas he podido meditar sobre la índole de mi corazon sensible, sinó con el afan de acreditar á todas mis simpatías y de saciar la tranquilidad del espíritu, que tan inquieto lo tenemos siempre en el proceloso mar de la vida.

Contra nuestro propio egoismo escribo; no para ofender al hombre ni degradar su autoridad y sus derechos, sinó para hacer resaltar más los encantos de la virtud

que en la mujer debieran realzar la belleza de su corazón, y absorber por este único medio nuestras almas apasionadas.

Tal es el propósito de este humilde trabajo que carece de sistema fijo y plan determinado; pero cuyo conjunto ofrece un número de consideraciones y de principios útiles si se sujetan al espíritu moral de mis pensamientos.

El método falta y no hay que buscarlo en la recopilación de mis ideas, porque, cuando se carece de una ilustración proporcionada, se espresan tal cual brotan de la imaginación.

Aquel orden metódico podrá encontrarse en autores eruditos, en filósofos concienzudos y en críticos de superior inteligencia, no en una pluma audaz que sin probados títulos penetra, cegada por la candidez de su ignorancia é inesperienza, en el distinguido campo de la literatura.

Por mi parte no he aprendido en la vida más que á dirigir el pensamiento para economizar lágrimas á la vejez.

He procurado siempre pensar bien, con la rectitud y sana conciencia que mis padres me enseñaron, para encontrar el consuelo en la soledad de mis propios pensamientos; y aunque la empresa es árdua y superior á mis fuerzas, la emprendo como una aplicación á mis ociosidades, una expansión á mis deseos y una prueba de mi fuerza de voluntad.

¿Sale mal?

Una confirmación más de los muchos errores de mi vida.

Mis lectores, que atiendan en estas páginas solamente á la buena intención que me alienta, y su indulgencia estará asegurada de antemano para mi ensayo literario.

## CAPÍTULO I.

# LA EDUCACION.

“La educacion es la vida.”  
Severo Catalina.

### I.

La influencia que nuestro temperamento ejerce sobre el corazón, es la base del carácter humano.

De ella dimana la predisposicion para dirigir su estímulo á inclinaciones más ó ménos determinadas.

La índole de esa influencia es tan variada como los individuos, porque dos temperamentos perfectamente iguales no los encontramos, como no existen dos caracteres idénticos; podrán ser más ó menos parecidos, exactamente semejantes en absoluto, no.

El temperamento podrá físicamente modificar sus defectos naturales; el carácter no podrá corregirse ni reformarse sino intelectual y moralmente.

Por esto es necesario no confundir una cosa con otra, ni las disposiciones y elementos convenientes para sus variaciones saludables.

La norma y reglas que se adopten para corregir y reformar las consecuencias de nuestro carácter, es lo que se llama *Educacion*.

La educacion podrá ser más ó menos perfecta por sus cualidades y estension; pero siempre se la estimará necesaria para una buena sociedad.

Esta propia necesidad inducirá á elegir la que mejores condiciones reuna, y á desechar la que peores fases presente.

El problema de la educacion, lo mismo puede torcer nuestras inclinaciones conduciéndonos al abismo de la perversidad, que, bien dirijido, puede guiarnos á la cumbre de la dicha. Todo depende de su acertada solucion.

La educacion es el faro que nos guia en la peregrinacion de la vida; si su luz alumbrá con claridad, salvamos todos los escollos; si languidece, nos esponemos á encallar continuamente; si se apaga, el naufragio es inevitable.

La educacion, pues, es la vida ó es la muerte del alma.

Si estudiásemos el carácter de la mujer en su primera manifestacion, es decir, en la prevaricacion del Paraiso, lo encontraríamos frívolo y curioso, predispuerto á cualquiera modificacion lo mismo buena que mala.

Demostracion primitiva de la necesidad de su ensenanza.

Dulce y tierna, mientras conserva su inocencia es toda bondad; pero se vuelve veleidosa desobedeciendo; vana y orgullosa, confunde su altivez con el arrepentimiento, y se presenta tímida acabando por resultar presuntuosa.

Sí la maldita astucia no la hubiera sagazmente vencido en aquel dia de seduccion, la infeliz mujer no hubiese quedado espuesta á sus tristes consecuencias, y destinada á derramar lágrimas perpétuas.

Los propios elementos con que Dios la ha dotado para iluminar su alma, la perturban y la entorpecen, porque de nuestra incuria depende que no le sirvan útilmente cual debieran.

Las armas de su discrecion y bondad, tan necesarias

y provechosas para la defensa de su ilustracion y cultura, la esponen todos los dias á los mayores peligros por el abandono en que las conserva.

Apesar de la esperiencia, ni ella distingue bien aun sus defectos propios, ni tiene fuerzas para combatirlos, ni la sociedad se los evita prestándole los remedios y calmando sus quejas.

Porque la mujer pretende ser perfecta; pero ignora cómo ha de conseguirlo.

El remedio radical de esta situacion crítica se conceptua imposible mientras la humanidad exista.

Error gravísimo que nos reporta funestas consecuencias y justifica los límites del propio conocimiento y del saber humano.

Que no se falseen los sentimientos del alma; que no se ahoguen en el corazon de la mujer cuando el gérmen del bien los conmueva; que no se oscurezcan las ideas que de su inteligencia dimanen; y de la lucha de sus opiniones con las nuestras renacerá luz radiante que, debilitando la severidad de nuestros juicios, alentará la razon tímida de la mujer.

El remedio lo juzgarán algunos rigoristas peligroso, quizás funesto, si se atiende á la ignorante rutina antigua. Mas, ¿qué importan los juicios escépticos donde la claridad resalta?

La conviccion del estudio de esta materia viene probando á nuestro siglo actual que la mujer puede y sabe elevarse á la dignidad misma del hombre.

Recuérdense, sinó, los ejemplos de notables mujeres que en virtud, en saber, en heroismo y en amor se han distinguido para alcanzar su merecido lugar en la historia.

Algunos así lo conocen, y una pueril presuncion les hace temer por el prestigio de nuestra natural superioridad.

¡Vana suposicion, que justifica nuestra pequeñez y nuestra ignorancia!

Los méritos de la mujer resaltarían con todo su propio esplendor y enriquecidos con los encantos de las verdades que debiera unir á la sencillez de su bondad, condiciones inherentes á todo sistema de progreso y perfeccion, contribuirían á procurar nuestra tranquilidad y propio bienestar.

Aunque no sea más que por este incitante egoismo, eduquemos á la mujer; pero eduquémosla bien: nó lastimando los sentimientos de su delicado corazon que puedan pronunciarse en contra nuestra y desprestigio del sistema; sinó dirigiendo sus fibras á un afecto de gratitud perpétua hácia nosotros, para que todos las hagamos y las veamos tan perfectas, tan divinas como las imaginaciones apasionadas las conciben en sus delirantes ilusiones.

Desarrollemos su carácter y dirijamos sus instintos; organicemos y reformemos sus inclinaciones segun convenga, ampliando ó restringiendo á merced de lo que aconseje la modificacion física de su temperamento.

Nosotros obtendremos la recompensa con su amor y sus consideraciones.

Entonces la mujer bien educada será mejor comprendida por el hombre, será por el mismo más defendida y por ella se verá él mejor amado.

Sus hijos no resultarán cual materiales vástagos de su naturaleza, espuestos á la corrupcion y á la podredumbre social; sinó que la misma sociedad los verá con satisfaccion desarrollarse, crecer y corregirse, al amparo de las virtudes que hayan adquirido de sus madres.

Entonces sí podremos asegurar con Catalina que la educacion constituye la vida meritoria del hombre.

## II.

La educacion, que no debe ser más que una, parece que está destinada á servir de juguete á las interpretaciones.

Cada cual inventa su sistema, cada cual lo aplica á su antojo ó del modo que le conviene, y no fijándose en los resultados que puedan obtenerse, se declara desde luego seguro y satisfecho con su plan.

Así salen las obras.

Esto prueba que la educacion no se comprende, y que las más de las veces se confunde su importancia.

La educacion empieza en el corazon del hombre cuando nace, se desarrolla con su edad, y se perfecciona ó se tuerce con los hábitos que el individuo adopta.

Bien se vé si la importancia que tiene y la influencia que puede ejercer en el individuo, requiere ó nó todo el mayor grado posible de meditacion y estudio.

Desgraciadamente no se la conceden la vulgaridad de las gentes y falsificándola con orolepes instructivos, la conducen á la corrupcion de las costumbres.

Si la educacion no interesara más que á una sola individualidad, no levantaríamos el velo de sus defectos; pero como de esa individualidad se propaga al resto de la humanidad, se hace necesario descubrir sus heridas y cauterizarlas.

La educacion tiende á un fin objetivo que es la adquisicion y conservacion de las virtudes de nuestra alma.

Si ese fin principal se olvida ó abandona y no se sujeta á deberes determinados, no hay educacion posible.

El régimen, pues, que se establece para ordenar y dirigir los deberes relativos á nuestra conservacion física, intelectual y moral es el asunto preferente á que los hombres debemos dedicar nuestras atenciones, para adquirir el placer de nuestra satisfaccion íntima en el bien obrar y en el bien pensar.

Segun la mayor ó menor sensibilidad del corazon y capacidad de la inteligencia, así la educacion estiende sus raíces y así dá sus frutos.

La mujer que por su naturaleza participa de mayores grados de sensibilidad, parece estar llamada por Dios á adquirir virtudes más delicadas para embellecer su amor y destinada á trasmitirlas á su familia.

Por esto es menester que la educacion de la mujer tenga un carácter especial, que no solamente sirva á ella, sinó que aprovechando tambien al hombre alcancen sus favores al resto de la humanidad.

Es decir, que su educacion sea más instructiva y moral que ilustrada en lo científico.

No me opongo al desarrollo de las inclinaciones distinguidas de la mujer, cuando promete elevarse á las alturas del talento y del genio; los hombres mismos deben ayudarla en su vuelo.

Pero como no todas tienen capacidad ni aptitud para remontarse á la altura de las inteligencias privilegiadas, ni de los corazones magnánimos, su educacion debe principalmente dirigirse á desarrollar la discrecion, á conocer los deberes relativos á cada edad y estado, á saber conservar siempre sus virtudes y á estudiar bien aquellas cosas propias á su sexo, á su amor, á su dignidad y á las enseñanzas útiles y sólidas que ha de trasmitir á sus hijos.

¿Quién debe ser en la sociedad encargado con preferencia de este sistema de educacion tan necesario para la mujer?

La mujer misma.

Mejor dicho, la madre, porque es la que mayores derechos naturales tiene adquiridos; pero nó como una madre lo viene haciendo rutinariamente por lo que aprendió de la otra, sinó con la conviccion de que conoce lo que se enseña con la prudencia, la esperiencia y la perfeccion que acreditan las buenas y virtuosas madres.

¿Siguen esa conducta y prevision todas ellas?

¿Las aprovechan sus hijas?

Si lo preguntamos á las mujeres, no hay una sola de entre ellas que deje de contestar afirmativamente.

Pero descendiendo al terreno de la observacion práctica, los resultados de la sociedad actual nos contestarán negativamente, y probarán la fatal consecuencia de sus errores.

La madre, impresionada por un ciego y mal entendido amor hácia su hija, la rodea de lisonjas desde niña, la pondera sus atractivos, la enaltece su condicion de mujer, las ventajas del amor, y desgraciadamente fomenta la vanidad y el orgullo.

El disimulo y el silencio con que la niña encubre sus malas inclinaciones, encantan á la madre, las equivoca con la prudencia, y más tarde resulta la malicia y el engaño, que fomentan la hipocresía.

La despreocupacion con que la niña escucha los consejos prudentes y las amonestaciones de su madre, descubren para ésta, precocidad de talento y vivacidad de carácter; y luego proviene la inconstancia y la incredulidad que sostienen sus veleidades.

Los encantos y las gracias que la belleza exterior realzan, preocupan y se conservan por las mujeres con más cuidado que los tesoros de su corazon.

Se les presenta ante la sociedad, sin explicarles ni hacerles comprender lo sagrados y espinosos que son sus deberes, y se quejan de los contratiempos á que esponen sus derechos.

De este modo, despues fácilmente se aprende, no lo que pudiera convenir saber, sinó lo que siempre se debiera ignorar para no destruir el pudor y perder la santa ignorancia que respeta la discrecion.

Así entra generalmente en el mundo la mujer que está destinada á amar á un hombre, con quien tantos ries-

gos ha de correr, con quien tantas luchas ha de sostener en la vida, y que ha de constituirse en madre de familia.

Y á muchas de estas ignorantes y presuntuosas, se las distingue seguidamente con el título de *mujer de la buena sociedad*.

Desde luego que en ella hace su primera entrada de esta manera frívola y anómala, ya no cuida más su imaginacion que del propósito constante del matrimonio; como que confia la brillantez del porvenir á su eleccion.

Cuestion sencilla y fácil para las que han preparado y juzgado tan á la ligera los principios fundamentales de su vida.

Si la madre viera en su hija más que el fruto de su amor, el tesoro confiado á ella por Dios; la mujer sería educada con el cuidado y el esmero que requieren todas las edades y estados porque ha de pasar, y á que está destinada en su porvenir.

La educacion sería más útil y provechosa para el hombre y para la familia.

Habría en esta más felicidad positiva porque no se turbaría tan facilmente la tranquilidad doméstica.

Cuando una mujer llega á entregarse al hombre sin más educacion preparatoria que la que aparentan los modales fingidos, la urbanidad y la cortesía, se quiere exigir que el hombre modifique y perfeccione sus ignorancias morales.

Tarea infructuosa aunque de buena fé se emprenda, por estar ya corrompida la sávia del espíritu y pervertidos los sentimientos del corazon.

Si alguna reforma llega á alcanzar, que lo dudo, es más bien espresion del natural temor de la debilidad, que del convencimiento de la propia conveniencia de la mujer; cuyo resultado puede ser contraproducente.

Entonces la negacion de las consecuencias satisfactorias se achaca regularmente al hombre, y se le hace res-

ponsable de todas las debilidades y desventuras á que está sujeto un corazon viciado; desde la melancolía que patrocina su fastidio, hasta la desesperacion en que terminan sus pesares.

En mejor lugar quedaría el hombre encargado para esta crítica instruccion, dirigiendo el corazon de una mujer que ninguna nocion tuviera de la educacion, que dedicándose á corregir aquella que á sus cuidados se confia mal educada.

No es posible que ella conozca la gravedad de sus faltas; y en su correccion tardía, en vez de aprender, se mortifica y ensoberbecer.

La educacion viciada, lo mismo que la viciosa, puede conducir al grado estremo de la perversidad, haciendo á la mujer incapaz para estimar y practicar el bien, colocándose ella inconscientemente desde luego en la resbaladiza pendiente del mal.

¡Madres; que haceis responsables á los hombres de muchas de las desgracias de vuestras hijas! reflexionad y decid, ¿de quién es la responsabilidad de los defectos y faltas de la mujer?

### III.

La educacion completa es aquella que por igual atiende á las tres necesidades que han de perfeccionar nuestro sér.

Es decir, que corresponde y atiende á la conservacion de nuestras necesidades físicas, intelectuales y morales.

De las primeras está encargada la higiene, y no corresponde á nuestro estudio.

La relacion que las segundas tengan con las morales, se verá despues.

Al presente, solo nos fijamos en las condiciones y los límites que debe tener la educacion moral para conservar

nuestra dignidad, y adquirir facilidades para mejorar nuestros pensamientos y nuestras acciones.

Las condiciones indispensables de una útil educacion, son las de bondad; rectitud y perfeccion en todas nuestras ideas y nuestras obras; la práctica de todos los deberes que á este objeto contribuyen.

Sin estas condiciones, nuestra conciencia divaga en todos sus actos y se separa de la brújula de la discrecion.

¿Y los límites hasta dónde alcanzan?

Tratándose de la mujer, sus dotes morales no deben conocer ninguna restriccion, ni aún permitir que ella la establezca bajo el fundamento de la diversidad de clases sociales ó repugnancia de su elevada posicion.

El alma de la mujer es igual en esencia y procedencia, é iguales deben ser en todas ellas los deberes que dimanen de su propio honor y estimacion.

Cuando á la diferencia de clase social se concede más importancia de la que debe tener su respeto propio, descenderá fácilmente al terreno de la presuncion y del orgullo.

Y podrá suceder que su alma perdiera el divino impulso característico de su sexo, que eleva la naturaleza del amor al grado heróico de la caridad.

Dejaría, pues, de saber estimarse á sí misma, y nunca apreciaría como debe á sus semejantes.

La mujer conviene sea educada desde la primera edad de la razon, progresiva y prudentemente para cada estado; y poder elevarse después á la categoría de compañera feliz del hombre y madre de sus hijos.

Hé aquí hasta dónde deben alcanzar los límites reguladores de su educacion.

Pero debe desde niña estudiar las inclinaciones de su pecho sin exagerarlas, y las múltiples oscilaciones y variaciones que en su temperamento puedan influir.

Debe dedicársele á conocer las ventajas del bienestar que perpetúa su respeto propio, y adquirir valor moral para soportar los contratiempos de su porvenir.

Debe preveer el fin sobrenatural de la vida; los riesgos que en ella ha de correr hasta su término, y debe estar preparada con las armas necesarias para combatir en su defensa propia.

Debe, en fin, á todo trance, procurar conseguir la tranquilidad del bien obrar para su espíritu, que es lo que purifica la conciencia.

Los peligros morales de la vida empiezan en aquella edad en que de los inocentes juegos se pasa rápidamente á la fantasía de las impresiones.

Edad delicada y caprichosa en que la mujer, sin esperiencia ni más apoyo que el de su inclinacion á exagerar su importancia y beneficios, entra de lleno á sentir fuertes impresiones que le son desconocidas.

Verá el bien que le conviene y no lo conocerá ni sabrá practicarlo; tropezará con el mal que debe aborrecer y no sabrá ni podrá evitarlo, si su alma no está de antemano templada para la resistencia y la lucha.

El bien pudiera hacerla prudente y fuerte robusteciendo la alegría de su corazón: el mal ha de llevar las lágrimas á sus ojos y el pesar á su conciencia.

Pero estas nociones, que resultan siempre axiomas reales de la esperiencia, se ignoran ó se desprecian en la edad de las ilusiones.

Cuantas más virtudes atesora el corazón de una mujer, más fuerte ha de sentirse ella misma para resistir á la seduccion y á la desgracia; más respetada y más estimada ha de ser por la sociedad misma, aunque el hombre la persiga en la soledad ó en el abandono.

La estimacion propia, cuando bien se comprende, es un invencible escudo que impide doblegar arbitrariamente la voluntad á los caprichos ajenos.

El hombre más audaz teme á la mujer virtuosamente educada, y ante el respeto que impone con su firmeza destruye y confunde los lazos de la corrupcion.

La sociedad actual, cada dia más exigente en todo progreso, quiere ver en la mujer mayor nobleza de corazon, más virtud; pero el hombre, por razon inversa y absurda, cada dia opone mayor corrupcion y mayor vicio.

La sociedad desea que la mujer contribuya á la felicidad del hombre, y el hombre parece que aspira á la orfandad de su alma amparándose en las licencias del vicio.

¿Por qué esta anomalía? ¿Quién la provoca?

La mujer y solo la mujer; que no comprendiendo su condicion, enjendra el temor en el hombre y llega á su poder sin haberla educado sus padres con arreglo á las necesidades de la nueva sociedad que va á constituir.

A la mujer corresponde apartar al hombre de aquel camino; en el cual, si avanzara más, habia de encontrar su perdicion y su inevitable abandono.

Aun en los últimos siglos no se concedian á la mujer las consideraciones sociales con que hoy se la distingue; no figuraba en el mundo con la libertad que hoy disfruta; y estas mismas consideraciones y esta misma libertad la obligan á ser más perfecta.

Antes, la más sana educacion estribaba solo en dar á conocer á la mujer el bien y enseñarla á practicarlo con más ó menos religiosidad, ocultándole taimadamente el mal.

Así ha arraigado tan sólidamente la hipocresía.

Hoy, para defender la mujer su virtud, para defender la de su familia, no le basta esta enseñanza defectuosa, se requiere más solidez y amplitud de principios, porque la libertad misma en que vive la coloca en situaciones más delicadas.

Es necesario que la mujer conozca los males y sepa distinguir bien las diversas fases con que se desfiguran;

que prevea los peligros y las desgracias que puedan acarrearle cualquiera situacion escepcional de la vida, y que ella misma pueda salvarse en toda edad y circunstancias con el principal apoyo de sus propios elementos.

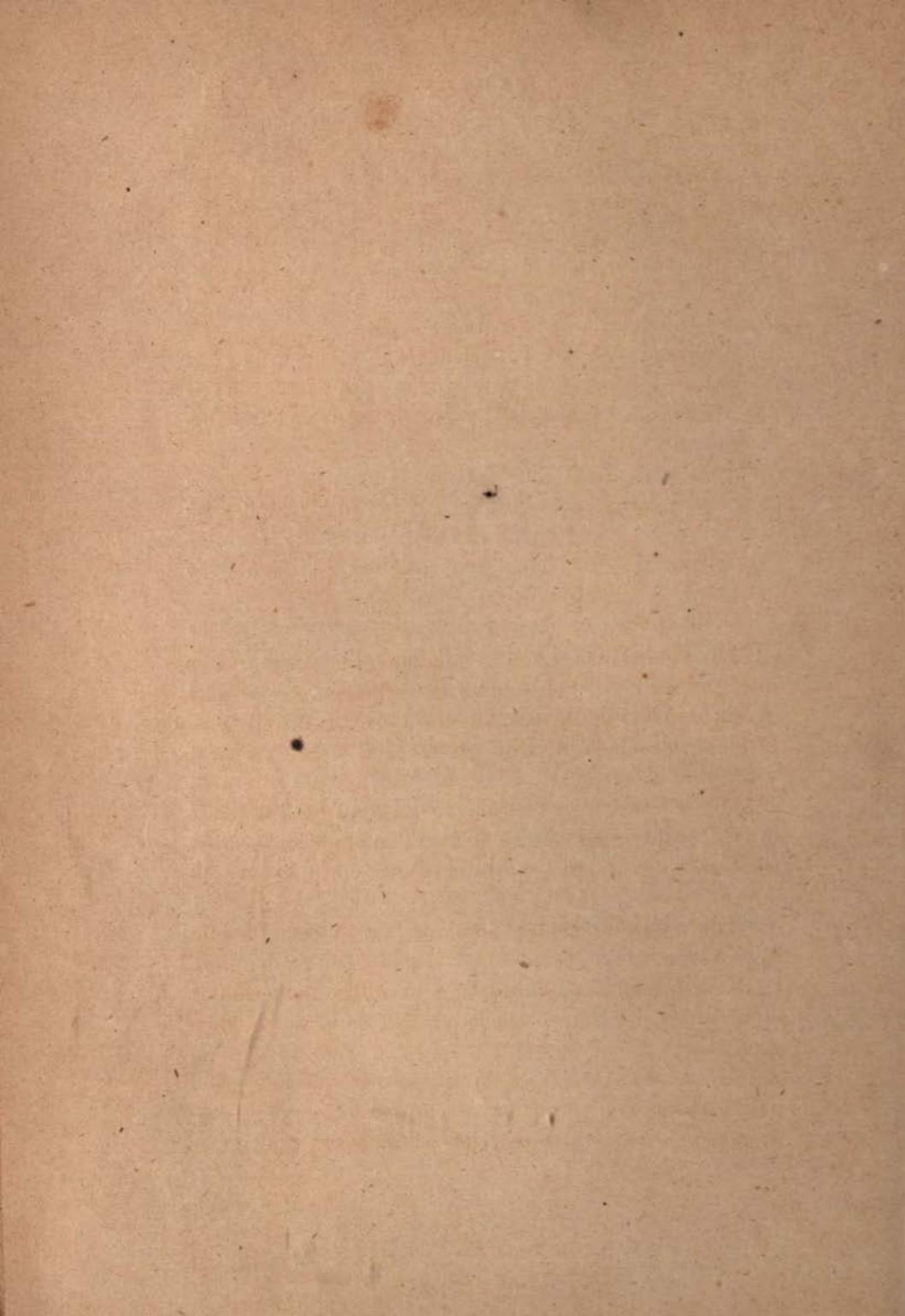
Poco puede esperarse de un progreso social en que la mujer tiene dormida la inteligencia, y aunque se la consiguiera despertar, como se encontrase abandonada á su albedrio, le dejaria aletargado el corazon.

Poco puede pedir una sociedad que vive con la rapidez del siglo, admirando su progreso y sin pararse en sus entusiasmos, á contemplar los beneficios de su saludable movimiento.

Nada hay que exigir al hombre mientras no reconozca en la mujer virtuosa el manantial de su felicidad, y no se preste á dejar de fomentar la holgazanería de la mujer desgraciada, que considera inapreciables sus atractivos femeniles.

La misma mujer, nada espere de sí misma mientras no comprenda que las virtudes de su corazon son la nutricion más necesaria al alma, y la salvacion y el consuelo en sus desgracias.

Cuando los padres comprendan la importancia que en el porvenir de la mujer ha de ejercer la recta direccion de los sentimientos naturales del corazon, y los gobiernos de los pueblos estimulen y desarrollen el germen de la virtud por medio de una educacion adecuada al bien de la familia, entonces podrá concebirse y realizarse el gran problema de la cultura humana.



## CAPÍTULO II.

### LA ILUSTRACION.

Una mujer que tiene criterio, es la razón que nos habla y el corazón que nos guía.

Bonin.

#### I.

Luz viene hace siglos reclamando el hombre para su inteligencia; y la sabiduría eterna, escuchando esta santa evocación, cada día le descubre un nuevo arcano en la naturaleza, un nuevo invento en las artes y una flamante verdad en las ciencias.

Luz pide la mujer con mayor ansiedad; y el hombre, desconfiando de las conveniencias de su progreso, si abiertamente no se opone á que la obtenga, se la disputa y limita.

¡Pobre mujer! Hasta el soplo de la razón que Dios infundió en tí, quiere el hombre confundir con su dominio.

Vana pretension, contraria á nuestras inclinaciones civilizadoras, y á la curiosidad que emana de la ignorancia.

La sociedad avanza en un progreso en que todos sus individuos se afanan por tomar parte; consiguiendo transformaciones tan evidentes y tan provechosas, que no es

posible detener al hombre en su carrera, mientras las luces de la civilizacion reflejen en su porvenir.

La mujer, más sagaz que el hombre, conoce que su indolencia puede anonadarla si continúa en el estado de postracion en que conserva las facultades de su alma, y aspira vivamente á caminar al lado del hombre por la misma senda de la civilizacion; pero se encuentra privada de elementos.

Nada más justo; nada más necesario ni provechoso que impulsar y ayudar á la mujer en el desarrollo de estas nobles aspiraciones, ya que por su destino tiene que llegar á ser el *alma de la humanidad*.

Los derechos que la mujer alega para ilustrar su inteligencia, son completamente idénticos á los que el hombre acredita; y nuestro egoismo no es autoridad bastante para negárselos.

Si Dios instruyó al hombre en el sér, estado y fin de las cosas antes de la creacion de la mujer, no por esto la eliminó de su conocimiento, porque tambien despues impuso al hombre el deber de instruirla en sus enseñanzas, dotándola de alma y razon de igual especie.

La justicia, pues, de este derecho es indiscutible, porque procede de la misma divinidad.

Su necesidad y su conveniencia no admitirian duda tampoco, si nuestro egoismo y orgullo no se obstinarian en considerar á la mujer refractaria á las luces de la inteligencia.

La falta de educacion moral, se considera para la mujer como la mayor desgracia de su vida: la falta de instruccion intelectual, es la venda que muchas veces la impide apreciar la gravedad de esa desgracia.

Una mujer bien educada, es capaz de arrostrar y salvar los peligros de su vida, con la única ayuda de los sentimientos sanos de su corazon.

Una mujer bien educada é instruida á la vez, puede

preveer y evitar esos riesgos con los conocimientos de su inteligencia, siempre que no se olviden las restricciones de la discrecion.

La mujer ilustrada, pero sin educacion, está espuesta á estraviarse en el laberinto de los errores más absurdos, y á hundirse profundamente en el fango de las pasiones embellecidas por sus pedantescos estudios.

Ella supone que la instruccion está adquirida con el conocimiento de sus fundamentos primarios; y una vez aprendidas de mala manera las artes de escritura y lectura, abandona el estudio de materias útiles aplicando su saber á la curiosidad devoradora de novelas frívolas ó dramas conmovedores, que lastiman la sencillez de su alma.

No son estas lecturas con lo que la instruccion se consolida, sinó con el estudio y la meditacion de las grandes ideas y pensamientos sérios.

Apenas sabe la mujer coser y dirigir las labores domésticas y ya se afana por distinguirse en la aplicacion de las de adorno.

No conoce las riquezas de su idioma y se interesa por poder pronunciar algunas frases extranjeras que jamás la aprovechan; pero que la distinguen entre la vulgaridad de mujeres que todas aquellas frases ignoran.

Aprende nociones musicales para realzar su voz ó la habilidad de sus manos sobre el piano en un baile ó en una tertulia, sin comprender la utilidad que pudiera reportarle su estudio perfecto para los reveses de la fortuna.

Y sin instruirse en nada, se propone ser ilustrada en todo.

Semejante modeló, en vez de granjearse nuestra admiracion y respeto, nos inspira compasion y lástima.

Estos conceptos serian suficientes para aconsejar que se protegiese la buena direccion de la ilustracion de la mujer, si otros tan importantes no reclamasen igual preferencia.

Los derechos que con justicia la mujer tiene para ocupar su puesto en la carrera de la civilizacion, constituyen en el hombre el deber de dirigirla con prudencia y rectitud, desviándola de los errores absurdos á que puedan conducirla su vanidad y sus vacilaciones.

La mujer tiene más tarde el deber recíproco de dirigir al hombre desde la infancia con amor y abnegacion, salvándole de las consecuencias de la ociosidad y de la corrupcion, y debe aprender sus trabajos propios para auxiliarle y acrecentar los beneficios de sus fatigas.

Y, mutuamente, ámbos están obligados á aplicar sus conocimientos al fin útil é indispensable que la sociedad les impone, para el bienestar y perfeccion de la familia.

## II.

La sociedad humana sostiene una lucha constante entre la corrupcion de las costumbres individuales y el deseo de corregirlas y perfeccionarlas.

Lucha que obliga á sus individuos no solo á practicar, sino á conocer, meditar y dirigir con acierto todas las acciones de su vida.

De esta obligacion dimana el sentimiento moral que las caracteriza y tambien la utilidad y el conocimiento del fin á que deben destinarse.

Las necesidades propias de la vida, el desconocimiento del porvenir, la prevision que aconsejan funestas ó favorables esperiencias, estimulan al hombre para que cultive su inteligencia con todo el cuidado y provecho que le permitan sus facultades.

Y la razon ilustrada con más elementos, no solo atiende á satisfacer las necesidades morales y físicas, sino que influye en la trasformacion completa de nuestro ser.

Esa misma impulsión divina que continuamente nos conmueve y nos estimula, la siente tambien la mujer en

su corazón y en su cabeza, y la hace comprender su digna condición y el gran papel que en la humanidad pudiera y debe representar; pero aun hoy, si nó le falta nuestro estímulo, tampoco conoce en qué consiste el apoyo.

El hombre sería injusto si comprendiendo esto mismo, no confesara que la ligereza, la frivolidad y la superficialidad que observa y censura en la mujer, es más bien obra de su ignorancia y de su descuido que de la vivacidad de su carácter.

Poco noble sería no hacerla conocer que esos y otros muchos defectos que en ella criticamos son fruto de sus errores, susceptibles de saludables reformas.

Reformas á las que no solo debe contribuir el corazón, sino con más influencia el entendimiento.

La mujer ha nacido para creer, esperar y amar.

Así lo demuestran sus abundantes ternuras y su orfandad natural, que necesita del hombre su influyente protección y su constante defensa.

Con el amor podrá llegar á satisfacer las ambiciones de su corazón; pero sus sentimientos resultarán áridos y estériles, si las creencias y sus esperanzas no purifican los pensamientos, que se constituyen en salvaguardia del pudor para encauzar la índole de sus pasiones.

¿De qué sirve sentir en nuestra alma las impresiones de la virtud, cuando no se conocen los méritos de su integridad y de su bondad, y apenas saben estimarse las bellezas de sus cualidades?

¿Cómo resistir á las asechanzas apasionadas, si las creencias no descienden limpias de la cabeza al corazón, robusteciendo la esperanza?

La luz que brota de nuestro corazón, es la que nos hace sentir; la luz que conmueve la inteligencia, es la que aclara y embellece esos mismos sentimientos.

¿Tiene la mujer aptitud para combinar ambas percepciones?

¡Quién lo dudal exactamente en todo igual al hombre.

La historia recuerda con orgullo, desde los tiempos más remotos, nombres de mujeres ilustres, que, por su propia iniciativa, se han elevado á las cumbres del saber y de la utilidad humana.

Pero si bien es verdad que no todas pueden llegar á ser Déboras, Corinas ni Faviolas, todas podrán al menos con sus fuerzas proporcionales contar con valiosos elementos que las ayuden á su propio bienestar en todas las edades y condiciones de la vida.

El estímulo de una buena educacion moralizará á la mujer; pero el estímulo de una instruccion bien aplicada podrá perfeccionar su condicion y suavizar sus deberes.

Una gran instruccion no es susceptible para todos los talentos; la mayoría de ellos la pueden hacer fracasar con sus pretenciosas aspiraciones.

Una instruccion mal dirigida ó estraviada, puede conducirla á su propia ruina y fomentar en ella los mismos males que se intentan combatir.

Las diversas edades de la vida constituyen en la mujer, lo mismo que en el hombre, distintas necesidades que son inherentes á los estados respectivos en que se colocan y á los cargos que desempeñan.

En la infancia, esas necesidades no podemos atenderlas con nuestras fuerzas exclusivas, contamos tambien con el apoyo cariñoso de nuestros padres; y en esta época, aunque la influencia de la instruccion no se deje sentir inmediatamente, su gérmen y desarrollo nos prepara en aquella edad para armonizar y dulcificar despues las vicisitudes de nuestro porvenir.

Toda mujer sabe que ha sido creada para amar, porque los sentimientos la impulsan á fomentar esta pasion; pero no todas sabrán cumplir con la mision y deberes consiguientes al amor, si nó descubren en sus espansiones más que la satisfaccion del placer.

Esos deberes y elevados conceptos brotan de la gratitud, se apoyan en la fidelidad y se declaran sublimes é inapreciables en la maternidad.

Las leyes sociales y la moral divina le indican el camino, y le fijan los medios para comprender su importancia y la santidad de sus obligaciones respectivas.

No todas las mujeres consiguen elevarse á la superioridad maternal; muchas, llorando en la orfandad, no encuentran la tutela de ningun hombre que las ampare y las elija por compañeras de su vida.

Y pasan sus épocas forjando ilusiones más ó menos espinosas con que sostienen sus áridas esperanzas.

¿Qué se hace la mujer en este estado triste de aislamiento y de abandono?

¿Las ilusiones corruptoras, no podrán perturbar en su cabeza el entendimiento vacio?

¿Sus necesidades y privaciones, no pueden exigirle satisfaccion cumplida sin examinar los medios ni reparar en sacrificios?

Por muy grandes que sean sus virtudes; por mucho que la moral fortalezca á la mujer y que la religion la consuele, los efectos de su falta de instruccion han de debilitar su corazon, si otros elementos, siempre mezquinos, no la contienen en su libertad.

Sus necesidades físicas han de luchar con los temores morales; y si con su inteligencia no se ayuda á satisfacer aquellas y robustecer éstas, la mujer decaerá de su dignidad descendiendo al deplorable estado de la miseria, del oprobio y del baldon.

A evitar estos graves males tienden las sociedades modernas, abriendo vasto campo á la mujer para que en el comercio, en las industrias, en las artes y en las ciencias encuentre en su porvenir los recursos que la defiendan de los peligros de la corrupcion, y le faciliten los elementos materiales para que por sí sola pueda dignamente atender á las necesidades perentorias de la vida.

Adelanto inapreciable que solo al actual siglo se debe, y que arranca á la mujer de la depreciacion en que la tenían colocada nuestro egoismo y su ignorancia.

Pero estos conocimientos y estos auxilios útiles y provechosos, que facilitan su porvenir, no son suficientes para elevar la noble condicion de la mujer.

Si su instruccion no estriba primitivamente en los deberes relativos á su séxo y dignidad; si sus estudios no ilustran su alma para no olvidar su grandeza y su fin; si su cabeza no piensa más que en el deber del cargo social que desempeña, del trabajo á que se le dedica, posible es que la misma proteccion conque la humanidad desea favorecerla, resulte perjudicial para su discrecion; y abrumada por el cansancio y por obligaciones estériles que no acepta con entusiasmo, ni con fé sólida, acaben por corromper el mejor tesoro de su alma, que es la conciencia.

Y auxiliada por instrucciones áridas y defectuosas declarar su libertad tan independiente, que de la distraccion y olvido de sus deberes morales y religiosos, resulte su apelacion al extravio de sus pasiones para hacer agradables sus descansos é intentar obtener de ellos la base de su libre destino.

### III.

La mujer la ha destinado Dios para ser el ángel tutelar del hombre.

Esto dicen los poetas, piensan los enamorados y debiera por ella no desmentirse.

Verdad es que á ella le debemos la luz de la vida, la nutricion de sus pechos, el vigor que nos robustece y su abnegacion y su cariño nos salva de todos los peligros de la infancia.

Sus dulzuras nos conmueven en la adolescencia; su ternura nos embellece el amor de hombre; sus afectos nos

consuelan en las amarguras de la vejez; pero tambien sucede que nos hace infelices con sus desengaños.

Ella nos aconseja, nos alienta, nos dirige, nos gobierna y hasta nos fascina haciendo de nuestra voluntad la suya propia: pero á veces sus consejos, su gobierno, sus halagos cuestan caros al hombre por su falta de discrecion y sinceridad.

Ella nos sigue en toda edad y á todas partes, influyendo de una manera misteriosa é inesplicable en los destinos de nuestra vida; pero desgraciadamente cuando no se admite su compañía con gratitud y amor, su peso resulta insoportable y fatiga y aburre su tibia amistad.

Su alma es el libro en que hojeamos nuestras felicidades ó desventuras.

Si ese libro es frívolo ó superficial, sus ligerezas han de estraviar nuestro estímulo á lo grande y á lo bueno.

Si ese libro imprime en nosotros la duda y el desvanecimiento, sus páginas solo nos instruirán en el escepticismo y en la desgracia.

Si por el contrario ese libro está inspirado en las bellas verdades de la probidad y de la gratitud, sus lecciones consoladoras nos guiarán, y conducirán á la felicidad que es posible en la tierra.

La mujer, pues, es el génio dominador de quien depende la suerte del hombre.

Es el alma de nuestra alma, por *negra* que nuestras vulgaridades la supongan.

Su mision importante en la vida moral, es elevar la inteligencia del ciego de las pasiones corruptoras, y cultivar en nuestro corazon, desde su infancia, el amor á lo sublime y á lo perfecto.

¿Qué seguirá siendo de nosotros, si arrastrados por las corrientes impetuosas del progreso, no cuidamos que la mujer tenga claro é ilustrado su pensamiento para acompañarnos con seguridad y acierto en nuestros pasos?

La cátedra de nuestra enseñanza empieza en la cuna y está siempre en los brazos de la mujer; sea madre, sea amante ó sea esposa.

Las miradas de nuestra buena madre, descúbranse apasionadas ó correctivas, son las primeras lecciones que recibimos en la vida.

Aquella eléctrica influencia jamás se borra de nuestra mente; y despues siempre interviene en nuestros recuerdos y en nuestras inclinaciones.

Nuestras miradas, nuestras sonrisas, nuestras torpes primeras palabras electrizan los sentimientos del corazon de la madre; y en su imágen leemos nosotros la espresion fiel, no solo de su amor sinó tambien de la luz de su alma.

Ella es nuestro primer mentor, nuestro primer sacerdote, nuestro primer maestro.

Sus prudentes consejos son la base de nuestra moral; las oraciones que nos enseña siempre conmovrán nuestro corazon; las sencillas lecciones con que nos ilustre, constituirán despues la mejor riqueza de nuestra inteligencia.

Sus ideas serán la ciencia de nuestra alma, como sus virtudes son el norte de nuestras acciones.

¿Cómo no procurar que la mujer adquiera y nos comunique más luz, mayores conocimientos de los que vulgarmente ella adquiere?

*De la cultura y el talento de la mujer, depende la sabiduría de los hombres, dice Sheridans.*

Y no hay duda, la mujer es desde nuestra infancia la estrella luminosa de nuestra alma.

Si esa estrella nos la eclipsa despues el amor de la mujer, nuestra es la mayor culpabilidad, por que no sondeamos la educacion de la elegida antes de adoptarla para perpétua compañera.

La educacion y la instruccion perfectamente buenas,

son el tesoro más precioso que la humanidad ha recogido del cristianismo, y su pureza y sus bellezas las mejores condiciones con que puede conservar su incorruptibilidad.

Si sus luces no se apartan de aquel foco, guiarán mejor que otras á la mujer; y como tabla salvadora, podrá en ella conducir al hombre y á la familia, á través de la corrupcion, al puerto seguro de la verdad y de la felicidad.

Siempre que así no suceda, no hay que culpar á las doctrinas, sinó al sistema descuidado que se plantea en la infancia y se sigue inconscientemente despues.



### CAPÍTULO III.

## LA MODESTIA.

La modestia es en la mujer el amor  
de todas las virtudes.  
(Richardson.)

#### I.

Hay una condicion bellísima en nuestra alma que nos recuerda con sentimiento el estado de su primitiva perfeccion.

El estado de la inocencia.

Su sinceridad y su pureza constituyen la nobleza, la magnificencia y las bondades más predilectas de nuestro sér.

Ella conserva la sencillez de las facultades del espíritu en toda su estimable ingenuidad; no se confunde con la simpleza, como nuestra malicia intenta hacerlo ridiculizándola.

La inocencia no se desprende jamás de la prudencia y de la razon, que estima y considera auxilios indispensables para su sostén, como nunca puede fraternizar con la ignorancia y la malicia.

Mientras que la simpleza ignora lo que no puede comprender, y define groseramente aquello que la maldad y la estupidez aconsejan para acreditar su sinceridad.

Los frutos naturales que produce, son los únicos restos preciosos que de nuestra primitiva perfeccion nos quedan.

Constituyen la base de todas las bondades definidas y enseñadas por la moral, por las leyes y por la religion.

Es inapreciable su estimacion y su pérdida irreparable.

Tal es el valor y la consideracion que merecen el candor y la modestia, misteriosos depósitos que la inocencia ha confiado á nuestra alma para la guarda y conservacion de su constante dignidad.

Los sentimientos de la mujer, su naturaleza misma, su belleza indisputable necesitan en primer término de la adquisicion de estas excelentes prendas interiores, para idealizar el mérito y espresion de las exteriores.

La naturaleza parece que ayuda con nuestra sencilla ignorancia á sostener las dulzuras del candor, y por instinto pretende conservarlo nuestra modestia.

La pureza y la bondad de sus pensamientos y de sus acciones, serán el resultado más saludable y más práctico que habrá recojido de su educacion, si llega á conservar siempre incólume las hermosas propiedades de ambos dones.

La adquisicion de la humildad, de la prudencia y de la desconfianza propia, serán las consecuencias inmediatas que la sostendrán preparada para rechazar la vanidad y el orgullo, pudiendo resistir á las pretensiones de la malicia.

Su importancia ha sido reconocida por todas las sociedades, por todas las leyes y por todas las religiones, hasta el punto de divinizarla.

Pero su estimacion, sin apelar á estos conocimientos ni deducirla de otros estudios, la encontramos en el efecto mismo que en nosotros produce.

La modestia influye en conocer y apreciar con impar-

cialidad los pensamientos y acciones de nuestros semejantes tal como la justicia requiere, y su comparacion nos permite descubrir la insuficiencia y menosprecio natural de nuestros propios méritos y de nuestras obras.

La modestia bien caracterizada en el rostro del hombre, nos infunde respeto y consideracion.

La modestia velada por los encantos tímidos del pudor, nos inspira en el semblante de la mujer veneracion y amor.

Cuanto más candorosa y más modesta es la mujer, más realza sus méritos y sus bondades, más ilusiones inspira, más alienta nuestros deseos, más vivifica nuestra pasion sincera.

El hombre virtuoso la desea y la ama para enriquecer su propio corazón con los atractivos de sus excelentes condiciones.

La timidez que revela, es joya que engarza con sus propias virtudes, y ayuda á conservar para su perpétua satisfaccion.

El hombre licencioso la pretende y la quiere para abusar de su novedad, marchitar su candor, deshojarlo y pudrirlo.

A todo hombre, pues, como no viva en los abismos de la corrupcion, le es antipática la mujer inmodesta, y la sociedad la considerará predisuelta á su fácil desvario.

Ningun sentimiento hay más necesario para la ternura del corazon de la mujer que el de su pudor natural.

La sensacion recatada y tímida que se experimenta cuando se le afecta con acciones ó frases que le son impropias, nos declaran la delicadeza de su condicion.

Reprensible es por instinto propio cualesquiera deseo de lastimar su decoro:

Desgraciadamente nada tiene más frágil y quebradizo la mujer que este sentimiento, nada más falso y corruptible que su afectacion.

Por esto su conservacion exige más cuidado y requiere más esmero que ninguna otra.

Ella es la base de todas las demás.

Con la murmuracion, la coquetería y los pensamientos voluptuosos ó frívolos se espone la mujer á perderla, si sigue las corrientes de su imperiosa vivacidad.

Ella sabe que cuanto más consiga agradar será más amada; y con la conviccion de este estímulo, se atreve á esponer arriesgadamente su honor.

Pero no reflexiona que el sentimiento que más peligra y más confia al arbitrio de su pasion, es el de su pudor inapreciable.

Con la galantería, la adulacion y la lisonja conspira el hombre para amarla ó corromperla: no se quieren conocer otros estímulos.

Él sabe que el candor ignora, que la sutileza lo desvanece, y su triunfo lo estriba únicamente en el incendio que pueda consumir su velo.

A él agrada el entusiasmo tímido que altera la naturaleza del rubor, y sus sensaciones se estasian ante los misterios que inventa la santa ignorancia de la candidéz.

El enemigo no puede ser más ladino ni sagaz; los riesgos no pueden ser más graves y encubiertos; y la modestia la perderá irremisiblemente la mujer que carezca de las fuerzas morales y de la estimacion que debe tener para su propio pudor.

La experiencia acredita que conservar el pudor es más difícil que cautivar el corazon del hombre; y que vencer la modestia es obra más árdua que perderla.

Al vencer la modestia pueden obtenerse y producir benéficos resultados, despertando con el ejemplo el estímulo de la imitacion y el estudio de sus conveniencias.

Pero perder la modestia es más fácil que comprenderla, y una vez perdida, peligra el pudor y los demás sentimientos delicados del corazon, adquiriendo elementos para la desvergüenza.



## II.

Los pueblos antiguos conocían ya la importancia y el valor que la modestia debía ocupar entre los atributos de las perfecciones de nuestro sér; pero no llegaron á estimar con precision sus méritos.

Cuando el cristianismo realizó su ideal reforma de enseñanza, la modestia fué colocada en nuestro corazon como la puerta de entrada á todas las demás virtudes.

La humildad y la prudencia, fueron confiadas á su custodia y preparada con la desconfianza propia, atesoró en nuestro pecho el amor á nuestra dignidad natural y la consideracion para nuestros semejantes.

Sin la modestia, pues, no cabe la virtud; y sin la virtud el hombre no estima ni puede sentir en su corazon las simpatías que enjendran la amistad y el amor en su esencia verdadera.

La hermosura de la mujer estimula en nosotros el agrado y el deseo, incita y enciende en el corazon el fuego de las pasiones; pero sus encantos efimeros, sus ardores vehementes no impulsan la delicadeza de los sentimientos del alma, no poetizan ni vivifican en ella nuestro amor.

Estas cualidades están reservadas tan solo para la influencia que las virtudes, en armonía con la hermosura, ejercen en nuestros sentimientos.

El misterio y la ilusion vigorizan la simpatía, fascinan nuestra mente y elevan aquella al sublime estado del amor, que sabe conservar la riqueza de su entusiasmo fiel haciéndole imperecedero en nuestra alma.

¿Cómo no admirar y estimar en la mujer modesta la castidad, que á nuestros pensamientos imprime la seducción poética con que nos atrae y subyuga?

El hombre, que considera superficialmente el corazon de la mujer, confunde su modestia inapreciable con el di-

simulo, la humildad con la humillacion, la prudencia con la reserva, y con estos absurdos errores sólo vé y descubre en ella un estudio y un arte.

El arte de saber agradar y seducir; el estudio de mentir para ocultar mejor su vanidad y altanería.

Es decir, la hipocresía.

Filosofía absurda, defendida solo por la libre inclinacion de la ignorancia capciosa que emana de la malicia.

Estudiemos á la mujer en todas las acciones de su vida; observemos y meditemos todas sus conversaciones; escudriñemos todos sus pensamientos y casi nunca nos parecerá sincera.

Pero espíemosla y observemos en el silencio y en la soledad todas sus actitudes; démosla un espejo y ella misma, sin engañarnos, reflejará en él su modestia verdadera, ó burlándose de sus propias contemplaciones nos descubrirá el disfraz de la falsificacion.

La mujer modesta no necesita para acreditar su buena cualidad, más que sinceridad y discrecion.

Si ignora lo que puede afectar á su decoro, la naturalidad misma de su pura indiferencia la defiende de tener que ruborizarse, aunque á sus oidos lleguen frases inconvenientes.

Si sabe lo que debiera ignorar, su dignidad propia rechaza aquello que no cabe en la mente sin que escite los colores del semblante ó afecte á los temores del corazon.

La mujer modesta no necesita ni debe humillarse nunca, mientras no olvide que su dignidad es incompatible con las bajezas de la hipocresía.

La mujer modesta no puede disimular ignorancias afectadas, porque no se puede fingir el engaño cuando no se admite ni cabe en el corazon.

La mujer modesta no conoce la reserva intencionada, porque al bajar sus ojos y enmudecer sus lábios procura replegar tambien los sentimientos de su alma.

La mujer modesta no merece el ridículo con que el escéptico la señala y ofende, calificándola de nécia, porque su virtud y sus méritos la elevan y la engrandecen sobre todas las suposiciones intencionadas.

Yo recomiendo á la mujer que no se desprenda nunca de su estimacion propia, si es que quiere conservar toda la vida su prudencia y su modestia.

Pero que no confunda tampoco el amor propio innato en nuestro sér, como don inherente á su condicion, que nos sostiene en nuestra dignidad y conserva nuestras virtudes, con el egoismo bastardo que nos envilece por medio de la vanidad, del orgullo y de la envidia.

### III.

Considérase la modestia en la mujer no solo como su virtud más necesaria, sinó como su atractivo más influente; y su conservacion enjendra la envidia en el espíritu que de ella carece, ó estimula la estimacion en la criatura que sabe apreciarla.

Sus méritos propios le reportan desgraciadamente más adversidades que admiraciones.

Esto es natural, considerado bajo el prisma de la imperfeccion humana.

El principal enemigo que la mujer tiene contra su modestia, es ella misma cuando la considera mejor como aliciente para su aprecio, que como virtud.

Bajo este supuesto, engreida con la facultad de poder realzar sus acciones y sus ideas, se envanece y destruye los buenos méritos que pudieran contener.

Si como virtud la considerara siempre, estimaría en más sus condiciones y su necesidad.

La falta de su desarrollo intelectual, el conocimiento escaso que tiene de la prudencia, la aplicacion errónea que frecuentemente hace de la humildad, destruyen la

sencillez de su corazón; y su virtud, en vez de ejercer en su alma una acción positiva que estimule los más altos deseos de perfección, le sirve para descender y nivelarse con aquellas que solo atienden á los encantos exteriores para sus seducciones arbitrarias.

Los defectos ajenos, los atractivos propios, la ignorancia que les ciega en la presunción de que alardean suponiéndose conocedoras del corazón del hombre, creyéndose dispuestas para saber manejarlo y dirigirlo, las embriaga en sus apreciaciones, y las convierte de sencillas en intencionadas, de afables en atrevidas, de modestas en hipócritas.

La burla á que tan propensa es la mujer, no por su carácter natural, sino por la superficialidad de su instrucción; la curiosidad relativa á su ignorancia; la murmuración con que satisface sus imprudentes averiguaciones, la ilustran en todo lo que desvanece la modestia, en todo aquello que la caridad encubre y oculta con su amor.

Semejantes debilidades, que muchas veces se adquieren para que redunden en alabanza propia, vician el alma de la mujer, falsifican sus sentimientos y la hacen caer en el ridículo.

Aún el hombre que sigue á la mujer y no abriga el pensamiento sincero de estudiarla y perfeccionarla bajo su amparo y su amor, sino que solo alimenta la idea vulgar de adquirirla y poseerla para sus satisfacciones, es otro de los terribles enemigos que la asedian y que acaban por destruir su modestia.

Este tipo de hombres tan frívolos como la mujer con quien simpatizan, también estiman y prefieren la modestia; no para conservar su valimiento, sino para vanagloriarse de que satisface su sed en cristal nuevo, por más que desde su primer toque lo empañe y destruya.

Falto de otras dotes intelectuales y morales que las aprendidas en lo que él llama experiencia de mundo, di-

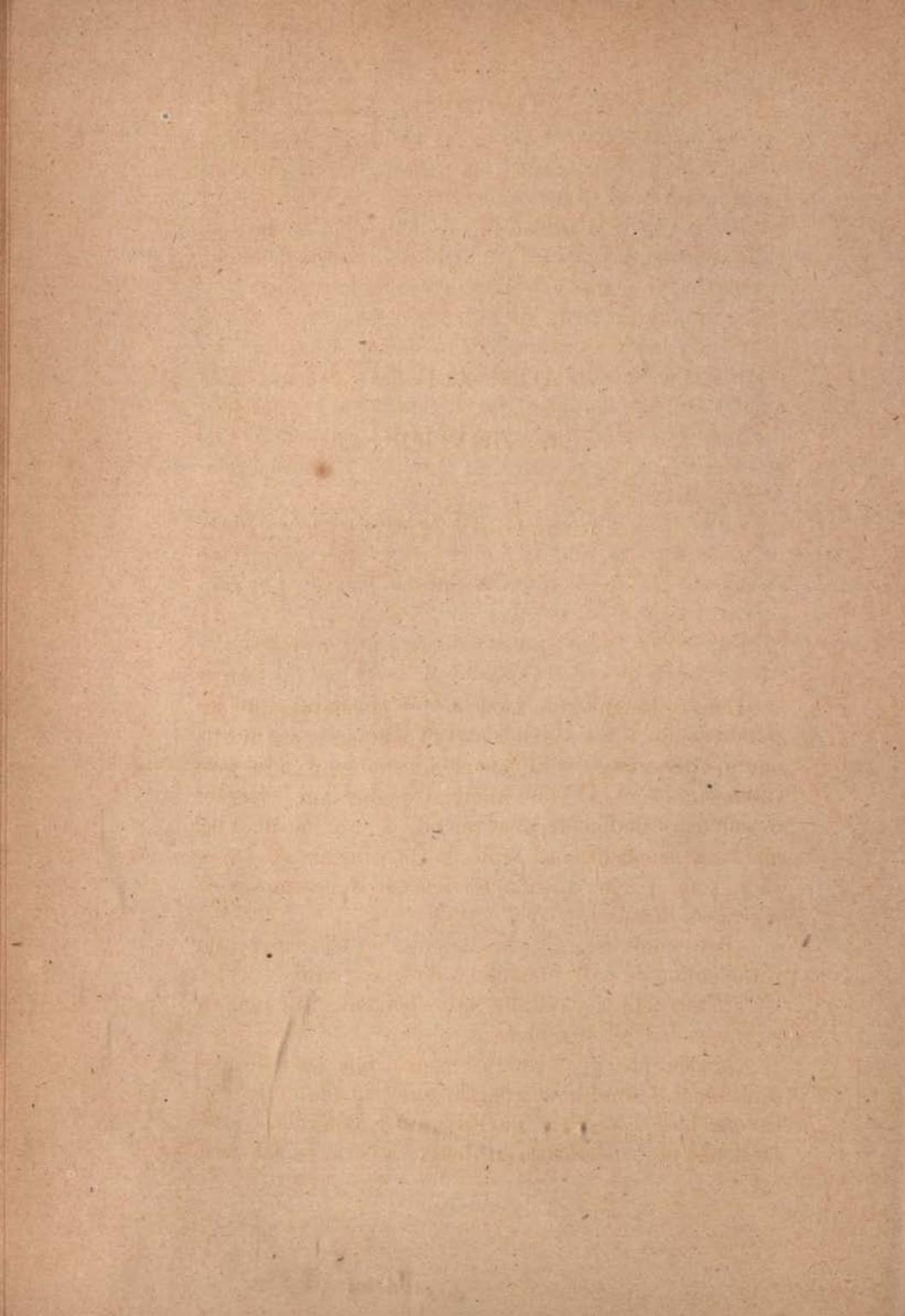
rije sus estudios por medio de las alabanzas exageradas á dar colorido apasionado á su galantería, aunque palidezca la naturalidad del candor.

Por medio de la adulacion y de la lisonja, convierte en voluptuosidad la castidad del amor del corazon débil que lo escucha sin comprenderlo, y cree en sus felicidades.

Si la mujer cuidara de aprender aquello que más le conviene y debiera conducirla á la felicidad que pretende, reservaría su corazon de las adulaciones y de las lisonjas ajenas que la confunden; no ostentaría sus buenas condiciones, y dudando de la propiedad de las alabanzas que la entusiasman, desconfiaría de sí misma y nunca espondría su virtud.

*La modestia es el suplemento de la hermosura*, dice Mme. de Lambert; y su adquisicion es indiscutible, porque no todas son hermosas, ni todas pueden garantir que conservarán siempre su hermosura.

Cuando la mujer quiera ser admirada y amada por sus encantos, que nunca olvide que la belleza del cuerpo es el mérito más efímero y perecedero que tiene; y que los atractivos del alma, conservados por los estímulos de una moral sana, y adornados por una prudente y sábia instruccion, han de ser el elemento eficaz con que despertará siempre las simpatías generales.



## CAPITULO IV.

# LA VIRTUD.

La virtud es el primero de todos los bienes, aun permaneciendo en la esterilidad; su memoria es la inmortalidad, y es conocida de Dios y de los hombres.

SAB. IV.-1.º

### I.

Hemos designado la modestia en el capítulo que antecede como la base de toda virtud, á pesar de ser una de sus modificaciones; y al considerar su importancia y su influencia en el corazon humano, pudiéramos creernos disculpados de hablar nuevamente de esta facultad del alma y de sus beneficios, tanto por la semejanza de su estudio como por las dificultades con que tropezamos al dirigirnos á la mujer.

¿Pero cómo seguir ocupándonos de ella sin pensar principalmente en las bondades de su corazon?

¿Cómo definir y estudiar estas bondades sin analizar su integridad, sin descubrir sus efectos?

Quisiéramos que la mujer misma, que tan delicados sentimientos atesora en su pecho, que aquella mujer que se considera *todo verdad*, nos salvase del compromiso pres-tándonos las bondades de su alma para perfeccionar nues-

tro estudio, sin lastimar despues á las que de ellas carezcan.

Pero, por lo general, la mujer siente aquello que agrada y realza su dignidad, y no sabe definir los sentimientos de su corazon.

Desgraciadamente resulta práctico el pensamiento de Tucídides cuando observa que *de la mujer virtuosa es de la que menos se habla*.

Y esto siempre sucede así; porque las virtudes de la mujer, son misterios de su corazon que solo se esponen á nuestro estudio, cuando sus buenas cualidades peligran ó se pierden.

Mientras la virtud oculta sus bellezas en el hogar, como la perla encerrada en la concha, nuestra indiferencia apenas se preocupa del exámen y aprecio de su valor real.

La materia no puede ser más oscura y espinosa á pesar de las esposiciones de todos sus apologistas.

No hay mujer que no se crea virtuosa, que no manifieste serlo con aparente retraimiento; y su virtud la cifra no en la calidad de sus pensamientos y de sus acciones, no en la integridad de su alma ni en la pureza de sus hábitos, sinó en las ideas y en las obras que con ella se relacionan.

Para algunos hombres, la mujer virtuosa es la que vive retraida de la sociedad, la que por sus riquezas, sus comodidades y su ignorancia no tiene ocasion de probarnos las ideas sublimes que envuelve la claridad del criterio y la persecucion de las desgracias.

Confusiones lamentables que privan á la mujer del conocimiento de la virtud sincera, cuando supone tenerla mejor adquirida.

La virtud es como el amor, apenas puede definirse por mucho que se le sienta.

La virtud se deja sentir como un gérmen benéfico que Dios ha enjendrado en el fondo de nuestro corazon; gér-

men inestimable en los primeros años de nuestra vida, que se desarrolla con nuestra inteligencia llevando la paz al alma é inclinándonos á amar la bondad, la belleza y la verdad en su esencia más sublime y más pura.

La virtud es la gratitud del alma que desprecia las ambiciones; la razon que huye de la seduccion de los placeres; la fuerza que lucha con las tentaciones; la conformidad que recibe tranquilamente el rigor de las desgracias; la alegría que permanece serena en la miseria y en los dolores; el perdon que olvida las ofensas; la fé que vé satisfaccion en todo aquello que ocurre, que en todo le alienta á esperar un término feliz, é inocentemente nos inclina á amar con pureza la voluntad divina.

La virtud, pues, es tan grande, tan pura, tan sublime que solo de ella es posible que dimane el amor.

Amor, no tal cual la naturaleza lo interpreta y lo define, fuerza más ó menos vigorosa é inteligente que crea y produce; sinó ese sentimiento purísimo de nuestro corazon que nos infunde el respeto propio, el afecto á nuestros semejantes y la aspiracion feliz que dimana de nuestro Creador.

Para que una mujer sea virtuosa, no basta que sea buena, es menester que á la vez se conserve digna, pura y honrada.

Con la dignidad bien entendida puede respetarse y defenderse la estimacion propia; con su bondad no es posible desdeñar, sinó amar más á su prójimo; y con su pureza justificará la gratitud y el reconocimiento que se debe á Dios y á los hombres.

¡Qué inclinaciones tan bellas adquiere nuestro corazon si se dedica al engrandecimiento de sus virtudes!

¿Y la inteligencia, qué influjo no ejerce en la tranquilidad y en la felicidad de nuestro sér?

La razon rectamente dirigida por aquellas suaves inclinaciones, concibe con mayor percepcion la verdad bon-

dadosa de sus propios juicios, adquiere la certidumbre de sus conceptos, purifica las doctrinas de nuestras creencias y trasmite al alma por medio de la conciencia las esperanzas que tanto le deleitan.

Sublime influencia que tan dulces consuelos reporta, no puede dejar de ser apetecida por la mujer que tanto siente y tanto ama, que tanto cree y con tanta constancia espera.

Pero la virtud, aunque fuerte y dulce por su condicion, es débil por nuestra naturaleza que la trata con aridez y la mira con indiferencia, y en ninguna parte peligranta como en el corazon tierno de la mujer.

Con la misma sutileza y vigor con que enjendra y desarrolla sus benéficos frutos, crecen y se robustecen las pasiones con que ha de vivir y los vicios contra quienes está destinada á luchar.

A la virtud ha concedido Dios ciertas y determinadas facultades tan extraordinarias y excelentes, como no ha podido adquirir ningun otro sentimiento interno.

No puede, ni sabe vivir sola en el corazon, y al abrigo de las pasiones alimenta su vida propia; la sávia del bien la nutre y vigoriza; en la lucha que con ellas sostiene, adquiere más vida y más fuerzas; y cuanto mayores combates soporta, cuanto más grandes peligros arrostra, si vence, más purifica sus méritos y más se arraiga en nuestra alma.

A su triunfo, pues, es á lo que la mujer debe dirigir sus inclinaciones y su propia voluntad; de él dependerá la estimacion y conservacion de su honor, su propio bienestar y el respeto de la sociedad.

## II.

La idea y la consideracion que de la virtud tenian los pueblos antiguos eran incompletas, y por lo comun solamente servia ésta para regir superficialmente sus costumbres estóicas.

Careciendo de una integridad verdadera en sus principios y en sus fines, tuvo que realizarla despues el Evangelio cristiano, constituyendo su procedencia de la pureza de la misma divinidad y guiándola por medio de la religion á la perfeccion necesaria para su inmortalidad.

Esta doctrina sublime ha enlazado la virtud con nuestras creencias, con nuestras esperanzas, con nuestro amor, y dejando de hablar á los sentidos, obliga misteriosamente á que nuestro corazon dirija todas sus inclinaciones para un fin más elevado que aquel que alcanzan nuestros sentidos.

Prodigio admirable que desde la tierra eleva nuestros sentimientos y nuestras afecciones al cielo y que adoptando á Dios por nuestro guia y fin, nos inspira la rectitud y la bondad de todas nuestras ideas, de todas nuestras acciones.

Las pasiones de nuestra alma, vida y corrupcion de la virtud, tienen dos tendencias continuas de índole opuesta.

Tiernas y pacíficas las unas, que llevan la dulzura y la tranquilidad al ánimo; violentas y vehementes las otras, que introducen la perturbación y el desórden en el corazon.

Sustraerse la mujer al influjo y reflujó de sus propios deseos le es difícil y trabajoso, porque las pasiones encantan, halagan y seducen con más vehemencia y con más entusiasmo que conmueven y dulcifican.

Conocer la sofisticada forma con que se revisten, debiera ser el primer estudio que adoptase la mujer para hacer valer su virtud y seguir sus sendas.

La propia naturaleza del afecto á las bondades de nuestro ánimo, la necesidad de su conservacion, los peligros á que se espone, constituyen en nosotros deberes muy sagrados que cumplir, los cuales son la única defensa en que la virtud confia su triunfo.

Estos deberes ineludibles, dictados por la naturaleza, enseñados y dirigidos por la moral, é impuestos por Dios, se relacionan con nuestras necesidades propias, con las de los demás individuos y con la superioridad eterna.

La satisfaccion de todas estas necesidades, por medio del cumplimiento de sus obligaciones relativas, es lo que perfecciona el mérito de la virtud.

Los deberes se nos hacen áridos y penosos ó suaves y agradables, segun el móvil que los dirija, el fin que los estimule y las fuerzas que nos proporcionen nuestros sentimientos más dignos,

Dificil será á la mujer conservar su prudencia y su modestia, sinó conoce la discrecion y la honestidad y no se desprende de su vanidad y altanería.

Dificil le será limitar su sobriedad y ambicion, sinó conoce la templanza y el desinterés que se oponen á las reservas del egoismo y del orgullo.

Más dificil le será ampararse en la resignacion y en la esperanza, sinó estima la conformidad de los pesares y la confianza de su utilidad y no sabe despreciar la maledicencia y la hipocresía.

Imposible, si todas sus acciones no las regula y no las dirige al fin que prescriben los preceptos morales y divinos.

La historia misma admira y enaltece por estas circunstancias más á las Clotildes, las Mónicas y las Teresas, que á las Saffos, las Armidas y las Eloisas sin que las prive de su importancia respectiva.

La debilidad humana, que nunca conocerá su condicion propia mientras el alma esté unida á la materia, quisiera ver en la mujer patentizadas todas las virtudes en su completa perfeccion, al par que el hombre se cree con derecho dispensado de practicarlas, ó autorizado á despreciar aquellas que no pueden armonizar con su egoismo y con su carácter.

El hombre quiere obediencia en la mujer y le censura la humildad con que soporta el yugo de su autoridad independiente.

El hombre gusta de la modestia en la mujer y ridiculiza la sencillez de su ignorancia.

El hombre necesita del amor en la mujer, lo desea adecuado á sus caprichos, pero se burla de su piedad ó de su indiferencia.

¿Con qué discrecion ha de guiar su compañera la virtud de sus acciones para agradar al hombre, complacerle y acallar los sentimientos de su corazon?

¿Cómo ha de armonizar esos mismos sentimientos con las reflexiones justas de su conciencia?

Interrogadla y vereis que su debilidad é ignorancia moral no le aconsejan otras disposiciones que las del fingimiento; y engañándose así misma, desarrolla el sistema de la falsa virtud.

Es decir, que apela á la hipocresía.

### III.

En el estudio de su mismo corazon, es donde la mujer puede conocer mejor el estado imperfecto de las condiciones que deben distinguir la superioridad de su sér.

En las circunstancias que nunca faltan para inclinarnos al mal, tiene ocasion confínua para distinguir el valimiento y la influencia de la virtud.

En el cumplimiento absoluto de sus deberes, es como pueden arraigar las fuerzas que necesita para conservar su honra, y no privarse de los consuelos que Dios prodiga á los corazones que trabajan por acrisolar su integridad.

Si ordena los sentimientos de su alma al fin ideado por Dios, con facilidad podrá dirigir siempre los impulsos y las acciones de su vida.

En su corazon conservará solo la pureza y la bondad

de sus pasiones para embellecer su amor, y nunca se encontrará desamparada, aunque la desgracia la deje huérfana y abandonada en la soledad.

Balzac supone que la mujer para ser virtuosa, es menester que sea estúpida ó sublime; lo cual, si es chiste, no puede ser más exagerado ni injusto.

En serio no hay quien acepte este pensamiento grosero que lastima la dignidad de la mujer.

Para nada necesita ésta de más educacion ni de más instruccion, que para el conocimiento de sus deberes y la conservacion de sus propias virtudes.

El honor de la mujer, más delicado y por su condicion crítica más espuesto todavía que el del hombre, jamás puede confiarse á la torpeza y á la estupidez.

Necesita de más conviccion, de más vigilancia, de más valor y de más estimacion de las que la ignorancia pueda facilitarle.

La mujer, que por el estado raquíptico de sus conocimientos confunde y exagera muchas veces la apreciacion verdadera de las doctrinas, supone que para ser virtuosa tiene necesidad de abstraerse de la sociedad y vivir en la situacion escepcional en que la coloca una falsa devocion.

Semejante absurdo ridiculiza la grandeza de las relaciones humanas para con Dios.

No intentamos censurar la devocion cuando es la fiel expresion del amor de las criaturas hácia su Creador.

Entonces la virtud busca su perfeccion en la única fuente que existe, en los consuelos divinos.

Nos referimos á aquellas aparentes prácticas piadosas que, aunque se efectúen con la mejor buena fé, confunden sus fundamentos en el fanatismo y producen la hipocresía.

La mujer falsa en virtud, es aquella que adopta el finjimiento por sistema, la holgazanería por aplicacion, ape-la á la distraccion mística para encubrir los defectos de

su conciencia, y que no sabiendo apreciar el mérito de la virtud sincera, se vale de las apariencias para ostentarla vanidosamente y cuenta con una locuacidad maliciosa para disimular sus faltas y descubrir las ajenas.

La mujer enemiga de la virtud, es aquella indolente y perezosa que solo sabe vivir en medio de la oscuridad del egoísmo, y que no conoce otros deberes que los que establece su conveniencia intencional ó interesada.

La mujer ignorante en virtudes, es la que menos se ocupa del estudio y práctica de sus beneficios: de cuyos inmundos lábios salen constantemente y se propagan sin compasión las zizañas que producen la murmuración, la maledicencia y la calumnia, cuyos elementos siempre sostienen en su apogeo á la chismografía social.

A mujeres de esta índole, la moral misma del Evangelio las considera despiadadas y sin conciencia.

Hay mujeres que porque viven rodeadas de halagos y de satisfacciones que deleitan la vida; que porque son consideradas y admitidas en la *sociedad escojida y brillante*, según las calificaciones de esa misma sociedad, se creen ser honradas y virtuosas, y no dudamos que entre ellas haya muy buenas y puras conciencias.

¡Pero cuántos vicios no encubre el esplendor del lujo y las distracciones de la opulencia!

¡Cuánta miseria y cuánta vileza no se oculta bajo la seda y el terciopelo!

La mujer virtuosa que vive favorecida por los bienes y las felicidades de la tierra, es el *más bello instrumento* de que se vale la Providencia para el consuelo de los desgraciados.

La caridad es su principal emblema y la norma de todos sus amores.

La virtud, aunque germina en todo corazón, en pocos produce tan heróicos y sólidos frutos como cuando las desgracias prueban su temple.

En los trabajos y en las privaciones, en el sufrimiento y en los dolores, en la escasez y en el hambre, en el desamparo y en la miseria, en la orfandad y en el abandono, es donde la virtud más combate, donde más se robustece, donde más resaltan sus méritos, y donde más triunfos alcanza.

Hermanada con las desgracias y con el infortunio, es como vive más resignada; es donde mayores consuelos proporciona al alma, donde ostenta toda su dignidad, y desde donde empieza á purificar su inmortalidad.

Confundida entre los placeres de la vida, arrastrada por el bullicio de la vanagloria y de la opulencia, aletargada por la embriaguez de las satisfacciones, puede vivir la virtud en nuestros pechos á costa de mucha fuerza de voluntad, pero ¡cuán efímera salud disfruta de esta manera! ¡Cómo se desvanece!

Nuestros esfuerzos no son bastantes á defenderla de las asechanzas que la rodean y casi siempre se pierde por el desfallecimiento de los deberes que se olvidan, ó por la altivez con que la maltrata nuestra soberbia y amor propio.

Lástima grande es que muchas mujeres de virtudes envidiables vivan retiradas de la sociedad y de que el mundo no conozca sus méritos para aprender de la grandeza de su corazón las puras doctrinas que sirven de encanto á las familias y llenan de bendiciones el hogar.

El espíritu de nuestra sociedad actual, aplaude el ingenio, estimula el trabajo, premia la invención, considera la inteligencia, admira el talento, y para la virtud no tiene más recompensa que la ingratitud y la indiferencia.

Sin estímulos ¿qué de extraño tiene que muchas criaturas, olvidadas de su dignidad perdurable, no cuiden de hacerse virtuosas para conservar las facultades de su alma tal como los deberes morales y religiosos disponen?

## CAPÍTULO V.

# LA AMISTAD.

La amistad es un bálsamo que dulcifica las penas de la vida, y conserva esa pureza del alma que prepara á la inmortalidad.

ECCL. IX.-15.

### I.

De la union simultánea que cierta conformidad produce en las inclinaciones de nuestros sentimientos, se deriva esa confianza que en nuestro ánimo promueve la simpatía.

Las simpatías son la base de todas las afecciones dulces y tiernas que conmueven el sentimiento y le inclinan á convertir la admiracion en respeto y consideracion, y los deseos íntimos en estimacion y reconocimiento.

Estas progresivas comunicaciones simpáticas, á pesar de su libertad de accion, naturalizan en el alma una influencia misteriosa, necesaria é incomprensible, que las conduce á adquirir mayor desarrollo y perfeccion.

Por ellas sentimos nosotros la impresion agradable de la amistad, que es sin duda una de las manifestaciones más estimables de nuestro modo de pensar, uno de los más sublimes sentimientos de nuestro corazon.

La formacion y las condiciones de la sociedad humana, exigen el sostén de las relaciones y el conocimiento recíproco, más ó menos perfecto, de los individuos con quienes tenemos la necesidad de alternar y de vivir.

Pero nuestros deberes y nuestras necesidades, nuestras satisfacciones y nuestras penas requieren expansiones más amplias y más independientes de las que pueden encontrarse en la sensibilidad del amor y en las de la confianza de la familia, adquiriéndolas comunmente con el afecto que una buena amistad nos facilita.

La amistad es la eleccion preferente que hacemos de una ó más personas para confiar en su lealtad é ilustracion los asuntos de nuestra vida, recibir sus consejos, satisfacer decorosamente las ternuras delicadas de nuestra alma y confundir sus consuelos y satisfacciones con las nuestras.

La amistad, pues, es una necesidad indispensable para nuestra vida social y para el sosiego de nuestras aspiraciones de felicidad.

Necesidad que sirve para manifestar las afecciones de nuestro corazon de la manera más libre y pura que humanamente cabe, y conseguir ser en igual forma correspondido; que deposita sus secretos y sus pensamientos en otro corazon para poder hacer el suyo igualmente depositario de estrañas confianzas; que presta sus fuerzas propias para adquirir iguales auxilios y consuelos.

La amistad verdadera se distingue por las buenas y escelentes cualidades á ella inherentes, como son el respeto y la confianza, la estimacion y el desinterés, y se destruye desde el momento que se desprende de estas propiedades.

El respeto y la consideracion en el órden social, son tributos que debemos á todos nuestros semejantes; la confianza y el desinterés solamente conviene tributarse á los séres elegidos que por sus simpatías corresponden con igual sinceridad.

La amistad se crea por la atraccion misteriosa é imprescindible que sienten dos individuos estraños á impulso de sus observaciones y relaciones recíprocas.

Su influencia impresiona á veces como el amor, y una complacencia inesplicable improvisa la atraccion y abrevia las observaciones de la simpatía.

La amistad hace gemelas las almas á pesar de la desigualdad de carácter, del temperamento, de la diversidad de séxo, estado y costumbres, y las modifica y modera con la abnegacion propia á su inteligencia mútua.

Esa inteligencia misma facilita la unidad de pensamientos y de aspiraciones, ó influye en la concordia de las divergencias que puedan originarse y hasta en el perdón de las ofensas, cuando no se hacen inolvidables por su gravedad.

La amistad, del mismo modo que une dos individuos, enlaza las familias y es la cadena que sirve á la sociedad humana para sostener y consolidar la paz, el órden y la estimacion general.

Su antigüedad es tan remota como la institucion de la familia, y sus relaciones y sentimientos, contrariados siempre por el egoismo, solo pueden considerarse terminados con el fin de la humanidad.

## II.

Las doctrinas antiguas han considerado la amistad como una de las virtudes más necesarias para el hombre, al paso que no reconocian en la mujer facultades suficientes para el desarrollo de este sentimiento.

Absurdo é injusto es suponer que el corazon de la mujer, tan sensible por su ternura y por su naturaleza delicada, en el cual caben sin discusion las propiedades anexas á la bondad, á la benevolencia, á la generosidad y á

la amabilidad, se la suponga incapaz de acojer los estímulos de la amistad.

No dudamos que la mujer, por las condiciones naturales del papel que en la sociedad está destinada á desempeñar, que por la preferencia con que distingue los estudios del amor, propenda á ofrecer más tributo á esta pasión que á la de la amistad.

Las inclinaciones del amor guardan analogía con las aspiraciones de su porvenir y con los deseos de felicidad que siempre la incitan; pero aunque el amor se considere como la más excelente y sublime perfección de los afectos, aquel sentimiento vivo del alma no llena por completo, y requiere auxiliares afines que admiren su entusiasmo y su fé, ó le remuneren de sus irreflexiones y desengaños.

El egoismo y la reserva que observamos en la mujer, no pueden privarla en absoluto de la necesidad común que nuestras satisfacciones y nuestros pesares encuentran en la consoladora confianza.

La amistad en las mujeres podrá reunir otras condiciones diversas más escepcionales que en el hombre; pero su manifestación, aunque produzca diferentes resultados, no puede carecer de ternura y de delicadeza.

La mujer, menos espontánea en sus afecciones que el hombre, las dirige todas á un fin determinado, quizás por el temor pueril de desviarlas de su destino, y acepta la amistad más bien como necesidad conveniente para sus confianzas que como expansión natural del afecto.

Quizás en el sencilló corazón de una mujer discreta y virtuosa, quepan las puras afecciones de la amistad con más sinceridad que en el alma de muchos hombres que blasonan de la abundancia y favor de sus relaciones íntimas; pero no es lo más frecuente.

La amistad de los hombres, aunque se improvise de igual manera á la de las mujeres, con el tiempo se hace

más sólida y más sincera que la que entre sí ellas se prodigan.

Aquella espansion, ménos sujeta á determinadas contrariedades de carácter y de índole, vence cuantos obstáculos se le oponen á su incremento y desarrollo; al par que las amistades femeniles, el más leve hábito del amor propio, de la vanidad ó de la envidia, puede convertirlas en una rivalidad odiosa.

Todo el entusiasmo, toda la libertad que la mujer dá á sus pensamientos en las confianzas amistosas, se conservan incólumes mientras sus amigas no pretendan aventajarle en sus condiciones, mientras no se sobrepongan á sus deseos y á su voluntad, mientras no imiten y superen el gusto de sus caprichos ó no influyan en las debilidades de su amor.

Si la prudencia no contraría con suavidad y discrecion sus correcciones, el consejo más desinteresado puede servir de fundamento para la ruptura de relaciones enlazadas con los vínculos de la amistad más estrecha.

La mujer, asegura De Bonald que es la amiga natural del hombre, y considera débil y sospechosa á su lado cualquiera otra amistad.

Sin embargo, ninguna otra relacion amistosa es más vigilada, censurada, ni ridiculizada que aquella que un hombre profesa desapasionadamente á una mujer; porque el naturalismo y la malicia no conciben la pureza del espíritu, ni la relacion de los sentimientos dentro de la órbita inocente de su delicadeza propia.

La amistad del hombre para con la mujer, puede ser tan sublime, tan pura, tan noble como la más inocente pasion, sin que llegue á correr el peligro de una corrupcion profana.

Depende esta circunstancia de la índole de los sentimientos, de la bondad que los limita y de la educacion especial que se les haga adquirir; de igual forma que el

amor conserva con su platonismo la elevacion de ideas y la pureza de sus aspiraciones.

Si imposible fuera esta desinteresada y noble alianza, con facilidad concederíamos la razon de sus ataques á los positivistas, que no comprenden ni pueden explicarse la constancia de los sentimientos sin la correspondencia y la gratitud de las sensaciones.

La analogía de los sentimientos se hace más agradable, más tierna y más delicada cuando las relaciones mútuas, sin inflamarlas el amor, crean un afecto purísimo que dulcifica las amarguras de la vida y apoya las debilidades del corazon con sus consuelos.

En la confianza natural y respeto que mútuamente se inspiran las almas que hace gemelas la felicidad ó las desgracias, estriba esa proteccion mútua y desinteresada de que tanto necesita la mujer en su orfandad y en sus solitarias situaciones, y que el hombre debe concederle levantándola con dignidad y leal consuelo del abatimiento que pudiera estraviarla.

Si nobleza grande revela el corazon humano, es aquella que armoniza las simpatías de la amistad con las influencias de la caridad y sirve de instrumento á la Providencia para sus designios inescrutables y para sus remedios oportunos.

La amistad pura del hombre para con la mujer, proporciona una felicidad relativa, tan tranquila por su discrecion y virtud como el amor no puede conseguir á pesar de su vehemencia, porque los celos ningun derecho ni influjo tienen para perturbarla ni arrancarla de sus límites naturales.

Este sentimiento, cuando es verdadero, con su pureza realza la discrecion de la mujer; pero cuando es falso toma el carácter de delirio, semejante al que enloquece á las estraviadas.

Si la amistad del hombre con la mujer proviene no de

la sinceridad de los sentimientos, ni de las bondades de la virtud, sinó del gusto que influye en la atraccion mútua, es muy fácil que ese trato comprometa la alianza y peligre la sensíbilidad de su corazon, descubriendo tras las inocentes intenciones que la enjéndraron una pasion ardorosa que no sea posible sofocar ni aún con el retraimiento.

La amistad del hombre y de la mujer no es conveniente fomentarla en todas las edades; no todos los temperamentos pueden tranquilamente sostenerla ni aún adquirirla, porque se trastorna y se pierde inadvertidamente cuando otras pasiones más vigorosas ó intenciones más libres dominan en el corazon.

Pero cuando la esperiencia consolida nuestro criterio, cuando las pasiones recobran su calma primitiva y los desengaños no pueden renovar los apetitos, la amistad del hombre para con la mujer, sin salir de la esfera de su delicadeza, es el mayor é inocente consuelo de la vida que conserva vivas las dulzuras del alma como un resto del amor perdido.

Para los afectos de nuestra vejez, no quedan más que dos dulces consuelos; las caricias inocentes de los niños que nos encantan y las palabras consoladoras de la mujer virtuosa y de corazon que nos vigoriza.

Todo lo demás nos aburre y nos fastidia por falta de propia aplicacion.

### III.

Las circunstancias que en la vida del hombre concurren, la libertad natural con que desarrolla sus afecciones, la índole de sus trabajos ó de sus negocios le obligan á inclinar su corazon á los impulsos de la amistad, alternando aquellas satisfacciones con las del amor y las de la familia.

Así se explica que aun aquellos individuos en quienes el amor no hace mella, no puedan prescindir de conservar siempre afectos entrañables por amistad con personas que se constituyen en poseores de las simpatías más delicadas de su corazón.

La mujer concede su elección preferente al amor más que á la amistad, porque encuentra en aquella pasión el estímulo principal de su vida, desde que ella lo adquirió en el cariño de sus padres, hasta que procura transmitirlo á sus hijos, cumpliendo con todas las fases de la ley natural.

Y no es extraño que las aspiraciones de aquella pasión más ardorosa y vehemente hayan hecho observar á un filósofo que la mujer es poco aficionada á la amistad porque todos los fuegos de su corazón arden para el amor y los consumen las ilusiones.

Pero como el amor, cualquiera sea su intensidad y su grandeza, jamás satisface por completo las necesidades de nuestra alma, si las pasiones no han gastado las ternuras del sentimiento, de él se desprende esa dulce y tierna emanación que el amor mismo necesita para sobrellevar sus ingratitudes y dirigir con rectitud y experiencia sus manifestaciones.

La unión de las relaciones sociales que la urbanidad sostiene en toda sociedad, es lo que desgraciadamente la mujer confunde con la amistad; es decir, el conocimiento visual de personas.

Y sin más estímulo que el del trato de cortesía, espone aquella virtud á los peligros de sus equivocados estímulos.

El lazo de estas uniones veleidosas que se establecen con tanta ligereza de estudio y conocimiento, lanza á la mujer en la inconstancia de inevitables desengaños, la coloca en una situación rígida que dejenera en desprecio ó rivalidad, fomenta sus animadversiones y sirve de pábulo á todos los caracteres del odio.

La amistad entre dos mujeres, para conservarse inalterable y hacerla más sincera, tiene inevitablemente que luchar mucho contra su propio espíritu de dominación, contra sus defectos naturales y contra la envidia que resulta de las comparaciones de sus méritos, si quiere evitarse consecuencias sensibles.

Por esto la amistad constante entre las mujeres se califica poco menos que de fenómeno raro, y sirve á algunas escuelas para sostener que en la mujer no caben más sentimientos, que los relativos á su amor para con el hombre.

El afecto de la amistad se adquiere comunmente en nuestra alma de una manera casi diversa al del amor.

Mientras esta pasión súbitamente penetra en el corazón ó le seduce para dominarlo, mientras una simple mirada basta para conmovernos, ceder á la perturbación y esclavizarnos, aquella limita por lo general sus impulsos á las observaciones consiguientes de la consideración y de la estimación, y según la confianza que inspiran así con más independencia se apodera de los sentimientos y los dirige.

La notoria variedad de simpatías y el desinterés en que siempre se funda el cariño de una amistad sincera, influye en que sea más duradero y á veces más constante que el de los amores apasionados.

#### IV.

La amistad verdadera tiene tal importancia para todos los pueblos civilizados, que las escrituras sagradas ya la calificaron en su tiempo como preferible á la fortuna.

Efectivamente; cuando se sabe conservar su integridad y no se falsifica con el interés ni con el egoísmo, nada hay en la tierra que pueda compararsele.

Ella influye en nuestra vida con sus consejos, nos

aparta de los peligros, nos instruye en nuestras conveniencias, nos guía y nos fortalece en la adversidad.

Su cariño revela la pureza sublime de los sentimientos más independientes que el del amor; en su fidelidad depositamos nuestros secretos más recónditos; de su constancia confiamos la plenitud de nuestros consuelos, y nuestra felicidad dependé muchas veces de la lealtad con que se nos considera.

Su amor supera con frecuencia al fraternal y está predispuesto siempre á soportar las flaquezas ajenas y corregirlas con la sinceridad de la perfeccion que más se estima.

Su desinterés llega á gozar con nuestras satisfacciones propias, sin envidiarlas y predispuesto á contribuir á éstas con sus sacrificios, y sus lágrimas confundidas con las nuestras, alivian las tribulaciones del infortunio.

Su proteccion supera á la de los hermanos y aún á la de los padres en algunas ocasiones, y su generosidad sirve de motivo para conservar la gratitud que promueve nuestras más sinceras bendiciones.

Nuestra honra es la honra de un amigo verdadero, nunca se permite ultrajarla; nuestra vida es su vida, nunca la compromete ni abandona, y por su defensa es capaz de llegarse hasta el sacrificio y el heroísmo.

La amistad, como toda virtud, no acredita su temple en la prosperidad y en la opulencia; en ellas vive con molice y con indiferencia; donde más realza sus puras intenciones es en la adversidad.

En la desgracia y en las orfandades del alma está su mision consoladora.

La amistad, como toda pasion, tiene sus falsificaciones; como toda virtud, no escasea de peligros.

Filtra la adulacion por pendiente resbaladiza é introduce en el alma la falsía y el engaño para satisfacer sus encubiertas ambiciones.

El egoismo promueve el interés y se presta á servir de pérfido consejero para esplotar la sencillez y lealtad de aquella afeccion.

La envidia despierta ambiciones dormidas y apela á ridiculizar la sinceridad del amigo inocente y fiel, á quien sorprende con el sarcasmo y el ultraje, para destruir vilmente la constancia de sus afectos.

Cuando de la insolencia se usa en los disgustos de la vida, las ofensas se suceden alejando del corazon las preferentes simpatías, que hermanaron desde el principio la unidad de voluntades.

Y si se llega al término de violar la sagrada custodia de los secretos, sin atender á la gravedad de la falta y sus consecuencias, se establece con su alevosía y perfidia una enemistad rencorosa casi imposible de reconciliar; porque muchas veces con las heridas que los desengaños abren en el corazon, se reportan males y perjuicios imperdonables.

La manera frívola que la humanidad tiene de apreciar todas las cosas que constituyen el engrandecimiento de su dignidad, es causa de que por muchos no se sepa apreciar el valor exacto de la amistad, y que se prodigue el nombre de amigo á cuantos conocimientos personales se adquieren.

Algunos de estos, lo mismo en los hombres que en las mujeres, sin condiciones ni aún para ser favorecidos por nuestra sociabilidad, faltos de buena fé y de bondades internas, los distinguimos cual si fuesen modelos útiles para nuestra perfeccion y para nuestra confianza.

A su audacia y pretensiones sociales, á su orgullo y á su libre conducta deben la osadía conque arrebatan las simpatías de los incautos, que se dejan seducir por la vanagloria y por las libertades morales de su manera de vivir.

Admiradores nosotros de sus costumbres entusiastas

por sus condiciones cénicas, nos constituimos en discípulos de su indiscrecion, de sus vicios y de su libertinaje, y con sus perversas lecciones aprendemos inconscientemente lo que nunca debiera conocer nuestra educacion.

Ciegos por una misteriosa influencia, les seguimos á todas partes, aplaudimos y ensalzamos sus doctrinas que envenenan la bondad de nuestro espíritu, y desgraciadamente su amistad perversa nos inclina y sumerje en los peores peligros de la corrupcion.

A estas amistades, enemigas de nuestra sencillez y felicidad, debemos el olvido de los consejos prudentes de nuestras madres, el desprecio de nuestras más gratas virtudes, la indiferencia con que se considera el amor puro de la mujer y muchas de las desgracias y pesares de nuestra vida.

Su influencia no es solo el corazon sano quien la maldice, es tambien Dios que cuida de conservar la bondad y dulzura de los sentimientos nobles que tiene depositados en nuestra alma, para solazarse con nuestra amigable gratitud.

## CAPITULO VI.

### EL AMOR.

Amor es un ala que Dios dá al alma  
para que vuele al cielo.  
Miguel Angel.

El amor es el egoismo de dos.  
La Salle.

#### I.

¡Amor!

Palabra mágica cuya misteriosa influencia penetra en el seno de todos los seres. ¿Quién no la conoce, quién la define?

Sensacion dominadora cuya escitacion poderosa conmueve el universo entero. ¿Quién no la siente, quién la esplica?

Emanacion divina por cuya magnificencia inspiró Dios la admirable creacion. ¿Quién no la comprende, quién analiza su grandeza?

Si los misterios de la tierra se investigan, allí está el amor velando sus obras.

Si la profundidad de los mares se descubre, allí se encuentra la ley de su inclinacion y la causa de sus efectos sorprendentes.

Si en las alturas de los aires se duda de su existencia,

allí se manifiesta con toda su sutileza; porque donde alienta la vida hay amor.

Si al mundo ideal se llega y la ignorancia impide distinguir su fuente, una luz divina descubre su origen, demuestra su inmortalidad con todas sus perfecciones, y nos presenta la manifestación más sublime de sus sentimientos purísimos.

¿Pero quién analiza esta pasión, quién la define, quién la explica?

Si á las plantas interrogamos, nos manifiestan con sus aromas, con sus bellísimos colores y con sus flores lozanas, que sienten amor, pero que solo pueden explicárnoslo con su embriaguez y hermosura.

Si á las aves escuchamos, nos dicen con sus cantares, con sus melodías, que sus tiernas almas mueren de amor, pero que no saben definirlo.

Si en las soledades de los desiertos y en los misterios de las selvas oímos el zumbido del insecto, el silvido del reptil ó el rugido terrible de la fiera, sus expansiones serán otras manifestaciones más del amor, pero nunca nos darán la explicación deseada.

Verdad es que la inteligencia y sus facultades solo en el hombre residen, y aquél que todas las sustancias analiza, quien todos los sentimientos de su alma investiga, ¿no podrá decirnos qué es el amor?

El hombre siente su influencia, como todos los seres; por su entusiasmo arrostra peligros invencibles, soporta sacrificios inmensos, sufre, llora, enloquece y muere, pero no sabe ni puede definir esa pasión veheméntísima.

Su inteligencia es muy limitada, su razón muy pobre, su corazón muy pequeño para sentir tanto como siente y comprender y definir á la vez la inclinación irresistible de nuestra alma que enjendra el amor.

Algunos filósofos para definirlo, revuelven y confunden el mundo real con las concepciones más ideales, y sus

pensamientos útiles y elevados terminan con el sofisma, no con la definición verdadera.

Otros pensadores escudriñan y profundizan la naturaleza de todos los seres, y de sus lucubraciones solo consiguen estraviadas suposiciones.

El filósofo y el sábio conocen el amor porque lo sienten y la superioridad misma de sus conceptos grandiosos les confunde y fascina, pero ni aún á pesar de sus obras pueden definirlo.

Los poetas, en cuyas cabezas Dios ha reflejado más que en otros hombres el poderío de su inspiracion santa; en cuyo corazon laten pulsaciones más calorosas, consultan con la misteriosa luz de la luna y de las estrellas, apelan con viva fantasía á las auras y los céfiros, al perfume embriagador de las flores, á la armonía de las aves, al deleite vivificador del rocío para cantar sus sentimientos y decirnos que *amor es la poesia de la vida*.

Bella definicion, incomprendible, que llena el alma de dulces ilusiones, que nos adormece con sus cantares, nos arrebatada con el sentimiento de sus ficciones seductoras, pero que no satisface la ansiedad de nuestro espíritu cuando desea que se le explique qué es el amor.

Desde que el hombre publicó por signos sus pensamientos, se viene analizando y definiendo esta pasion y ni aún hoy la cuestion está resuelta con claridad.

Unos la plantean en sus gratos placeres, otros en sus exaltaciones vertiginosas; estos en la tranquila elevacion purísima de la idea, aquellos en la amargura de los sufrimientos; y ni aún los que esperan trocarla en mejores goces despues de la vida pueden hoy perfectamente explicarla.

La materia quedará siempre confusa é indefinida; su estudio será interminable mientras el hombre en la tierra subsista.

La definicion precisa, pues, la dejamos para que cada

cual la adapte á sus sentimientos, á sus sensaciones, ó á sus ideales.

## II.

Hemos dicho que el poeta es quien más puede hablar del amor, porque su inspiracion es la idea que no solo brota de las facultades de la inteligencia y de las ficciones de la fantasía, sinó tambien de los sentimientos del corazón.

Su fuego y su viveza alientan el entusiasmo y elevándole á las regiones ilusorias, descubre en sus visiones imágenes más bellas, ideas más elevadas, más perfectas y hasta más íntimas con la divinidad.

Sus investigaciones profundizan los secretos más sublimes del alma, y los armonizan con los de la naturaleza, con los misterios de la ilusion, con el silencio de la melancolía y con la alegría de la vida.

Sus cantares son el afan constante del estudio y de las demostraciones de esta ciencia, cuyo conocimiento imperfecto lo mismo puede conducirnos á la más vil abyeccion que elevarnos á las regiones del infinito.

En su pureza ó impureza, en su inocencia ó su malicia, estriba la santificacion ó corrupcion de las ilusiones que embriagan el alma, segun la dignidad y la sinceridad con que arraiguemos en nosotros sus fundamentos.

El amor que la naturaleza nos enseña es esa pasion grosera que conmueve y escita los sentidos, entorpece la razon y adormece el espíritu, influyendo solo en la calma soporífera de nuestras deliciosas sensaciones.

El amor humano es el gran impulso de dos corazones que confundiendo sus recíprocos deseos en una sola voluntad, se alientan por el propio ideal de felicidad, aspiran á un mismo destino y purifican y engrandecen sus sentimientos.

El amor divino es aquella inocente y purísima aspiración de nuestra alma, que pretende elevarse de la tierra á impulso de una influencia desconocida y poderosa, que nos acerca á las regiones de la inmortalidad comunicándonos con Dios.

El amor natural ó de sensacion apaga los deseos purísimos de nuestras mejores aspiraciones; el amor de sentimiento los enardece é inflama á impulso de sus propios ideales; el amor divino los purifica y eterniza.

Solo en el amor del hombre caben estas tres clasificaciones, que contribuyen á significar su superioridad reconocida.

Y el hombre mismo no amaría intensamente y con verdad nada de lo real ni aún de lo imaginario, si sus estímulos no procedieran de su corazon y de la concordancia con la otra mitad de su alma, que es el corazon de la mujer.

La mujer, pues, es la fuente de la cual dimana nuestro amor terrenal; su corazon es la luz que lo esclarece, lo eleva y dirige á fines más altos; la estrella que en esas aspiraciones lo guía.

Si esa fuente es inmunda, si esa luz es débil, si esa estrella no brilla ni refleja en nuestra inteligencia su esplendor, nada sublime, nada santo, nada grande hay que esperar de su inspiracion.

El amor de los tiempos antiguos, protegido por las bacanales inmundas, solo produjo libidinosas Mesalinas y criminales Cleopatras.

Si la poesía, entusiasmada por la desesperacion de Saffo ha cantado su arrojo; si ha admirado la constancia de Julieta; si ha perdonado el arrepentimiento de Fœdra, su fama no alcanzará la inmortalidad gloriosa que acompaña á la pureza: porque esta aureola, la ha reservado la moral cristiana para las lágrimas sinceras de Magdalena, para la resignacion entusiasta de Eloisa y para la inspiracion sublime de Santa Teresa.

Nuestra religion, que es toda consuelo, toda amor, y que no enaltece principalmente sinó por el amor, es la única doctrina que ha elevado la dignidad de los sentimientos de la mujer, la que ha santificado su pasion casta, la que ha armonizado las sencillas ilusiones de su alma con las remotas esperanzas celestiales.

En los tiempos en que la caballerosidad unida á las creencias del alma consideraba el amor como un pensamiento sagrado, la pureza é inocencia de su grandeza influyeron en las acciones más notables de los hombres.

A impulso de la gratitud y recompensa de una mujer amada se arrostraban sacrificios increíbles, se acometian empresas árduas, se decidian luchas sangrientas, y á su fidelidad y constancia deben muchos héroes el lugar glorioso que sus nombres ocupan en las memorias históricas.

Hoy, que toda idea se quiere llevar al positivismo, que todo fin de la vida se sujeta á conveniencia matemática, el amor carece de aquel entusiasmo arrebatador, de aquella nobleza distinguida, y relajado por nuestras costumbres, por nuestras ambiciones y egoismo ni se arraiga sólidamente en el corazon, ni se manifiesta con el delirio de una verdadera pasion grandiosa.

### III.

En la primavera de la vida, y cuando la mujer sostiene esa lucha entre la inocencia y la ignorancia que transforma su condicion, el alma, envuelta en fantasías confusas y seductoras, abraza por vez primera en su seno ese sentimiento agradable, dulce y tierno que fecundiza nuestras venturas y se llama *amor*.

A su escitacion el corazon se convierte en foco de fuego inestinguible, que mientras más reconcentrado vive, más vírgen y sincero se conserva al abrigo de sonrientes

esperanzas; pero que se esparce y comunica al soplo del deseo y perturbacion de sus ilusiones bellísimas.

En esa época, el amor por vez primera manifiesta toda su inocencia verdadera, toda la grandeza que en la vida necesita para ser siempre manantial de felicidades y no convertirse jamás en raudales de amarguras.

Las impresiones mismas que comunica en el corazon del hombre inspiran más vehemencia, más encanto y más sinceridad que cuando la razon, meditando su influencia, distrae y altera los sentimientos más brillantes de la inspiracion de su alma.

El primer amor que el corazon siente, ejerce una impresion tan profunda, que tiene el privilegio de conservar siempre en el corazon sus dulces recuerdos indelebles y como dice Metastassio, *nunca se olvidan*.

Su perenne huella solo la deja el amor que nace al amparo de los sentimientos delicados del alma, no el amor bastardo que promueven las sensaciones; porque aquella se borra en cuanto éstas se calman ó la distraccion las debilita.

La especial condicion de la mujer contribuye á que conserve más velados los sentimientos de su amor, y la priva de la iniciativa que el hombre tiene para manifestar su inclinacion; pero esta misma situacion crítica y pudorosa le facilita elementos para consultar la sinceridad y bondad de sus sentimientos, investigar los del hombre y anudarlos con el lazo de la alianza ó preservarlos de los deseos inconvenientes con que se solicitan.

De su impresion bonancible y de su conocimiento perfecto depende el porvenir de su corazon y el del hombre á quien la mujer ama.

Si la belleza ó las gracias de su gentileza; si la elegancia ó la ambicion de fortuna son los estímulos que fomentan el gusto de su amor, sus impresiones nunca pueden tener más atractivos ni más duracion que la escogida por la validez transitoria de los caprichos.

Cuando el talento y la pureza, la inocencia y la virtud impulsan la creacion y el conocimiento de ese amor, las impresiones se graban en el alma con timidéz y dulzura; pero con fuerza tal y con fé tan anhelante que solo se hace comparable *al amor celeste que nunca sabe mentir*.

Su fidelidad alienta y vigoriza la esperanza que hace del amor no una ilusion vana y pasajera, sino una verdad pura y necesaria que con delirio y abnegacion defiende siempre.

La mujer para amar no necesita más que de la ternura de su corazon; pero para no falsear su amor, necesita del talento y de la grandeza de su alma.

Su estudio debe en primer término empezar por el examen de sus propios impulsos para no aceptar un amor de vanidad, ni ambicionar por coquetería las predilecciones que pueden pronto acabar con su entusiasmo y colocarla en la peligrosa pendiente de la voluptuosidad.

Debe, con esa sagacidad que solo posee el instinto de la mujer apasionada y discreta, escudriñar si el corazon del hombre vive en el lodazal de las pasiones impuras; si el idealismo con que reviste su amor es el resultado práctico de la virtud que ella desea, ó el difraz con que encubre las asechanzas de la seduccion ó las ambiciones del interés.

Debe no alucinarse con el esplendor ni con los alhagos de una pasion, que es muy susceptible de estraviarse, sometida á los atractivos vehementes de sus mismos encantos.

El acierto en sus propias reflexiones, la librará de las consecuencias lamentables y de las invectivas injustas conque algunos hombres confunden y consideran todos los amores de la mujer.

El entusiasmo admirable que el amor produce en el alma, nunca debe conducirnos al término de ofuscar nuestra razon ó alucinarla dando libre expansion á sus impulsos.

Y mucho menos la mujer, cuya excesiva sensibilidad tiene que concordar pudorosa y tiernamente con los sentimientos que el hombre le descubre.

Las formas con que se espresa esta pasion es uno de los puntos principales á que la mujer debe prestar su atencion para averiguar su sinceridad ó engaño.

Ellas le facilitarán motivo suficiente para evitarse las lágrimas y arrepentimientos que suelen suceder á sus equivocaciones impremeditadas.

Desgraciadamente las aparentes formas, las manifestaciones exageradas, las ampulosas frases son los estímulos conque la indiscreta galantería ó el libre atolondramiento de los calaveras se sirven para perturbar ó engañar la impresionable imaginacion de la mujer, espuesta débilmente á desvarios en cuanto de amor se le habla.

El hombre que ama sinceramente, piensa, medita, contempla y hasta se extasia en la mujer á quien ama; pero apenas encuentra palabras para expresar su amor.

La pureza natural de su pasion le arroba el pensamiento, su abstraccion le perturba, la duda de su recompensa le entorpece, la timidéz de sus sentimientos le priva de la locuacidad, y en la dificultad del silencio quisiera más bien resolver su afecto impaciente.

Una mirada y un suspiro exhalado desde el fondo del corazon, son muchas veces la comunicacion más espresiva é inteligente de las almas enamoradas.

Quien haya amado con la pureza del sentimiento nos dará la razon.

Una sonrisa ó una lágrima son todo un poema sublime de amor que revela la grandeza y la gratitud del alma, cuando esa sonrisa y esa lágrima es la espresion natural de la satisfaccion y de la ternura.

Cuando el amor no se falsea, la declaracion de los sentimientos embaraza todas nuestras facultades, las agitaciones del pecho turban nuestra mirada y su incierta

influencia electriza el rubor de la mujer, que ante nuestros ojos se hace adorable por su dulce candor y timidez.

Esta directa manifestacion del amor, si bien perturba mucho al hombre de discrecion que la hace, no preocupa ni conmueve menos seriamente á la mujer pudorosa á quien se dirige.

Es para ambos el gran problema de su destino, el que más meditacion y estudio exige; y aunque la impaciencia atosigue, la mujer debe retraer el impulso de sus deseos, hacer valer sus méritos y meditar despacio el carácter de sus impresiones.

En ningun caso, ni por ningun concepto debe arriesgar la mujer con su precipitada conformidad la solucion más ardua para su corazon, porque puede peligrar y ser profanada hasta la candidéz de su inocencia.

Y la inocencia es el bello atractivo que más realza los misterios del amor.

Y el amor sin reserva ni misterios, carece de interés y disipa las ilusiones encantadoras que tanto dulcifican los goces del corazon.

Para las almas puras, el amor desea siempre ser velado por el misterio, no por el secreto, porque no sabe mentir; y la creencia de sus promesas mútuas despierta en el alma una corriente de confianza, que crece y aumenta con el auxilio de la recíproca fidelidad y constancia.

La creencia en amor es la inteligencia mútua de dos almas que se comprenden y sostienen sus aspiraciones con la unidad del pensamiento, sin necesidad de apelar á extraordinarias ni ridículas demostraciones exteriores para conservar radiante la claridad de sus ilusiones.

La confianza, es el pacto misterioso con que el corazon dá crédito á esas creencias, y es la esperanza que mantiene vivo el deseo de conseguir el único bien en que estriba su felicidad.

El hombre que manifiesta su amor á una mujer sin

creer en su pasion ni de ella esperar la dicha de su alma, no es un vulgar escéptico ni un despreocupado; es sí un hombre indigno de la consideracion de todas las mujeres, á las que juzga cual juguetes de su diversion.

El recurso de su pasatiempo, revela lo gastado que tiene el corazon ó la ineptitud y pobreza de su ingénio villano.

La desconfianza que oculta en sus palabras, pero que revela en sus acciones, lleva el desengaño al corazon de la mujer que le ama, y las lágrimas que por él vierte jamás debieran amargar su vida.

Los hombres que no tienen corazon ó sienten en él la frialdad del escepticismo, nunca creen en la fé pura de los sentimientos ni en su confianza desinteresada.

Pero la mujer nacida para esperar, que espera siempre, cualquiera sea su situacion, cuanto más ama más conmociones internas siente, y sufre por amar sin correspondencia ó por no ser amada tanto como ella desea.

Natural y necesaria es la ambicion de amor en la mujer; creada para amar, únicamente en el amor encuentra los elementos de su vida.

La fidelidad es otra condicion indispensable para el amor, sin la cual no es posible la constancia.

La fidelidad es la que infunde en las almas enamoradas ese *egoismo de dos* observado por La Salle.

Y como la fidelidad cifra su perseverancia en las promesas juradas, en el anhelo y en la satisfacion del mismo placer, cuando á ellas se falta penetra la duda y solo el vacío y el dolor dejan en el alma.

En la mujer veleidosa y frívola no cabe el amor en la forma que lo describimos, como no cabe en el hombre indiferente ó seductor; porque ambos consideran sus impresiones cual novedades variadas de la fantasia que provisionalmente deleitan.

Aquella, no estima la contemplacion y la timidéz del

hombre digno y leal, que califica de cortedad, sinó las sensaciones arrebatadoras y los vivos deseos que espresa la adulatora galantería.

Así como éste, no puede comprender más que el lenguaje del exagerado romanticismo ó las demostraciones afectadas de la coquetería.

El hombre que ama sincera y desinteresadamente á una mujer, no la ama más que por las cualidades de su corazon y por sus méritos.

Es el amor más discreto que la mujer puede desear para su felicidad.

Sus afanes y sus estudios debieran dedicarse á distinguir el género de amor que se le manifiesta, más que á sostenerle y á conservarlo sin conocerlo.

Si así se hiciera! Cuántas lágrimas se evitaría la mujer que de buena fé entrega su corazon inocente á cobardes pretendientes, que ocultan, bajo los encantos del amor, la ambicion de sus intereses y el deseo intemperante de sus gustos!

¡Cuántos hombres se esmerarian en su conducta para ser tan buenos y perfectos como las mujeres les exigen!

Porque el amor, como sentimiento del alma, ejerce una influencia tan intensa y enérgica que todo puede destruirlo ó acaba por perfeccionarlo todo.

## V.

El amor desde que nace está expuesto á diversas contrariedades vencibles unas, insuperables otras, que tanto en el hombre como en la mujer acrecientan la pasion, la vigorizan con sus luchas y la conducen á un triunfo glorioso ó á una derrota lamentable.

La mujer veleidosa que ama, pero que con sus incertidumbres y sus concesiones juguetea con el corazon del

hombre, se espone á convertirle en tirano en vez de la servidumbre con que quiere avasallarle.

La mujer coqueta, que, con sus estudiadas exigencias y sus débiles negativas, confía el triunfo de su amor á los volubles latidos de su corazon, se espone á ser despreciada ó profanada por un amor impuro.

La mujer que no sostenga el amor del hombre con todo el decoro y la santidad que su pudor exige, que confunda la voracidad del deseo con la elevacion del sentimiento, ha de llorar inevitablemente su derrota.

Y las lágrimas que en secreto inflamen sus ojos y abrasen su corazon, han de secar las ilusiones más bellas de su vida á raíz de funestos desengaños.

Porque el amor, para nunca ser ingrato, necesita conservar siempre incólume su castidad, su nobleza y su sinceridad.

La indiferencia es una de las mayores contrariedades del amor; que se hace insuperable cuando la mujer ama y sus simpatías no las adivina el hombre ni le arrebatan.

Los sufrimientos secretos de su corazon, son para la mujer la desgracia mayor de su vida, que soporta en silencio con una resignacion admirable, y casi siempre pasa inadvertida.

Los que dudan de la crudeza de los dolores del alma, pueden preguntar á estos séres desvalidos del amor, si cabe mayor amargura para su corazon sensible que comprender su felicidad, apetecerla y no conseguirla.

La indiferencia que suele seguir al amor despues de una mútua correspondencia, es el frio inerte que enferma el alma y la lleva arrastrada hasta la postracion del orgullo.

Los obstáculos que las circunstancias de la vida, que la repugnancia de los padres ó las conveniencias sociales oponen á la union de dos almas enamoradas, son más fá-



ciles de vencer que la indiferencia creada al amparo de un amor frágil y ligero.

Cuanto más obstáculos al amor se oponen, más robustecen la pasión, más arrogancia demuestra su temeridad, más se prepara para resistir los peligros, mejor pre-dispuesto y confiado está para alcanzar su gloria, aún á costa de los mayores sacrificios.

La vigilancia que ejerce, domina su pensamiento y aguja el ingenio que le facilita y le allana cuantos impedimentos se presentan á su fin.

Cuando el *amor verdad* es correspondido de una manera explícita ó velada por el temor de la oposicion y la necesidad obliga á confiar al tiempo su victoria, ó la ausencia impide la comunicacion directa de sus impresiones, entonces el amor descubre su inmenso poder, adquiere más vigor de la propia fantasia y llega á ser casi una virtud admirable por su fé y su constancia.

Entonces el corazon ávido de consolaciones, pero desconfiando de que el secreto rompa su velo, acude á las ilusiones deliciosas de la imaginacion, y en la soledad vé sus misterios con los ojos del alma é interpreta los deseos de su amado.

El corazon sabe que los céfiros que recorren el espacio acarician las almas enamoradas y á su suavidad confía los suspiros de su amor.

En el silencio de la noche lee en el cielo los pensamientos todos de su amado, y en la palidéz de los astros interpreta la pureza de sus recuerdos.

A la ténue luz de la luna, vé casta su imágen que le jura fidelidad, y con el eco misterioso reproduce y trasmite sus protestas de constancia.

Sus ojos no se apartan del infinito, porque las distancias y los imposibles los comparan sus impacientes deseos enamorados á aquel límite interminable.

En los sonidos de su respiracion propia, escucha las

palabras de su apasionado; en la melancolía que le rodea encuentra los mayores encantos de sus esperanzas.

Y si las impresiones que tan suavemente adormecen esas esperanzas llevan la tranquilidad y el consuelo al alma, nunca está lejana una lágrima de gratitud que dilata y dulcifica sus expansiones.

Esa lágrima es el rocío regenerador del corazón que robustece el amor, le arraiga más y le conserva con toda su sublime pureza é inocencia.

No dudo que estas ideas puedan ser combatidas y ridiculizadas por aquellas escuelas, que, al tiempo y á la ausencia, confían la radical curacion de todos los males de amor.

Pero yo quisiera que antes de escucharlas explicáran la sinceridad de sus intenciones, para descubrir sinó están inspiradas por las sensaciones y si comprenden con sus doctrinas naturalistas hasta dónde puede alcanzar la grandeza del espíritu y del pensamiento.

El corazón que apela á la ausencia en busca de infidelidad y que relega al olvido los recuerdos de sus más inocentes amores, de sus más firmes promesas, es un corazón cobarde que no tiene ni aun valor bastante para sufrir frente á frente las justas recriminaciones de la indignacion.

Su burla hiere de muerte el alma de la mujer enamorada, y si el desengaño se soporta sin la resignacion cristiana, puede la víctima convertirse para el hombre en su enemigo más irreconciliable.

¡Alerta, hombres, hoy que algunas de vuestras doctrinas reproducen valerosamente el género trágico de *mujeres vengadoras!*

## VI.

Nada horroriza más que la idea de un amor impuesto, dice Catalina.

Le sobra la razon.

Hay padres que confunden la potestad que Dios les ha dado para dirigir y aconsejar á sus hijos, con un derecho de mandato despótico sobre el corazon.

Es menester estar locos para imponerse á los sentimientos internos nacidos de una afeccion profunda, y empuñarse en que sigan las corrientes de una voluntad extraña.

¡Como si el amor fuera susceptible de modelarse al capricho de quien nunca ha de estar sujeto á sus consecuencias!

Hé aquí uno de los más lamentables resultados de nuestra educacion defectuosa, que siempre labra la desgracia de nuestros hijos.

Estas imposiciones, por lo regular, no se derivan de la dignidad ni de la honradéz del hombre que solicita el corazon de una mujer, sinó que estriban más bien en las conveniencias sociales ó en los cálculos de la fortuna.

La mujer que por su falta de educacion no es refractaria al lujo ni á los oropeles de la vida; que estima el esplendor de sus adornos y de sus vestidos más que la sencillez de su virtud, se alucina ante proposiciones ventajosas que ciegan su vírgen alma y que entusiásman á sus padres.

Y ofuscada con la esperanza de una felicidad que no sabe qué duracion tendrá, muchas veces mal aconsejada, vende su corazon y entrega su honor al primer audáz que alienta su vanagloria, desea y solicita su hermosura.

La hora en que la pasion despierta del letargo en que estas sutiles seducciones la hunden, generalmente es tarde para el remedio; pero siempre oportuna para sentir y llorar los errores de su desgracia.

¿A quién debe exigirse la responsabilidad de este sacrificio impuesto á la mujer inesperta, cuyo corazon no ha sido consultado y cuya libertad se ha reprimido obligándola á aceptar un amor desfigurado?

Harto desgraciada es la mujer que, por su condicion propia, tiene que esperar indefinidamente á que un hombre se fije en su independencia y le declare su amor para poder desarrollarlo en su pecho.

¿A qué privarla de la libertad que Dios ha dado al sentimiento más grande del alma?

No por esto la mujer bien educada debe nunca hacerse sorda á las amonestaciones y á los consejos de los padres cariñosos que defienden su virtud y su honor, descubriéndola para el porvenir los defectos y los vicios del hombre que la solicita: en ello vá su felicidad.

Pero nunca debe consentir que la libertad de su corazón se cotize mercantilmente á un tanto por ciento, ni venderlo por todos los bienes y grandezas de la tierra.

El amor es de tal condicion, que no aumenta con las riquezas ni con las vanaglorias extrañas; no se sácia más que con amor, con mucho amor.

Y la sed de los honores y la ambicion de las riquezas no caben, no pueden caber en el alma apasionadamente enamorada.

Buscad honradéz, amables lectoras, buscad laboriosidad, buscad discrecion ó talento en los hombres que os amen, y acreditaréis la prudencia de vuestro entendimiento y sólida educacion á los mismos que os solicitan.

Huid de toda declaracion que se os haga mezclada con las conveniencias sociales y con la esplendidez de la fortuna.

La fortuna facilita y aumenta las comodidades de la vida; pero nunca produce la felicidad, ni influye en la rectitud de los sentimientos del alma.

Vuestras virtudes os harán más felices al lado de los hombres que elijais, si sabeis amarles en todas las circunstancias de su porvenir tanto como á sus méritos corresponda.

No puede apetecer el hombre que ama mayor dicha

que encontrar para su amor una mujer de noble corazón; y si á la grandeza del alma reúne los méritos del talento, que la considere y conserve como un tesoro inapreciable, que nunca desconfie de ella, porque cuidará hacerlo siempre feliz.

La desconfianza nace solo al amparo del egoismo ó cuando el desengaño de la infidelidad mata las creencias.

Y las creencias de amor, que tan dulces y consoladoras son para el corazón, las destruye la estupidez y las mata la perversidad.

La mujer indiscreta, de escaso talento y de corazón perverso, se convierte por errores de amor en un ente cruel, inconcebible sinó existiera.

La hiel de su alma la hace muy desgraciada, envenena y martiriza al hombre que la protege, y desgarrá con los celos los sentimientos más tiernos de su corazón.

Se supone y se afirma que los celos comprueban la grandeza del amor, y que el exceso de este sentimiento enjendra su amargura.

¡Mentira! ¿Dónde está la delicadeza del amor en los celos?

El amor, cuanto más grande, más se abstrae é ilusiona en sus propios encantos y más confianza tiene en sí mismo, porque el amor es bondad.

Los celos son una enfermedad grave é incurable que se desarrolla en el corazón al ardor de las exageraciones y de sus vehemencias dominadoras.

La frialdad de la desconfianza los emponzoña; y agrava su importancia nuestro amor propio.

¿Cómo los celos han de ser un exceso de amor, si su impresión primera mata las ternuras delicadas y acaba por endurecer el corazón, enjendrando la malicia y el ódio?

El corazón celoso debilita todo impulso de dignidad, escita sus sentimientos y se hace insensible á sus propias

amarguras, indiferente á las lágrimas, sordo á las esplicaciones é incrédulo para las justificaciones.

La razon se pierde con sus incertidumbres, con la obstinada confusion de sus desvaríos y no atiende á ninguna justa y prudente reflexion.

En los juicios de su mal no cabe más que el veneno de la malicia, los arrebatos de la envidia, el encono de la odiosidad y la fiebre de la locura.

Incapáz para el perdon, en su delirio, no acaricia otra satisfaccion que la de la deshonra y la de la venganza, y cuando las consigue, se llega envilecido á la desesperacion.

¿Es creible, es posible que el amor sea la causa de estos horribles trastornos, de estos males incurables?

No; lo que sucede es que los sentimientos del amor son la víctima primera de los arrebatos del espíritu celoso.

Seamos imparciales: el amor no vive sin la ternura, sin la abnegacion, sin la tranquilidad, sin la resignacion, y sus sufrimientos se respetan y son respetados por la consideracion natural que toda virtud merece.

El consuelo y el remedio para sus aflicciones y para sus desgracias, se inspira en su propia grandeza cuando no viene directamente del cielo.

En el alma virtuosa no caben los celos, porque conoce que son el estímulo de la envidia, la inquietud de la sospecha, la emulacion de la rivalidad, la alarma de la razon y la rábia de la ingratitude.

El desprecio es la mejor consideracion que á los celos corresponde cuando la caridad no inspira su santa compasion.

## VII.

El amor, tal cual los verdaderos sentimientos del corazon lo espresan, se considera inverosímil para algunas

inteligencias que jamás han consultado con su criterio, ó que no conocen más virtud en las impresiones del alma que la que le comunican las sensaciones.

Y califican de exagerado el amor que el sentimiento abriga en el corazon y el pensamiento contempla con sosegadas delicias.

No intento investigar las doctrinas que á fuerza de idealizar el amor lo creen perfecto solo cuando se inspira en su belleza propia.

Sin la escuela platónica conozco que todavía no se hubiesen armonizado los sistemas opuestos de toda la sabiduría antigua.

Pero como el amor tiene en el cielo su origen, y allí reside su inmortalidad, no debe estrañarse que pueda existir amor terrenal que desprendido en absoluto de los sentidos, se revista de toda la poesia y fantásticos alicientes de que es capaz la inspiracion humana.

¿Qué es el amor más que dulce poesia?

¿Qué hay en el mundo que mayores ilusiones produzca?

¿A qué apela la fantasía para inspirarse en esas ilusiones?

¿Qué sería la vida sin el amor de los sentimientos?

No censuremos, pues, el amor platónico, aunque por algunos no se comprenda, porque es digno de todo el respeto que infunden las ideas puras y elevadas.

Pero tampoco la mujer, que tanto siente, debe arriesgarse á exagerar los sentimientos de sus afecciones hasta el punto de desnaturalizarlas; porque recae en el sentimentalismo ridículo, ó en el romanticismo grosero.

El amor verdadero se distingue del que lo falsifica por la pureza de sus impresiones, por la verdad de sus sentimientos, y por la sencillez y naturalidad de su expresion externa.

Los amores sentimentales y románticos, no se distin-

guen por aquellos caracteres que los considera fuera del orden natural y apelan á las exageraciones novelescas, cayendo para su imitacion en el ridículo.

Aunque la poesia los ilustre con las formas más apasionadas, no se descubre en ellos más que vagas ilusiones ópticas, ó farsas estudiadas en las que la intencion tiene el cargo directivo.

La timidez del amor verdadero embelesa y embarga la simpatía del que lo solicita; la de los amores exagerados nos previene y acobarda.

La ternura del amor verdadero conmueve suavemente; la del sentimentalismo perturba.

La sencillez natural se advierte y admira; la sencillez afectada se dá á conocer y se desprecia.

La pureza y la inocencia del amor verdad se adoran y se desean; en los amores románticos se desean y de su sinceridad se duda.

La mujer que confía el triunfo de su amor á las demostraciones sentimentales y románticas, que no lo espere de la estimacion de los hombres de talento, porque se reirán de la afectacion de sus sonrisas, se burlarán de la facilidad de sus suspiros y ni aún á sus propias lágrimas le concederán el valor del enternecimiento.

La admiracion y la adoracion que ha inspirado siempre el sacrificio y el heroismo de amores sublimes, si se imitan caen en el ridículo ó se califican groseramente de estolidéz ó de locura.

El amor verdadero necesita del entusiasmo natural y con su influencia se engrandece; pero nunca puede acudir á la exageracion de los sentimientos para acreditar su naturalidad y su nobleza.

## VIII.

El amor que desarrolla su vida bajo la influencia de las sensaciones de nuestro sér, es el amor más frágil y corruptible que puede caber en el corazon humano.

Alentado por el deseo, en imaginaciones calenturientas ó perturbadas, solamente se inspira en el gusto de la hermosura ó en los atractivos de la gentileza.

Nunca se cuida de conocer y profundizar los misterios del alma.

Si el amor de sensacion conoce los sentimientos del corazon, que no siempre sucede, los confunde con otro género de emociones, y como impresion extraña y oscura la juzga indiferente para su desarrollo.

Los estímulos conque se alimenta la galantería, se los proporciona al hombre, y la coquetería ayuda con sus falsedades á la mujer.

Al amparo de su ardorosa vehemencia, devora la hermosura que le ciega, ruboriza á la candidez y mata la pureza del pudor.

La ternura enardece este amor, pero no le conmueve; la timidez abrasa el corazon y aumenta la voracidad del deseo, pero no ilumina ni inflama los sentimientos elevados.

Sus pensamientos, por mucho que se encubran, revelan siempre la intencionada dobléz de la malicia.

Sus palabras galantes encubren la osadía y la audacia y hielan muchas veces el corazon virginal que las escucha.

La confianza abusa del respeto, y sus conversaciones que no son las expansiones consoladoras del alma, las convierte en manifestaciones libres de la seducccion que ruborizan y hieren á su pudor.

Mientras las gracias incitan, ¿qué importan la admiracion y conservacion de su delicadeza?

El entusiasmo, que tanto enaltece el amor puro, y que tanto esplendor dá al alma, es en el amor de sensaciones el frenesí que oscurece la razon.

Toda su discrecion y prudencia se cifra en la esperanza del deleite; coincidiendo la gloria y el triunfo en el despojo de la inocencia.

La embriaguez de este amor adormece y perturba, no dulcifica los sentimientos del alma.

El secreto le es más necesario que al amor inocente y puro; pero sus misterios no encantan ni embelesan.

La dignidad de este amor no se conoce, ni se descubre á pesar de nuestros esfuerzos.

La virtud espuesta á la violencia de la pasión trae peligros á su propio honor.

Y cuando el lazo se estrecha no es la unión invisible de dos corazones que se aman, es el indicio de mancomunidad en la compensación y el deseo.

¡Cuán tristes quejas produce este amor en algunos corazones!

Si la mujer tiene virtud y talento, ¡cómo ahogan los suspiros que revelan el temor del desencanto!

¡Qué sonrisas más amargas no ocultan las lágrimas de dolor en la mujer de corazón que tiene la desgracia de corresponder á un amor sensual!

¡Cuán pronto morirán sus ilusiones!

Me permito, amables lectoras, para terminar el capítulo, daros un consejo, y quiero expresaros un deseo que sale del alma.

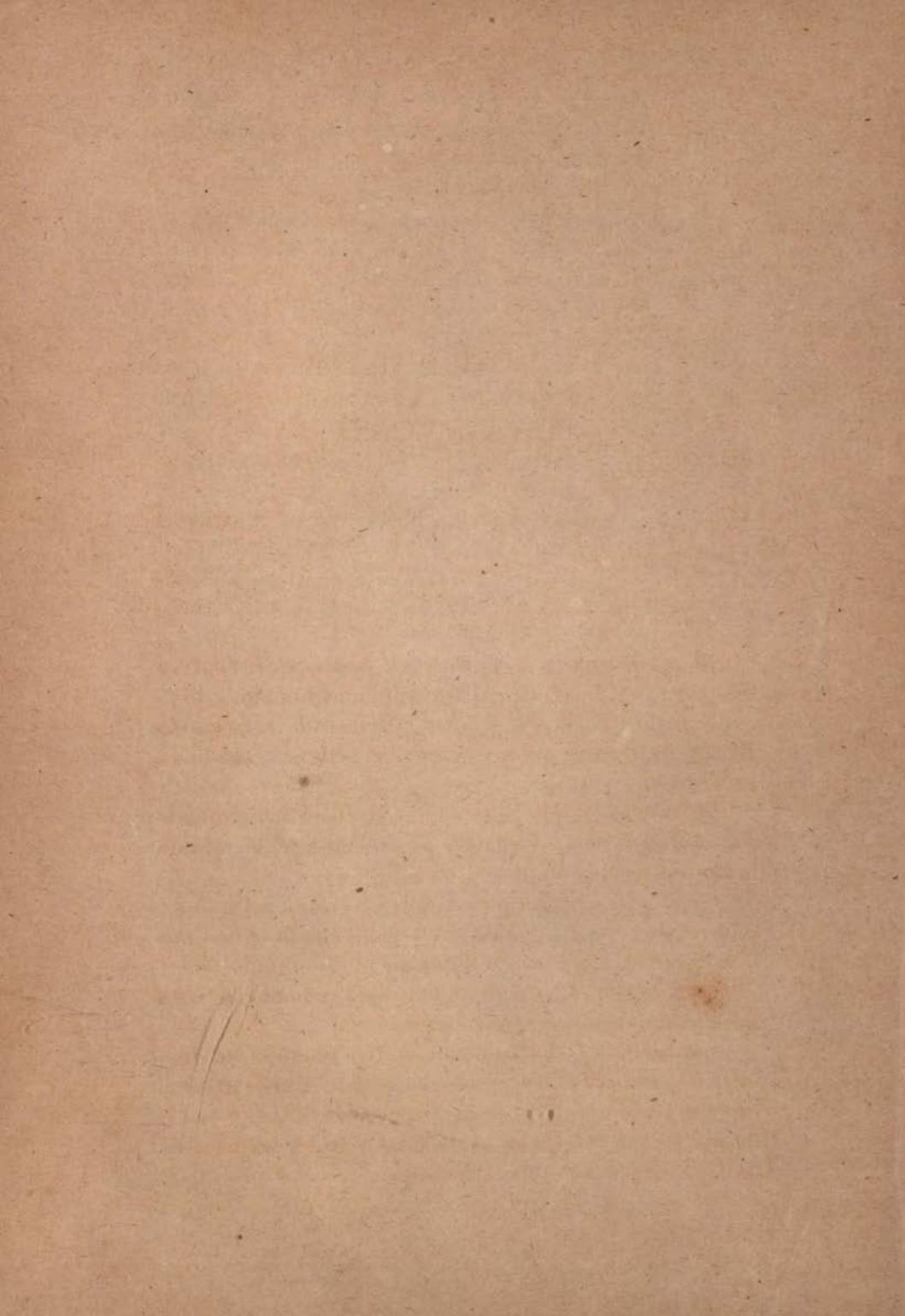
Meditad bien el amor que elijais para vuestra felicidad.

Meditadlo; que puede ser vuestra mayor desventura.

Antes que entregaros á un amor que os haga desgraciadas y que corrompa vuestra inocencia, sacrificad ese amor en aras de la resignación y de la virtud.

Y si teneis la suerte de elegir un hombre virtuoso, ¡que en vuestro corazón haya siempre mucho amor para él!

¡Mucha luz en vuestra cabeza para que nunca os hagais desgraciadas vosotras mismas con vuestras veleidades!



## CAPÍTULO VII.

### EL MATRIMONIO.

Quien en casarse acierta, en nada  
yerra.  
(Proverbio castellano.)

#### I.

*No es bueno que el hombre esté solo, hagámosle compañera semejante á él,* dijo Dios en el principio del mundo.

É instituyó Dios el primer matrimonio, entregando Eva á Adán para que se uniesen y viviesen como una sola carne.

Fijémonos en que la sabiduría eterna, perfectamente conocedora de las necesidades del hombre, no le entregó más que una sola mujer.

La educación salvaje que aprendió de la naturaleza, después de perder su inocencia y de olvidar la ciencia del bien, llegó á degradar su dignidad; y al estímulo de los instintos bestiales, creó el hombre en necesidad la libre satisfacción de sus apetitos carnales.

Esta es la base de la poligamia, que unida al servilismo y á la esclavitud, fué respetada por los mismos patriarcas, adoptada aun hoy por las naciones incultas, defendida por las más sábias leyes antiguas y cínicamente enlodada por las costumbres de Roma.

Cuando la moral divina empezó su misión emancipadora con las predicaciones del Salvador, encontró á la mujer humillada en una dependencia y en un servilismo repulsivos á todo sentimiento de dignidad, de amor puro y de virtud.

La sábia y santa influencia de esta doctrina, emancipó á la mujer de la *abyecta condicion* en que el orgullo y el dominio del hombre la habian colocado, elevándola á la misma superioridad de éste, enseñándola á ser tan virtuosa como él y purificando su amor aún dentro de la misma libertad que concedió para las expansiones del alma en el matrimonio.

Encontró á la mujer espuesta al desprecio y al abandono por cualquiera causa trivial, no siendo solo esposa, sinó tambien madre de sus hijos, y obligó al hombre para que por ningun motivo de la tierra le retirase su amor y proteccion, teniendo que vivir, gozar, sufrir y morir á su amparo por todos los dias de su vida.

El matrimonio, como todas las costumbres, ha seguido los mismos entorpecimientos y reformas del progreso humano y de la civilizacion de los pueblos: desde el escándalo increíble en que se perdía el pudor á la faz del cinismo más repugnante y cuyas impúdicas consumaciones se legalizaban por medio de execrables sacrificios y lúbricas orgías, hasta la misteriosa santificacion que infunde en los corazones la invocacion sencilla y la divina bendicion del sacerdote cristiano.

La historia del matrimonio, que es la de la mujer, constituye la historia de los progresos de la humanidad, como asegura un escritor respetable, y su importancia y virtud la tiene no sólo por la ley de la naturaleza, sinó por la gracia con que Dios ha santificado esta misma ley.

Nada, pues, más grave ni más perjudicial, que considerar el matrimonio de otra manera distinta á como nuestra religion nos enseña, nuestra sociedad establece y nuestra felicidad necesita.

En este vínculo sagrado é indisoluble, base de la familia, estriba el órden de toda sociedad; y de la virtud y de la educacion con que el hombre y la mujer contraigan este estado, depende el mayor y más perfecto progreso de la civilizacion humana.

El móvil primordial que á ese vínculo nos conduce, no puede ser más admirable ni más propio; el complemento del amor que el hombre y la mujer reconcentran en su corazon para su mútua felicidad.

Sin embargo, cuando el amor ciega la razon engaña; y no siempre llega á preveer si ese lazo constituirá la prenda más estimable y preciosa de la felicidad de nuestra vida, ó si su nudo ahogará en nuestro corazon los lamentos de nuestras mayores y más inevitables desgracias.

## II.

¿Qué es el matrimonio?

La religion nos dice que es un sacramento que confiere la gracia divina en el hombre y en la mujer, para que, al amparo de una union indisoluble, perfeccionen y santifiquen su amor.

La moral nos esplica esa union de dos séres como un deber que les obliga á confundir sus expansiones amorosas en un mismo fin natural y perfecto, que constituye en ellos su mayor grado de felicidad.

Las otras ciencias lo consideran como un contrato social, necesario entre el hombre y la mujer, para legalizar el cumplimiento de los deberes de esa misma ley natural.

Si de las nociones de las ciencias sociales descendemos al laberinto de las opiniones individuales, la confusion que sus múltiples y contrarias definiciones prácticas produce, acabaría en nosotros por imposibilitarnos de considerar sería ni aceptable ninguna definicion.

El hombre que lleno de amor y de dicha tiene la suerte de elegir para esposa una mujer de corazon y de talento, os dirá que el matrimonio es la satisfaccion de sus ambiciones y el complemento de la felicidad humana: es decir, la gloria.

El hombre que dedica su amor á una esposa fiel y de corazon, pero privada del talento necesario para completar la perfeccion de ese amor, os definirá el matrimonio como el purgatorio más ó menos pasajero de su vida con sus penas y anhelantes esperanzas.

No preguntemos qué es el matrimonio al hombre á quien desgraciadamente el destino le depara una mujer sin corazon ni talento, porque será capaz de compararle al perpétuo infierno de su alma con sus profetizadas discordias y tormentos.

¿De qué escuela adoptamos, pues, la definicion más apropiósito para nuestro estudio?

Permitidme que sin desprenderme de la importancia que tienen las doctrinas respetables de la religion y de las ciencias, sin separarme de la utilidad de sus fines ni olvidar las necesidades sociales, descienda á las observaciones filosóficas que el corazon humano nos presta en la familia para demostrar que el matrimonio, si bien aspira á regularizar la felicidad del corazon humano, no contribuye siempre á ello ni lo consigue.

Lo mismo el hombre que la mujer, apasionados por la vehemencia de unos deseos no satisfechos, alucinados por las ilusiones propias que el poema de una pasion inspira, cegados por el interés de una ambicion encubierta, guiados por el egoismo de una convenienciá disfrazada ó de una libertad desconocida, no atienden en su matrimonio á otros fines que los de la satisfaccion de su voluntad propia y suben inconscientemente las gradas del altar, jurándose un amor perpétuo que la razon no distingue y una fidelidad que no sienten ó que facilmente se pierden despues.

La libre conducta del hombre que tiene su corazón corrompido por el desorden de los vicios, la codicia que el interés unido á las afecciones del alma despierta en ella, hacen muchas víctimas por medio de aquel juramento que á la mujer se arranca sin conciencia.

La mujer cuya educacion defectuosa limita las necesidades de su alma al amor humano y no conoce más deberes que la conservacion de los atractivos de su belleza, otorga la conformidad á sus juramentos con un *sí* tan irreflexivo que en él vá siempre la aquiescencia de su desgracia.

Cuando el hombre, antes de efectuar su enlace, sostiene con la mujer relaciones más ó ménos íntimas, sería lógico que en ese trato se estableciera y se adquiriera el conocimiento recíproco de sus buenas cualidades y defectos, para corregirse y educarse mutuamente cual su futuro estado necesita; pero desgraciadamente en esas relaciones se dá más expansion á los sentimientos voluptuosos del alma que inteligencia á sus observaciones.

Y sucede que el hombre dá su mano á una mujer que conoce pero que no comprende; y la mujer entrega su corazón á un hombre á quien ni siquiera conoce.

Porque el hombre adormece su razon al halagador murmullo de las frases que mejor enardecen su pasion y no puede, con buen criterio, calificar si las debilidades naturales de la mujer son los graves defectos que han de labrar su infelicidad futura ó la condicion especial de su vivacidad.

Y la mujer, que lo aprende todo del hombre, hasta la corrupcion del amor, nunca aprenderá á distinguir la diversidad que hay de amores en lo humano, ni conocerá á los hombres más que por sus superficiales galanterías ó por sus habilidosas seducciones, mientras una educacion sana y perfecta no sea la base y estudio constante de la mision que la destina á ser esposa y madre.

En la educacion, pues, de los cónyuges estriba la felicidad del matrimonio, no en el mayor ó menor grado de pasion con que se abraza; tambien en la pureza y en la verdad de esa pasion; jamás en la bendicion nupcial que lo sanciona, pero sí en la manera como esta se recibe y se acepta.

En un matrimonio cuyos cónyuges conserven el amor, la virtud y el talento, la felicidad será perpétua, porque proveerán oportunamente las consecuencias de su enlace, conocerán los deberes á que quedan recíprocamente obligados y cuidarán de su cumplimiento.

Si de aquellas condiciones carece alguno de sus individuos, el matrimonio no puede calificarse más que como la satisfaccion de una necesidad social, ó como un negocio de la vida más ó menos brillante y satisfactorio.

Y como necesidad y negocio, pronto puede acallarse aquella, mas facilmente puede malearse éste.

Para la mujer el matrimonio es el complemento de sus ilusiones, si tiene amor; es la adquisicion de su libertad, si otro móvil la impulsa; pero no conocerá, si escasea de virtud y de talento, que en ese amor y en esa libertad empieza su mision sagrada, á la cual debe sacrificarse en absoluto para cumplimentar sus destinos.

Educada al lado de sus padres podrá haber sido una excelente hija; pero aún no ha tenido ocasion de demostrar si podrá ser una fiel y amante esposa, una virtuosa madre.

Y este enigma, ni se esplica antes de su enlace al hombre á quien ama, ni lo resuelve la mujer hasta que disfruta de sus derechos.

Por eso el matrimonio es el asunto más árduo de la vida, el más difícil de resolverse en provecho mútuo y el más fácil á constituir la desgracia de la familia.

## III.

Tres estados constituyen en el terreno de la educacion la vida interesanté de la mujer; para los tres debiera desde la infancia ser con rectitud dirigida y no se observaría tan frecuentemente que la hija virtuosa no sepa ser esposa fiel, ni madre prudente.

Educada desde los primeros años para que su corazon ame á sus padres, sólo se le enseña á cumplir con estos deberes de gratitud filial; y asumiendo todas las propiedades de su perfeccion en el esmero y realze de su hermosura, á lo sumo se le precave de las asechanzas del hombre corrompido, dándole á conocer los riesgos más graves á que puede esponer su virtud.

Con estos elementos de educacion y aún de moral imperfecta, la mujer conoce superficialmente la importancia de los peligros y ante su escaso estudio, los exajera ó los desprecia.

Respetá á los padres, pero no considera al hombre con la dignidad que debe, ni sabrá amarle con la estimacion respetuosa que su superioridad requiere.

Cuando el amor llama á las puertas de su corazon, ya vé en el hombre una necesidad nueva para su vida; pero su alma no está preparada convenientemente para esta necesidad, é ignora los deberes muy respetables que contrae y han de constituir su felicidad propia y la del hombre con quien se une.

Se quiere que el principal cuidado del hombre sea en su amor educar el corazon de la mujer, para que se sujete á su carácter y se perfeccione con arreglo á su nuevo estado.

Reconozco en el hombre lo respetable de este deber cariñoso; pero hay casos y caracteres tan opuestos, que la tarea ha de resultar poco menos que ímproba y estéril.

¿Pues qué, todos los hombres tienen aptitud y virtudes bastantes para la educacion agena?

¿El carácter frívolo de una mujer que no haya corregido el cariño paciente de una madre, se confía al cuidado del amor de un hombre por arraigada que sea su pasión?

¿Los maridos mejores, no podrán, cegados con su amor, dejar oportunamente de conocer los defectos de su esposa, y cuando de ello se apereciban sea ya tarde?

¿Los vicios del hombre corrompido, no podrán llegar á reflejarse en la mujer de débil virtud?

Más fácil es que la mujer, que tanto recurso tiene en su corazón con sus propios sentimientos de bondad, que tanta influencia ejerce con sus lágrimas y tanto dominio adquiere con su amor, pueda cambiar la índole del hombre viciado y libertino, que educar éste á la mujer que con todo su amor y razón, aún siendo virtuosa, se encuentra desde la infancia dirigida torpemente.

La mujer, antes de su enlace, sostiene el amor con el temor propio de las esperanzas y con el escudo natural de sus ilusiones virginales.

Después de consumado sabe hasta dónde llega la libertad de su alma y conoce los derechos de igualdad que adquiere, pero que no siempre sabe respetar.

Hé aquí el error grande de las madres que limitan, restringen ó exageran la educación de sus hijas para el amor del hombre.

Error que se descubre tarde; cuando la pasión y la razón no pueden aplicar los remedios.

Cuando la mujer elige el hombre que ha de poseer su corazón, ella misma resuelve su porvenir, y con más facilidad acierta que cuando desgraciadamente se la impone el cariño de un hombre.

En el primer caso, podrá ser esposa más ó menos amante; pero casi siempre resultará esposa fiel no abandonando su discreción.

En el segundo, podrá convertir su nueva situación en



servidumbre ó esclavitud deslumbradora, sinó alcanza á la tiranía saltando las vallas de la fidelidad.

La servidumbre á que la mujer se reduce en un matrimonio forzado, es sensible y tristísima; la esclavitud deplorable; pero por la tiranía se hace odiosa y temible.

En los casos de servidumbre y de esclavitud la mujer, si está bien educada, recurre á consuelos ideales que le prestan valor y resignacion para despreciar y confundir la maldad del hombre con quien tiene unida su vida, contribuyendo muchas veces con sus prudentes disposiciones á declararse triunfadora de la conducta censurable del hombre.

Con la tiranía de la mujer no hay que esperar ningun triunfo; porque careciendo de resignacion, se carece de la calma que enjendra el sufrimiento para la virtud y el valor santo.

La altanería á que pueda apelar una mujer esclavizada por su marido, abre camino á la ingratitud; y con los celos que alientan el aborrecimiento y la venganza se llega muy fácilmente á la infidelidad odiosa.

La armonía del matrimonio es el principal deber á que nuestros juramentos nos obligan desde el primer momento, porque de esa armonía depende la paz y felicidad conyugal; pero para sostenerla, no basta el amor que el corazon sienta latir, necesita del influjo de la razon en concierto con las virtudes de nuestra alma.

Bajo este supuesto, bien se puede repetir que el matrimonio es un enigma que no se explica el hombre hasta que el tiempo desvanece de por sí sus propios misterios.

#### IV.

Rousseau manifiesta que el amor no es siempre necesario para contraer matrimonio: y aunque los móviles con que le sustituiria la honradéz y la virtud son propios de

una sociedad perfecta, el estado de la nuestra dista mucho de reunir tan envidiables atractivos morales.

Y cuando del amor se desprenden los contrayentes, es muy posible que, á pesar de su honradéz y virtud, resulte equivocada la eleccion; porque entre el hombre y la mujer, aunque los derechos de su uniforme estado son los mismos, los deberes y las obligaciones son entre sí muy distintas.

El respeto, el amor y la fidelidad, obligan por igual lo mismo al hombre que á la mujer.

Pero dotado aquél de la superioridad de sus fuerzas y de la mejor cultura de su inteligencia, está destinado á proteger á su mujer y á soportar los trabajos más áridos de la vida para sostenerla y defenderla de toda contrariedad, aún á costa del sacrificio.

La mujer, en cambio, reúne tales condiciones de gracia y de ternura, que con su sensibilidad dulcifica mucho la aridez de las penalidades y trabajos de su esposo, y dócil debe consagrar toda su obediencia á cumplir siempre la voluntad del hombre sin más estímulo que el amor.

De la discordancia entre estos derechos y deberes respectivos, proviene la indiferencia matrimonial que tanto debilita los primeros entusiasmos, y cuyos funestos resultados lastiman el órden de la familia.

Si el hombre defendiera en su calidad de casado la superioridad de su dignidad propia, y nunca descendiera al terreno de la debilidad y complacencia conque á veces se deja dominar por las sagaces influencias de la mujer, conseguiria siempre ver respetada como corresponde su autoridad.

Y si la mujer, que tanto aspira en el matrimonio á su libertad, comprendiera que en los términos de la moral tiene sus límites sujetos á la absoluta voluntad del esposo, y á los deseos de éste concretara el cumplimiento de sus obligaciones, jamás se desprendería de la prudencia y modestia conque se distingue la estimacion propia.

No es el amor tal cual en su principio conmueve y fascina, quien conserva la armonía perpétua en el matrimonio, no: aquel amor la misma confianza y seguridad de su posesion lo trasforma.

Es esa tierna estimacion llena de fé y de constancia que convierte aquel amor en amistad dulcísima del alma, en perpétuo manantial de sentimientos, y atenciones nuevas y necesarias para la felicidad mútua.

Las satisfacciones y placeres de la vida conservan la alegría juvenil del amor; las penalidades y aflicciones de nuestra alma necesitan del amor acrisolado en esa excepcional amistad.

La ternura solícita de una buena esposa es la mejor tranquilidad para nuestras inquietudes; su dulce mirada dá vigor á nuestros abatimientos; su serenidad alienta y conforta el ánimo fatigado; y la sonrisa afectuosa conque desfigura la importancia y gravedad de nuestras penas, sirven de bálsamo regenerador para convertir en inagotable placer de gratitud la constante fatiga de nuestros trabajos y cavilidades.

Tan noble y dulce mision no se debe solamente á los sentimientos naturales de la mujer; más bien se debe á la delicada direccion que esos sentimientos hayan tenido desde la infancia.

Y esta direccion, más que de palabras persuasivas, deben los esposos recibirla de antemano de las ejemplares lecciones de sus padres.

La sociedad matrimonial no tiene por único objeto la legalizacion de las expansiones naturales del amor; sus obligaciones no se concretan á compartir mútuamente las dulzuras y trabajos de la vida.

La mision de la union del hombre y de la mujer es más alta, más sublime; es divina.

Su objeto principal, por Dios ordenado y secundado por la naturaleza, es perpetuar y aumentar la familia con la reproduccion de sus individuos; los hijos.

Las sociedades antiguas, á pesar de sus muchas aberraciones, concedian tal importancia á la reproduccion legal de la especie, que las esposas se disputaban derechos y títulos envidiados por la esterilidad y el celibato.

¿Y cómo no conceder esta importancia á la mujer, cuando la naturaleza misma la dá á todos los seres?

¿Qué esposos hay que puedan espresarnos las nuevas afecciones que en el alma enjendran las caricias con que cubren el primer fruto de su amor?

¡Qué cambio tan dulce y celestial no experimenta el amor mismo en sus propios corazones!

¡Cómo se engrandecen los sentimientos del alma; cómo se empuerqueñecen los instintos naturales!

¡Qué influencia tan misteriosa no ejerce en la union de los esposos la presència del tierno *sér* que les obliga á aumentar sus deberes con mayores sacrificios y más severas obligaciones!

No se podría atender á ellas si Dios no dotara al hombre, y más especialmente á la mujer, de fuerzas desconocidas y arrancadas á la naturaleza misma en armonía con la razon, para conservar y sostener la delicada existencia de los tiernos hijos que en los primeros años son los seres más débiles é inútiles de la tierra.

La mujer, que tan delicada es por su naturaleza, tiene que dar el alimento de sus propios pechos, consumiendo las fuerzas y sangre de su vida en desvelos constantes, en solicitud infatigable que no la cansan jamás, porque primero se olvidaría de sí misma que del amor que debe al fruto de sus entrañas.

El hombre, cuando llega á ser padre, tambien aumenta con satisfaccion su vigilancia, su ternura y su proteccion con nuevas privaciones y sacrificios para no dejar sentir á sus seres queridos la dureza de las necesidades.

Entonces uno y otro comprenden lo mezquino de sus amores, comparados con los apasionados sentimientos

que de los hijos renacen, dimanados sin duda del amor infinito.

No cesa en este caso la mision de la mujer en el matrimonio; al contrario, de sus nuevos goces dimana su más delicado sacerdocio, porque el hombre es un sér inteligente y no le basta para la vida robustecer las fuerzas físicas, necesita del desarrollo de su razon y de su inteligencia.

Y las primeras impresiones intelectuales y morales, que nunca en nosotros se olvidan, se adquieren en los brazos cariñosos de una madre que adivina é interpreta fielmente la voluntad de sus hijos, cuando carecen hasta de la espresion natural de la mirada.

A esta admirable condicion conduce el amor que el hombre siente por la mujer; y los esposos, que progresivamente saben trasformar sus pasiones en ese cariño dulce para su corazon, adquieren el convencimiento de su felicidad real.

¡Madres! si deseais esa felicidad para vuestros hijos, si quereis que conserven siempre las dichas de la tierra, cumplid con voluntad firme vuestra mision, y trasmitid á vuestros vástagos los deberes y las obligaciones que Dios y la sociedad han impuesto al hombre.

## V.

El matrimonio, como todas las cosas en que la influencia de los sentimientos del corazon interviene, adquiere tan diversas fases como la forma de sus caracteres.

Las innumerables víctimas que frecuentemente observamos á causa de los diversos casamientos en que un amor virtuoso deja de tener su principal parte, no sirven de escarmiento para disminuir el número de los desgraciados.

Los arreglos que por el interés se hacen, y á los que considerados mercantilmente llamaremos *negocios de familia*, están sujetos al alza y baja de la prudencia y capacidad de los esposos, no á la generosidad del corazón.

Con raras escepciones se llega á la ventura; pero tampoco en ellos se encuentra más honra que la de los valores, ni más satisfacciones ni disgustos que los que produce una ganancia ó una pérdida.

Las elecciones que se hacen por orgullo ó por la necia pasión del lujo, son las mayores y más perjudiciales necesidades de todas las que dimanán de nuestro egoísmo.

Solo la importancia que la locura dá á los rancieros pergaminos, á la brillantéz de las posiciones deslumbradoras, ó á la refinada hipocresía de la *escogida sociedad moderna*, son capaces de interesarse en unas elecciones de tanta trascendencia.

En estos matrimonios el respeto se cambia en arrogante firmeza, el amor en cortés benevolencia y la fidelidad en hipócrita indiferentismo.

No llegarán sus disgustos domésticos á perturbar el aparente sosiego exterior, si una estricta etiqueta establece reglas fijas para el trato de los cónyuges, pero el ridículo aislamiento en que se colocan les privará hasta de las más inocentes satisfacciones.

Los consorcios de conveniencia con que los padres fuerzan la voluntad de sus hijas, son funestas é inconvenientes resoluciones que tarde ó temprano llevan las lágrimas á los ojos, el desengaño al corazón y la desesperación al alma.

Podrán estar por algun tiempo dormida la ignorancia de las pasiones, comprimido el impulso de sus escitaciones y acallada la natural libertad del sentimiento; pero ¡ay del día en que la conformidad aparente se rebele contra su propia prudencia!

La tiranía ó el capricho dominador, se demostrará por

la lamentable repugnancia de la mujer, que inconscientemente ha sacrificado su corazón á la voluntad despótica de sus padres.

Tan absurdos y anómalos son estos irreflexivos enlaces, como aquellos caprichos de la mujer, que desoyendo los prudentes consejos de sus mayores, avasallan todas las cariñosas contrariedades, y sin más raciocinio que la vehemencia de una pasión escitada, se precipitan imprevistamente en el seno de la desgracia.

Cada arrebatado de este amor, cada deseo ilusorio y toda la tenacidad de su resolución, que más tarde emponzoñan el alma, conducen irremisiblemente á los antargos desencuentros de la vida.

No es, pues, el amor solo lo que el hombre y la mujer han de buscar en el matrimonio para establecer sólidamente desde el primer día su felicidad futura; tampoco las riquezas ni las falsas consideraciones sociales; porque hasta la soñada libertad se pierde cuando la virtud deja de ser el eje sobre el cual ha de girar la paz, el cariño y la felicidad doméstica.

Y esa virtud, tan indispensable para la importante unión del matrimonio, es la cláusula principal con que los padres han de enriquecer la dote de sus hijas por medio de una moral y sólida educación.

## VI.

El único porvenir que la mujer tiene en la sociedad es el matrimonio, y como carece de libertad para elegir, tiene necesariamente que aceptar el hombre que la suerte le propone.

La solución de tan difícil problema está en que la conformidad de esta elección dimanase del raciocinio y del convencimiento; nunca de la resignación y de la falta de libertad para escoger.

Desgraciadamente esa parte de filosofía tan necesaria para la vida, preocupa poco á la mujer; y su indiferencia para las serias y lógicas meditaciones degrada insensiblemente los pensamientos más interesantes de su inteligencia.

¿Qué de extraño tiene que esta degradacion intelectual contribuya á aumentar la ignorancia de sus importantes deberes é influya en su debilidad natural?

El deber principal de la mujer para con el hombre que la elige como compañera de su vida, la base de todo amor sublime, es el reconocimiento y la gratitud.

¿Qué mujeres hay que al hacer uso de los derechos que adquieren en el matrimonio, conserven siempre incólume el agradecimiento al hombre?

En mi concepto, el número es tan escaso como el de las mujeres perfectas.

¿Y qué sería de la mayoría de las mujeres si les faltara el asídúo apoyo y la generosa proteccion del hombre?

Por las corrompidas raices que de antiguo tiene su defectuosa educacion social, caminaría irremisiblemente á su mayor envilecimiento.

Balzac hace estribar la vida de la mujer en la cabeza, en el corazon ó en las pasiones.

Y cuando desgraciadamente ocurre que falta la luz en la cabeza y el agradecimiento en el corazon, las pasiones inquietan ambos extremos y ponen en peligro el honor de la mujer.

Nunca llegaría la gravedad de los peligros de ese honor tan delicado á la infidelidad lamentable de la mujer, si otro hombre más infame que ella, de educacion más perversa que la de su víctima, no tantease ántes su vanidad, sus sentimientos y su carácter.

Todas las pasiones humanas, aún las más perversas, tienen una parte de instinto suave y de aparente sencillez; y para la seduccion se aguzan tanto, que insensiblemente se filtran en los corazones más inocentes.

Basta una puerilidad, una confianza, la más pequeña indiferencia en sus deberes para arrastrar á la mujer á su perdicion deshonrosa.

Y cuando la mujer tiene libre su corazon y se pierde, ella sola sufre sus deplorables consecuencias.

Pero cuando el corazon de la mujer no le pertenece, y sus derechos los entrega á la perturbacion de sus pasiones, la desgracia hiere de lleno \*para siempre al esposo y corrompe las costumbres de la familia.

Desdichada la mujer casada que no tiene virtud y valor bastantes para despreciar los primeros síntomas amables de la seduccion.

Ella caerá irremisiblemente en el adulterio y devorará el alma de su esposo.

Podrá ocultar al principio en su seno los misterios de su inícuo delito; pero la pureza de su corazon, que entrega á otro hombre de peores condiciones que ella, pronto será pisoteada por el abuso de la confianza y arrollada hasta el término del escándalo.

Y cuando al escándalo se llega, la mujer adúltera no tiene ya más dignidad que la que la maledicencia pública quiera darle.

Triste es la situacion en que se coloca la mujer adúltera; funestas é irremediabiles las consecuencias que alcanzan al esposo; severa y justa la indignacion y la censura conque la sociedad la considera; pero más justa sería si reservara para su cómplice el condigno castigo y desprecio.

Desgraciadamente, á la vista de nuestra sociedad miope, las acciones del amante realmente no le envilecen; la debilidad veleidosa de la mujer es lo que se condena, y la mengua y el sarcasmo ridículo se reserva para aumentar la humillacion del inocente esposo.

Si el marido es quien falta á sus juramentos y á su fidelidad, ¿qué importa entónces la perfidia para esa misma sociedad?

La esposa buena y honrada, que en silencio y con paciencia llora su desgracia, ¿por qué ha de ser digna de la compasion y del consuelo?

¿La indiferencia y el abandono, aunque afecte á la felicidad de los hijos, qué importancia tiene ante *la novedad comun*, que como observa Beaumarchais, agrada y hace reir á los demás hombres?

Si el naturalismo moderno que pretende moralizar la sociedad actual con sus desnudas historias de familia, que discute los secretos más íntimos del hogar, consiguiera con sus doctrinas alterar los conceptos equivocados con que se considera á los actores de los diversos dramas del adulterio, y pudiera restablecer la dignidad en su lugar correspondiente, resolvería el problema más difícil de la vida.

¿Pero cómo se ha de obtener este resultado de sus libres doctrinas, cuando ni la filosofía más pura, ni la moral más severa han conseguido á través del tiempo y de sus adelantos inculcar en los hombres la rectitud de sus teorías?

Fatalmente siempre que un nuevo problema de esta especie se presenta, el criterio pierde su brújula.

Si la mujer es la delincuente, la sociedad pide para ella la deshonor, la indiferencia para el amante, el ridículo para el marido.

La moral, por el contrario, aconseja relativamente el arrepentimiento, el castigo y la compasion.

Si el arrepentimiento nace del corazon de la culpable, la sociedad sostiene el repudio como necesario á la falsa honra y solo en la separacion y el divorcio encuentra una solucion digna.

La moral acoge el arrepentimiento y lo purifica con la caridad; la naturaleza misma inspira á los hijos ese perdón; y si un rayo de luz divina conmueve los sentimientos nobles del esposo ultrajado y perdona con Dios, que no

se avergüence jamás de su conducta á pesar de las censuras sociales.

La mujer jamás podrá ser ya dichosa en la vida y habrá hecho para siempre la infelicidad de su marido, pero no acabará por envilecerse en el abandono.

El marido tendrá perdida para siempre la tranquilidad de su alma, porque el perdon no domina el olvido ni aun al fin de los años; pero si las censuras de la murmuracion lastiman sus oidos, que reproduzca la sábia reconvenccion de Jesucristo: *Aquel de vosotros que se halle sin pecado, que arroje la primera piedra sobre esta mujer.*



## CAPÍTULO VIII.

### LA MATERNIDAD.

La maternidad es un bálsamo que aumenta la virtud de la mujer virtuosa y suele redimir las faltas de la culpable.

Llanos Alcaráz.

#### I.

Tiene la humanidad, en sus diversos idiomas, un nombre bendito y querido por todas las generaciones, que llena el alma de gratitud imperecedera desde el principio de nuestra vida.

Nombre inestimable, cuyo recuerdo evoca nuestras venturas perdidas y sirve de dulce consuelo en nuestras diversas desgracias.

Nombre precioso y respetable que llevamos grabado en nuestros corazones y conmueve siempre con ternura apasionada nuestros sentimientos.

¡Madre!

¿Quién no le evoca con veneración, con amor, con gratitud y deleite?

Si los primitivos recuerdos de nuestra infancia acuden á la mente, una inocente alegría inunda nuestro sér contemplando sus caricias.

Si las travesuras de nuestra adolescencia nos inquietan, un constante arrepentimiento y pesar suave aumenta nuestra veneracion.

Si las vicisitudes de la vida necesitan de consuelos, ¿cuáles más eficaces, amorosos y desinteresados que aquellos que proceden de una bondadosa madre?

Dichoso el hombre que al fin de sus años todavía puede verla y estrecharla contra su seno.

Feliz cada vez que recibe su bendicion santa, porque con ella llegan las bendiciones del cielo.

Los que tenemos la desgracia de haberla perdido, no nos privamos tampoco de sus dulces consuelos, si en su vida y despues respetamos la honra cuyos preceptos se nos dió en el Sinaí, y si cumplimos fielmente sus postre-ras voluntades y seguimos la moral de sus consejos.

Para el hombre de corazon virtuoso y de sentimientos nobles, su madre nunca muere.

En el natural vacío que en el mundo deja, permanecerá siempre su imágen adorada que servirá de norte y guía en todos los pasos de la vida.

No la verá con la realidad de los ojos, pero la vista perspicaz del alma la colocará siempre en su presencia.

Sus cotidianas oraciones suplirán á las afectuosas confianzas de su amante corazon.

Y en el recuerdo de sus consejos saludables, conservará la pureza de sus acciones.

La esperanza de volverla á abrazar nunca se pierde, cuando la fé conserva la pulcritud de las creencias.

Y ante estas esperanzas indestructibles, los sufrimientos de nuestra peregrinacion se alientan y soportan más resignados.

¡Bendita sea siempre la sombra y la memoria de aquella que fué nuestra madre!

## II.

Para apreciar el cariño y la gratitud que debemos á la mujer que nos dá la vida, elevemos nuestras consideraciones á aquella época en que ella siente en su seno por vez primera nuestra presencia.

La alteracion de su salud y las molestias propias de la naturaleza, confunden su aburrimiento y mal estar en una santa alegría que revela desde luego la importancia de su estado.

Su sangre contribuye entonces á la formacion de nuestro sér y con ella nos comunica los sentimientos más delicados de su corazon.

Ella, que tranquila disfrutaba del amor del esposo como el más grande que pudiera caber en la tierra, siente hastío á sus placeres, y un paréntesis en su amor mezclado de pena y dicha, le hace concebir nuevas esperanzas más ilusorias.

Llega el momento en que necesitamos de la luz, y aquella heroina de la naturaleza nos la dá sufriendo con amor que se le despedacen las entrañas, soportando los dolores más crueles de la vida, agotando sus fuerzas en una obra muchas veces ingrata, y esponiendo su vida, no reserva para su abatido espíritu otro desahogo que los ayes del dolor tranquilizados poco despues por un placer inmenso.

Desde entonces todas las afecciones, todos los sentimientos, todas las sensaciones se relegan para dar cabida en su corazon á ese cariño incomparable que se llama *amor materno*.

¿Qué poder secreto influye en el alma de la mujer, para que desde que es madre se constituya en instrumento fiel de la benéfica Providencia?

La naturaleza, de quien tanto aprende, la estimula con nuevas fuerzas para que no descuide sus vigilancias, para

que aumente sus sacrificios, sustente á su hijo con el jugo de sus pechos y le dirija en sus primeros pasos.

Pero Dios infunde en el alma de la madre un germen de bondad desconocido para las demás mujeres, que con su mirada, sus besos, sus caricias y su entusiasmo, trasmite al hijo la pureza de la inocencia divina.

Vosotros los que juzgais ligeramente á la mujer como una obra débil é imperfecta de la naturaleza, que considerais pequeña su alma, acordaos de vuestra madre.

Recordad las vigalias que ha pasado para tranquilizar en la infancia vuestros sueños, la codicia conque ha recogido vuestro aliento, la pasión conque ha sofocado vuestros suspiros, el valor conque os ha arrancado de los peligros y decidme, ¿no habeis encontrado en el fondo de su corazón los destellos del amor infinito?

¿Habeis encontrado despues en otros amores más virtud, mayor abnegacion, más ternura y mayores delicias que en el amor incorruptible de vuestra madre?

En la primera edad de nuestra vida, los pesares del corazón no afectan hondamente nuestro sentimiento; pero la madre los siente y sufre por nosotros.

Despues, cuando los encantos de la inocencia espresan la alegría de nuestra alma, la madre goza inefablemente con nuestras delicias infantiles.

Y su febril amor la hace tan egoísta, que no vé más que lo que ven los ojos de su hijo, y no quiere más que lo que su hijo desea.

Sacrifica en absoluto su voluntad para conocer y satisfacer la de su hijo.

Si ella es buena y virtuosa dilatará su bondad y le transmitirá sus virtudes en todas sus acciones y en todos sus deseos.

Si es mala y culpable, mirad cómo con las lágrimas que deja caer en vuestra frente confunde el dolor de su alma con el arrepentimiento y cómo os oculta con su amor las desgracias y pecados de su vida.

Porque no hay mujer en el mundo, orgullosa de su maternidad, que quiera ver ni hacer á su hijo infeliz ni desdichado.

## III.

La Providencia tiene en sus designios inescrutables reservada para el amor de la madre una recompensa inconcebible que calificaríamos de indigna é infcua, si la felicidad estribara en esta vida.

La ingratitud, con que generalmente correspondemos los hijos á sus desvelos y sacrificios, empieza desde que la razón nos alumbrá.

Cuando así no sucede, la misma Providencia reserva para el corazón de la madre otras pruebas y amarguras inconcebibles en la Bondad Suprema, si la redención del alma no estribara en el dolor y en el sacrificio.

No son bastante amargas las horas que pasa la madre en nuestra laboriosa infancia; que todavía entristecemos irreflexivamente sus efímeras alegrías con los disgustos y sinsabores de nuestra adolescencia.

Nuestras faltas, que sofocarían los sentimientos de cualquiera otro amor, no disminuyen el de nuestra madre que las disculpa como ligeras sombras de nuestras virtudes.

Estas son las únicas que vé y conoce en nosotros por malos é indignos que seamos de su amor, y ella las enaltecerá siempre en grado sublime para que la sociedad no condene nuestras ingratitudes.

Si despues otra mujer cautiva nuestro corazón, la madre que puede haber tenido celos de sus padres, de sus hermanos y del esposo, nunca los tiene de su hijo, cuyos amorosos deseos estimula, y orgullosa acepta á otra mujer extraña como hija propia con tal que contribuya con su amor á la felicidad de su hijo.

Sin duda en el amor de la madre están los vestigios que la mujer conserva del amor inocente del Paraíso.

No hay en nosotros inteligencia capaz de sondear los misterios que encierra en su corazón ese amor sublime.

Si somos virtuosos ó infames, si somos felices ó desdichados, ricos ó pobres, jamás se avergonzará de darnos su nombre; nunca nos negará su amor.

Si situaciones terribles de la vida le condujeran á la desesperación ó á la desgracia, capaz sería la madre de faltar á sus deberes y á su fidelidad por salvar á su hijo.

Si la ambición ó el crimen intentan arrebatár á un hijo de los brazos de su madre, la debilidad tan reconocida de la mujer se convierte en un valor heroico comparable solo al furor salvaje de las fieras.

Únicamente cuando la seguridad y el honor pátrio lo reclaman, ella que también lo siente arraigado en su alma, resignada presta la vida de su hijo con el corazón oprimido por el dolor y el llanto, quedándole la esperanza de verle regresar lleno de gloria.

Pero cuando la madre llega á la situación más desesperada de su vida, cuando manifiesta la intensidad de sus dolores, es cuando la muerte le disputa prematuramente los derechos de su hijo.

¡Ah! entonces la mujer llega á la apoteosis de la delicadeza, de la abnegación y del amor que en el alma cabe.

Ciega, delirante y loca, inventa y soporta nuevas fatigas para arrancar de las garras de la muerte al hijo de su carne, y sin abatirse ni perder con sus fuerzas sus esperanzas, sacrifica y consume su salud y su hermosura en una constante vigilia que desgraciadamente la dejan vencida en la lucha.

Capaz sería de dar su vida por la vida de su hijo: no lo consigue; y la tortura que parece acabar con los días de la mujer, la envuelve con su delirio y la trastorna insensible, fría y con el corazón entumecido.

Si sus lágrimas nos alcanzáran habrían de abrazar nuestro pecho.

## IV.

Increíble parece que Dios permita en el mundo repugnantes escepciones de las mujeres que privadas de la insensibilidad materna, la naturaleza las haya dotado de hijos para relegarlos al abandono ó manchar sus manos con la inocente sangre de su propio corazón.

Sin embargo, estas horrosas escepciones existen.

Pero esas mujeres no son madres, no deben considerarse tampoco como mujeres, sinó monstruos incomparables á ningun otro sér de la tierra, que sin razon, sin corazón y sin instinto hicieron de su primer amor un crimen.

Aquel crimen las lleva embrutecidas á otros más horribles, que la sociedad, la naturaleza y Dios maldicen.

¿A qué penetrar en los arcanos de sus inmundas entrañas?

Gran lástima é indignacion inspira la mujer que abandona el propio fruto de su amor, para especular con el alimento que roba á su hijo, vendiendo la leche de sus pechos y prodigando sus caricias y desvelos á otros séres extraños.

¿Qué sentimientos hay que pedir ni esperar de las afecciones y cuidados de esas mercenarias?

¡Infames! En vez de las consideraciones y dádivas de otras madres, merecerian su desprecio y los más severos castigos de la sociedad.

En cambio, una corona de gloria perpétua y de gratitud universal para aquellos corazones generosos que protejen á los desvalidos hijos del abandono y del crimen, los prohijan y los amparan contribuyendo á su felicidad futura.

Muchas de estas grandes almas, para quienes todavía la sociedad no tiene una recompensa, aunque la naturaleza no las ha hecho madres, Dios las ha dotado de las bondades de los ángeles de nuestra guarda en la tierra.

## V.

Quisiera que los hombres que tienen por sistema rebajar la dignidad de la mujer, y que la consideran como un sér despreciable, fijaran su atención en el número de grandes hombres que han formado parte de la familia humana y nos dijeran dónde han adquirido el gérmen de su valor, de su talento y de sus virtudes.

Cuando apenas esos grandes hombres podían resistir las impresiones de la luz, una mujer los sostenía en sus brazos y con sus tiernas miradas les infundía entonces el valor y la sabiduría que tanta admiración nos producen.

Esa misma mujer enseñó á muchos de ellos á considerar el valor nó como una temeridad, sinó como una virtud cívica; ella infundió en sus tiernos corazones el amor á la sabiduría con que se han distinguido los ingenios.

Sin la prudencia de sus madres, jamás hubiesen elegido el camino de la inmortalidad.

Porque en la infancia no es solo nuestro apoyo providencial, sinó que es también nuestra maestra y nuestro sacerdote.

Sin duda los detractores de la mujer han olvidado, desgraciadamente, que en la niñez nuestras madres nos han explicado sobre sus rodillas el por qué de muchas cosas.

En sus brazos nos han enseñado á articular las palabras y á vencer las dificultades del idioma que hablamos.

A sus bondades y á sus virtudes debemos el respeto de nuestras más venerables creencias.

Ella nos ha enseñado á dirigir nuestro pensamiento al infinito, elevando nuestras manos á los cielos y nuestras súplicas y bendiciones á Dios.

Ella nos ha demostrado y guiado en los senderos de la virtud, nos ha indicado y separado de los peligros de la vida y nos ha consolado en todas nuestras aficciones.

Ella es el único sér que pronosticando nuestro porvenir, jamás nos ha engañado con sus máximas y consejos.

En la pureza de ese amor inmenso, en sus sublimes misterios están los reflejos del ideal del amor divino.

Y no se explica que haya hombres que recordando á su madre no puedan armonizar las verdades naturales con las divinas.

Porque si recordaran la pureza de sus doctrinas, ni el ateísmo ni la indiferencia cabrían en su corazón.

Así como á la madre debemos nuestra naturaleza y nuestro desarrollo físico, así también le debemos el desarrollo de nuestra inteligencia y de nuestra educación.

En sus enseñanzas estriba la verdadera misión de la mujer; á ellas debemos la rectitud y grandeza de nuestros pensamientos, y no temamos asegurarlo, también nuestros progresos y nuestro porvenir.

Cuando en épocas remotas la mujer ocupaba en la familia un lugar despreciable, su influencia en las enseñanzas de los hombres era nula; y los adelantos y progresos iniciados por los mismos, se sucedían con lentitud y se consideraban con estrañeza y temor.

Hoy que la mujer no yace en aquella abyección, su influencia moral nos inócula las ideas de su propia libertad y desenvuelve en nuestra alma la predilección por las cosas grandes y desconocidas.

Y los adelantos y los progresos de la civilización humana se suceden con más rapidéz y se estudian con admiración y convencimiento.

Desgraciadamente, á pesar de la claridad de estas verdades, nuestra sociedad actual mira con indiferencia la educacion de la mujer.

Los padres dedicamos nuestros cuidados á la educacion y al porvenir de los hijos y nuestras ambiciones y desvelos tienden á perpetuar en ellos nuestro génio y nuestras inclinaciones.

La educacion de las hijas se deja completamente al cuidado de las madres y el porvenir se confía á la conveniencia y brillantéz del matrimonio.

Los demás hombres no nos ocupamos más que en corromper á las mujeres, rodeándolas de ridículas lisonjas que acrecientan su vanidad y sus frivolidades.

¿Qué de extraño tiene, pues, que la mujer confunda las necesidades de la educacion con las reglas de urbanidad y la ilustracion con la instruccion rudimentaria?

## VI.

La educacion que las madres deben transmitir á sus hijas, no estriba solamente en el carácter que aquellas quieran imprimirle, sinó tambien en la disposicion con que estas se inclinen á recibirla.

El cuidado preferente de la madre debe ser preparar el espíritu de la hija para que la virtud arraigue en el corazon con raices hondas y saludables que jamás las conmuevan, ni las corrompan los temporales de la vida.

Si sus enseñanzas no la conducen á desempeñar dignamente en su día la mision de una esposa perfecta, y buena madre, solo conseguirá desarrollar en su corazon vírgen las semillas de la veleidad y de la vanidad.

Aunque en su amor filial no se encuentren los defectos de una educacion viciosa; en sus costumbres han de revelarse las inclinaciones de su ligereza y frivolidad futura.

Con justa razon distingue el escritor Catalina, en dos extremos igualmente peligrosos, los defectos de la educacion de la mujer: en el rigorismo exagerado de una severa moral, ó en la libre condescendencia de la madre.

En el primer caso la hipocresía se encarga de encubrir las debilidades del corazon.

Con el disimulo, y una afectada seriedad que podrá asimilarse mucho á la discrecion, burlará la vigilancia de la madre á pesar de sus esperiencias, y adquirirá esa sorprendente osadía conque se ilustran los amores novelescos.

Y como engaña á la madre, podrá suceder muy bien que mañana burle al hombre por quien hoy apela á la mentira.

La condescendencia exagerada, ha de convertir forzosamente la rectitud de su albedrío en licenciosos antojos y extravagantes caprichos, para caer en el ridículo la madre y la hija.

Sin solidéz en sus principios, sin base en su estimacion propia, sin norma regularizadora para la conciencia, los vicios de nuestras costumbres seguirá la mujer reputándolos como conveniencias y necesidades sociales.

Si su honra no peligrá no se deberá al conocimiento de su virtud, sinó á la altivéz de su orgullo ó á la falta de sagacidad en el hombre que esté en acecho de sus lijerzas y debilidades.

Uno y otro fenómeno impiden que la mujer consolide su educacion y que su influencia contribuya más directamente á la perfeccion de la familia y á los progresos de la humanidad.

El primer sistema nos hace retroceder al siglo de las confiancias taimadas y ladinas en que intervenian pagés y encubridoras; el segundo nos precipitará en los abismos de la corrupcion sin distinguir el precipicio.

Unos consejos me permito dirigir á las madres que lo necesiten, valgan lo que valieren.

Que sepan transmitir á sus hijos la pureza y encantos que en sí encierra el amor materno, conservándoles por todo el mayor tiempo posible la candorosa ignorancia con que se distingue la inocencia del alma.

Mientras la conservamos y la sabemos apreciar somos felices en la tierra.

Y cuando corresponde dirigir su educacion á los conocimientos que la mujer deba adquirir del hombre y de la sociedad, lo haga con la delicadeza que requiere esa misma inocencia, sin que con sus nociones se dé pábulo á la desenvoltura, y pueda siempre estimarla en todo su valor y compararla con la realidad de los peligros de la vida sin exagerarlos.

No se precipite la madre en ese afán que se observa de presentar prematuramente las niñas como mujeres ante los hombres y la sociedad, porque cuanto más tiernas y débiles sean las facultades de su inteligencia, menos acierto han de tener en su criterio.

No se impacienten por asegurar ni adelantar el porvenir de sus hijas en la eleccion de estado, toda vez que ellas mismas saben bien y conocen que el matrimonio nunca puede aceptarse como un juego de niñas.

Más les valiera á muchas mujeres permanecer vírgenes virtuosas toda la vida, que no haber llegado á ser desgraciadas esposas y malas madres.

No olviden nunca que aquella impaciencia, cuando resalta á los ojos de la mujer, la conoce y distingue nuestra juventud ladina, y á estas infelices dedica sus pasatiempos y de ellas escoje las víctimas para sus seducciones.

Si la madre de familia comprende bien sus derechos y cumple con sus deberes, ella recojerá el fruto en el placer que inspiran los afectos de sus hijos virtuosos.

Y como asegura Mme. Sirey, *tendrá el feliz privilegio de no sentir el dolor que causa envejecer.*

## CAPÍTULO IX.

### LA VIUDÉZ.

El estado de viudéz es para la mujer el más incómodo de su vida.

Mme. de Girardin.

#### I.

¿Qué se han hecho las dulces ilusiones de la vida para la mujer enamorada del esposo que le arrebató la muerte?

La tranquila alegría de su alma que constituía el placer constante de sus hijos y era la envidia de la familia, ha desaparecido ya de su rostro.

El llanto marchita su belleza y anega en perpétuas amarguras los vacíos de su corazón.

La pérdida de sus esperanzas la llena de abatimiento y recrudence su dolor.

Nueva Agar desamparada en el desierto de la vida, contempla la mujer á su hijo en el abandono; y sin guía y sin defensa implora en la soledad la compasión del cielo.

Los recuerdos del pasado acrecentarán su amor perdido y la falta de fuerzas que necesita para arrostrar el porvenir.

¡Infeliz mujer! Los consuelos de la compasion de poco remedio te servirán, á pesar de tu agradecida sonrisa, porque no te evitan los peligros de una orfandad lastimosa.

Si sacrificas á tus recuerdos todas las expansiones del alma, en el cielo te conservará tu esposo la pureza de su cariño para otra vida más feliz.

Si nuevo amor enjuga tus pesares en la tierra, no aspire á la recompensa de los juramentos hechos á su memoria.

## II.

De todos los estados que constituyen la vida de la mujer, ninguno más imperfecto y comprometido para ella y para su familia, que el de la viudez.

Acostumbrada á la amistad del hombre á quien consagró su amor en el mundo, con él compartía tranquilamente las penas y placeres de la vida sin preveer su funesto desenlace; y al perder su apoyo queda reducida á una orfandad deplorable.

Sus hijos mismos sufren el despiadado golpe de la pérdida de su padre, sin apreciar muchas veces la crudeza de su intensidad ni lo funesto de sus consecuencias; y su irreflexion aumenta el dolor de la madre que queda desamparada.

El llanto que esparce los dolores de su alma, que siempre debiera inspirar respeto y compasion, sirve de mofa á la insensatez que no supone á sus sentimientos más duracion que la de los funerales del esposo.

Juicio ridículo y temerario, propio de un egoismo malicioso y refinado con la frialdad de aquellos corazones que no saben apreciar y distinguir las expansiones nobles del alma.

Si los pesares de la vida unieran á su crudeza y á su intensidad la duracion perpétua, no sería el mundo un valle de lágrimas, sinó un abismo de furias desesperadas.

¿Por qué se ha de estrañar, pues, que la mujer busque en la propia conformidad de su ánimo la pérdida del amparo que el cielo le niega, el consuelo de su desgracia?

Cuando mayores son las tribulaciones de la vida, más serenidad necesita nuestra razon, más tranquilidad nuestro ánimo para soportarlas y vencerlas.

Y en los méritos de la resignacion consiste el mejor temple del alma, no en el abatimiento del dolor.

La pérdida de un sér amado, siempre destroza el corazon.

¿Cómo no ha de sufrir gran quebranto la mujer que pierde con su esposo no sólo las ilusiones y las esperanzas del amor, sinó tambien su apoyo y proteccion?

La sociedad le tributaba las consideraciones distinguidas de esposa, por el respeto que hubiera sabido ganarse el marido en su vida.

Muerto ya, los hombres sensatos conservarán para ella las consideraciones del decoro y de la compasion, el respeto de la desgracia; pero nunca faltan despreocupados que al verla jóven é independiente la consideren buena presa para sus caprichos y se abroguen el derecho de ofenderla.

Y ofensa muy grave es el incienso corruptor de la lisonja que la osadía licenciada se permite dirigir á una viuda discreta.

Cada frase seductora ha de despertar en su corazon nuevos recuerdos de angustia que han de aumentar sus tribulaciones.

Si la mujer queda en su viudéz con hijos y por herencia la pobreza, su situacion no es solo lamentable sinó mucho más funesta que cuando conserva una posicion desahogada.

Sin elementos para atender á las necesidades de sus hijos, tiene que abandonar sus cuidados y su educacion para buscarles el pan indispensable de la vida.

Si este se adquiere con decoro, la dureza del trabajo será más soportable y su producto será más agradable á sus hijos que cuando la desesperacion la conduce á la deshonra.

Cuanto más modestos fueron los recursos de la vida en el matrimonio, más de lleno entra la mujer á la muerte del esposo en la série de las privaciones.

Y la desgracia se ceba en estas nobles víctimas, para quienes el destino reserva los rigores de la miseria.

La mujer que con la muerte de su esposo se separa de un libertino ó recobra la libertad de un tirano, entra en un período de tranquilidad poco envidiable tambien para su porvenir, porque las consecuencias de la orfandad á casi todas alcanza de igual manera.

Con las lágrimas que su ternura no niega tampoco al corazón, van unidos los sentimientos de su perdón por sus infidelidades ó por la violencia de los tratamientos con que la martirizó.

La libertad que recobre ha de quedar sometida á la respetabilidad de las acciones de su nueva vida, no para atender solamente al cumplimiento de sus deberes, sino para acallar tambien las preocupaciones y exigencias de nuestra sociedad.

Consignamos estas observaciones que nos sugieren los matrimonios respetados por las gentes, en los cuales la mujer ha seguido en su vida unida al hombre como la yedra al roble, porque cuando no hay esta misteriosa y santa union no deben sorprender todas las anómalas vulgaridades de que es capáz la rareza humana.

### III.

Las antiguas leyes esclavas obligaban á la mujer viuda á ser quemada en la pira que consumia el cadáver del esposo.

Aun hoy la idolatría india conceptúa deshonrada á la mujer que no hace el sacrificio de enterrarse viva con el cuerpo inerte de su marido.

Estas bárbaras costumbres, que con justa razon viene aboliendo el cristianismo, contienen una parte de filosofía que no debieran olvidar nuestras mujeres civilizadas.

La grandeza del amor que la mujer debe sentir por su esposo hasta llegar al sacrificio: la obligacion de participar por igual de sus penas como disfruta de sus placeres: la fidelidad de esa union que no consienten la divorcio el dolor ni la muerte.

Nuestra moral cristiana, más pura en sus doctrinas, exige de la mujer su fidelidad y constancia mientras dura la vida de ambos; pero una vez muerto el esposo, concede á la mujer una libertad que debe quedar sometida á su razon y á su conciencia.

No es la libertad de la soltera inesperta que al amparo de su inocencia busca ilusiones de fidelidad en el amor, y cuyos deseos y afanes los escuda con su propia modestia.

No es la libertad de la casada, cuyo albedrío únicamente al amor de su esposo pertenece.

Es esa libertad que la independencia crea en el individuo, pero que la restringen los recuerdos y la normaliza la esperiencia.

Esa misma libertad impone á la mujer en su viudéz deberes muy respetables para su dignidad y estimacion propia en armonía con la religion, con la sociedad y con el respeto de los recuerdos.

El principal deber y más laborioso para la mujer viuda, segun San Gerónimo, es el de la castidad, por la lucha constante que ha de sostener con los recuerdos de complacencias desvanecidas.

Si en su anterior estado ha sabido conservar la modestia aún para el esposo, como la virtud inherente á la

pureza y amor de su alma, ella de por sí misma buscará en la tristeza de sus recuerdos y en la grandeza de los consuelos divinos el respeto que de la sociedad exige.

Pero si su libertad la dilata, con amables expansiones y condescendencias, á escuchar las intencionadas frases de livianos amoríos, ella misma corromperá su decoro ahogando sus dolores y sus penas.

En las consideraciones que las demás mujeres le retienen, comprenderá que ha descendido al ridículo estado de las *viudas verdes*.

Sus peligros aumentarán en relacion á los usos de sus libertades que pueden convertirse en licencias muy censurables.

Cuando la viuda queda con prole de su difunto esposo, á sus deberes propios une los que se derivan del amor de sus hijos.

Si es sola é independiente, corrompe con sus ligerezas su corazon, perdiendo su dignidad y manchando la memoria de su esposo.

Pero cuando es madre y no sabe conservar su estimacion envidiable, no solo corrompe su alma y ofende la memoria del difunto esposo sinó que envilece tambien el respetable honor de sus hijos.

En ningun caso de la vida necesita la mujer de tanto talento y de virtud como cuando el destino la deja viuda y madre.

Su mision se ha de elevar entonces al supremo grado de la perfeccion, porque no es solo su amor lo que la madre ha de transmitir á sus hijos sinó que con él ha de inculcar las virtudes del padre.

Ha de saber armonizar la ternura de su corazon con la discrecion natural del hombre, y la independenciam que puedan abrogarse los hijos en su orfandad.

Ha de aumentar sus desvelos y cuidados, quizás á costa de grandes privaciones, para atender á sus necesida-

des cotidianas y establecer los cimientos de su felicidad futura.

• Ha de moralizar su dirección y enseñarles á gobernarse y á gobernar la familia, de acuerdo con el fin útil á que seamos destinados en la sociedad.

Y estos deberes, con otras muchas obligaciones difíciles de estimar, no pueden conceder á la viuda de talento y de virtud ningun tiempo para la ociosidad que requieren los desvanecos.

#### IV.

Son tan contradictorios los problemas que presenta en cada estado de la vida el corazón humano y tan difíciles de resolver, que no pueden formar un sistema fijo y exacto las doctrinas que de ellos se intente deducir.

A esta especie pertenece el vacío que deja en el alma el adiós postrero dado á la persona amada, cuando nos deja en el mundo con la aridez de la separación y llevándose la dulzura y la alegría de nuestras ilusiones.

Al sentimiento natural y al dolor de los recuerdos, acompañamos siempre protestas apasionadas de constancia y de fidelidad que embellecen las esperanzas del amor enlutado que nos deja en el corazón.

Esas mismas esperanzas debieran ser el lazo indisoluble de la fidelidad, que nos obligara á una constancia perpétua.

Pero como los dolores de la vida serian irresistibles si se hiciesen muy duraderos, nuestra veleidad es muy exigente; y los consuelos que el alma adquiere, no son de tal índole que puedan impedirle la creación de afecciones nuevas tan puras y tan dignas como las perdidas.

Verdad es que á medida que estas renacen, sinó mueren en absoluto las antiguas, languidecen y se debilitan relegándolas al rincón de los gratos recuerdos pasados.

Y como en la tierra todo termina y todo está sujeto á trasformaciones más ó menos precisas, no es de extrañar que muerto un amor renazca otro en el mismo corazon en que habian quedado frios los sentimientos.

La mujer que atesora en su pecho mayor cantidad de estos, está tan espuesta ó más que el hombre á sufrir nuevas impresionés de amor en su alma.

Sin que por esto llore intencionalmente el amor perdido, como algunos suponen, para enternecer á los vivos y escitar su amor, sinó porque el estado imperfecto en que vive la mujer viuda la hace desear salir de él.

El amor de la viuda, por muy apasionado que sea, nunca puede responder al encanto del amor primero.

Su hermosura conservará hechizos fascinadores, su modestia podrá suplir á la ignorancia del deseo, pero carecerá de los atractivos de la inocencia y del candor.

Semejante á la camelia hermosa, arrebatarán sus colores, fascinará la tersura de sus pétalos, se admirará su lozanía, pero ¿dónde está la fragancia embriagadora de la rosa?

Los perfumes de su corazon vírgen los dispó en su primer amor y no vuelven al alma, como no vuelve la santa inocencia despues de perdida.

Pero no por esto dejará de agradar y ser amada como ella aspire y su virtud requiera, pues aunque se dice que nunca las segundas nupcias ofrecen buen resultado, no conviene hacer siempre caso de las suposiciones del vulgo, sinó de lo que nuestro criterio y conciencia nos aconsejen.

## V.

Por más que la viudéz, moralmente considerada, sea el estado más respetable de los que constituyen la vida de la mujer, y aunque el Apóstol califica á ella de más feliz

si permanece en él, el problema que presenta su libertad, su aislamiento, su estimacion propia y otras circunstancias sociales, nos hace considerar más aceptable su propio consejo á Timoteo sobre las viudas de Efeeso: *Yo prefiero que las viudas se casen, tengan hijos, sean madres de familia y no den á nuestros enemigos ninguna ocasion de que hablen de nosotros.*

Efectivamente: conocida la prudencia de este sábio consejo, ¿por qué no hemos de ver en la mujer viuda que se casa toda la cordura que distinguimos en las segundas nupcias del viudo?

Enhorabuena que la mujer viuda que quiera perpetuar los recuerdos de su difunto esposo, y no necesite del matrimonio, se abstenga del mundo y le dedique la pureza de su amor.

Pero ¡cuántas mujeres no hay que deben su felicidad y la de sus hijos á un nuevo enlace! ¡Cuántas hay que necesitan del matrimonio para salvar los peligros de su libertad, continuamente arriesgada á las desgracias de su abandono!

La mujer jóven é independiente que á pesar de su posicion desahogada carece de instruccion para administrar su caudal, ¿por qué ha de seguir coartada en su aislamiento si otro amor digno y leal la invita á nuevo enlace? ¿Deberá confiar las aspiraciones juveniles de su razon á repugnantes amoríos que sirvan de combustible á la murmuracion y al escándalo? Nunca.

La infelíz que queda en el desamparo de la viudéz con hijos, no tiene pan que darles, ó éste llega á escasear, y aun agotando sus fuerzas con rudos trabajos ó consumiendo sus mezquinos intereses no consigue salvarles de los horrores de una miseria segura ¿por qué la hemos de llamar loca, aceptando la proteccion amorosa de otro esposo que se presenta dispuesto á sacrificarse por su amor y por sus hijos?

Algunos rigoristas aconsejan á la mujer viuda que si fué feliz en el primer matrimonio, no debe esponerse á ser desgraciada en el segundo; y si fué desdichada en aquél, no espere serlo menos en éste.

Pero aunque en la sociedad observamos frecuentes casos que confirman la conveniencia de haber seguido sus individuos aquellos consejos, no es tan absoluta ni aún general la consecuencia de semejantes ejemplos para que deba aceptarse como principio.

La mujer viuda tiene sobre la doncella algunas ventajas procedentes de su esperiencia, que pueden servirle y debe aprovecharlas para guiar su nueva eleccion de estado.

Esta, no puede escojer marido, sinó que ha de aceptar la declaracion amorosa que le ofrezca un porvenir; aquella, puede más independientemente evadir los compromisos del amor y esperar la madurez de su conveniencia.

La ignorancia de la doncella sujeta toda su voluntad á los impulsos de su corazon.

La esperiencia de la viuda debe armonizar con más sensatéz los impulsos y sentimientos del amor con las distinciones del criterio.

Si á pesar de su esperiencia, la viuda aumenta su desdicha con unas segundas nupcias, que no atribuya á la suerte su crudeza, sinó á su egoismo irreflexivo que confundió los estímulos del orgullo y las ambiciones del interés, con las necesidades de su alma y los sentimientos de su corazon.

Si decorosamente encuentra un nuevo compañero que la defienda con su amor, y amparando la orfandad de sus hijos la consuele de sus lágrimas vertidas, en esa felicidad obtendrá la única recompensa posible en la tierra al sacrificio nuevo que haya impuesto á su corazon.

## CAPÍTULO X.

### LA FAMILIA.

¿Qué sería de la sociedad sin la mujer?

Saint-Prosper.

#### I.

Todas las especies en que se dividen los seres de la naturaleza, conservan una relacion íntima que contribuyendo misteriosamente á la union de sus individuos, sostiene el orden admirable de producciones que revelan la sabiduría del Creador.

Y estas especies, cual si efectivamente tuvieran entre sí una consanguinidad originaria, establecen en sus individuos disposiciones determinadas y costumbres de igual semejanza que contribuyen á la armonía general.

Tal fenómeno, observado aún en los seres inanimados, viene progresivamente desarrollándose y perfeccionándose en las escalas respectivas de la vida en que la materia impone, el instinto obliga, ó la razon convence de su necesidad.

La union de individuos que obedece á esta ley, tratándose del hombre, constituye la familia; base de las sociedades relativas que forman los pueblos, las naciones y las razas de la gran familia humana.

En los irracionales esa union, aunque participa de las influencias de la simpatía, no es duradera, y sólo la establecen en aquellas épocas de la vida en que las necesidades de la naturaleza les obliga á conservarla.

Despues otras necesidades diversas, y la carencia de medios para satisfacerlas, disuelve la union y hace independientes á sus individuos.

En el hombre ocurre todo lo contrario: busca en cierta edad á la mujer, se une á ella segun la carne, y aunque este estímulo termine, una misteriosa influencia que el amor ejerce en sus individuos y conserva con gratitud y satisfaccion, sirve de lazo que les obliga á permanecer unidos toda la vida en sociedad.

Cuando esta union produce hijos, la familia aumenta y el vínculo se hace más indisoluble á pesar del rigor de los trabajos y de las necesidades, no solo por la influencia de las leyes, de las costumbres y de la educacion, sinó por la que ejerce el cariño en las diversas manifestaciones del corazon humano.

En todas las naciones, la familia se considera como el santuario en que el hombre conserva la pureza de su amor al amparo de todo género de virtudes, y cuya santificacion con la moralidad de sus costumbres, tiene el deber de transmitir á sus hijos para contribuir al mayor progreso y feliz civilizacion de la sociedad en general.

Por lo regular hay en cada familia un sér destinado á adquirir y proporcionar todos los medios de bienestar posible á sus individuos, en quien recae la autoridad necesaria al buen órden y respeto de la familia.

Este cargo, por derecho natural, corresponde al hombre; mientras la mujer asume la direccion del régimen doméstico, cuida de conservar y ayuda á aumentar la felicidad de los individuos que el cariño somete á su tutela, con la comunicacion de los más agradables y dulces sentimientos de su corazon.

Su importancia, tan interesante como la del hombre, se deja sentir de una manera más directa por ser más íntima y estar más en contacto su influencia con el hombre y con sus hijos:

Para adquirir esta importancia no basta á la mujer ocupar el lugar preferente que la civilizacion le ha concedido en la familia; debe saberlo sostener con la dignidad y nobleza que su mision requiere.

Por esto cuanto más discrecion demuestre la mujer, más respetabilidad observará en los individuos que vivan bajo su direccion y su cuidado.

Cuanto más amable sea para todos, más gratos y envidiables se hacen los placeres de la familia, y con su solitud menos se sienten las privaciones de la vida.

Cuanto más tierno su corazon, ménos dureza revelará el carácter del hombre y menos pesares alcanzarán á los individuos de su familia.

Sus bondades no sólo suavizarán la aspereza de las costumbres interiores, sinó que trascenderán á los negocios y demás cargos que el hombre desempeña en la sociedad, trasformando la índole de su génio.

## II.

Tiene el hombre el deber ineludible de adquirir el sustento de la vida por medio del trabajo; y este deber sagrado é ingrato á la vez, se haria insoportable si los estímulos de su amor no le infundieran una desinteresada complacencia para compartir sus frutos con la mujer que fecundiza sus placeres y con sus hijos.

En esa satisfaccion consiste el primer goce del hogar que proporciona los medios de satisfacer las necesidades, y facilita á la familia las comodidades de la vida.

No puede la mujer, por lo general, tomar parte activa en la pesadéz del trabajo del hombre; pero contribuye á

compartir con él sus afanes de una manera más directa ó indirecta, segun la abundancia y elementos de su posición social.

En las clases modestas de nuestra sociedad, en que por lo regular se reflejan más las virtudes de la familia, y cuyas satisfacciones proporcionan más dicha á sus individuos, es en las que la mujer demuestra mejor la participacion que le corresponde en aquellas obligaciones y descubre más las dotes de su discrecion.

Ella alienta al hombre en sus tareas, y con las dulces caricias de su agradecimiento, enjuga sus constantes sudores, comunicándole nuevas fuerzas para los trabajos sucesivos.

Dedica todos sus cuidados á conservar el aseo en las cosas de su esposo y de sus hijos, inculcándoles una suave templanza para contener la ambicion que pueda inspirarles el esplendor de las riquezas ajenas.

Ella se constituye depositaria de los productos del trabajo del hombre, los distribuye segun sus necesidades, y su prevision llega por medio de insensibles privaciones á establecer paulatinamente el honrado capital de la economía.

Su discrecion es pues la base del órden, de la paz y de la felicidad de su casa.

A ella debe la mujer las consideraciones que se granjea con sus desvelos y la respetabilidad con que la distinguen sus hijos y los estraños.

Sus consejos impelen muchas veces al hombre á mejorar su condicion y su fortuna; y no siempre son ajenas las variaciones del talento y de la suerte á los estímulos de la discrecion de la mujer.

Sí á esa discrecion reune con las demás bondades de su carácter la ternura de su amor, la mujer llega á ser por su perfeccion el custódio de la felicidad doméstica.

Los sencillos placeres de la familia adquieren atracti-

vos que anudan las voluntades, armonizan las edades, los estados y los caracteres de cada individuo y establecen la rectitud y pureza de sus costumbres.

El hombre, que por la índole de sus trabajos ó las preocupaciones de sus negocios tiene que abandonar á su familia la mayor parte del día, confía en su mujer sus cuidados, y cuando fatigado vuelve á su lado, no sólo encuentra el descanso que necesita su ánimo y su cuerpo, sino que convierte en satisfacciones inapreciables y sumamente agradables las molestias que ha sufrido en su ausencia ó aislamiento.

Si desgraciadamente la mujer no reúne condiciones para desempeñar bien su importante cargo, la influencia de sus faltas perturba los mejores deseos del hombre, languidecen sus aspiraciones, sus afanes se estrellan contra la ingratitud, sus necesidades no disminuyen, las privaciones alteran el carácter de sus individuos y el desorden, los sinsabores y la desdicha son las consecuencias de su conducta.

### III.

La felicidad que la mujer discreta y de corazón sostiene con su influencia en el seno de la familia, debiera ser mejor considerada y estimada por todas las clases.

Por desgracia no ocurre así.

En aquellas categorías sociales que llamamos altas, el orgullo establece en la familia reglas de conducta que separa la íntima unión de sus individuos, estinguendo la confianza mútua que debiera regir en sus costumbres.

Etiqueta se llama el rigor de estas ridículas convenciones.

La mujer, por lo general, no interviene directamente en el gobierno ni en la administración de la casa más que en la parte conveniente á sus exigencias y á sus caprichos.

Estos le absorven el tiempo, y sus ideas nunca pueden descender á fijarse en el terreno vulgar de las ocupaciones domésticas.

Personas estrañas y asalariadas asumen sus facultades y casi siempre abusan de sus atribuciones.

El modesto esmero y aseo que revelan los cuidados y cordura de una mujer amante de su familia, se trasforma en la suntuosidad del lujo y esplendor de una opulencia, las más de las veces ficticia é insoportable.

Los estudios que la mujer de condicion modesta hace tan meritoriamente para cubrir con decoro y holgura las necesidades de sus hijos, basados en la economía, no se conocen ni pueden apreciarse; se suplen prodigando el dinero á costa de sacrificios que menoscaban ó destruyen los bienes de la fortuna.

Las afecciones entre sus individuos, sinó fenecen emponzoñadas por la envidia y por los celos, se conservan frias é indiferentes, careciendo de la nobleza de los sentimientos que enjendra la confianza.

La libertad moral que se adquiere con la intimidad y que proporciona satisfacciones y placeres al lado de las personas queridas, no encuentra atractivos en la estrechez de sus límites.

Necesita para sus expansiones el ancho campo de la disolucion y el abandono de los vicios.

Muchos de estos, que resultan costosos, se sostienen mientras los elementos pecuniarios subsisten.

Y á medida que con ellos se altera nuestra tranquilidad, sobreviene el enojo y aumentan las molestias de las contrariedades y de las privaciones, que enjendran en el ánimo la grosería y la dureza de corazon.

El suave consuelo que mitiga la afliccion de nuestras penas al amparo de una familia virtuosa, no hay quien pueda darlo cuando falta el interés del afecto, dejándonos sumidos en una constante inquietud y malestar.

El estado de nuestro ánimo se trasluce siempre, no sólo en la actitud del semblante, sinó en todas las acciones de nuestra vida.

Cuando en el corazón hay tranquilidad, nuestra razón discurre y determina con más rectitud y acierto, su calma vigoriza las fuerzas del cuerpo, se resisten las fatigas de nuestros trabajos y cualquiera impresión grata, por sencilla que sea, inunda nuestra alma de un bienestar que difunde la paz á nuestro alrededor.

Cuando esta tranquilidad la turban los pesares de la vida, las contrariedades de nuestros negocios ó los desvelos de nuestras cavilidades, el corazón reconcentra en su seno una amargura que corroe nuestros más predilectos sentimientos; y en la soledad y en el aislamiento buscamos la calma perdida.

¿Quién puede sacarnos de ese excepcional estado que redundará en un malestar general y se refleja desde luego directamente en los disgustos de la familia?

La mujer que, con su discreción, sepa armonizar la expresiva ternura de su alma con la aridez de nuestros sinsabores y aflicciones.

Si carece de estas facultades, ¡cuán desgraciada se hace ella misma y convierte á los demás individuos que han de vivir á su lado!

#### IV.

La confianza que los individuos de una misma familia se comunican entre sí, ayuda á sostener en ellos el afecto natural que adquiere diversos caracteres según el grado relativo que ocupan.

De la naturaleza de ese afecto se deriva la suavidad y estimación de nuestros deberes recíprocos.

El padre, con su respetable cariño, inculca los principios de amor y de autoridad que ejerce para la recta y

saludable direccion de sus individuos, teniendo la obligacion sagrada de sustentar y proteger la familia y aun de sacrificarse por su dicha.

La madre, con la delicadeza inherente á la bondad de sus sentimientos naturales, ayuda al padre en su difícil y santa mision, aceptando aquella parte que los cuidados y la educacion de sus hijos le reclaman en armonía con sus virtudes.

Los hijos enjendran para los padres esa afeccion que debiera ser desinteresada é inmensa, basada en la gratitud que inspiran los deberes de nuestra vida y las consideraciones de nuestra felicidad.

Los hermanos sostienen entre sí otro afecto puro y noble que supera á las impresiones de la amistad, y cuyos sentimientos se relacionan con la procedencia igual de su nacimiento y de su amor.

Los demás individuos contribuyen á estrechar el vínculo de alianza en la familia, con las simpatías y la amistad que nacen de las consaguinidades más ó menos inmediatas ó por el contacto que permiten los cuidados y sus servicios.

El amor de los padres, base de su felicidad propia y concierto de la paz doméstica, es tambien el imán secreto que atrae ó rechaza las afecciones recíprocas de los demás individuos.

El cariño de los padres para con los hijos, por regla general nunca se debilita; y aunque las ingratitudes de estos son la causa de muchos de sus sufrimientos, en el corazon de los autores de nuestra existencia siempre se descubre el perdon que revela la grandeza y bondad de su amor.

El afecto fraternal, mas débil que el cariño paterno, es el que está mas espuesto á las rivalidades y discordias que pueden crear la envidia ó sentimiento, por distinciones más ó menos reales ó aparentes en el cariño de sus padres.

Estas alteraciones, que muchas veces pasan inadvertidas para la inteligencia del hombre y que á la sombra de su indiferencia crecen y adquieren proporciones de trascendencia, las descubre el corazón de la mujer, las suaviza con la prodigalidad de sus bondades, y contribuye á estirparlas con la influencia de su propia educación.

Aunque á la mujer le niega la sociedad la iniciativa y la participación en la dirección y gobierno de los hombres, aunque no le concede muchas veces capacidad para la resolución de sus negocios y de sus empresas, nunca dejará de reconocerse la influencia que tiene con el hombre en el santuario doméstico, parte integrante de la familia y de la sociedad en general.

Ella no podrá con sus propias fuerzas empuñar las riendas del gobierno de los pueblos; pero con su prudencia habrá gobernado y dirigido desde la cuna á los hombres admirados por su aptitud y grandeza.

No sabrá discutir con los sábios los secretos de las ciencias; pero con su educación ha contribuido á la enseñanza de su familia y á esclarecer sus inteligencias.

Carecerá del valor para pelear al lado de los héroes; pero ella les habrá infundido la serenidad necesaria para contrarrestar los riesgos y los peligros de la vida.

No servirán sus cálculos para resolver los problemas de los especuladores y hacendistas; pero sin los ejemplos de su economía doméstica, quizás algunos hombres no hubiesen aprendido á acumular las riquezas.

Podrá el hombre con su ingeniosidad y con su independencia inventar y disfrutar bellas y variadas distracciones para su ánimo; podrá consumir su gusto y sus caprichos en todos los placeres imaginables de la vida; podrá de por sí soportar el golpe adverso de las desgracias y en su propio egoísmo proporcionarse por su conformidad efímeros consuelos.

Pero ¿qué son ellos y los placeres de la vida, sin las

emociones del corazon que á nuestro amparo y á la sombra de nuestro amor han nacido, viven y crecen?

Sin la union de la familia ¿qué sería de su felicidad y de la nuestra sin la felicidad de la mujer?

Una agrupacion numerosa de seres insípidos, sin corazon ni sentimientos.

Rectifiquemos una opinion vulgar para concluir.

El egoismo y el orgullo de muchas familias, no les permite considerar como miembros á ella inherentes, dignos de su afecto y consideracion, más que á aquellos con quienes se encuentran ligados por su afinidad y por su consanguinidad, escluyendo por este error á los criados que obedecen sus órdenes y les sirven y ayudan en sus necesidades.

No cabe mayor injusticia en el corazon humano que creernos con derecho para esperar de nuestros servidores toda clase de deferencias, y que nuestra superioridad se suponga tan elevada que no nos permita tenerlas recíprocamente con las personas que, aunque nos sirven ó ayudan por un salario, viven y están bajo nuestra proteccion y vigilancia.

La moral divina, que enseña la sencillez del corazon sin confundir los derechos y los deberes de cada cual, nos dice que: *El hombre bien nacido no desdeña los consejos de un criado sensato y que cualquiera servidor fiel debemos considerarlo al igual de nosotros mismos.*

## CAPÍTULO XI.

### LA RELIGIOSIDAD.

¿Cómo concebir que una mujer pueda ser atea?

Chateaubriand.

#### I.

De las relaciones de nuestra alma para con el Creador, se deriva un sentimiento interno de agradecimiento y de veneración que nos inclina á tributarle con sencillez, pureza y piedad los honores que corresponden á su infinita grandeza, á su inmensa sabiduría y á su providencia invariable.

Ese tributo con que nuestra alma eleva al cielo sus expansiones, le facilita ofrecer al Sér Supremo los testimonios de su bondad, de su gratitud y de su amor, cumpliendo con el principal deber de toda criatura en la tierra.

Si la necesidad y observancia de este deber no nos lo aconsejara la razón natural y no procediera de la propia sustancia de nuestra alma, sería conveniente inventarlas para no privarnos de los consuelos y delicias que en sus doctrinas y en sus prácticas encuentra siempre nuestro corazón.

Una luz sobrenatural que dimana de la misma esen-

cia divina, aclara en nuestra inteligencia las bondades y los bienes del infinito, que nuestra razon con sus limitados alcances no es posible que comprenda, y nos asevera en la exactitud y seguridad de nuestras creencias.

Un deseo constante de admiracion para aquellas bondades y un santo afán por adquirir sus ideales bienes, conforta el alma en sus contrariedades, robustece con la esperanza nuestras creencias y, consolándonos en nuestras desgracias, nos alienta en el cumplimiento de nuestros deberes.

Una inclinacion irresistible que conmueve el corazon al considerar la verdad de las bondades y bellezas que se asumen en el Supremo bien, purifica y enardece nuestros afectos y sentimientos, haciéndonos amar lo que desde el mundo no vemos y sin embargo deseamos y esperamos alcanzar.

Y con esa fé ciega, con esa esperanza divina, con ese amor sublime que la razon no rechaza y el corazon acepta con entusiasmo, el alma nuestra se prepara y perfecciona en esta vida para su inmortalidad indiscutible.

¿Cómo es posible que nuestro corazon inclinado por naturaleza á amar y apetecer el bien, no comprenda la necesidad de ofrecer y de dirigir á Dios los pensamientos y sus manifestaciones que la virtud, sumo bien de la tierra, nos dicta?

¿Qué causas morales pueden dirigir la perfeccion de nuestras virtudes cual nuestro bienestar, nuestras acciones y civilizacion exigen, si las separamos del principio divino que establece en el Sér Supremo la bondad de todas las bondades, la belleza de todas las bellezas, la perfeccion de todas las perfecciones y el amor de todos los amores?

Si la razon y la conciencia nos prueban y nos convencen de la existencia de Dios y de la inmortalidad de nuestro espíritu, la defensa de la incredulidad y de la indiferencia

no cabe en el corazon humano más que como un fenómeno absurdo, necesario para justificar el alcance de nuestra malicia y de nuestra ignorancia.

La mujer, que por la abundancia y condicion de los sentimientos de su alma nace predispuesta al misterio; que se complace en idealizar sus deseos y pasiones; que diviniza, digámoslo así, sus afectos y sus aspiraciones y cuyo amor lo estiende hasta las esferas de la infinitud y de la inmensidad, no debe, no puede carecer de virtud, de piedad, de adoracion y de amor á su Dios.

¿Qué sería de su mismo amor en la tierra sin la pureza y grandeza de sus intenciones?

¿Qué resultaría de su fragilidad sin la santidad del pudor?

¿A dónde llegaría su libertad sin el apoyo y defensa de la virtud?

¿Qué sería de la mujer sin religion?

Sér inconcebible en el concepto de las perfecciones, su hermosura carecería de los atractivos que con su dulzura, sus ternuras y su modestia tanto nos encantan.

Su corazon-frio no comprendería la necesidad del entusiasmo del alma enamorada que tanto fascina y subyuga, y ni la sumision suya ni la nuestra se conseguiría armonizar para anudar los lazos del amor.

Las ilusiones de la felicidad que tan dulcemente ocupan la inteligencia, alcanzarían hasta el límite de su vida; y al no descubrir más allá el consuelo á sus lágrimas y la recompensa á sus infortunios, la desesperacion destrozaría su corazon y acabaría prematuramente con sus dias.

Vida de dolores y de lágrimas seguimos en la tierra á pesar de los consuéllos y de las promesas divinas.

¿Qué méritos estimularían á la mujer en su abnegacion y en sus sufrimientos si supiera que la aceptacion de los sacrificios quedaba en el mundo sin recompensa?

En vano pretenden algunas filosofías modernas cambiar los principios de la moral cristiana por sofismas más latos.

En vano se esfuerzan por destruir las sagradas creencias de la religion que sirven de norma á nuestros deberes.

¿Qué rectitud de conducta puede establecerse más perfecta que la dimanada de los preceptos divinos?

¿Qué idea puede tener la mujer incrédula del cumplimiento de sus propios deberes?

¿Qué respeto podrian inspirarle sus obligaciones?

Hija sumisa y obediente, sabe que la religion la constituye en defensora de la honra de sus padres, y con su filial amor se hace merecedora y digna de las promesas de una larga y feliz vida.

Esposa amante y tierna, sacrifica toda la libertad de su corazon al fiel amor de su esposo, y en sus conmoviones y en sus deseos aviva el fuego de la pasion divina que obliga á amar á Dios sobre todas las cosas.

Mujer prudente y piadosa, inflama los nobles sentimientos de su alma al amparo de la caridad hermosa, y destruyendo su natural egoismo, comunica con Dios la pureza de sus afecciones por mediacion de sus semejantes á quienes ama como á sí misma.

Madre cariñosa y tierna, no necesita buscar en las filosofías las dulzuras de la virtud, porque en los arcanos de la inocencia de su hijo, encuentra toda la pureza del amor ideal á que aspira siempre su corazon.

Hombres que amais á las mujeres, os suplico por el egoismo propio de vuestra felicidad, que no mateis las venerandas creencias de su tierno corazon.

Si os parecen ignorantes porque creen en lo que no comprenden, dejadlas vivir en su santa ignorancia; porque en brazos de sus gratas ilusiones esperan confundir su amor con el vuestro, en el seno del amor divino, por un término inestinguible.

No os asociéis á ninguna compañera impía, porque no hay más oscura ignorancia ni más refinada malicia que las producidas por el escepticismo y la indiferencia religiosa.

Con el corazón vacío y la cabeza hueca, nunca podrá estimar los nobles sentimientos de su alma; y aunque busque la virtud no la ha de encontrar pura y santa en el estímulo de sus pasiones, ni en la satisfacción de sus placeres, ni en la calma de sus horas pacíficas.

No las relegueis con vuestras doctrinas al desierto del fastidio, porque en él ha de abandonar sus mejores deseos, ha de marchitar sus encantos y ha de corromper sus atractivos.

No las dejeis anegadas en el llanto de las desgracias ni entregadas á merced de sus amarguras; porque la religión ofrece consuelos tan eficaces que calman los dolores del corazón.

Por Dios dejadlas que ellas agradezcan al Sér inmortal las bondades de vuestro amor, que imploren para vosotros y para vuestros hijos las bendiciones y las clemencias del cielo, que crean firmemente en la felicidad eterna, para que dirijan á ese fin la importante educación de vuestros hijos; y cuando la muerte cierre vuestros ojos, no desconfieis de la sinceridad de las lágrimas tranquilas de la resignación, que han de conmover tiernamente vuestro espíritu desde el cielo.

## II.

Reconocida la conveniencia y necesidad natural de la religiosidad en la mujer, ¿para qué probar que la susceptibilidad de sus afectos no podrá encontrar otras doctrinas más originales y adecuadas á los sentimientos de su corazón que las contenidas en la enseñanza cristiana?

Esta divina religión, fundada en la pureza del amor y

en el sacrificio, ha emancipado á la mujer de su antiguo servilismo; y al darle libertad, la hace partícipe con el hombre de los bienes y felicidades eternas.

Por ella adquiere la mujer derechos y privilegios que no pueden concederle las filosofías, y santificándole su amor, únicamente por amor la instruye y enseña á amar á Dios, al prójimo y á nosotros mismos.

Su doctrina, basada en el sacrificio sublime de la redencion, la persuade á corregir las malas inclinaciones de su alma y á sofocar el corruptor instinto de las pasiones, purificando y perfeccionando sus virtudes.

En la limpieza de su espíritu hace estribar la mujer las bellezas de su perfeccion; y cuando las faltas de su fragilidad se proponen corromperla, los sentimientos sinceros del arrepentimiento se prestan á purificarla de nuevo con lágrimas de ternura y de pesar.

A sus doctrinas salvadoras debe la cultura de su alma, la ilustracion de su inteligencia, la santificacion de sus deberes y la purificacion de sus sentimientos.

Sin ellas, sus creencias no la inspirarian ese fervor divino, que ha convertido muchas veces su debilidad en valor sublime y heróico, para probar su fé con el martirio.

Sin la influencia de su piedad, no admiraríamos el grado de elevacion noble á que puede llegar la mujer, sin más estímulo que el amor divino.

Ante la indignicia y la desgracia se convierte en ángel de consuelo y prodiga desinteresadamente los bienes de la caridad.

Para su corazon apasionado, no tiene límites la misericordia, ni los lugares en que pueda practicarla, cuando el amor divino la impulsa.

Ante el desamparo y los dolores, enaltece más su amor enjugando las lágrimas del dolor ajeno.

Y al convertirse, por amor de Dios, en madre del huér-

fano, en institutriz del ignorante, en enfermera del desgraciado y en amparo providencial del desvalido, su abnegacion santa no aspira á más recompensa que á la ideal de la complacencia divina.

La tranquilidad envidiable de su conciencia, no la alteran las satisfacciones de los placeres ni la corrompen los impulsos de las pasiones.

En el cumplimiento de sus deberes cifra las dulzuras de la vida; y el hogar lo convierte en santuario bendito de todas las virtudes.

Si la felicidad le es adversa, el rigor de sus mismas desgracias fortalece su alma; y con la resignacion santa, que solo Dios infunde, soporta todas las agitaciones y amarguras de la desgracia.

Su caridad, unida á su estimacion propia, enjendra la prudencia con que compadece las debilidades ajenas; y á su amparo abriga el perdon para las injurias y las calumnias que la mortifican ó la deshonoran.

La pureza del corazon de la mujer verdaderamente cristiana, es el único vestigio con que nos prueba el mérito de su perdida inocencia.

Cuando á Dios dirige sus plegarias, el alma, enamorada de sus bondades, se eleva á las mansiones del cielo y funda en él sus mayores delicias.

Sus propias lágrimas son dulces consuelos que disipan las sombras de la desesperacion; y casi nunca la misericordia divina permanece sorda ante los ruegos de las almas atribuladas.

¡Cuántos beneficios de la vida, que nos sorprenden con su providencial oportunidad, los debemos á las súplicas de los corazones puros é inocentes!

Cualquiera sea el estado, cualquiera la edad y las circunstancias que rodeen á la mujer, siempre encuentra en las doctrinas y en las prácticas de nuestra religion medios para regir bien sus acciones, apoyo para su debili-

dad, defensa para sus peligros; y los temores del mundo no la acobardan, porque á su alma nunca se la sorprende abandonada.

### III.

Se supone que la devocion es el último recurso de los amores de la mujer.

Dejemos las pruebas de esta suposicion para aquella que sea incrédula ó impía, porque á nuestro criterio se resiste preocuparnos de semejante absurdo.

La devocion, nos dice la razon y la conciencia que es la expansion natural del alma agradecida, por cuyo medio comunica con Dios sus sentimientos.

Cuando la devocion es sencilla, sincera y constante, revela en sus actos la inocente pureza del alma que, sin desprenderse de la tierra, deposita en el cielo el aroma de sus virtudes.

Y como la virtud es el amor ideal del alma perfecta, carece de defensa el sofisma de haber gastado ántes la mujer el corazon en otros sentimientos, para nutrir despues sus deseos apasionados con el pábulo del amor divino.

Podrá ocurrir que con el bullicio de los placeres, el atractivo de las riquezas y el torbellino de la vida, la mujer tenga olvidados, no muertos, sus deberes para con Dios y que la esperiencia y el desengaño despierten tarde en su seno los sentimientos naturales de la piedad.

Pero si de este letargo la despierta el arrepentimiento, su devocion, regada con las lágrimas del dolor, renace con la misma sencillez y sinceridad que si procediera igual desde nuestra infancia.

Cuando la devocion se sostiene privada de su pureza, sus actos no son más que una afectacion de la piedad, propensa á confundirse con la hipocresía.

Si esa afectacion obedece al despecho de las contradicciones de la vida ó á la habitual costumbre de ciertas melancolías estériles del corazon, no dejarán de ser sus demostraciones más que una simple profanacion, cualquiera sea la forma con que se revistan.

La devocion que se exagera con el entusiasmo y ardor de sus propias ideas, peligra á decaer en un misticismo ridículo que, por carencia de ilustracion, puede fácilmente conducir á la mujer á los errores más absurdos de la supersticion y del fanatismo.

Y la supersticion y el fanatismo los condenan las máximas cristianas por tan perjudiciales para la virtud como la hipocresía y la incredulidad.

Las inspiraciones del fanatismo, en toda religión, proceden de la confusion y arcanos de sus misterios con la relacion del temperamento del individuo que los contempla y el escaso alcance de su inteligencia.

Y no es extraño que la mujer de débil complexion é instruccion limitada comprometa su cerebro con una melancolía mística que, siguiendo á una constante preocupacion, la conduzca al enagenamiento.

El misticismo y el fanatismo, que con sus exajeraciones oscurecen la sinceridad y la sencillez de la devocion verdadera, son capaces de privar á la mujer no sólo de la libertad de su albedrío sinó tambien de la sinceridad de su conciencia.

Esclava de su sistema, todo lo rebaja al nivel de sus preocupaciones y, en su ceguera, se escandaliza é indigna ante cualquiera pensamiento que no armonice con su norma, comprometiendo en primer término su prudencia.

En sus temores pueriles, en sus escrúpulos ridículos y frecuentes perturbaciones de la conciencia, que muchas veces se defienden con buena fé, tiene motivos bastantes la mujer para conocer que camina al período álgido de la intransigencia y podrá con tiempo corregir la imperfeccion de sus juicios y la rigidéz de sus apreciaciones.

Desgraciadamente, la mujer fanática es enemiga de todo progreso de civilización, por falta de educación y conocimiento de la misma religión que defiende.

Las verdades más puras de sus doctrinas las corrompe supersticiosamente con sus falsas interpretaciones é imaginarios absurdos, que cree y sostiene cual si fueran verdades dogmáticas.

Sus influencias en la educación de la familia, son funestas para la sociedad y nocivas para ella misma por los errores que sostiene y trasmite á sus hijos.

Para la mujer eminentemente virtuosa, la virtud siempre debe ser virtud; y para probarla é inculcarla en los corazones que estén bajo su instrucción, medios suficientes le facilita la pureza y naturalidad de su propia sencillez y de sus inclinaciones.

#### IV.

Así como defendemos á la mujer sinceramente religiosa y censuramos su fanatismo y superstición, no podemos menos de maldecir con el Evangelio á la mujer impostora, que con su destreza y su astucia manifiesta esa piedad aparente que se llama hipocresía.

El bello ideal de la mujer cristiana que de veras cree, espera y ama, es la práctica constante de sus virtudes, que con modestia y con humildad sigue hasta la abnegación.

El cumplimiento exacto de sus obligaciones es el principal deber y cuidado más sagrado de su propia voluntad, á que dedica siempre su preferencia y jamás pospone á sus devociones.

Por el contrario, la mujer mogigata necesita de la ociosidad perenne de su vida, para copiar aquel ideal envidiable que se grangea los respetos y las consideraciones de toda la sociedad.

Su conciencia asquerosa, cual inmundo reptil, es indiferente á las creencias más sagradas que defiende públicamente con todo el fervor aparente del convencimiento, á pesar de su escepticismo y de su ignorancia.

Las doctrinas y principios de la religion y de la virtud, solamente las considera sujetas á la esposicion de formas exteriores que practica con regularidad constante: esta es su moral.

La mision que se atribuye no puedé ser más nociva á la sociedad.

Enemiga del trabajo, perezosa, indolente y opuesta á la direccion y cumplimiento de las obligaciones á que nos sujeta la familia, abandona muchas veces la vigilancia de su educacion por la tranquilidad de su egoismo.

Disfrazada con la máscara bondadosa de sus devociones, adquiere una libertad callejera propia para la satisfaccion de sus pasiones.

Con humilde traje y estudiado recogimiento, establece su hogar en todos los templos abiertos al culto, dónde pasa las mejores horas del dia y convierte en obligacion sagrada los pasatiempos de sus visitas.

Si en el templo se estudia, su actitud se presentará compungida, con rosario en mano ó devocionario abierto, aunque leer no sepa ó la oscuridad del lugar no se lo permita, y con sus impertinencias distraerá la devocion de los concurrentes inmediatos.

Su vista, aunque fija en el altar ó en el libro, recorrerá constantemente todo el recinto, y sabrá dar razon exacta de las curiosidades que las modas ostenten y de todos los movimientos y detalles de los circunstantes.

Si oye la palabra divina, más atencion prestará su ánimo á la fraseología y á la accion gallarda del orador que al espíritu de sus doctrinas; porque su vil alma, pegada á la tierra, nunca ha de poder elevarse al cielo.

Cuando cultiva sus relaciones sociales en frecuentes

visitas, encuentra un campo abierto para la crítica y la murmuración conque desahoga toda la perfidia y la malicia de su alma.

Sus censuras se cebarán con más ahinco en los corazones sencillos y virtuosos, por la envidia que le produce su perfeccion; y no tendrá inconveniente en derramar su zizaña con la injuria y la calumnia para manchar y amargar la reputacion ajena.

Cuando á su hogar vuelva, ya llevará el corazon abastecido y repleto de ódios, envidias y rencores, que esparcirá entre la familia en los intermedios de sus oraciones profanadas.

Cree que puede ser buena sin sostener su integridad moral en todos sus conceptos y acciones; y con postrarse frecuentemente ante el confesor, pedirle una absolucion y cumplir sacrílegamente con el precepto eucarístico, se conceptúa perfecta y santa, por más que prosiga siempre con el mismo criminal sistema de vida.

Si alguna vez la hipocresía no se ocupa en desarrollar todos estos males, no será porque en el alma de sus víctimas no quepa el refinamiento de su ignorancia y de su egoismo, sinó porque su misma estupidez la haga impotente para practicarlos.

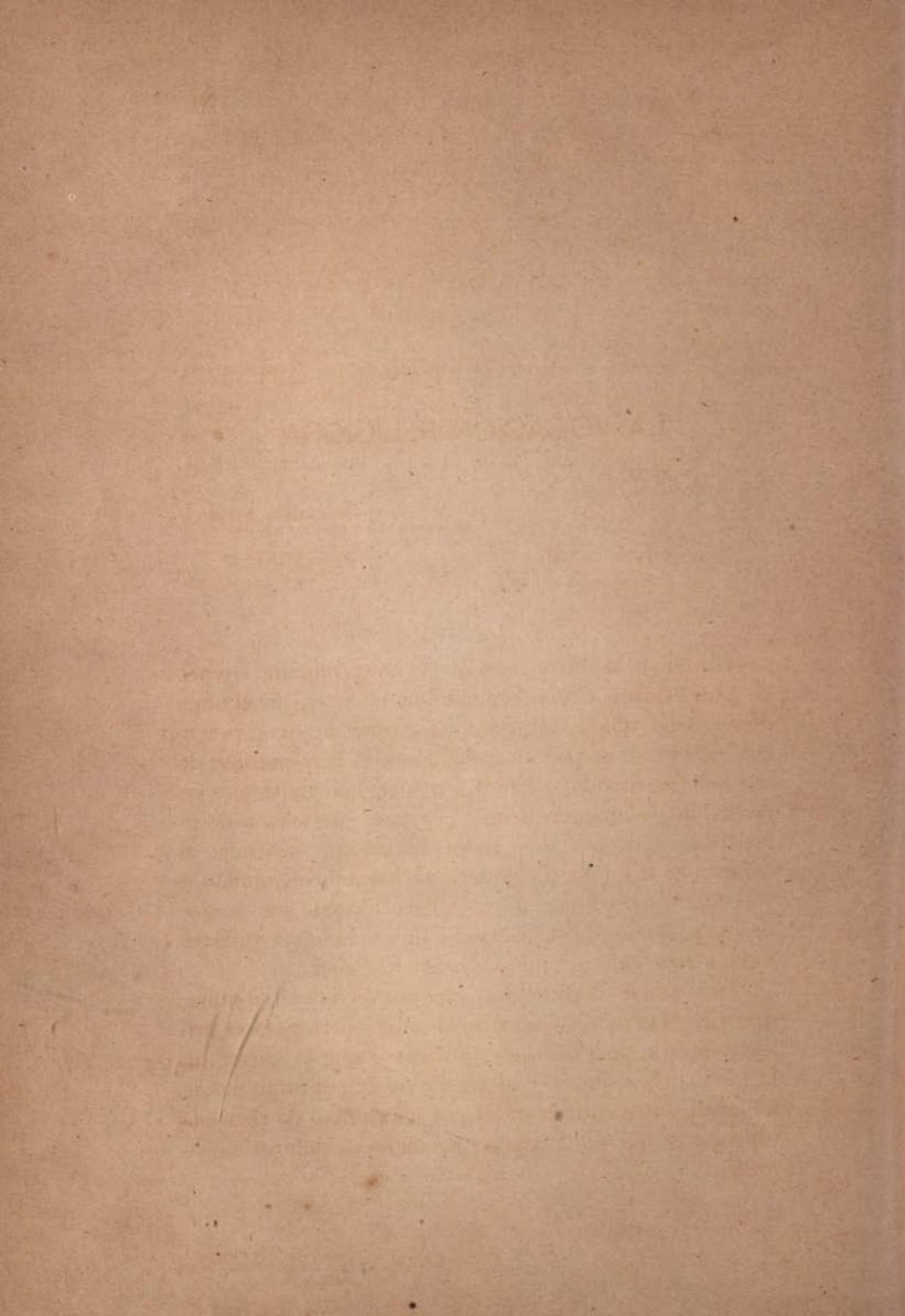
Calificaríamos de otro género de hipocresía, no maldito por Dios pero sí censurado por sus doctrinas, la tibieza conque algunas personas virtuosísimas y de educacion sana se avergüenzan, por temor á la crítica, del cumplimiento de sus deberes religiosos; y confundiendo su plausible modestia con los recelos de la censura maliciosa temen glorificar á Dios públicamente.

Estos reparos son más frecuentes en los hombres que en las mujeres, quienes ni por índole ni por costumbre se avergüenzan de hacer alarde de las ternuras del corazon.

Jóvenes candorosas, que honrais estas páginas con

vuestra lectura, no os avergonceis de conocer vuestros deberes, de respetarlos y de cumplirlos cualesquiera que sean las situaciones de la vida: ruborizaos solamente de perder vuestra inocencia y de manchar vuestras virtudes.

No ocultéis los sentimientos nobles de vuestro corazón que los reclama el buen ejemplo, sinó veladlos con modestia para que su esplendor realce los méritos de vuestra hermosura; y al esclavizar á los hombres con los lazos de vuestro amor, recordad que jamás corrompéis la pureza de vuestra alma si conserváis en ella incólume el agradecimiento á Dios, Señor absoluto del destino y felicidad de todos los séres.



## CAPÍTULO XII.

### LA VOCACION RELIGIOSA.

Muchas mujeres brillan por su virtud, pero tu las escedes á todas.

Prov. XXXI=, 29.

#### I.

Grande es la ilusion con que el amor humano envuelve á un corazon vírgen brindándole placeres que el alma desea; irresistible la atraccion misteriosa de sus esperanzas, que se afana por alcanzar; gloriosa la expansion de sus delicias cuando satisface con felicidad sus deseos en brazos de un amor castísimo; pero más gloriosa, más irresistible, más grande es la voz divina que aconseja al corazon de la mujer el desprecio de los amores mundanos y la conduce espontáneamente al sacrificio de sus deseos, de sus pasiones, de sus riquezas, de sus honores y de su vida misma, consagrándose esposa del Señor.

Para ambos destinos hay una voz secreta en el alma, que dirige las inclinaciones de la mujer; pero para el primero la estimulan lisonjeros atractivos que la encantan, la fascinan y séducen, y al arrullo de dulces promesas de felicidad, corre entusiasmada por un camino de risueñas esperanzas, que no la exigen privaciones, dolores ni sacrificios.

Para el destino oscuro á que la mujer se encierra en el interior de un cláustro, los atractivos de la tierra no seducen, los placeres nada estimulan, las riquezas se desprecian y con la única esperanza de las mortificaciones y del dolor, se entrega libremente al sacrificio perenne de su vida en lucha constante con las pasiones del alma y con las emociones de la naturaleza.

Abnegacion y valor increíbles necesita el corazón débil de la mujer para aspirar á este estado de perfeccion y de virtud; que por muchos méritos que adquiriera, los hombres no la conceden más recompensa ni galardón que la indiferencia y el olvido, sinó se las llega á mirar con desprecio.

Verdad es que el brillo de las apariencias y el aliciente de los sentidos, estimulan las pasiones y avivan la ambicion del amor que la mujer siente en la vida por el hombre; mientras que el amor por Dios elegido para su delicia en los corazones vírgenes, acalla los sentidos y en el misterio de una esperanza remota, que no pertenece á este mundo, cifra todas sus felicidades.

Pero ¡ay! cuántas amarguras, cuántos sacrificios tiene que arrostrar la mujer en su carrera para conseguir las mejores esperanzas del cielo!

¡Cuánta abnegacion y cuánto sufrimiento ha de soportar para alcanzar el ideal á que aspira en su heróico sacrificio!

Amadas quizás por los hombres, podrian esas vírgenes bondadosas aumentar aquí las delicias de sus esposos; y madres, contribuir á la felicidad de sus hijos con el ejemplo santo de sus propias virtudes.

Pero la pureza de su alma es mayor que la que vulgarmente cabe en el corazón humano; su amor es más inmenso que el que podemos inspirar con nuestras seducciones; su virtud más inocente que aquella que se sostiene entre las pasiones de la humanidad; y sus sentimien-



tos, limpios del contacto de los sentidos, elevan sus aspiraciones á la inefable dicha de conservar incólume su virginidad para el Esposo celestial.

Ellas, que en el mundo podrian vivir tan perfectamente como en el claustro, cumpliendo dignamente con otros deberes, tienen que desprenderse de todas las afecciones más queridas del alma, y en la soledad de su celda sofocar hasta los recuerdos más inocentes de la vida.

Verdad es tambien que no aceptan este sacrificio como las Vestales rómanas elegidas por la suerte y obligadas contra su voluntad á conservar el fuego fátuo de la supersticion, sinó que van allí animadas por el ardor de su propio corazon á purificar el amor inestinguible de su alma y ante el dintel del claustro á hacer la renuncia de sus pasiones y el juramento de su santidad.

Sus propósitos, sencillos en apariencia, han de vencer antes todas las seducciones del mundo, han de acallar los deseos del corazon y de la cabeza, han de anular su voluntad propia y con firmeza y constancia han de arrosstrar las consecuencias de su abnegacion.

La importancia de sus renunciaciones no se estima bastante hasta que los cerrojos del convento desencantan á la mujer de las impresiones de su resolucion definitiva.

Acaba de abandonar á sus padres queridos, á sus hermanos y á sus más predilectas amigas, á quienes no volverá á abrazar más en la tierra, y con su alejamiento tiene que olvidar los cariños de la naturaleza y las dulzuras de la amistad por la esterilidad sensual del amor místico.

Su porvenir está desde el primer día circunscrito para siempre á la estrechez de aquel recinto, cuya vida de mortificacion continúa, de abstinencia y de sufrimiento no la han de abatir en sus aspiraciones, sinó por el contrario alentarla con perenne alegría en las esperanzas beatíficas.

En la fidelidad de sus juramentos estriba la dicha ó

desventura de su alma, no para esta vida solamente sino para toda una eternidad.

Ha elegido un esposo sumamente celoso de su honra, para quien no basta la pureza de los sentidos sino que vigila tambien con severidad la inocencia de los deseos y la sinceridad de los pensamientos.

Nunca se engaña á ese esposo con las ficciones del amor humano, porque es el único que profundiza los misterios de la conciencia.

Y los misterios de nuestra conciencia pueden dejarnos vivir más ó menos tranquilos en el bullicio del mundo; no en la soledad de los retiros sagrados, en que los remordimientos sin libertad tanto mortifican el alma.

Al meditar, pues, en este paso tan importante para la felicidad de la mujer, no podemos menos de aconsejarla que antes de aceptarlo calcule bien sus fuerzas y reflexione sus trascendencias.

No es un paso de la vida en que los consuelos de la familia puedan mitigar la amargura de sus lágrimas, ni á su amparo remediar sus arrepentimientos.

No vá en su desengaño la esperanza de la resignacion con que se soportan los dolores de la vida, porque esa misma resignacion produce en la soledad una terrible congoja que turba la paz de su conciencia.

Y la paz del alma es la base más segura en que la humildad se apoya para sostener las demás apacibles virtudes.

Si los riesgos de las tribulaciones conque se aflige su espíritu son pruebas que Dios la envia para acrisolar su amor, y nó remordimientos del desengaño, en la resistencia de sus luchas y en su victoria consiste alcanzar la corona inmortal á que aspiran sus sacrificios.

## II.

Dos causas, por lo general, estimulan á la mujer para ofrecer á Dios el amor de su corazon consagrándole su virginidad, y ambas necesitan de la seriedad, de la reflexion, de la templanza de los deseos y de la madurez de la esperiencia.

Una, en que la vocacion dimana directamente del cielo; y entonces los impulsos de la gracia, conservando la pureza y santidad de los sentimientos, hacen más dulce el sacrificio, sin que por esto deje de ser ménos meritorio.

Otra, en que las contrariedades de la vida ó del amor mismo la inclinan al desprecio de las cosas de la tierra; en cuyo caso Dios se vale de los rigores y de las amarguras del desengaño para escoger sus elegidas.

En ambas circunstancias la vocacion es espontánea; y tranquilamente pueden compararse las renunciaciones que de las cosas de la vida se hacen, por el valor de las esperanzas celestiales que se desean alcanzar con la constante oracion y mortificacion del cuerpo y del espíritu.

Pero si esas mismas contrariedades de la vida desconciertan la razon, ó las ingraticudes del amor que destrazan el alma aconsejan con despecho el sacrificio de las ilusiones de la vida, aunque la resolucion satisfaga sus deseos y calme sus inquietudes, que nunca se arriesgue la mujer á pronunciar los votos sagrados que impone el amor divino, porque en vez de encontrar en ellos los consuelos que su alma busca, no hará más que aumentar la amargura de sus dolores y la crudeza de la desesperacion.

Creerá haber conocido el mundo perfectamente, cuando apénas habrá podido reflexionar el alcance de sus pensamientos, y en su natural ofuscacion se considerará fuerte para despreciarlo y relegarlo al olvido.

Calificará las conmociones de su corazon y los consejos de su inteligencia como destellos de la inspiracion di-

vina, que nunca se transmiten por las perturbaciones de la desgracia, sinó á través de la resignacion tranquila que de ellas mismas se deriva.

En el letargo momentáneo de sus pasiones, supondrá tener segura la calma conque debe relegarlas al sueño perpétuo que reclama la pureza y estabilidad constante de sus virtudes.

Y juzgará el amor divino con la misma vehemencia y frivolidades conque nos subyugan los amores humanos.

Pero cuando las puertas del cláustro se le cierran para toda la vida, el desencanto de su error le ha de hacer más triste é insoportable la soledad de aquel recinto, á pesar de las resistentes lecciones del noviciado.

En la tranquilidad de su silencio no encontrará su corazon las misteriosas delicias con que se extasía el alma enamorada de su Supremo Señor, sinó que la indiferencia ha de enfriar los afectos ideales en que se inspira el amor divino.

Aunque los deseos de recientes pasiones no la estimulen, los recuerdos y bullicio del mundo han de perturbar sus oidos y han de encontrar siempre eco en su corazon vacío, impidiéndole desprenderse de las afecciones de la tierra para remontar la ternura de sus sentimientos al cielo.

Y con fé débil y esperanza fria, privará á sus oraciones de la uncion santa conque Dios estima tanto las plegarias de sus vírgenes esposas; y ni aún por sus piadosos recuerdos nos llegarán los favores de su intervencion.

Si á los dolores secretos del alma une la apreciacion natural de las debilidades de sus abstinencias, de las molestias de sus mortificaciones y de la aridez de sus penitencias, su vida no será más que el infructuoso martirio de las almas desesperadas.

Para no caer en este deplorable estado, de imposible remedio y de continúa agitacion, yo me permito aconse-

jar á la mujer que á pesar de las impaciencias de una vocacion ferviente y verdadera, medite bien si algun dia pueden debilitarse los propósitos que la llevan al sacerdocio de un convento.

Y que retrase todo lo posible los juramentos de su profesion, para que nunca el despertar juvenil de las pasiones inunden de lágrimas sus ojos y de desesperación su alma, allí donde vá á buscar el noviciado de la alegría eterna y la perpétua tranquilidad de su corazon.

### III.

El cristianismo, que nunca se opone á los progresos dignos de nuestra civilizacion, ha introducido tambien en el siglo actual reformas libres en sus instituciones monásticas, que realzan más la pureza de sus doctrinas y contribuyen á nuestra perfeccion con el público testimonio de sus ejemplos.

Para esto ha apelado á la inagotable ternura del corazon de la mujer, que no encontrando campo bastante en el hogar de la familia para desarrollar toda la pureza é intensidad de su amor, se lanza temerariamente en el seno de nuestra sociedad cubierta con el tosco sayal de religiosa á instruir nuestros hijos, á corregir nuestras costumbres, á socorrer nuestras desgracias, á amparar al desvalido y proteger al huérfano, sin más apoyo que su cruz y sin más elementos que su caridad.

Las instituciones de mujeres religiosas, que provienen de la antigüedad, constituyen la clausura como parte interesante para la custodia de la fidelidad y perseverancia de sus votos; y en la meditacion y en su recogimiento perpétuo establecen las reglas más ó ménos severas de sus penitencias y de su oracion.

Las tentaciones, apoyadas solamente por la tenacidad de los recuerdos ó por la exageracion de la fantasía, no

tienen siempre toda la fuerza y estímulo que cuando de cerca se observan y contemplan los atractivos de las pasiones.

La oracion es el único bien que á nosotros llega de lo interior de los cláustros, pero desgraciadamente pasa inadvertido para nuestro escepticismo y para nuestra indiferencia.

Las instituciones modernas, más espuestas á los riesgos de la corrupcion por el continuo roce de la sociedad, son sin embargo más estimadas que las antiguas á causa de los beneficios directos que á la humanidad reportan; y á pesar de la libertad de que gozan, no faltan sus mujeres angelicales á la rectitud y severidad de sus deberes, ni su respeto se llega á ofender, á ménos que tropiecen con un malvado.

Con igual menosprecio de las cosas de la vida que si permanecieran encerradas en los muros de un convento, corren el mundo de parte á parte y enmedio de su bullicio viven abstraídas de la tierra y con la intencion y la esperanza fijas en el cielo.

Sus votos, tan severos como los de las instituciones claustradas, no se quebrantan á pesar de la libertad á que se esponen; y en admirable confianza viven entre nosotros sujetas á su pobreza, á su castidad y á su obediencia.

La austeridad de sus mortificaciones contrasta con la alegría pura de su alma que se refleja siempre en la apacible serenidad de su semblante y de todas sus bondades.

Sus oraciones y contemplacion no se interrumpen porque presten sus servicios ante los desgraciados, ni porque las atenciones de la urbanidad las obligue á permanecer al lado de los estraños.

Su cuerpo, incansable á toda fatiga, resiste al insomnio y á las vigiliás con increíble constancia y con admirable solicitud por el cuidado conque atienden al cumplimiento estricto de sus obligaciones venerandas.

Gran sorpresa produce el número de estas comunidades religiosas, que en el presente siglo de escepticismo se han fundado inspiradas por la caridad de la mujer.

Prodigiosos son los resultados que diariamente obtienen con la abnegacion de sus servicios y con la espontaneidad con que se ofrecen á remediar nuestros males.

Parece como que Dios consiente la indiferencia de nuestros corazones y la ignorancia de las verdades de nuestra fé, para que la mujer nos evangelice de nuevo con sus humildes doctrinas y con sus ejemplares remedios.

Si los errores de nuestra educacion nos hacen mirar con indiferencia la armonía que nuestra moral conducta ha de sostener con la pureza evangélica, allí acude un número de estas santas maestras á salvar con su instruccion á nuestros hijos de nuestras enseñanzas corruptoras.

Si los padres consienten la vagancia de sus pequeños, ellas se constituyen en madres cariñosas de la niñez abandonada, y á su amparo aprenden los deberes que todos tenemos para con Dios, para con la sociedad y para con nosotros mismos.

Si el desenfreno de nuestras pasiones nos inclina á la seducccion de la inocencia y á la corrupcion de la pobreza, en contra nuestra se levanta otro ejército de ángeles tutelares que defienden la pureza de las virtudes que peligran, y las salva con el fruto de su propio trabajo de los rigores de la indigencia.

Si el libertinaje hace sus víctimas, no temen otras mujeres puras arrancarlas, aunque corrompidas, de los abismos de la perdicion y de la crápula, aconsejarlas el arrepentimiento sincero é inculcarlas el respeto y la estimacion de las virtudes perdidas.

Si los ancianos y los inválidos lloran la impotencia de sus fuerzas y en el abandono de sus achaques descubren las amarguras de la desesperacion, otros corazones benéficos cobijan, amparan y protejen, en testimonio de solici-

tud amorosa y filial, á aquellos venerables restos de la humanidad que admiran y bendicen los sublimes sacrificios que por su conservacion se hacen.

Pero entre todas las comunidades modernas que tantos méritos ostentan para nuestra admiracion y gratitud, ninguna tan digna de nuestras bendiciones como la de esas aventureras de la providencia que se llaman *Hermanas de la caridad*.

Con fé inquebrantable y valor heróico, con amor inextinguible y constante abnegacion se esparcen por todos los ámbitos de la tierra en busca de lágrimas que enjugar; y con el afán de prodigar sus celestiales consuelos, arrostran todos los peligros y salvan todas las distancias.

Para ellas la caridad es su emblema, Jesucristo su único amor y la desgracia su mayor gloria.

Y la caridad, la desgracia y Dios están y se dán á conocer en todas partes.

Por esto cuando la paz de los pueblos les permite estar recogidas en las poblaciones, limitan su ternura y beneficencia á los asilos del dolor y de la misericordia; y como natural descanso de su intrepidez auxilian en ellos al moribundo en su agonía, asisten al enfermo en su padecer y recogen y acarician el tierno fruto de amores impuros ó de criminales resoluciones.

Sin ellas, muchas veces el moribundo no distinguiría la luz del cielo, el enfermo no tendría bastante virtud para soportar sus dolores y el huérfano no perdonaría el abandono punible de sus padres.

Pero cuando los contagios y los conflictos de las naciones acobardan el ánimo de los espíritus más fuertes, cuando los cataclismos de la tierra confunden con sus ruinas á pueblos enteros, esparciendo el espanto y el terror aún en los ojos y en los oídos que no ven ni oyen el estruendo de las catástrofes, estas heroínas, como las aves que desafían á la tempestad, abandonan sus retiros y, mul-

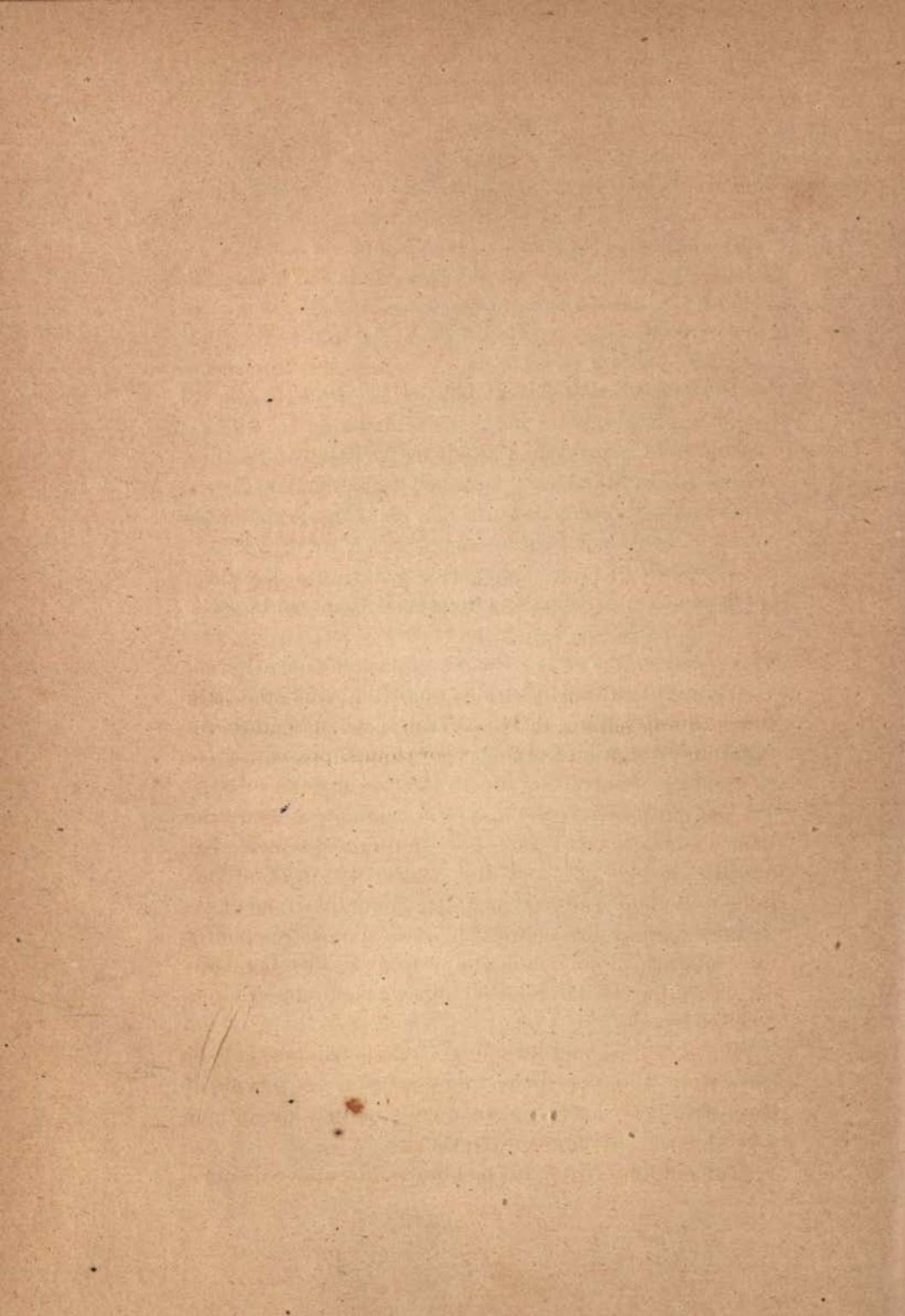
tiplicándose, aparecen en los lugares de la desolacion, constituyéndose en ángeles del cielo que con serenidad despliegan el iris de la misericordia.

Su emblema las lleva á los campos de batalla nó á defender banderas, porque son hijas de la paz universal, nó á recoger laureles ni ambicionar victorias, sinó á compartir con los desgraciados las penas del infortunio, cualquiera sea su fé y su creencia.

Por delicado que sea su corazon, no les acobarda el fragor de los combates ni las atrocidades de las luchas; donde ven la sangre de un herido, sea vencido ó vencedor, allí acuden infatigables á consolar con sus palabras, auxiliar con su ternura y curar con su generosidad toda desgracia, por amor á Jesucristo.

Y á pesar de tanta abnegacion y de tanto sacrificio, ni las naciones premian sus heróicas proezas, ni la sociedad recompensa sus beneficios.

Verdad es que en la tierra no es posible encontrar corona digna para tanta virtud, y sólo Dios, que conoce la grandeza y desinterés de los corazones, puede dársela de inmarcesible gloria en el cielo.



## CAPÍTULO XIII.

### LA CARIDAD.

La caridad y las buenas obras tienen su nacimiento en Dios.

Ecl. II,=15.

#### I.

Entre los afectos nobles de nuestra alma hay un sentimiento delicadísimo de bondad que, confundiéndose con la ternura de nuestro amor, crece insensiblemente y con su ayuda se desarrolla y supera al amor mismo.

Ese sentimiento, que un escritor notable asegura que tiene sus raíces en el cielo, es el don más predilecto con que Dios nos comunica su divina gracia; y sin él, ni Dios hubiera podido establecer el orden inmutable de sus leyes morales para la dirección del hombre, ni nosotros podríamos adquirir el conocimiento perfecto de las bondades divinas, imposibilitándonos el amarle como desea y merece ser amado.

Por su pureza inesplicable y su excelencia propia lo ha convertido Dios en virtud suprema, y le ha servido de base para dictarnos los mandamientos de su ley antigua y las doctrinas de nuestra redención.

Tan sublime virtud, luz de nuestra fé y apoyo de nues-

tras esperanzas, consiste en amar á Dios como único Supremo bien y al prójimo, por Dios, como á nosotros mismos.

Tal es la caridad, virtud esclusiva del cristianismo, que no sólo defiende la excelencia de sus verdades, sino que priva á las demás virtudes de la predileccion divina cuando de su influencia se desprenden.

En ninguna otra moral que no sea la cristiana, en ninguna otra religion que no sea la divina, tiene cabida la caridad en su verdadera esencia, por más que el amor al género humano esté prescrito en sus leyes y que sus doctrinas revelen que la razon conoce el amor divino.

La armonía misteriosa que del conocimiento verdadero de Dios nos inclina á amarle como perfeccion infinita, y la relacion directa é indispensable de ese amor purísimo y desinteresado para la santidad de las buenas obras que hacemos á los demás hombres, pertenece solo á la caridad.

Y la caridad dimanada de Dios es la base perfecta del bien, que no conocen ni pueden explicar las filosofías más benignas cuando se separan del espíritu verdadero de las doctrinas redentoras.

Las magnánimas inclinaciones de nuestro ánimo, dan por naturaleza propia más latitud á los sentimientos de nuestro amor y enjendran la compasion, la generosidad, la liberalidad y la filantropía; pero todas ellas carecen de la uncion divina que en sí encierra la caridad cristiana.

Cualquiera corazon manifiesta aquellas inclinaciones aunque el amor no las intervenga; les basta para desarrollarse y ofrecer plausibles acciones la nobleza y dignidad natural de los sentimientos de nuestra alma, mientras que la caridad necesita de toda la pureza del corazon, de toda la rectitud de nuestra conciencia, de toda la sinceridad de nuestra fé y de toda la belleza ideal de nuestro amor para desarrollar sus frutos.

Cuanto más inocente y cuanto más tierno es el corazón de la criatura, más se aproxima á Dios y más le ama.

Cuanto más amor se siente en el alma, más dulzuras enjendra, más perfecciones ambiciona, más bondades espresa.

Y la inocencia, la bondad y la pureza acogen la caridad en nuestros corazones con la más sublime y completa espresion del amor.

La mujer, nacida para amar, que no podria vivir sin los misterios del amor, es por su naturaleza y por las condiciones especiales de su tierno corazón la criatura más adicta á practicar el bien.

La mujer cristiana, conocedora de la rectitud que debe dar á sus sentimientos, y no abandonando el norte de la voluntad divina para practicar el bien, no sabe ni puede hacerlo sinó se sirve de la caridad.

Otra mujer de ideas menos puras ó imperfectas que las del cristianismo, practicará el bien siempre que se le presente ocasion propicia; pero necesitará para hacerlo ver y convencerse de las necesidades y de las desdichas que conmueven su compasion.

Mientras que la mujer cristiana no necesita ser testigo de las desgracias, no espera ver las lágrimas del huérfano, ni aguarda á que los gemidos del dolor la llamen para que su amante corazón, fijo siempre en Dios, comprenda que es la mensajera de las misericordias de la Providencia.

Si cerca de ella no hay criaturas que necesiten de ese amor, sabe abandonar su comodidad, reducir sus necesidades, aumentar sus privaciones y aun á costa de toda molestia y fatiga buscar las que sufren y lloran para consolarlas y remediarlas, ocultándose despues pudorosamente de su agradecimiento.

Los arranques sublimes de abnegacion, que tanta nobleza revelan y tanta admiracion nos producen siempre,

son expansiones del amor incommensurable de la mujer cuya ternura, no cabiéndole en el pecho, desborda los límites de la naturaleza y esparce sus beneficios como las flores sus perfumes.

La abnegacion y los sacrificios que la caridad arrostra, á medida que manifiestan la inmensidad de ese amor, la desprenden de todos los sentimientos de la tierra, y con el pudor natural de la santa inocencia revela desde luego la santidad de los fines á que aspira.

Sus méritos no estimulan los deseos del aplauso, de la aprobacion ni del agradecimiento, porque la mujer caritativa es incapaz de preocuparse de las recompensas, ni tampoco ambiciona mas satisfacciones que aquellas que secretamente inspira el amor divino, basadas en las esperanzas de la otra vida.

## II.

Sin embargo de los progresos de nuestra cultura y de los adelantos de nuestra educacion, se debe el imperfecto conocimiento que tenemos de la caridad á los efectos de la indiferencia con que consideramos esos mismos progresos y esos mismos adelantos.

Con facilidad confundimos cualquiera sentimiento magnánimo del corazon con aquella virtud que á pesar de reconcentrarse en el fondo de nuestra alma y cubrirse con los mas expresivos afectos de nuestro amor, nunca se separa ni se desprende de Dios.

De El se consideran los bienes que ofrecemos á la caridad; por El los buscamos cuando no los tenemos propios; á El los damos cuando remediamos las necesidades del menesteroso; y por su amor y solo por su amor nos desprendemos de ellos.

Cuando en un corazon se siente el estímulo de hacer el bien, y falta la caridad, la accion que ejecutamos, por

buena que sea, carece de la alta y significativa virtud, parte de la bondad que aquella imprime en todas las inclinaciones por amor de Dios.

Y la intencion, como no nace solo de la razon sinó que es impulsada por el corazon, comunica á nuestras obras la mejor ó peor bondad de nuestra alma.

Por esto la compasion y la generosidad que el hombre abraza como emanaciones del amor divino, son mas pacientes, dulces y bienhechoras que las que nos inspiran humanamente las mismas desdichas.

Aquellas las sentimos en el fondo del alma; éstas las observamos únicamente con nuestra razon y con nuestros sentidos.

Aquellas no repugnan ni lastiman nuestros sentimientos, porque se robustece el corazon ante la gravedad de las impresiones; éstas conmueven, pero debilitan y cansan el ánimo á pesar de la ternura conque se atienden.

La caridad es la mejor consejera del corazon para practicar todas nuestras obras segun los mandamientos divinos.

Cualquiera otro sentimiento que nos impulse á amar al género humano, por desinteresado que sea, nunca puede obligarnos á fraternizar con los desgraciados como el Evangelio nos prescribe.

Este privilegio pertenece esclusivamente á la caridad, que vé en Dios á nuestro padre comun, y considera á nuestros prójimos como nuestros iguales hermanos, sin distincion de categorías ni de posiciones.

Por el contrario la filantropía encarecida y defendida por algunas filosofías, que profundizan erróneamente la índole de los sentimientos de nuestra alma y se empeñan en confundirla con la caridad, no sabe estimar bien el valor de la fraternidad universal.

La caridad que es apasionada, entusiasta y ardiente como todo amor puro y sublime, se distingue de la filan-

tropía por resultar ésta fría, indiferente y egoísta como todo amor imperfecto.

La caridad edifica con su amor divino; mientras la filantropía destruye el amor de Dios.

La caridad sufre con el paciente la aspereza de sus tribulaciones; la filantropía teme el contagio de los dolores y de las aficciones.

Sin vanidad ni envidia humildemente reserva la caridad la bondad de sus consuelos; mientras la filantropía altivamente pregoná la insensatez de su orgullo.

Aquella no ambiciona gloria ni recompensa; á ésta la halagan las consideraciones y aplausos mundanos.

La filantropía suele establecer límites á su amor que nunca alcanzan más allá de lo que nuestros ojos ven y nuestros oídos oyen; la caridad nunca conoce los límites en la tierra y se remonta hasta confundirse en el seno de Dios con sus demás perfecciones.

Comunmente la filantropía reside en la morada de los poderosos, quienes muchas veces necesitan de auxiliares para estender su liberalidad.

La caridad, más independiente, lo mismo se cobija en el corazón del rico que en el del pobre, con tal que encuentre una sincera y buena conciencia.

¡Cuántas veces no vemos al sencillo jornalero desprenderse del pedazo de pan de su alimento ó de una pequeña moneda para socorrer al mendigo que implora su piedad!

¡Cuántas otras no sorprendemos, especialmente á la mujer, buscando y penetrando misteriosamente en los olvidados rincones en que la miseria aumenta con vergüenza el rigor de la desgracia imprevista, para prodigar sin testigos sus consuelos á los que sufren y lloran con más amargura las contrariedades de la vida!

¡Quizás á los ojos de Dios sean más aceptables y de mayor importancia estos pequeños recuerdos á su me-

moria, que los espléndidos donativos de la opulencia y que la pública demostracion de otras conmisericaciones!

Si la limosna se limitara siempre á nuestras sobras, nunca adquiriria el valor meritorio de la privacion de lo necesario como de él carece todo lo supérfluo y escedente.

El mérito de los socorros consiste en la intencion con que los prodigamos y en el sacrificio del desprendimiento.

Cuanto mayor sea el sacrificio, comparado con nuestras fuerzas, más fuerte y sana es la intencion que lo estimula y más perfecta la accion que lo practica.

Si consultáramos á las salas de los hospitales y de los asilos de la orfandad, á pesar de que los estatutos de la beneficencia oficial cohartan allí la caridad espontánea, ¡cuántos ejemplos de abnegacion y de amor no nos revelarían sus muros!

Allí hay mujeres llenas de santidad y de heroismo que en la flor de su vida esponen continuamente su salud y su hermosura al contacto de las fiebres continuas.

Allí se las vé á la cabecera del moribundo, recibiendo su último suspiro y encomendando su espíritu al Señor, cual si fueran sus hijas ó sus hermanas cariñosas.

Allí los consuelos y los auxilios son tan variados y tan frecuentes como amargas son las aficciones y agudos los dolores.

Y en esos recintos de caridad, no faltan madres improvisadas que sin ser dotadas por la naturaleza de este honor, velan con igual solicitud y cariño junto á la cuna del recién nacido, protegen el sueño del párvulo y le atienden en todas sus necesidades.

Frecuentes son los ejemplos de abnegacion y de virtud en mujeres de posicion humilde que, con mano generosa, recojen de los asilos de la misericordia á séres abandonados por inícuos padres, los prohijan, acarician y asisten en su infancia para enseñarles más tarde á ser felices y útiles á la sociedad.

¿Quién puede inspirar tan nobles sentimientos cuando la naturaleza no obliga?

Solamente el amor divino que rige los misterios de la Providencia.

Y el amor divino es todo caridad.

### III.

La mision de la caridad en el mundo no se limita, como ordinariamente ocurre con la filantropía, á remediar las necesidades corporales de nuestros semejantes.

Dotada el alma de inteligencia y predestinada para la inmortalidad, necesita de una educacion adecuada á su fin imperecedero, en armonía con las perfecciones de la voluntad divina.

Y esa educacion que bien esplicita está en la ley del Sinaí y en el Evangelio cristiano, no se adquiere más que por medio de la caridad.

Enemiga esta virtud de las pasiones y de sóspechar el mal cuida en primer término de purificar nuestra conciencia, para arraigar en nuestro corazon las demás virtudes conque hemos de moralizar nuestra alma y hemos de enseñar á nuestros semejantes.

Tranquila siempre con la calma que el amor puro inspira, confía á su natural inocencia la estimacion y respeto de sus propios juicios con aquellos que nos merecen los de nuestros hermanos.

Segura de su rectitud, nada estima como la verdad y con su luz no sólo aclara nuestra inteligencia, sinó que confunde y anonada la malicia ajena.

Sin conocimiento de la envidia ni de las ambiciones, pugna desinteresadamente por abatir el orgullo y la injusticia.

Y con la angelical dulzura del sentimiento enamorado que ambiciona mucho amor, lo soporta todo, lo escusa

todo y con su perdón sublime desvanece la injuria y la calumnia.

Nada incita su prudencia, nada altera su paciencia, ni disminuye su fé que le descubre las bellezas de la bondad infinita.

Sus propias lágrimas revelan más resignación que dolor.

Y con las aspiraciones de gozar aquellas bellezas, única recompensa que solicita y espera, atesora en el alma un inmenso caudal de amor para su Dios y para su prójimo.

Amor incomparable á todo otro amor de la tierra, que nunca produce quejas y en el cual nunca sorprende ingraticudes celosas.

Amor sublime é ilimitado que no espera para espresar sus afecciones la presencia del *amado*; lo recuerda en cada hombre que sufre, y ante esta imágen imperfecta renueva diariamente la expansión noble de sus sentimientos.

Este amor es el que inspiró los apasionados trasportes de Santa Teresa y el que influye en la santidad de todos los amores castos de la vida.

Sin las ilusiones de sus dulces bondades, el corazón de la mujer carecería de los misterios tiernísimos que la inclinan siempre á dirigir sus afectos más allá del sepulcro.

Cuando es objeto de ingraticud, la mujer caritativa se distingue de las demás, no sólo en la expresión de su desengaño sinó también en la dulzura de sus súplicas y en la rectitud de sus consejos; que casi siempre reanudan los vínculos del reconocimiento y del deber.

Si resiste contra la dureza é insensibilidad de un corazón frío ó infame, no se insolenta ni se irrita; con paciencia ora y espera y rara vez sus oraciones dejan de ser escuchadas y recompensadas por Dios.

Y cuando para siempre pierde sus seres queridos, su

amor que nunca se debilita ni se estingue, conserva perpétuamente la gratitud de los recuerdos que la invitan á orar por la felicidad de los difuntos, con la esperanza de volver á encontrarles y amarles para siempre en el cielo.

## CAPITULO XIV.

### LA CASTIDAD.

La castidad es el patrimonio y la gloria de las mujeres.

Le Maitre.

#### I.

La sensible espulsion del Paraiso hizo perder á nuestros padres con su inocencia la estimacion perfecta de todas las bellas virtudes del alma, adquiridas en su creacion, y con ella la pureza de nuestros sentimientos.

La libertad y la ignorancia en que quedaron en las primeras edades del mundo, les hizo seguir deprimiendo su elevada dignidad, sin conocer más deberes que los inherentes á nuestra naturaleza humana, sin distinguir más sentimientos en el corazon que los impulsados por su raciocinio deficiente, y sin tener más regulador para sus pensamientos y para sus actos que su voluntad viciada y el instinto de sus pasiones.

Pero á medida que los progresos de la civilizacion restringieron el desórden de nuestras libertades y de nuestras costumbres, los sentimientos de nuestro corazon y los pensamientos de nuestra inteligencia adquirieron la delicadeza propia de la superioridad de nuestra alma y de la perfeccion de nuestro sér.

Cuando más tarde el cristianismo se dedicó á purificar nuestra naturaleza, nos hizo reconocer la importancia de la limpieza de nuestra conciencia como necesidad indispensable para la santidad de nuestra perfeccion, é imprimió en todas las virtudes el sello de pureza que exige á nuestras acciones, á nuestros sentimientos y tambien á nuestras ideas.

Esa pureza que revela en nuestra alma las condiciones especiales de su propia sustancia, constituye la parte esencial de nuestra educacion y el más hermoso atributo de las libertades de nuestro proceder.

Siempre los pueblos civilizados han concedido á la castidad gran importancia y una íntima relacion con los sentimientos más delicados del corazon, atribuyéndole el triunfo completo que con su discrecion obtienen sobre nuestra naturaleza animal.

Y esos mismos sentimientos que cuanto más puros más belleza y más nobleza revelan, engrandecen las afeciones del alma elevándolas del terreno de las pasiones vulgares al grado ideal de los misterios de la perfeccion.

El corazon de la mujer, santuario de la delicadeza de sus propios sentimientos, está continuamente espuesto á la profanacion de su amor por los embates de sus pasiones y tambien por las asechanzas perennes de nuestras exigencias; resultando de estos peligros la necesidad de una defensa, de un apoyo en que sostener la rectitud de sus propias impresiones.

Esa defensa y ese apoyo el amor lo tiene en la sinceridad de sus inclinaciones y en la pulcritud de sus propios sentimientos: es decir, en la castidad.

La naturaleza tambien reconoce esta necesidad; pero imperfecta en el conocimiento de las atribuciones del espíritu, solamente ha enjendrado en el corazon de la mujer una sensacion tímida, recatada y decorosa que no pasa de ser un instinto de nuestra natural vergüenza para distinguirnos de la torpe condicion y de la libertad del bruto.

La razon humana, superior á la de los demás séres, no se satisface ni aún para los misterios del amor con las restricciones inspiradas por el pudor de la naturaleza, necesita de otro sentimiento más elevado que no concretándose á la purificacion de nuestras acciones alcance á la castidad de nuestros deseos y de nuestros pensamientos.

El pudor es en la mujer uno de los mayores encantos de su hermosura, el principal atractivo de su amor, que lo reviste de dulces ilusiones aún en la realidad de su propia espresion y llena el alma de gratos placeres en relacion con sus sensaciones.

La castidad es la virtud que purifica en el alma la bondad ideal de sus amores, rechaza las ilusiones de la voluptuosidad, modera y restringe los deseos de sus manifestaciones por la repugnancia que los sentimientos sostienen con los sentidos y por la moderacion de sus placeres.

La notable diferencia de aquella tímida sensacion con este digno sentimiento, nunca debe confundirse á pesar de la relacion recíproca; porque el pudor parece habérselo concedido Dios para ocultarnos los misterios del amor, y la castidad humana se desprende de la pureza del mismo amor divino.

Es el pudor espresion natural de nuestro decoro, propio de los peligros y de las edades del amor; mientras la castidad es la espresion que nos queda de la inocencia del alma y nos rige en todas las circunstancias y en todos los estados de la vida, desde el principio hasta el fin de nuestros días.

El amor del hombre, que adquiere más vehemencia cuando lucha con más contrariedades, que le estimula el deseo cuando más misteriosas son sus manifestaciones, y más placer siente en el alma cuando más timidez encuentra en el allanamiento de los inconvenientes, considera el pudor de la mujer como el ornamento más delicado de su corazon.

Nunca encuentra inoportunas las reservas, los temores y los recelos del alma enamorada que cubre sus aspiraciones con el tupido velo del pudor, y nunca dispensa la tierna lucha de la debilidad y de la modestia que inflama su corazón, aún en la tranquila seguridad de su posesión.

La mujer, que siempre duda de la sinceridad de la pasión que se le declara, y que anhela descubrir los secretos con que cree ser engañada, reprime con rubor sus deseos; pero obtiene en los sentimientos pudorosos de su alma una arma poderosa para sondear el corazón del hombre y asegurarle con los lazos de su voluntad apasionada.

Cuando la audacia del hombre traspasa los límites del respeto y de la prudencia, se reviste la mujer con las resistencias de su pudor de un escudo inviolable que la hace fuerte ante las exigencias de la seducción, y con firmeza defiende dignamente su honor.

Ella, que conoce el prestigio y el valor de su influencia, cuando tiene perdido el candor de su alma, artificialmente inventa una sencillez encantadora y una ignorancia respetuosa que con coquetería maneja para conseguir sus fines.

En unos casos la virtud verdadera la ayuda en sus proyectos; en otros la altivez de su orgullo los sostiene; y siempre demuestra una delicadeza y elevación de alma que muchas veces no conoce.

Para la mujer de verdadero y fiel amor, las mismas bondades de su pasión la incitan á conservar siempre el pudor, como atractivo indispensable para su felicidad y para la prolongación de sus placeres.

Cuando desgraciadamente lo pierde á impulsos de la confianza ó de lo que en el lenguaje vulgar ellas mismas califican de *franqueza*, puede asegurarse que la mujer cierra la puerta de los misterios y de las ilusiones más

gratas á el amor de su alma, para aceptar los groseros y rudos recursos de la escitacion animal.

## II.

La necesidad que tiene la mujer de conservar su prudencia, aún dentro de la misma libertad que la civilizacion le concede, es una ayuda eficaz que garantiza su pudor.

Esa misma prudencia conque modera sus acciones, nunca puede por sí sola servir para imponer y conservar la castidad de la imaginacion y de sus deseos.

El decoro de su proceder ante las gentes, la discrecion y el rubor de su alma, le facilitarán bastantes medios para regularizar sus costumbres; pero la imaginacion, herida muchas veces por la curiosidad y la voluntad, esclava de sus deseos, nunca podrá moralizar las pasiones que continuamente luchan en el corazon.

Entre estas pasiones, la más violenta y dominadora por los estímulos de nuestra naturaleza y por los atractivos de nuestras necesidades, es la del amor; y ni el disimulo ni el engaño conque el pudor la contengan son suficientes á purificarle y realzarlo, cual requiere la dignidad del hombre y la nobleza de esa misma pasion.

Tiende el amor, no sólo á recrear el alma sinó á cumplir un fin natural y perfecto de admirable disposicion divina, que acalla las necesidades de nuestro sér y dulcifica y calma los sentimientos del corazon.

Si á ese fin conducimos las inclinaciones del amor con la sinceridad de su necesidad absoluta, conteniendo las vaguedades voluptuosas del pensamiento que la incitan, y moderando las vehemencias del deseo, nuestra alma dirigirá la voluntad de nuestra pasion al fin santo que Dios impone, y en ningun caso corromperá la pulcritud de nuestra alma.

Si ántes y despues de llegar á ese fin el corazon aliena y sostiene la pasion vivificadora dentro de los límites de su propia bondad y de su esclusiva belleza, el alma, envuelta en ilusorias delicias, siente y le repugna descender al inmundo terreno de la sensualidad para no lastimar la delicadeza de sus sentimientos ni extinguir el fuego de su ideal entusiasmo.

Gratos son para nosotros los placeres naturales del amor; pero más estimables son las delicias en que el alma apasionada se envuelve abstraída de las debilidades de las pasiones.

La continencia en todos los placeres de la vida no sólo influye en la conservacion de nuestra salud y de nuestras fuerzas, sino que mantiene con esplendor la luz de nuestra inteligencia y conserva el candor de nuestro corazon.

Pero la continencia es, como el pudor, insuficiente para la castidad de nuestra alma, que se vale de sus manifestaciones para espresar nada más que la moderacion de sus deseos.

Las filosofías que limitan la pureza de la moral á la práctica de las acciones y al cumplimiento de nuestros deberes, confunden la moderada continencia con la virtud de la castidad, cuyo error demuestra la severidad cristiana cuando analiza las palabras, observa las miradas y profundiza las intenciones.

Muy modestamente podrá sostener una mujer su amor, la continencia defenderá su honor, el pudor resistirá las seducciones; pero nada de esto impedirá que en su imaginacion ardan los más lúbricos pensamientos ocultos á nuestra observacion por los límites de su decoro y el temor á nuestras censuras.

La continencia, como el pudor, se manifiesta solamente en la edad de nuestros amores, encargándose la naturaleza de considerar inútiles sus preocupaciones en otras circunstancias de la vida.

La castidad, en toda edad, en todo tiempo, en todo estado y en todas las circunstancias, no sólo embellece el amor tierno de la mujer, sino que necesita su alma de esta virtud para defender y conservar su inocencia.

La continencia no estriba solamente en la privacion absoluta de los placeres que la conciencia nos prohíbe, sino en la restriccion del abuso de los que nos son permitidos; y cuando aquellos se rechazan con la tranquila indiferencia de aspiraciones más santas ó estos se escusan con la inutilidad de su satisfaccion, el alma conserva el candor conque se distingue la pureza verdadera.

No le basta á la mujer ser casta cuando no conoce el amor del hombre, no debe tampoco limitarse á serlo mientras las esperanzas de su ilusion no las coloca la bendicion divina en el terreno de la realidad, debe serlo también en el libre estado de sus derechos naturales y aun despues del matrimonio; porque la castidad es la virtud más inapreciable con que Dios ha dotado á la mujer para perfeccionar la dignidad de su alma.

Poco amor duradero inspirarían los atractivos físicos de la mujer, si el velo de la castidad no lo revistiera de santa veneracion y si la ignorancia de su candor no aumentara las ilusiones dulces de nuestra pasion.

Débil entusiasmo sentiríamos en el alma, si la realidad del amor no descubriera siempre emociones nuevas, y en sus ilusiones no se reservaran misterios desconocidos para nuestros afanes de felicidad.

Ni aun los combates de la inteligencia con el corazon adquirirían la energía y la constancia que el amor inspira, lo mismo al hombre que á la mujer, desarrollando el interés grandísimo conque se atiende y se confía alcanzar la victoria.

En la dominacion y virtuosa rectitud de las pasiones consiste el deber de la castidad, cuando la mujer no compromete su conciencia con el indisoluble lazo de los votos

que impone el amor divino; porque cuando á este perfecto estado destina la mujer su corazon, toda abnegacion y sacrificio son pocos para conservar la inocencia de su alma.

### III.

Mientras las pasiones duermen en la infancia de la mujer, la pureza es menos estimada, á pesar de que esa edad es la más propia para que las madres puedan inculcar en el corazon de sus hijas el gérmen de la castidad, que ha de distinguir siempre su educacion esmerada.

La delicada instruccion de sus consejos nunca debe permitirse ilustrar la ignorancia de su candidéz natural, en términos que la malicia preocupe su corazon y la curiosidad lo corrompa.

Cuanto más tiempo la mujer permanezca en esa admirable ignorancia más inocente conservará el estado de su alma, más puros los amores que contraiga y más arraigada quedará su virtud.

Luego, cuando las ilusiones renacen al amparo del primer amor y de sus estrañas impresiones, la castidad, que débilmente ostenta su inclinacion virtuosa y modesta, empieza á ser más necesaria para conservar la pulcritud de sus pensamientos y dominar la vehemencia de los deseos.

Si ese amor se sabe conservar siempre puro, insensiblemente influye en los sentimientos del corazon, dirigiendo y conteniendo sus afanes con las esperanzas de sus oportunas satisfacciones.

Cuando esas esperanzas llegan á cumplirse, la realidad del amor inunda de santa alegría y temor el corazon por los misterios conque cubre sus placeres, que nunca se permitirán confundirlos con las impuras acciones de la obscenidad inmundada.

Los placeres del amor, que deleitan la vida, la natura-

leza los estimula y los constituye en necesidad apremiante para nuestro sér; pero la dignidad nuestra limita los derechos y coharta la libertad, dentro de esa necesidad, por el dique moral de nuestras leyes y de nuestras costumbres.

La especie humana solamente debe usar de ésa libertad, siempre sometida á la ley de la pureza del alma, cuando el lazo del matrimonio se estrecha con el beneplácito y la bendicion de Dios.

Si desgraciadamente la mujer no es en su vida elegida por ningun hombre para la satisfaccion de su amor, las leyes morales y divinas la condenan á la absoluta privacion de sus placeres; es decir, al celibato.

Perdidas sus esperanzas, el desengaño de su alma no preparado por la resignacion de una virtud permanente, la condena á un aislamiento interno que alimentan el fastidio y las impertinencias de la vida.

Egoista y duro el corazon adquiere el humor insufrible de la impertinencia.

La muerte de sus pasiones, la privacion de sus placeres, no la dejan tranquila en la soledad, y envidiosa es capaz de aborrecer á los hombres porque ninguno la ha querido.

Defensora de su castidad forzada, que siempre habrá admitido como conveniencia propia y conocimiento perfecto de los hombres, no descubrirá los impuros deseos de su alma y los libres pensamientos que queman su imaginacion.

Avida y solícita en sus curiosidades, en todos los sucesos encontrará misterios; y la reputacion y la honra agena pocas veces se salvarán de sus mordaces juicios.

Su corazon, insensible á las dulces emociones de la caridad, ha de mirar con indiferencia, sinó es con indignacion, la felicidad de otras mujeres virtuosas.

Nunca puede ser el celibato involuntario un estado

para que la castidad se conserve intacta en el corazón de la mujer; porque la posibilidad de amar existe mientras la vida dura.

Y aunque los estímulos de la naturaleza no puedan aguijonear la imaginación, los sentimientos del corazón siempre nos estimulan al amor con más ó menos pureza, ansiando una felicidad que nunca encontraremos en la tierra.

Purificada el alma, sabe cómo y dónde ha de dirigir las aspiraciones de su felicidad; impura, no sale del lodazal de nuestras pasiones terrenales, y aún en los ensueños la mujer no descubre más dicha que la del amor que no disfruta.

Esos ensueños que mortifican el alma, recrudescen en el pensamiento los desvaríos continuos del placer, que aunque no se conozca, perturba al despertar su sosiego y acaba por manchar la castidad del corazón.

Necesitan sostener algunas virtudes la lucha frecuente de sus contrarias pasiones, para robustecer sus excelentes cualidades y acreditar el valor y la influencia de sus propias fuerzas y elementos.

A ellas ayuda la razón con la prudente discreción del pensamiento, que puede á su arbitrio contemplar los efectos de las pasiones con que lucha.

La castidad no conviene que ensaye ninguna prueba voluntaria, porque el descuido más imperceptible empaña la esencia hermosa de esta delicada virtud.

Su fragilidad es tanta que una vez quebrantada, contra nuestra voluntad nos arrastramos por la pendiente irresistible de la incontinencia á los lodazales de la lubricidad.

Desgraciadamente la mujer que más menciona la castidad como su condición predilecta, es la que en mayor peligro la pone con su frecuente alabanza é inoportunas defensas.

Y si la mujer me permite juzgar atrevidamente su intencion, la diré, que aquella que más blasona de la castidad es la que menos la conoce y más misterios tiene que encubrir.

## IV.

Las diversas causas que atizan el fuego devorador que extingue la castidad de nuestra alma, dimanar de las exigencias de la naturaleza y de la índole que nuestra educacion haya impreso á las pasiones.

En la mujer, aparte de estos motivos poderosos, debe el esmero de su educacion preveer otros muy susceptibles y no de menos importancia para fijarse en ellos.

La estimacion conque considere su hermosura, el ardiente deseo de agradar al hombre, la ignorancia con que escucha las declaraciones de su amor, las dificultades conque tropieza para armonizar en el seno de su corazon su natural inocencia con los impulsos de la pasion que sostiene, son otros de los muchos peligros que pueden comprometer su pureza.

Si á esto se añaden los atractivos de las galanterías del hombre, la audacia de sus seducciones, la curiosidad de la mujer y su debilidad natural, parecerá increíble que Dios haya dotado á aquella de fuerzas bastantes para poder defender en todo caso la pureza de su corazon.

Sin embargo; no está solo la mujer obligada á conservar la pureza de su alma ántes de conocer al hombre, lo está siempre y aún despues cuando al amor no queda en el corazon otro lugar que el de la gratitud y el de los recuerdos.

El aprecio preferente que la mujer hace de su hermosura la incita á inventar atractivos que la realcen, para poder con ellos fascinar nuestros sentidos.

Todas sus preparaciones y estudios tienden á un solo fin, por ella reconocido, que es el de agradar al hombre.

Nada más natural que esta inclinacion; porque privada la mujer de la iniciativa de sus declaraciones, carece de otros medios para espresar los deseos de su corazon, y nosotros mismos aplaudiríamos los recursos de sus inventivas y preparaciones, si estas se concretaran á la sencillez y elegancia de las gracias naturales de su cuerpo y de su alma.

Pero como desgraciadamente las pretensiones de la mujer la llevan con la afectacion y exageracion de sus gracias hasta aceptar como encantadoras las invenciones libres del ridículo, nuestra adulacion y galantería, que nunca se atreve á censurarle sus caprichos, inculca y estimula en la mujer la perniciosa coquetería, que solamente sirve y se dedica á inflamar el ardor de las pasiones sin reparar en sus efectos.

La ignorancia conque la mujer inesperta atiende á las espresiones amorosas del hombre, su natural deseo de interpretarlas y comprenderlas de la manera más grata y misteriosa para su corazon, preocupa sus pensamientos; y en vez de amoldarlos á las condiciones de su dignidad propia, libremente los entrega á los caprichos de su apasionada fantasía.

Difícil es para la mujer armonizar las intenciones y las osadías del amor del hombre con la tranquila candidez de su alma y contenerlas en los términos de la sencillez y de la inocencia, sin que aquella pueda resentirse; porque la curiosidad aviva los deseos de la naturaleza que afectan peligrosamente su debilidad.

Los riesgos de su castidad, si vehementes y considerables son cuando las esperanzas amorosas confunden sus deseos en apasionadas y desconocidas ilusiones, mayormente los aumenta la realidad del amor cuando prueba sus placeres.

Los derechos que disfruta, si son mal comprendidos, se declaran libres en absoluto, considerando la continen-

cia contraria y perjudicial á las expansiones naturales de su amor.

Los deberes del matrimonio, aunque permiten esas manifestaciones, imponen á la mujer la obligacion de conservar la castidad de su alma para no corromper la sencillez de sus propios placeres, para no alterar los atractivos que conservan las bondades del amor del hombre, y transmitir en la educacion de sus hijos la pureza del cuerpo y del alma que constituyen nuestra verdadera dignidad.

La castidad de la mujer casada es relativa, se refleja en su consideracion propia y se distingue por la respetabilidad que su discrecion inspira á toda la familia.

El amor del esposo tierno y apasionado á la vez, revela una misteriosa veneracion que encanta y perpetúa las dulces afecciones del alma.

Sus hijos, con su envidiable inocencia, armonizan las confianzas de su amor con los respetos de la sinceridad que en sus padres observan y contribuyen á la completa felicidad doméstica.

## V.

En dos estados de la vida tiene la mujer, por sus condiciones especiales, que considerarse más obligada á estimar la castidad como necesidad indispensable para la perfeccion de su alma.

En el estado de su viudéz y en el de su profesion religiosa.

Para el primero la obligan la santidad de los recuerdos, las amarguras del corazón y las esperanzas que de su fidelidad se promete.

Para el segundo estado su deber estriba en la abnegacion del sacrificio, en la fidelidad de sus juramentos y en la santidad de sus aspiraciones.

Nunca está la mujer más espuesta á perder la casti-

dad de su alma, si la virtud no está bien arraigada en el corazón, que cuando sin experiencia queda viuda en la juventud.

La inesperada privación de sus placeres, la soledad y la libertad en que su corazón queda, los recuerdos tristes del amor que llora, son motivos suficientes para perturbar su calma y debilitar la firmeza de su voluntad, confundiendo con sus lágrimas de dolor las congojas de su amor, abatido y dominado por la desgracia.

Si los consuelos que su alma necesita la colocan en ocasión propicia para escuchar nuevas protestas de amor, la confusión que de su corazón se apodera calma los rigores del dolor; pero debilitan la integridad de su ánimo, enturbian sus pensamientos con nuevas ilusiones y avivan los deseos en otras promesas que la ofrecen felicidad más real y satisfactoria.

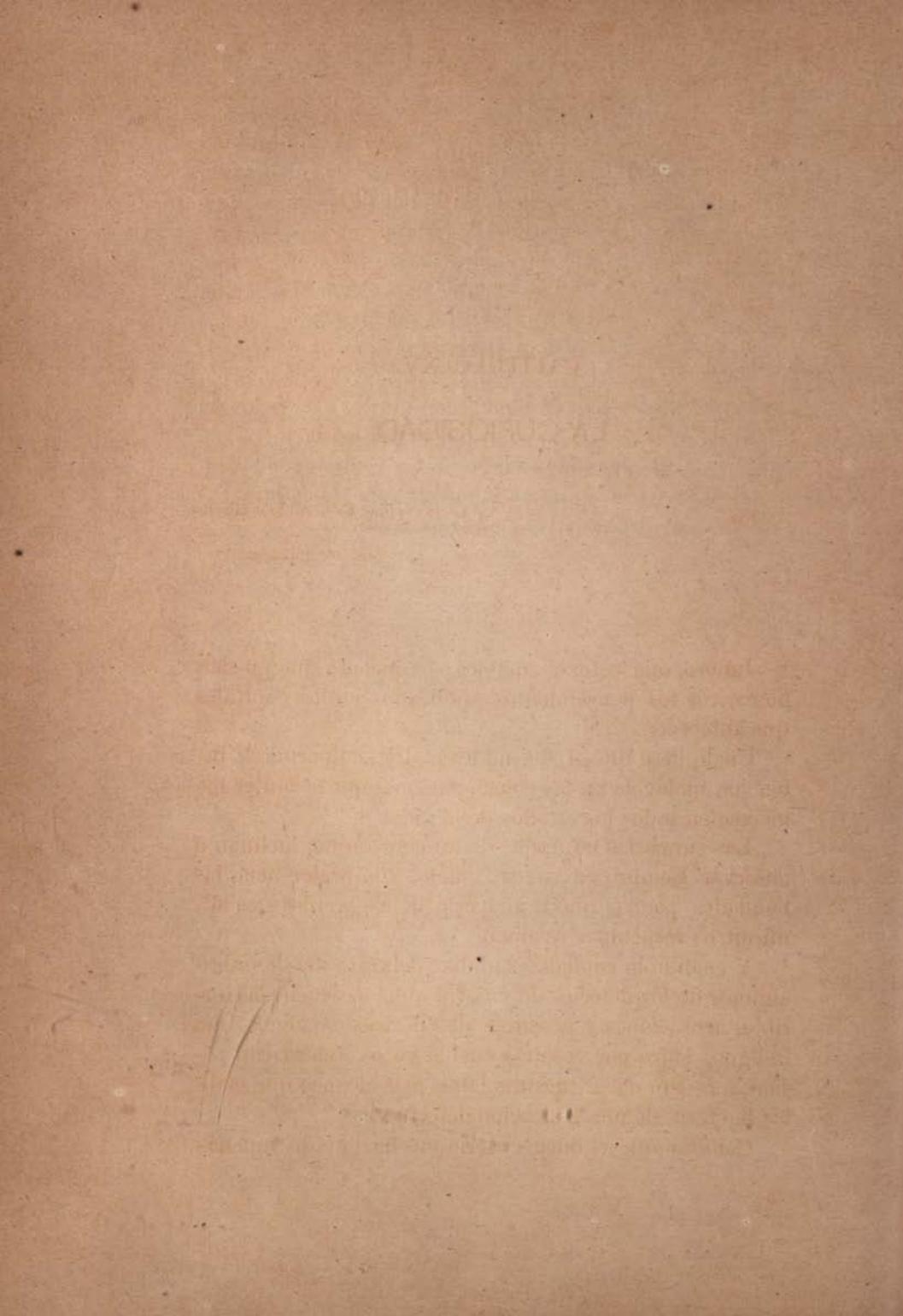
Difícil es, pero no imposible, dominar las pasiones en la edad en que el corazón más á gusto las alimenta; pero más difícil es en todo tiempo cuando falta el apoyo sólido de la virtud.

El grado de aprecio que la castidad merece á la mujer, se descubre en las determinaciones que frecuentemente nos ofrecen las viudas, bien sacrificándose para siempre con su abnegación y su fidelidad al recuerdo del amor perdido, ó bien consagrando su corazón á nuevos amores puros, que contrastan con la conducta corruptora de las que sostienen su libertad para manchar las memorias más respetables con la degradación de su propia dignidad.

Cuando la mujer comprende lo deleznable que son los placeres de la vida, lo mezquinos que son los amores del hombre, á pesar del entusiasmo grande que revelan, y su alma ansiosa de mucho más amor compromete sus sentimientos en el ofrecimiento y el sacrificio de su virginidad á Dios, la pureza completa de su Sér no puede ni debe perdonarle la más ligera falta que sirva para empañar la perfección de su alma.

Las ideas purísimas de su amor sublime, la dignidad inviolable del Esposo á quien ha consagrado su corazón, la abstracción de las pasiones, la índole de los deseos que su amor inflama y la santidad de sus esperanzas, si se conservan y respetan con la consideración meritoria á que la mujer se obliga, son suficientes para elevar la castidad al grado de perfección en que Dios más la estima.

Y Dios estima tanto la pureza del corazón de la mujer, que no solamente nos manifiesta su predilección aceptando con preferencia la abnegación de los sacrificios de sus esposas, sino que su amor nos lo prueba condenando en Eva la corrupción de su inocencia, y redimiendo la dignidad santa de la mujer en la elección de María inmaculada para madre adoptiva de la humanidad.



CAPITULO XV.  
LA CURIOSIDAD.

La curiosidad ha perdido á más jóvenes que el amor.

Mme. de Puisieux.

I.

Ignoro, mis lectoras amables, el concepto que puedan mereceros los pensamientos publicados en los capítulos que anteceden.

Cualquiera que él sea, nunca podreis culparme de intención malévola en las consideraciones que la mujer me merece en todos los estados de la vida.

Las simpatías naturales de mi corazón me inclinan á observar siempre en vuestro fondo, con preferencia, las bondades por las que la mayoría de los hombres os admiran, os respetan y os aman.

Y cuando la confianza familiar del trato me descubre algunos de los defectos de vuestra alma ó escucho las terribles acusaciones y censuras de vuestros enemigos, me indigno, sufro por vosotras cual si yo os amara con pasión, y resisto dar á vuestras faltas más alcance que el de las ligerezas de una educación defectuosa.

Confieso que el buen criterio me ha faltado muchas

veces para juzgaros imparcialmente, cuando mi inesperienza os consideraba incapaces de dar abrigo á la malicia en vuestros tiernos corazones.

Siempre me ha sido imposible armonizar la ternura con la malicia y la perversidad con el amor.

Y sin embargo, no desconocereis á ciertas mujeres excepcionales que ocultan admirablemente las grandes manchas de su corazon para envenenar mejor á los hombres.

Y este error que tantas lágrimas nos produce por haber confiado demasiado en aquellas, sólo se comprende y se desvanece cuando los remedios son ineficaces para la experiencia é indiferentes á nuestra felicidad.

No intento irritar vuestra indignacion ocupándome en los capítulos sucesivos de los defectos de vuestra alma, ni ridiculizar vuestras debilidades para que os granjeeis el desprecio de los hombres.

Tampoco aspiro á lastimar vuestra susceptibilidad aplicándoos á todas en general las faltas que algunas podais encubrir, porque otras justifican con su noble conducta la realidad de sus buenos conceptos.

Mis designios tienden á un mismo fin; así cuando considero vuestras escelentes cualidades y con admiracion os trato, como cuando descubriendo los vicios de algunos corazones me inspiran sentimiento.

Mi deber es aconsejaros que acrecenteis vuestras virtudes, para que con su influencia beneficosa podais corregir los defectos que á vuestro buen criterio resalten y afeen vuestras almas, perjudicando la calidad de vuestros amores castos.

Si mis juicios os molestan, sentiré en el alma la reconvencion de vuestras censuras y os pediré miles de perdones con tal de que sigais leyendo mis páginas aunque carezcan de interés y acierto, al ménos por la curiosidad que os inspiran todas las cosas que se relacionan con vosotros.

Si no os creéis obligadas á corregir las inclinaciones de vuestra alma porque á ellas superen vuestras bondades, convendréis conmigo en la necesidad de ser virtuosas antes que amables, y en la satisfaccion que produce siempre el limpio fulgor de la conciencia.

## II.

No es la rareza conque estrañamos los primores que sobresalen en las obras de las manos de la mujer lo que dá título al presente capítulo.

No es tampoco la pulcritud que cuida de conservar su hermosura para encanto del hombre y la prolongacion de su salud.

No es el deseo plausible de instruccion, que alienta á investigar las maravillas del saber humano, la curiosidad que en la mujer distinguimos.

Si esta última fuera, aplaudiríamos sinceramente su predisposicion al estudio y al saber.

Es esa propension defectuosa que caracteriza la ignorancia de algunas mujeres, quienes por no tener asuntos importantes de que preocuparse, las obliga á interesarse por las cosas más triviales de la vida, seanles ó no convenientes.

Inclinacion ridícula y repugnante que afea en toda edad la discrecion de la mujer y distingue á algunos hombres, descubriendo su falta de talento con las imprudencias á que apelan para satisfacer sus averiguaciones.

Natural es el deseo de saber para destruir la ignorancia, cuando ese deseo lo estimulan los intereses del bien ó de la utilidad, por la plausible ilustracion que en los conocimientos nuevos se adquiere.

Pero cuando carece de estas aplicaciones y sus resultados lastiman á la misma persona investigadora ú ofenden al objeto que nos preocupa, su intencion es muy censurable y perniciosa.

Si toda la sagacidad y constancia que la persona dominada por una curiosidad escesiva emplea en averiguar vidas ajenas ó menudencias frívolas, las destinara á conocer sus deberes y á instruir su inteligencia, seguramente que aventajaría á los hombres estudiosos en sus adelantos y les arrebataría la gloria de sus inventos.

Pero desgraciadamente, quien más se distingue por su curiosidad frívola es aquél ó aquella que menos aplicación quiere demostrar para las cosas útiles é importantes.

Por lo general en todas las mujeres se revela como instinto necesario el estímulo de su curiosidad, aplicándose á lo más pueril y extravagante que entusiasmo su imaginación.

Si atendemos á las condiciones especiales de ese instinto creado para el amor, á la falta de libertad para expresar sus sentimientos, á los misterios con que recibe y alimenta sus pasiones y á la desconfianza que siempre le inspira el hombre, encontraremos disculpas para algunas de sus curiosidades, si su educación no las separa de los límites de la prudencia.

Esclava de su condición escepcional, siempre estraña las impresiones de su amor; y necesita de la confianza de nuevos conocimientos para asegurar su sinceridad.

Sus misterios la confunden por su propia importancia; las incertidumbres de su porvenir la ofuscan; y aunque aquellos no los revela, acude á los recursos de la investigación para ilustrar los secretos de su corazón y descifrar sus enigmas.

Su amor acepta al hombre aunque no franquee sus sentimientos; y cuanto más los desconoce mayormente necesita asegurarse de su sinceridad.

El interés natural del amor, que siempre ambiciona tranquilidad, la obliga á escudriñar los pensamientos y las costumbres del hombre en quien lo confía.



El temor constante de perder sus esperanzas más risueñas la vuelve recelosa; pero la mortificación de su escepticismo pondera sus sospechas, la incita á buscar en otros ejemplos las disposiciones que cree prudente adoptar, para desvanecerlas y que puedan calmar de una vez sus inquietudes.

Cuando el amor impulsa las curiosidades de la mujer, hay un interés que nace de la importancia y seguridad que su corazón necesita, y son muy naturales las esplicaciones conque aquél pueda satisfacerse, no debiendo olvidarse los casos de la vida en que la mujer ha encontrado la felicidad de su amor en las consecuencias de una prudente investigación.

Cuando el interés es el que mueve á la curiosidad, la satisfacción no es tan infundada como generalmente juzgamos, descubriendo en sus pretensiones constantes el grado de su necesidad relativa, á pesar de que muchas veces se espone á no poder extinguir de ninguna manera sus dudas, por los graves inconvenientes conque tropieza.

Siempre que la ignorancia es la base de las averiguaciones de la mujer, que no se esplica á sí misma sus propias impresiones y los misterios de su naturaleza, la impaciencia en que se coloca, aunque es muy natural, puede imprudentemente comprometer la sencillez de su candor, y de una manera sensible y ruda desvanecer la delicadeza de sus sentimientos.

Por esto nunca deben los deseos del saber estralimitarse de las reglas de la prudencia y de la utilidad.

La curiosidad no siempre es hija de la ignorancia; y cuando nace de las incertidumbres que la fidelidad del amor inspira, la propia inquietud de la duda coloca á la mujer en la pendiente deplorable de los celos.

Inoportuna é inconveniente entonces en sus observaciones, está espuesta á descender á un estado impropio para su condición, con tal de desvanecer sus sospechas.

Pero lo hace tan torpemente, que no repara en medios para satisfacer su propia envidia, y el impulso de los resentimientos la privan de la prudencia de su criterio y la ciegan en sus observaciones.

Si las pruebas de la inocencia ultrajada no son bastantes á llevar el convencimiento al corazon intranquilo, la inconsecuencia de sus juicios queda para perpetuar sus tormentos y destruir los consuelos benéficos de la resignacion.

### III.

Es la curiosidad de la mujer el gérmen por cuya influencia se desarrollan algunas pasiones nocivas á su corazon, causa de enflaquecimiento y tibieza en sus virtudes y la base de sus defectos principales.

El carácter de la mujer predispuesta á este vicio, se distingue en que la indiscrecion se revela más veces de lo que ella supone, á pesar de la sagacidad con que siempre reviste sus estudios.

En el interés que despliega por los asuntos que en nada le afectan, trasciende el espíritu de su intencion frívola ó dañosa y el gran vacío que hay en su alma.

A muchos de los conocimientos que adquiere en sus averiguaciones debe la pérdida de su prudencia, base de la bondad de su criterio y de la naturalidad de su modestia.

La inconveniencia de sus indagaciones viene debilitando la solitud de sus deberes, y la hace preferir á ellos las despreocupaciones de la ociosidad para satisfacer mejor la inclinacion de sus deseos.

Todos los buenos sentimientos del alma se resienten con la obstinacion de una imprudencia que resulta siempre contraria al amor y á sus virtudes anexas.

Los descubrimientos que su curiosidad sorprende,

contribuyen á perder la tranquilidad del ánimo y la impelen más allá de lo que su conveniencia requiere.

Por ella muchas veces sufrimos los disgustos que entristecen nuestro espíritu llenando de confusión la apreciación más sana y sencilla.

Sus investigaciones ilustran su ignorancia en opuestas instrucciones corruptoras.

Predispuesta á la exajeración y á la falsedad, cualquiera engaño lo considerará sencillo y aceptable para profundizar los misterios de que rodea sus conversaciones.

Sus frivolidades le merecen más predilecta atención, porque con ellas cree ampliar sus conceptos y justificar sus diligencias escrutadoras.

Apoyada en ellos, quedarán satisfechas su vanidad y su orgullo; pero ¿cómo se evitará servir de víctima á su propia envidia?

Innumerables son las ingratitudes que nacen al amparo de la desconfianza y de una curiosidad impropcedente que lastiman los más tiernos afectos del corazón, porque contribuyen á aumentar la crueldad de sus desengaños.

Sus equívocas y maliciosas interpretaciones, siembran en el ánimo los resentimientos y el rencor conque se destruyen la amistad, el amor y aun también la caridad.

Sus incrédulas tenacidades le niegan la serenidad para escuchar la justificación de las explicaciones mismas conque pretende aclarar sus dudas, y con la confusión de sus ideas acaba por aumentar los obstáculos que sostienen su ignorancia.

Ansiosa por conocer aquellos arcanos de la vida, que siempre ignorados nunca hubieran alterado la faz de su corazón, no escusa medios para sorprender las circunstancias de una sucesiva infelicidad perpétua.

Si todas las mujeres tuvieran la sinceridad que el alma necesita, y en muchas noblemente se distingue, para

revelarnos los secretos de su corazón, nos confesarían ingenuamente los pesares que se han acarreado en muchas ocasiones de su vida á causa de sus propias imprudencias y por prestar fácilmente oídos á los viles consejos de otras personas envidiosas de su tranquilidad.

¡Cuántas adulaciones perniciosas no han servido de falsos consuelos para enjugar, siempre tarde, las lágrimas que se han arrancado al rudo impulso de una imprudencia temeraria ó ante la sorpresa de un importante secreto desengañador!

¡Cuán funestas impresiones debe la mujer á su propia imprevisión y á su imprudente curiosidad!

#### IV.

Si la curiosidad no se corrige siempre que presenta sus caracteres inoportunos de obstinación y frívolo interés para descubrir las cosas que no son de nuestra utilidad, instrucción é importancia, adquiere proporciones trascendentales que convierten á la mujer en un tipo, por fortuna escepcional en la sociedad, que resulta molesto y repugnante á la vez para sus semejantes.

La urbanidad se opone á demostrar el fastidio con que escuchamos siempre las inconveniencias de la mujer curiosa que se singulariza por investigar más de lo que prudentemente sabemos.

Sus impertinentes conversaciones se sufren por los estraños, y la indignación las tolera con el disimulo propio de la indulgencia; pero enjendran en nuestro ánimo el enfado que como correctivo debiera cecharse en cara cada vez que apela á nuestras consideraciones y á nuestra paciencia para saciar sus deseos.

Abandonada en el esmero de los deberes de su conciencia, se presenta ante nuestras observaciones despreocupada é indiferente para sondear mejor el corazón ajeno.

Ignorante en las condiciones de una buena educacion, no distingue sus defectos propios ni dispensa las fragilidades ajenas, por más que las suyas resalten con evidencia no sólo en su conducta sinó tambien en sus pensamientos.

Hipócrita, como toda mujer que quiere ocultar la malicia de su corazon, disfraza con sencillez y bondad sus preguntas y apela hasta una compasion finjida que conmueve nuestra debilidad, arrancándonos las esplicaciones que pretende y nunca debiéramos darle.

Charlatana por prurito, distrae su intencion de los fines que se propone afectando ignorancia y reserva en el mismo asunto que la preocupa, para desarrollar con más sagacidad sus insistentes indagaciones.

Con cautela rehuye las sorpresas que puedan comprometer sus estudios ruines, y si estos no le satisfacen, con astucia desliza sutiles ideas que revisten de más misterio los asuntos indiferentes é insignificantes de la vida, aumentando su gravedad y su importancia.

Los misterios incomprensibles de nuestra sociedad y los secretos repugnantes de nuestras costumbres, deleitan su alma, preocupan su inteligencia y fomentan la materia constante de sus conversaciones.

Cuando su curiosidad queda satisfecha, no respeta en su corazon el secreto que sus indagaciones han sorprendido por delicado que sea.

Desde luego se impacienta por publicarlo, y sin abandonar su sistema de inquisicion, tropieza con otras confidentes, ó las busca, á quienes confia sus descubrimientos y sobre ellos estiende la importancia de su murmuracion ofensiva.

Todas las observaciones de sus sentidos revelan el veneno de la malicia que rebosa en su alma.

No hay mirada, no hay signo, no hay ademan ni palabra, por indiferente que sea, que no coincida con el acierto de su interpretacion difamatoria.

La casualidad, cree que está destinada á comprobar sus juicios temerarios é imprudentes por despreciables é infames que sean.

Un leve indicio, una coincidencia trivial le es suficiente para perseguir constantemente el ideal supuesto que se forja en su imaginacion conque alimentar sus lisonjas ó poder cebarse en la calumnia.

Hay circunstancias que favorecen su indiscrecion en muchos sucesos de la vida, y sus funestas y hábiles tergiversaciones acaban por adquirir los caracteres de verdad que realmente no existen en sus fundamentos.

Y engañada en sus libres apreciaciones, redundan en descrédito propio y perjuicio ajeno cuantos conocimientos adquiere para saciar sus inoportunas curiosidades.

Ante sus ojos, las relaciones sociales producen estrañeza cuando no se esplica la naturalidad de sus afectos; las amistades no pueden ser jamás sinceras, sino hijas del interés ó del egoismo; el amor carece de intencion pura, y la proteccion y la caridad encubren fines mezquinos y á veces pérfidos.

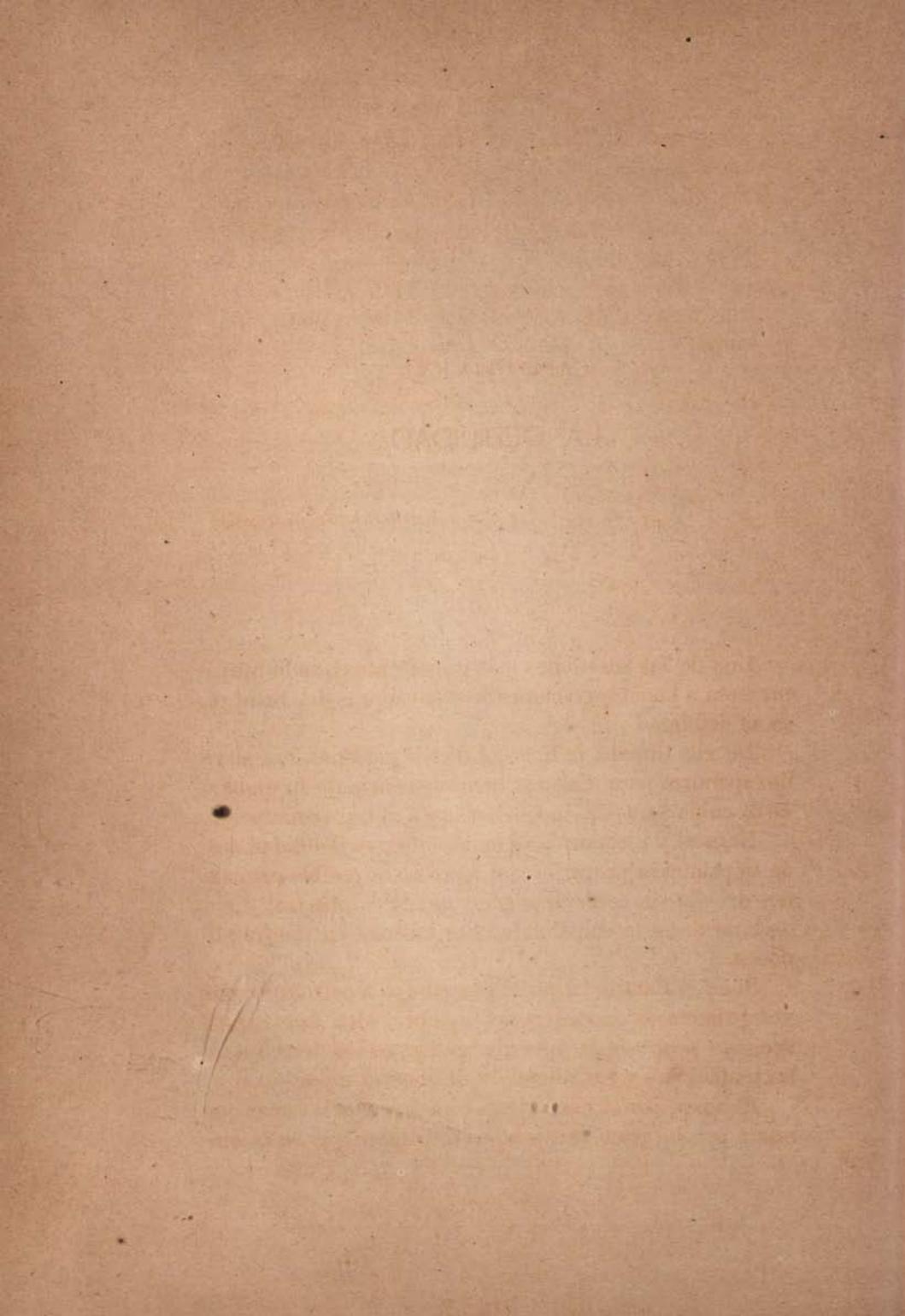
La osadía de sus intenciones, que nunca debieran ser atendidas, sabe imponerse á la consideracion ajena para abusar de sus confianzas, aunque carezca de la justificacion adecuada á sus razones y á sus argumentos.

La honra ajena está siempre en peligro ante los juicios temerarios que la mujer curiosa de mala fé emite en sus murmuraciones; y bien puede asegurarse que á su irreflexiva afirmacion y seguridad, se debe muchas veces el desarrollo de la injuria y de la calumnia que corroen el respeto y la estimacion conque la sociedad debe distinguir á cada uno de sus individuos.

Si el boceto os parece demasiado recargado de tintas fuertes no olvideis, mis prudentes lectoras, que está sacado de esos pocos modelos escepcionales que el hombre desprecia y á vosotras mismas repugna, para que conoz-

cais mejor la gravedad de la indiscrecion y el extraordinario alcance á que puede conducirnos la temeridad de las investigaciones que en nada interesan á nuestra conciencia.

No es para vosotras la severidad de mis censuras, vá desde su principio dirigida á aquellas y á los hombres que lastiman vuestra reputacion y perturban la tranquilidad de vuestros más nobles sentimientos.



## CAPÍTULO XVI.

### LA DEBILIDAD.

¿Quién hallará una mujer fuerte?

Prob. XXXI, =10.

#### I.

Una de las cuestiones más importantes que la mujer presenta á las observaciones investigadoras del hombre, es su debilidad.

De ella dimana la libertad de sus pasiones, nos sirve de esperanza para alcanzar la aquiescencia de su amor y de disculpa á nuestra inconstancia y á nuestra corrupción.

Natural y reconocida es en la mujer su debilidad desde su primitiva prevaricación; pero no es posible ocuparnos de ella sin confesar ingénuamente la nuestra, y sin declarar ántes la culpabilidad que tenemos en sus fragilidades.

Si en el Paraiso la mujer contribuyó á corromper por vez primera la inocencia del hombre, bien nos hemos vengado nosotros despues abrogándonos los derechos de las tentaciones y restringiendo su libertad espontánea.

El amor, por sus caracteres especiales, es la causa que más á prueba pone, lo mismo en el hombre que en la mu-

jer, la flexibilidad de nuestro ánimo, la impaciencia de nuestros deseos y la sumision de nuestra voluntad.

En nosotros, las impresiones del amor nacen á impulso de las reflexiones que nos inspira la belleza, la bondad y los atractivos de las gracias, cuando otros fines más mezquinos no dirigen nuestros sentimientos.

A la mujer no basta la influencia de estas simpatías; necesita que la iniciativa del hombre le confiese ántes que la sinceridad de su amor la debilidad de su corazon, que influye en el dominio de su voluntad y en la vehemencia de su pasion.

Bien comprende ella la necesidad que el hombre tiene de ser amado; y aunque esa misma necesidad se descubre á la vez en el fondo de su corazon, nunca declarará libremente su conformidad sin que se le arranque á fuerza de los encantos de la seduccion.

Cuanta más indiferencia en el amor manifiesta el hombre, con más frialdad lo recibe la mujer, más incrédula se hace para sus expansiones y ménos afecta á sus sentimientos.

Cuanta mayor es la vehemencia de la pasion, más obstáculos necesita, más resistencia encuentra y más gloria alcanza con su satisfaccion.

Nunca deja de resistir la mujer para aceptar el amor del hombre por vehementes, puras ó libres que sean las intenciones que dirijan su pasion.

Aunque la lucha no se alcance á nuestra penetracion, la mujer la sostiene en su interior motivada por la índole de las impresiones mismas que á su candor afectan y la curiosidad que despiertan los misterios de su amor.

De esa lucha nace agradablemente la simpatía que mira con benevolencia y gratitud al hombre cuando pretende poseer sus ternuras; pero la timidez de su modestia coharta en el principio la libertad de la mujer para resolverse á decidir y aceptar la eleccion conque se le distingue.

Nuevas luchas combaten su alma, afectan sus sentimientos y entorpecen la resolución.

Es el combate natural del pudor con el deseo y del sosiego de su alma con la vehemencia de su amor.

La mujer ama y desea ser muy bien amada, pero aunque ligeramente duda de la sinceridad del amor que se le declara, no conoce las virtudes del hombre que la pretende y desconfía de sus proposiciones.

Necesita pruebas de fidelidad y de constancia para no arriesgarse, amargando la dulzura de sus ilusiones si consiente en un amor indiscreto.

Sencilla ó hipócritamente, según sean las máximas de la educación del hombre, se presta éste á toda prueba impuesta por su favorecida con tal de conseguir su amor, se resigna á sus condiciones, pierde su voluntad y queda esclavo del corazón de la mujer.

Convencida entonces aquella de su dominio, bien puede confundir la jactancia de nuestra enteresa, preguntando al hombre: ¿cuál de los dos es más débil?

## II.

La flaqueza moral es un defecto propio de nuestra naturaleza humana, sujetó lo mismo en el hombre que en la mujer á las condiciones del temperamento y de la educación.

A este defecto debemos el origen de muchos de los males que nos aquejan en la vida, y sin embargo, lo miramos con indiferencia y nos abstenemos de corregirlo.

Es más: no estamos conformes con nuestra debilidad propia, y todos nuestros pensamientos, todos nuestros afanes tienden á probar y corromper la fragilidad de la mujer.

Las causas que contribuyen á hacer más evidente este defecto en un individuo, consisten en la estimación

más ó menos moral que tenga de las pasiones del corazón y en la dirección que á ellas aplique.

Sabido es que toda pasión está sometida á nuestra voluntad, y que dirigida por la rectitud de nuestra conciencia, no puede perjudicar á la delicadeza y á la bondad de nuestros sentimientos.

Pero cuando la libertad de nuestro proceder abandona su freno á las inclinaciones malévolas del corazón, irremisiblemente se desvian éstas de la rectitud del deber y caen en los peligros de la corrupción.

El trato superficial y lisonjero conque los hombres distinguimos generalmente á la mujer, contribuye á la distracción conque ella atiende al estudio de su alma.

Poco acostumbrada á preocuparse en cuestiones de gravedad y de interés positivo, sin instrucción ni ilustración adecuada para demostrarnos el valor de sus facultades intelectuales, se vé obligada á ocupar su atención en los asuntos de orden secundario y mezquino de la vida, en los cuales tropieza siempre con materiales propios para descubrir su debilidad natural.

El amor es el asunto preferente de su constante meditación; pero á pesar de su importancia y de la influencia que ejerce en el porvenir de la mujer, nunca se ocupa de él en el modo que corresponde á sus trascendencias.

Los deseos de afianzar ese amor cuando encuentra reciprocidad y los temores de la inconsecuencia del hombre, conmueven su sensibilidad y la hacen más irreflexiva y condescendiente de lo que debiera ser.

El anhelo conque la mujer pretende agradar y complacer al hombre que la ama, aunque en sus condescendencias nada perjudique su honor, puede insensible é involuntariamente colocarla, sin más piedra de toque que la de su ternura, en una situación difícil para la integridad de sus virtudes más delicadas.

Y para conservar la verdadera dignidad del corazón,

hay necesidad de no alterar en nuestras acciones la buena armonía que nos aconsejan los deberes de la conciencia.

La poca importancia que la mujer concede á algunos de sus deberes propios, la hacen responsable exclusivamente de los defectos que en su alma imprime siempre el descuido.

Responsabilidad que nunca puede afectar al hombre directamente; más bien á la sociedad que mira con indiferencia las costumbres y los peligros de la mujer, y que permite continúe privada de instruccion suficiente para acreditar su educacion.

Por más que las facultades del alma sean iguales en el hombre que en la mujer, nunca pueden producir en ellos el mismo género de consecuencias.

El hombre lo ha hecho Dios depositario de la fuerza, del valor y de la energía; la mujer lo es de la sensibilidad, de la templanza y del amor.

Y aunque en ella nunca haya el mismo grado de nuestra energía, está obligada á tener igual dignidad, y ni aún para sus disculpas debemos permitirnos confundir su sensibilidad con la tibieza moral del corazon.

No se debe negar que la fuerza del espíritu estriba únicamente en la dignidad y en la delicadeza del individuo.

Cuando esa dignidad se estima en lo que vale, no podrán faltar las fuerzas al alma para defender su delicadeza y acreditar el valor de los sentimientos de nuestro propio honor.

Y esas fuerzas solamente se adquieren con el arraigo sólido de aquellas virtudes que enaltecen el alma.

Si esa dignidad se pierde ó si esa delicadeza se empaña, no será solo la debilidad natural la que influya en perjuicio de la mujer; será más bien la consecuencia de la degradacion á que ella misma se inclina y su veleidad la coloca.

Porque mientras sepa respetar su estimacion propia, la solidéz de su honra nunca puede dejar de ocupar el digno lugar que le corresponde al lado del hombre, al frente de la familia y en el seno de la sociedad.

### III.

La imparcialidad nos obliga á declarar que la mujer no es tan débil como suponemos, ni debe en muchos casos ser responsable de las consecuencias de este defecto.

La perfidia y malicia del hombre que la persigue, están en acecho continuo para corromper el corazon de la mujer, cualquiera sea el estado en que ella se considere respetada.

No es menester que sea libre su voluntad para que se intente atacar y abusar de sus flaquezas; basta que sea desgraciada para que se la considere propicia para la profanacion.

El juicio erróneo que tienen formado algunos hombres de los sentimientos del corazon y de la importancia de los deberes, les alienta en su audacia y se atribuyen la facultad libre de poder impunemente corromperlos.

Con esta confianza estienden impunemente las redes de la seduccion á cuantas mujeres tienen la mala suerte de ser designadas por sus groseros deseos.

Y sin atender á las edades, á los estados ni á las condiciones, y sin meditar tampoco en las consecuencias, pretenden el amor, más bien los placeres de la mujer, con la misma facilidad y despreocupacion conque olvidan despues los favores que de ella reciben.

No escasean alhagos, no omiten sacrificios, no escatiman promesas de fidelidad, de sigilo y de constancia para alcanzar de la mujer el consentimiento de su perdicion deshonrosa.

Pero no todas las mujeres son fáciles; y aunque las

manifestaciones de todo amor revuelven el fuego del corazón, entusiasman la fantasía y debilitan el raciocinio, un sentimiento de delicadeza y de dignidad que permanece escondido en el alma al amparo del pudor enerva las impresiones, escita la energía de su oposición é impide faltar á la santidad de los deberes.

La honra tiene que defenderse aún á costa de sacrificios; y la mujer no cuenta con más fuerzas que la de su criterio ni más escudo que el de su virtud.

No ignora que una vez perdida esta joya, los hombres no ven ya en ella el ídolo de sus ilusiones más placenteras, sinó la frágil criatura que dispensa imprudentemente sus favores; y el temor del desprecio la detiene en sus incertidumbres.

Quizás el amor llegue á fatigarla, sus ilusiones puede que la perturben, las insistencias del hombre la mortificarán y la obstinacion la rodeará de muchos peligros en una pasión ilícita; pero ella resistirá las luchas, se defenderá noblemente, y primero entregará su pecho destrozado en mil pedazos que manchará la pureza de su conciencia.

El honor está á cargo de su defensa y el deber es su firme apoyo.

Si los salva de la derrota á costa de los sacrificios de su corazón ó de los de su vida, y confunde al hombre con su constancia y con su entereza ¿cómo no conceder á la mujer la valentía del alma que caracteriza su noble dignidad?

Hay mujeres á quienes para sostener estas luchas del corazón les falta el principal estímulo, que es el de la virtud, y arrostran grandes peligros en las vacilaciones del deber y de la pasión; pero escudadas en la altivez de su natural dignidad se hacen fuertes, resisten heroicamente todas las estratagemas del combate y acaban por conseguir la victoria.

Cuando una mujer consiente abrasarse en un amor

ilícito, y las fiebres del deseo enferman su corazón, debilitan sus fuerzas y corrompen la delicadeza de los puros sentimientos de su amor ¿por qué en vez de compadecer su desgracia y librarla de mayores peligros, hemos de ensañarnos infamemente insultando su fragilidad?

¡Pobre mujer! Mientras un átomo de virtud ó de dignidad queda en su alma, nunca acepta el amor libre del hombre, ni se presta á satisfacer sus caprichos sinó despues de resistir fuertes luchas en su corazón.

Nunca le permite abusar de su pasión si ántes no le exige la prudencia y la reserva que requiere su grande sacrificio; nunca se entrega sin que en el pacto se estipule la perpétua fidelidad y la constancia.

Si los desengaños de sus facilidades inundan casi siempre de lágrimas los ojos de la mujer, y el abandono y el desprecio es la recompensa conque el hombre considera la abnegacion y el sacrificio de una alma apasionada ¿por qué no hemos de ver en nuestra veleidad defectos más criminales que los que la mujer se haya ocasionado con su ligereza y con su fragilidad?

A los hombres que con buena fé observamos las causas que contribuyen á hacer más deplorables las desgracias de la mujer, no se nos oculta que la malicia, la perversidad y el engaño de algunos hombres no descansan un momento en perseguir, atacar y acosar los flacos de su corazón para apoderarse de él, satisfacer sus groseras pasiones y abandonarlo al ludibrio de las gentes.

Cuando esos hombres publican sus triunfos, difamando á la mujer, debieran con imparcialidad descubrir los artificios y los engaños de que se han valido para doblegar la voluntad de la víctima, y en vez de achacar el exceso de sus faltas á la fragilidad femenil, revelarían toda la dobléz punible de que es capáz su alma corrompida.

## IV.

Suponen algunas mujeres, y siento haberlo leído en una ilustre autora española, que el hombre tiene interés en que la compañera dé su vida conserve la ceguedad de su inteligencia y la debilidad del corazón, para no perder el predominio de su autoridad y poder más libremente explotarla.

Semejante error, que por proceder de la mujer y o culpo, sólo se desprende de la rivalidad del sexo y de aquellas doctrinas apasionadas, que deprimiendo el criterio del hombre, demuestran desconocer su condición elevada.

Imposible es que ningún hombre á ciencia cierta comprometa el porvenir de su vida, la paz de su alma y la estimación de su honra en manos de una mujer que carezca de los sentimientos naturales y necesarios para su custodia.

Los casos que la sociedad nos presenta y que tan funestas consecuencias reportan al hombre, son errores que se adquieren después por falta de reflexión y cordura en el dominio que el amor ejerce sobre el corazón.

El hombre tiene el deber de amar su dignidad tanto como su existencia; y al escoger á una mujer para su felicidad, la desea y la mira tan digna como él se cree.

La hace depositaria por todos los días de su vida de un apellido sin mancha y siempre respetable, la confía su honra en que estriba su mayor dignidad y la encarga de la educación de sus hijos, que ha de ser la base de su felicidad ó de su desgracia futura.

¿Puede ser conveniente para el hombre que conoce los deberes que constituyen la buena educación de su familia, adquirir una mujer privada de la delicadeza del raciocinio y de la estimación de su dignidad propia, para poner al arbitrio de sus frivolidades la tranquilidad de su alma y la dicha de su vida?

Constantemente demuestra el hombre en las desgracias que afectan á su honra, que el sentimiento que más le hiere es ser sorprendido y engañado por la infidelidad de una mujer á quien consideraba igual á él en sus fuerzas morales.

La dignidad, pues, de la mujer, es para el hombre tan interesante como la suya propia; y al no saber ella respetarla y vencer todas sus contrariedades sin más sacrificio que el cumplimiento de sus deberes, no sólo corrompe su virtud, sinó que lastimando la reputacion del hombre arroja con sus debilidades una mancha sobre la sociedad que la consideraba con distincion.

## CAPÍTULO XVII.

### LA HERMOSURA.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

M. J. Quintana.

#### I.

¿Qué mujer hay que no se crea hermosa? ¿que no pretenda serlo?

Dirijamos á ellas estas interrogaciones, y no encontraremos una sola que tenga franqueza suficiente para confirmarnos la razon que así nos hace dudar.

Si en el secreto del tocador sorprendemos á las mujeres ante sus espejos, descubriremos que todos sus estudios, todos sus cuidados y todas sus composiciones no tienen otro objeto que el de perfeccionar y aumentar sus atractivos para realzarlos á la vista de los hombres cuanto les sea posible.

Allí se prepara la compresion más correcta de sus formas, la espresion más interesante de sus facciones, el aire más distinguido de su talle y todos cuantos requisitos constituyen en público la elegancia de su cuerpo.

Si la naturaleza no ayuda á espresar en la mujer sus perfecciones físicas, la industria y la moda se encargan

de hacerlo en todos los términos imaginables para su gusto, facilitándole los cosméticos, las velutinas y las cremas que tantos defectos y tantas imperfecciones cubren á nuestra vista; pero que mayor pequeñez de espíritu acreditan en sus consumidores y revelan á la vez á nuestra consideracion.

La mujer, pues, tiene la facilidad de ostentar dos hermosuras; natural la una, que debemos admirar como un precioso don del cielo si nos patentiza las perfecciones de su corazon; artificial la otra, que puede llegar á ser repugnante cuando debe sus aparentes cualidades al uso constante del blanquete y del cinabrio.

Es natural que la mujer procure conservar su belleza física, porque es uno de los elementos principales conque cuenta para inspirar el amor en el pecho del hombre; pero su atencion y preferencia nunca debe exceder de los límites de la buena higiene que es compatible con el cuidado de su pulcritud.

Si por fortuna la preferencia de esa atencion llega á dominar á la mujer en condiciones extraordinarias, nos prueba desde luego en su gusto poco delicado, que carece de otros méritos mayores para captarse nuestra admiracion y nuestras simpatías y que no conoce el valor real de las bellezas admirables del alma.

Poco ó nada preocupan á la mujer discreta las propiedades de su hermosura, como nos lo demuestra evidentemente con la prudente y modesta indiferencia que concede al valor efímero de todas aquellas cosas y cualidades sujetas á las alteraciones del tiempo y á las corruptibilidades de la vida.

La mujer frívola, por el contrario, encuentra grande importancia en los perfiles, color y tersura de su cuerpo y enamorada de sí misma, cual el Narciso de la fábula, debe casi siempre su perdicion á la belleza de sus formas.

Egoísta y pretenciosa al considerarse distinguida por

la naturaleza se hincha de humos vanidosos, y turbada por los inciensos de la adulacion y de la lisonja, vive envuelta en una atmósfera de ilusiones peligrosas, dedicándose casi exclusivamente al recuento de sus triunfos.

El entusiasmo conque escucha los requiebros de la sensualidad, altera la paz de sus pasiones, revela la debilidad de su alma enfermiza por la miserable nutricion de sus virtudes y la alienta á considerar preferentes los estudios de su persona.

Las satisfacciones del amor que inspira siguen las mismas huellas ficticias de sus encantos, debilitándose al asomo de las primeras arrugas ó imperfecciones que marchitan su semblante.

Los desengaños que sufre la mujer cuando cifra la base de su felicidad en la belleza de su cuerpo, y esta se disipa inesperadamente, la dejan antes de su vejez abandonada á la triste soledad de sus esperanzas desvanecidas, que aumentan los pesares de su vida.

Y la viva admiracion que producen sus arrebatadores atractivos, termina casi siempre con el insulto del desprecio por la ingratitud general de los fervientes admiradores que más la han distinguido.

Sensible es el espectáculo de indiferencia ó de abandono que frecuentemente nos ofrecen algunas mujeres que solo han brillado en el mundo por los méritos de su hermosura; pero la esperiencia, á pesar de la severidad de sus lecciones, nunca acaba por hacer comprender á la mujer que la base de su amor y de las dichas que jamás deben abandonarla, consiste en las virtudes del alma y en sus influencias respectivas.

## II.

Imposible nos es descubrir las condiciones físicas y morales de la belleza aplicada á la mujer con la precision y exactitud de la estética, porque su hermosura no solo

está sujeta á los juicios normales de la ciencia, sinó más bien á las impresiones de la sensibilidad de nuestro corazon, apasionado siempre por la mujer.

Muchos y variables son los requisitos que han de concurrir en ella para ser hermosa cual los críticos comprenden esta perfeccion de la creacion; y sin embargo, á pesar de estar privadas algunas que por tales pasan de muchas de sus exactas condiciones, sorprenden al hombre y cautivan su atencion no por el valor de sus méritos naturales, sinó por la influencia de gracias inesplicables que se desprenden de su cuerpo y saben conciliar para interesar las simpatías de nuestro corazon.

Por esto hay mujeres que sin ser hermosas saben serlo, pudiendo dar cierta expresion á su sér que fascina nuestros sentidos y encanta nuestros sentimientos.

Las gracias corporales de la mujer, así como su hermosura en su apreciacion intrínseca, poca importancia deben merecer á nuestro estudio por lo pasajeras que son sus impresiones á pesar de los efectos sorprendentes que ejercen en nuestra fantasía.

El hombre vé á una mujer hermosa, y sin llegar aún á interesar los sentimientos tiernos de su corazon, se sorprende, se conmueve y le gusta; la admiran sus ojos, la desean sus sentidos y la contempla perfecta en los desvarios de su imaginacion, produciendo una revolucion completa en su sér que por su vehemencia confunde con el amor.

Será á veces esta sensacion amor tambien y muy ardiente; pero amor sensual adquirido repentinamente por las conmociones de la impresion inesperada, violenta y fascinadora que produce siempre la presencia de una mujer hermosa.

Amor que está espuesto á estinguirse tan pronto como la reflexion descubra en ella la más ligera imperfeccion, ó cuando el alma desea más expresion y más vida

que la de los encantos exteriores para enardecer sus sentimientos.

Muy pocas veces inspira la hermosura el amor puro y sublime que necesita el alma para su felicidad y entusiasmo estático, ni nunca queda satisfecha con este solo atractivo, si las dulzuras del sentimiento no saben darle la espresion encantadora que absorve las simpatías de nuestra contemplacion.

El amor del hombre, cuando sabe estimar su delicadeza y desea armonizarla con la satisfaccion de sus aspiraciones, busca la hermosura misteriosa del corazon en la mujer mejor que las exterioridades que ostenta su naturaleza, y goza y se recrea en sus cualidades morales más aún que en las atracciones físicas.

El amor sensual necesita de los estímulos del colorido, de la perfecta correccion de los perfiles y de la chispeante espresion de la vivacidad para alentar sus manifestaciones apasionadas; y cuando esta atraccion falta, el amor se debilita ó estingue.

El amor puro, por el contrario, cuando en el alma nace, lo que menos aprecia es la belleza física de la mujer, porque su aficion por sí sola encuentra tanta hermosura en las ilusiones que enjendra, que puede y cuida de embellecerlas á todas.

No busca ese amor la hermosura de los ojos que que man el alma, sinó la modestia que atrae la bondad de los sentimientos castos.

No prefiere la tersura ni la nitidéz de la materia, sinó la sensibilidad del espíritu que conserva siempre temeroso el pudor en el corazon.

No atiende á la perfeccion corpórea de las formas, porque la percibe mejor en su estado más sublime y completo en el fondo del alma.

Las gracias de la virtud que tanto embellecen á la mujer, es en lo que más se recrea el amor sincero, porque

influyen constantemente en la ternura y en la bondad de las pasiones.

Sus atractivos no impresionan y cautivan tan repentinamente como cuando se sufren los estímulos de una belleza deslumbradora; pero con recato y con prudencia descubre y manifiesta todos los méritos que oculta á la profanacion de cualquiera otro amor.

En la virtud, pues, estriba la hermosura más esencial y perfecta de la mujer, y sus gracias la embellecen con sencillez más que todos los encantos con que sea favorecida por la naturaleza.

Si la mujer comprendiera el valor exíguo que en sí tiene su belleza natural y lo espuesta que está á perderla, aún en la primavera de su vida, al soplo de una impresion enfermiza ó á impulso de los propios pesares del alma, no se preciaría tanto de los cuidados de su realce.

Si pudiera observar en el hombre sensato que, cuando descubre tras la hermosura del semblante la fealdad de un corazon egoista y soberbio, desconfia de la mujer, le teme y se abstiene muchas veces de declararle su amor para no sacrificar su felicidad en los altares de una deidad ficticia, procuraría que su hermosura propia revelara las mayores bellezas que enaltecen el corazon.

Pero desgraciadamente sus dotes físicas las considera como un privilegio donado por Dios para agradar más á los hombres, avivando el fuego de sus pasiones; y las galanterías conque algunos necios las distinguen, inflaman su vanidad y perturban sus sentimientos más delicados.

La hermosura de la mujer, como toda obra divina, tiende en la vida á un objeto determinado que es el de servir para el bien imperecedero del hombre; y cuando el fin se altera, únicamente puede producir males lamentables y servir para fomentar las desgracias de su vida.

## III.

Una frase vulgar nos dice que *el semblante es el fiel espejo del alma*.

De ser exacto en absoluto este pensamiento las mujeres bellas debieran poseer almas privilegiadas en hermosura.

Afortunadamente no es así siempre; porque si lo fuera serviría esta preferencia de condenación y de desesperación para las mujeres feas.

La hermosura del cuerpo la dá Dios en armonía con la naturaleza que le presta sus cualidades materiales, muchas veces tan ficticias y percederas como la vida de algunas sencillas flores.

La hermosura del alma manifiesta el esmero y la perfección del Sér creador que la hizo eterna.

La hermosura del cuerpo, como toda obra de la naturaleza, resulta variable, imperfecta é injusta, porque solamente favorece á algunos séres; mientras la del alma, que no conoce las distinciones, si se altera ó se corrompe el raciocinio y la voluntad son los responsables.

La belleza natural de la mujer, de por sí sola, no tiene más mérito que el de una bella efigie, si otras circunstancias físicas y morales no realzan sus cualidades.

Necesita de la espresion, de la viveza, de las gracias y de la discreta movilidad que descubre de una manera simpática la delicadeza del corazón.

Requiere la amabilidad, la prudencia, la modestia y el candor que realzan las gracias de aquellos encantos.

Sin la relacion mútua de unas propiedades con otras, la belleza de la mujer resulta insulsa y fria para los sentimientos tiernos del corazón y para el entusiasmo de la fantasía.

Pocas son en nuestro país las mujeres favorecidas por una belleza incomparable; muchas de las que parecen

serlo, deben el realce de sus encantos á las gracias especiales de su vivacidad y de su ingeniosa ó natural expresion.

La hermosura de la mujer ejerce ordinariamente una gran influencia en las pasiones del hombre, y sus contradicciones pueden afectarnos muy notablemente si con nuestras propias discreciones no limitamos los ímpetus de la fascinacion.

Una mujer hermosa inspira esas pasiones con más impremeditacion y vehemencia que otra que no lo sea; una mujer graciosa recurre á sus estudios para hacerlas más intensas, más interesantes y más duraderas.

De aquí la estimacion preferente que algunos hombres hacen de las gracias de la mujer sobre los encantos de su belleza natural.

La hermosura natural pocos ó ningun adorno necesita para hacer resaltar sus méritos; sin embargo, la mujer aficionada á corregir la influencia de sus encantos los acepta con predileccion, y si los adoptara siempre con la prudencia y la sencillez que requieren todas las cosas naturales, completarían sus lindos atractivos.

Muchas veces exagerando los adornos superficiales se disminuye la influencia de la atraccion conque pretenden entusiasmar al hombre, y los efectos resultan contraproducentes.

Los mejores adornos que á la mujer conviene agregar para realzar la belleza y sus gracias inherentes, son la bondad y la dulzura de su carácter que deben reflejarse en todo su exterior.

Cuando una mujer, para conservar su belleza ó manifestar que no carece de ella, acude á las embadurnaciones de la química, no medita bien lo que hace, no prevee las consecuencias que sus abusos puedan reportarle, ni aún el juicio que merece á los hombres de recto criterio.

Sin discrecion se presenta ante los hombres ufana de

sus disposiciones artísticas, suponiendo ridículamente que sus faltas pasan desapercibidas, y confiada en que sus reparos son tales que nadie podrá adivinar los suplementos.

El más prudente juicio que puede formar el hombre, es que en aquella mujer se resiente ya la solidéz de la vida, y la compara á los muebles deteriorados que para encontrar comprador y no precipitar la destruccion necesitan repararse y pulirse con frecuencia.

El engaño no trasciende de la quimérica imaginacion de la mujer que lleva su afán para cautivar al hombre á tan ridículo estremo.

Me permito anotar una duda que quizás parezca indiscreta á mis lectoras: ¿hay mujeres feas?

El capricho descontentadizo de algunos hombres dice que sí.

La consideracion galante que toda mujer merece, obliga á dudar de esta afirmacion; añadiendo, para aclarar mejor el concepto, que si su hermosura física se sujeta al análisis regulador y severo de la estética, no hay duda que muchas de ellas carecen de propiedades para escapar exentas de la desaprobacion de la ciencia y de los caprichos del hombre.

Pero si el juicio se sujeta á las críticas del amor, que nacen de los sentimientos del alma y aún de los mismos gustos especiales, no tenemos derecho á dudar de la belleza ideal de ninguna mujer, porque todas saben presentarse encantadoras ante el corazon que las contempla verdaderamente enamorado.

#### IV.

¿Para qué sirve la hermosura á las mujeres que carecen de discrecion ó de virtud?

Para su mayor desgracia y para la perdicion del hombre.

Aunque nunca la mujer sea arrastrada á los destinos de la degradacion en que los desvarios colocan su dignidad propia, cuando su belleza superficial no enlaza con las dulzuras del corazon, su felicidad corre grandes compromisos y arrastra al hombre en los infortunios de su vida.

Lisonjeada desde la cuna por la vanidad prematura de una madre, que ciega con la belleza de su hija no cesa de admirar y ponderar ante ella sus encantos cual méritos extraordinarios, entra en la vida de mujer engreida con la estimacion de su cuerpo y pretenciosa de su valimiento, esperando verse desde luego preferida por los hombres y envidiada por sus amigas.

Dedicada á la conservacion de su hermosura y á observar la admiracion que produce con su arrogancia y presencia, nunca tiene la imaginación libre ni capaz para ocuparse de otros estudios más interesantes que los propios á sus encantos.

Sujeta su atencion á las frivolidades de sus admiradores, que cunden y pululan siempre á su alrededor perturbando su razon con adulaciones atrevidas, no llega á fijarse en las purezas del amor sincero.

Hinchada por la vanidad y por el orgullo, sólo distingue el amor en la audacia del libertino que destruye su pudor ó en las galanterías del hombre frívolo que lisonjea sus atractivos.

Predispuesta por los privilegios que estas gentes le conceden á despreciar á los hombres más prudentes, no investiga ni cree en los méritos conque algunos más sensatos pudieran hacerla virtuosa y feliz, y obcecada muchas veces en el valor de sus seducciones se constituye en esclava de un amor sensual é inconveniente.

Conocedora en otras ocasiones del dominio que puede ejercer en el amor del hombre, modela su voluntad á los caprichos de su arrogancia aunque le resulten perjudi-

ciales, y nunca atiende á las consideraciones sensatas del raciocinio.

Dominadora por su vanidad, por su egoísmo y por su orgullo, recurrirá á su altivez para proporcionar imponente magestad á su belleza y adquirir siempre el triunfo de sus deseos.

¡Desgraciada la mujer que estriba su dicha y su amor en las perfecciones de su cuerpo olvidando y no corrigiendo los defectos de su corazón!

Mucho más desgraciada si la seducción consigue aprovecharse de su presunción fantástica, profana su virtud con las libertades de un amor sensual y la destina á la vida de los estravíos.

Las mujeres hermosas, por una fatal coincidencia, parecen destinadas á sufrir la persecución constante de los seductores y de los libertinos y á soportar la pesadéz y las majaderías de sus nécios adoradores.

Si nó prueban en todo caso su discreción y si nó se defienden con la dignidad de sus virtudes, nunca conseguirán estar libres de la malicia de ciertos hombres que las consideran preferentes y las elijen para sus caprichosas pasiones desordenadas.

Y cuando estas se satisfacen libremente sin más estímulo que el deseo devorador de su hermosura, no es menester que el hombre contribuya á aumentar sus desgracias con el desprecio y con el abandono que se sigue al cansancio y fastidio; el tiempo se encarga de destruir los encantos de su belleza para hacerla entrar en una nueva era de desengaños y de pesares.

Con la primera alteración que sufra la mujer en su semblante, empezará el desencanto de sus propias ilusiones y verá extinguirse un amor que confió poder inspirar siempre con sus hechizos.

Cada pliegue de su cara, cada cana de su cabello se convertirán en pesares inesperados que le han de arran-

car lágrimas con cuya amargura ella misma ha de confundir su perseverante vanidad y su gloria efímera.

## V.

Aunque para disculpar nuestras flaquezas propias concedamos que la mujer sea generalmente la causa de la perdición del hombre, no siempre puede ser ella responsable de muchos de sus efectos.

La hermosura de la mujer, una de las causas principales que contribuyen á estraviar nuestra razon y nuestra conciencia, no podrá adquirir la responsabilidad de las consecuencias de nuestros desvaríos mientras ella misma no preste pábulo para la alucinacion.

Los encantos de la belleza sorprenden y producen la admiracion natural solamente; pero la expresion y el uso de sus gracias, si toma una parte activa en fomentar el entusiasmo con sus fascinadoras influencias, pueden resultar funestos para nuestras pasiones siempre que escedan de los límites de la reflexion.

Con la prudencia, la mujer hermosa tiene medios para esquivar sus peligros; y aunque el hombre no pueda ser indiferente á sus encantos, nunca se atreverá á comprometer su reputacion escediéndose de los límites del respeto, si ella no se presta con sus frivolidades y caprichosas fluctuaciones.

Si sabe inspirar el amor tranquilo del corazon virtuoso, su perfeccion física será un atractivo más para énaltecer la dulzura de sus sentimientos.

Pero si la belleza sirve á la mujer para coquetear con el hombre, no hay que esperar de su influencia funesta otro resultado que el de su desgracia ó el de su corrupcion.

Ávida de emociones aduladoras, nos obligará á inflamar nuestras pasiones con la escitacion propia del entu-

siasmo que arrebatada y aviva los deseos de nuestro sér, para corresponder con indiferencia ó frialdad á nuestra ceguera.

Aletargados por su fascinacion, únicamente podremos contemplar sus encantos exteriores; confusa nuestra razon, no podrá profundizar los misterios que son de esperar de los placeres del alma.

Y si con los lazos sagrados del amor se une el hombre á una hermosa mujer indiscreta, nunca podrá encontrar en ella la calma que se necesita para ser feliz; porque la satisfaccion real de los placeres no consolida las ternuras del corazon.

Agotado el incienso de la pasion impremeditada y vehemente, desvanecidas las más fuertes ilusiones, el hombre escaseará sus finezas y la mujer buscará en el trato y en las impresiones nuevas de otros hombres la frecuente admiracion que necesita su hermosura vanidosa.

¡Desgraciado el hombre á quien únicamente cautiva la belleza física y las gracias del cuerpo de una mujer privada de discrecion y de virtud!

Contínuamente vivirá espuesto á los desengaños que la ingratitud produce, cuando la mujer no sabe defender su honra y conservar sobre todas las cosas la belleza de su estimacion propia.

¡Infeliz de ella si se separa de los deberes contraidos y busca libertad para ostentar sus hechizos en otros corazones!

Los pesares del alma podrán hacer sufrir mucho al hombre en sus desencantos; pero ¡cuántas lágrimas ha de derramar la mujer con los desprecios inesperados de sus corruptores y con los perpétuos remordimientos de su conciencia!



## CAPÍTULO XVIII.

### LA COQUETERÍA.

Es la coqueta, mujer  
que pasa alegre su vida  
procurando ser querida  
y no pensando en querer.

Tomás de Iriarte.

#### I.

Un sentimiento natural es en la mujer el deseo de agradar al hombre para manifestarle las bondades y preferencias de su amor.

Conveniente le es ser amable y cortés con todo el mundo para acreditar la dulzura de los sentimientos de su corazón.

Pero ese deseo, esa amabilidad y esa cortesanía, nacen de los propios sentimientos del alma que aspira á la perfeccion de su carácter y á granjearse la estimacion de la sociedad.

Si tales inclinaciones no llegan á ser virtud, revelan desde luego cualidades hermosísimas que patentizan la delicadeza de su educacion y merecen el aplauso y la distincion de todas las gentes.

Su galantería, que con frecuencia se confunde de un modo inconveniente con la coquetería, es un recurso

que la mujer de talento y de corazon pone en juego, artificiosa y dignamente, para no perder la constancia del hombre á quien ama, ni contribuir con su indiferencia á que sus infidelidades marchiten sus ilusiones y comprometan la felicidad adquirida.

En contraposicion á estas condiciones adolecen algunas mujeres de un defecto censurable, grave y perjudicial para ellas mismas, que se deriva de la vanidad con que consideran sus perfecciones físicas, del interés que pretenden inculcar en todos los hombres, de la envidia que les produce la amabilidad de otras mujeres y de la insuficiencia conque estiman las tiernas pasiones del corazon.

Defecto que nace en toda mujer, crece en su niñez con la aficion á los adornos de su cuerpo, se desarrolla imperceptiblemente en la juventud con el estudio de sus modales y con la afectacion de sus gracias y de su juvenil ligereza, y jamás la desampara como si fuera propiedad indispensable á la complexion de su sér.

Defecto, que, no corregido con oportunidad por la modestia y la prudencia de una sencilla pero esmerada educacion virtuosa, se convierte en vicio repugnante y detestable cuando se abandona llegando á corromper la inocencia del alma, profanando los deberes de su propia estimacion y ridiculizándose hasta el punto de no inspirar el respeto á que la mujer tiene derecho por su elevada condicion.

No puedo conceder á la coquetería de la mujer, que es la falta que me ocupa, el concepto de virtud que algunos pensadores distinguen en su influencia considerándola útil para las leyes de la honestidad, toda vez que sus esfuerzos tienden á fomentar las pasiones apelando á todo artificio, aún á los más viles, para inspirar en los hombres un amor que nunca siente la mujer coqueta.

Si estas inclinaciones de la mujer nacieran de un sentimiento de amor, más ó ménos intenso, ó de las confianzas

que nuestra infidelidad y nuestra inconstancia imprimieran en su corazón, sus artificios serían disculpables y resultarían dignos é inocentes para cautivar nuestro afecto.

Pero la culpabilidad de la mujer es imperdonable cuando tan ligera é inconscientemente se apodera del corazón de los hombres, inflama sus apasionados sentimientos, entusiasma sus deseos, consiente en prodigarles esperanzas y aún favores para avasallarles á sus pretensiones caprichosas, y una vez conseguido su objeto mirar con indiferencia su estado, despreciar sus sacrificios y burlarse de sus desgracias.

Culpable y muy culpable es la mujer coqueta que sin criterio sano en su inteligencia, sin sentimientos en su corazón y sin respetar su dignidad propia, elije para juego perpétuo de su juventud las flaquezas de los hombres que la cortejan y la sinceridad y la ternura de sus nobles pasiones.

Nunca pretenda defenderla el hombre á quien ella prefiera hoy con sus atenciones, porque los mismos engaños que él cree merecidos por otros incautos de menos experiencia y conocimientos que los suyos, los ha de experimentar otro día y han de irritar sus tranquilas confianzas, mientras la mujer con fría indiferencia buscará nuevos encantos que satisfagan las locuras de su pasión aventurera.

Siente la mujer coqueta en su corazón un deseo ardiente de presentarse ante los hombres como la más hermosa, la más elegante, la más distinguida entre todas las amigas de su sociedad, y quiere ser siempre preferida para reunir á su alrededor buen número de adoradores que con la fragancia de sus lisonjas la envuelvan en una aureola de general admiración.

Necesita fascinar á muchos hombres á la vez para conmover las fibras de sus afectos y rendir su amor con esperanzas halagüenas que entusiasman y nunca satis-

face, pero que le sirven á ella para tenerlos sujetos á los caprichos de su voluntad, cual si fueran servidores mercenarios.

Solo se ocupa en parecer amable sin poder sentir amor, en afectar sinceridad sin conocer más que la mentira y el engaño, en parecer sencilla y candorosa cuando únicamente se recrea con el enredo, la intriga y la perfidia.

Ambiciosa de merecer siempre favores nuevos, con sagacidad reviste de candidéz sus pretensiones para arrancar mejor las dádivas amorosas que constituyen su alegría y su felicidad, y nunca corresponde á ningun sacrificio sinó es con la mirada artificiosa ó con la sonrisa afectada, que sin espresar el agradecimiento descubre las reservas que guarda en su corazon.

Y cuando la satisfaccion de sus deseos tropieza con obstáculos que entristecen su alma, ninguna importancia debe darse á sus demostraciones, porque ni los suspiros que exhale ni las lágrimas que vierta dimanen del corazon.

Inmediatamente buscará nuevos consuelos para su alma que necesita de la vida alegre, olvidando en ella los sinsabores que le proporciona su inconstancia y sus caprichos.

Insensible á todo afecto sincero, únicamente siente y llora de veras cuando sus desengañados adoradores la abandonan publicando sus defectos, y otras mujeres de más intencion y de más arte vencen su astucia, la escarnecen y la desprecian; pero entonces el mal es ya irremediable por la brevedad de la vida.

## II.

Quizás desagrade á mis lectoras la poca indulgencia conque descubro los defectos femeniles y las calificaciones severas que me merecen algunas circunstancias excepcionales de su vida.

Pero no siendo mi objeto en esta obra adular la condicion de la mujer para granjearme sus simpatías, sino descubrir la repugnancia y la fealdad de sus defectos y de sus vicios, para que aborreciéndolos ellas mismas puedan precaver con oportunidad los males de su corazon, me es imposible prescindir de presentar las causas de sus desgracias bajo el aspecto lamentable que por su propia naturaleza tienen.

Si molestan mis estudios pueden mis censoras arrojar el libro al fuego, pero sin dudar de la sinceridad de mis intenciones dirigidas siempre á la felicidad de su vida.

No puedo explicarme cómo colocada constantemente la mujer en las situaciones críticas de su coquetería puede resistir y soportar todos los ataques, todas las lisonjas y todas las seducciones de los hombres sin caer en los lazos de la deshonra y del oprobio.

La virtud no la escuda, porque no es posible que sea estimada por la mujer que para sostener sus veleidades apela constantemente á la malicia y al engaño.

La virtud es sincera, noble y formal en todas sus manifestaciones; mientras la mujer coqueta vive alegre y bulliciosa entre la farsa, el enredo y la mentira.

Los sentimientos de su corazon no se conmueven ante la lealtad y promesas de constancia de los hombres de buena fé, ni ante las quejas y las lágrimas de sus impertinentes desahuciados.

Prefiere generalmente al hombre fátuo que alimenta su vanidad, que lisonjea sus caprichos, no se opone á sus rarezas y contribuye á sus alegrías con exageradas aduaciones.

Cual niña débil en toda edad, pero sin inocencia en el corazon, sólo atiende y se preocupa de los encantos y de las gracias de su cuerpo, relegando al olvido los deberes sagrados del alma.

Su continencia no puede ser aconsejada y defendida

por el deber y por el pudor; más bien lo será por la altivez de su orgullo y por el temor de encontrarse una sola vez vencida en el juego de sus pasiones.

Su naturaleza demuestra estar favorecida con una organizacion especial para disponer á su antojo de las fuertes sensaciones de sus nervios, de las lágrimas de sus ojos y de los trastornos de su naturaleza.

A todo sabe dar vida, á todo espresion, á todo inteligencia para conseguir sus fines entreteniendo sus pasiones con la variedad de los estímulos, y únicamente conserva frio é insensible el corazon.

Y sin embargo, esta mujer impasible parece que vive dichosa en el foco de sus pasiones escepcionales, y sale con frecuencia victoriosa en los diversos embates de su vida.

Imposible es comprender de dónde arrancan las fuerzas de su espíritu veleidoso para demostrar tanta sagacidad y tanta astucia como usa al realizar sus antojos.

Sin duda la privilegiada iniciativa de su raciocinio es la que dirige su voluntad y la que sostiene su corazon sin virtud y sus sentidos sin estímulo natural.

Pero esa misma manifestacion de su inteligencia, que no sé si puede calificarse de talento, es la causa de las desgracias de la mujer coqueta que obstinada en sostener siempre su sistema de vida, mira con indiferencia las ocasiones en que el hombre la ama de veras y pierde el porvenir de su felicidad.

No sé si el corazon de la mujer, gastado por la lisonja y corrompido por la adulacion, será posible que pueda algun dia sentir las ternuras del amor desprendiéndose de su vanidad y del orgullo de su independencia.

Si por casualidad esta circunstancia le ocurriera, creo que el hombre debería temer al amor de una coqueta más aún que á sus desprecios.

Poco cariño y ternura hay que esperar del corazon

exigente que siempre ha gozado en la humillacion del amor del hombre.

Indiferente y peligrosa habia de resultar la pasion de una mujer educada para la odiosidad y acostumbrada á finjir la sinceridad y la nobleza de los sentimientos del alma.

Más espuesta debe encontrarse á que un hombre de vida libre y de intencion malévola, la conduzca engañada á los abismos de la corrupcion, abuse de sus flaquezas, escarnezca la candidez de su confianza y cansado de sus placeres se burle de su desgracia abandonándola.

Si verdaderamente algun dia la mujer coqueta tiene la suerte de impresionar su alma con una pasion verdadera, debe acariciarla y redimir su pasado con las dulzuras de la gratitud y del reconocimiento; porque desde ese mismo instante empezará á comprender la ridiculéz de sus estravagancias, y quizás sin ella apercibirse dejar de ser coqueta, estimando las bondades y las alegrías de la virtud invariable.

### III.

No es la mujer esclusivamente la responsable de que su carácter la incline á las condiciones ridículas de la coquetería.

No es tampoco el hombre en general el culpable de que la mujer prefiera estas inclinaciones, las fomente y las considere necesarias para realzar sus méritos.

La culpabilidad más directa estriba en su educacion viciosa, planteada en la infancia por las madres desprecupadas y vanidosas, y desarrollada despues por la fatuidad é indiscrecion de algunos hombres que en la sociedad no tienen otro destino que el de adular, seducir y corromper á la mujer.

Ella misma no daría importancia preferente á sus

atractivos y á sus hechizos, si la ceguedad de sus madres no los realzaran y si la sensualidad de esos hombres no confirmaran sus apreciaciones.

Pero los oídos de la mujer bella ó graciosa no oyen en toda su vida más que alabanzas, lisonjas, ponderaciones y adulaciones que la perturban oscureciendo las luces de su criterio, y la colocan en el compromiso de ser amable y agradecida para aquellos que se ocupan de sus méritos.

No conoce la armonía y los límites que las satisfacciones propias han de tener con el agradecimiento y la amabilidad, y cuando menos acuerda el engreimiento la convierte en mujer coqueta.

Esos mismos hombres que siempre siguen á la mujer como los tiburones á las grandes naves, no sacian su sensual voracidad sinó consiguen alimentar sus pasiones con la vanidad de triunfos frecuentes.

Y dan con su libre conducta el ejemplo á la mujer para que por el mismo sistema corresponda á sus pasatiempos, variando con frecuencia las impresiones de su amor propio y de su vanidad.

Dicen ciertos hombres que conocen, distinguen y saben tratar á la mujer coqueta, preciándose de no ser cogidos en sus redes.

No les concedo tanto talento para luchar con la astucia y la sagacidad de la mujer que descubre, antes que el hombre espese su amor, el grado de sinceridad que hay en sus demostraciones y la intencion que alcanza su pretension.

Este instinto inclina á la mujer coqueta á elegir sus mejores admiradores entre los hombres más engreidos de su propia esperiencia, más confiados en las fuerzas de su ánimo y más satisfechos de sus conocimientos, con preferencia á los hombres de mérito y de virtud modesta.

Favorecidos primero con su amistad, distinguidos

despues por sus finezas, los destina á servidores obedientes para acabar por hacerlos víctimas de sus burlas y de sus diversiones.

Increible parece que esos mismos hombres que se distinguen por su altivez y orgullo, se presten á servir ante la sociedad, de juguete y de mofa á las mujeres coquetas.

Algunas hay entre ellas tan ladinas, que mientras reciben favores y dádivas de otros amores más reservados y misteriosos, aceptan y conservan los obsequios y la amistad imbécil de estos incautos, para acreditar la pureza de su honra á la faz de la sociedad.

Por muy sensible que sea ver á un hombre rebajando su dignidad hasta este estado, más desprecio que consideracion merecen sus torpezas y ridiculeces, por el envanecimiento conque hacen alarde ostentoso y se jactan de las conquistas de una mujer veleidosa.

Los efectos más sensibles de la coquetería son los que alcanzan al hombre que, de buena fé y sincero corazon, tiene la desgracia de fijar sus inclinaciones en una mujer caprichosa que escucha con benevolencia sus protestas de amor, sustenta en la esperanza sus deseos y le promete fidelidad y recompensa para despues burlarse de él, reemplazándolo con otros amantes quizás menos dignos y formales.

Menos mal si las consecuencias pueden dejar libre al hombre en su estado, porque si llega á unir su suerte á la de una mujer coqueta que la acepta para su especulacion propia, los males sucesivos no sólo son deplorables sinó irremediables casi siempre.

#### IV.

Cuando la coquetería llega á dominar á la mujer en la forma de vicio, es considerada por un autor como *el desconcierto vergonzoso del alma*.

Evidente es que los vicios no solo alimentan la malicia de nuestras pasiones, sinó que arraigados en el corazon se hacen incorregibles para siempre, á ménos que una gran fuerza de voluntad preste su ayuda eficaz á los buenos propósitos.

El placer conque la mujer disfruta de sus veleidades, la obligan á olvidar sus deberes más sagrados y á despreciar el fiel maridaje del hombre, confiada en que sus pasiones no han de necesitar calmarse y en que la libertad de sus goces no ha de tener fin en la vida.

Pero el tiempo, que de una manera tan rigorosa é implacable todo lo altera y todo lo destruye, se cuida de desengañar tambien á la mujer coqueta del valor que dá á sus antojos y á sus extravagancias; y al verse sola y abandonada no tiene más remedio, cumpliendo con la sentencia de Moliere, que *dedicarse á gazmoña*.

Si el arrepentimiento de sus fragilidades fuera sincero siempre merecería nuestro aplauso, y la caridad acojería benignamente las lágrimas de la mujer arrepentida que deplorando los errores y los desvaríos de su vida regeneran su condicion.

Lo sociedad tambien se apresuraría á admirar y respetar el perdon divino, devolviéndole la estimacion de sus méritos morales y la dignidad temporalmente perdida.

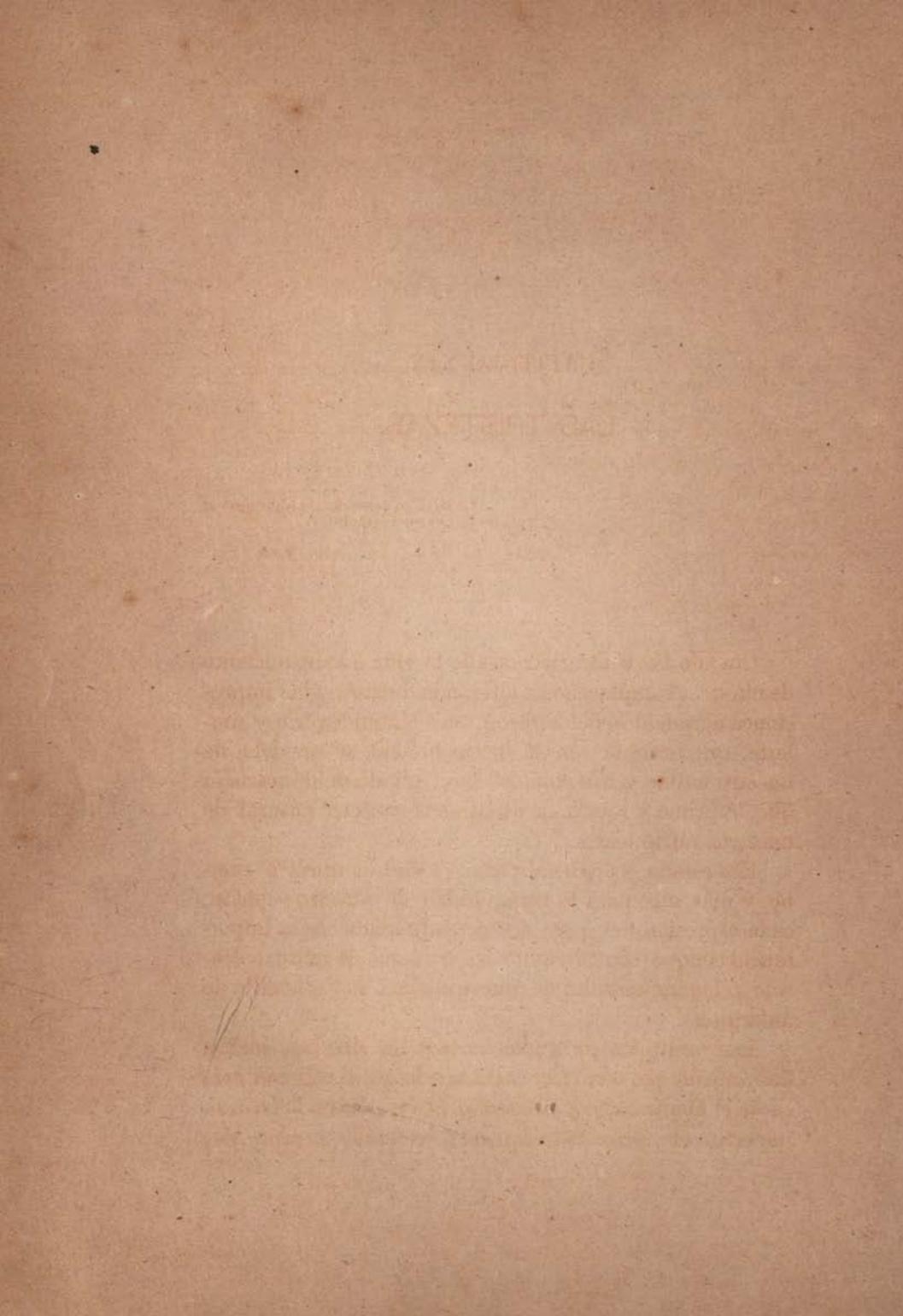
Pero por desgracia, la mujer coqueta cuando pasa toda su vida revuelta en el torbellino de sus conquistas y de las seducciones y al fin de sus dias apela á la devocion, no lo hace comunmente con la ingenuidad que conmueve la conmiseracion del cielo y los hombres respetan; y por no haber aprendido más que á finjir en el mundo, acaba su fin imitando con sus gazmoñerías las virtudes que no comprende ni aún siente en su alma.

La gazmoñería ya es conocida por mis lectoras bajo el aspecto repugnante de la hipocresía, y sus esteriorida-

des, aunque más refinadas, no dejan de acarrear los mismos efectos nocivos para la mujer, que acaba por engañarse á sí misma con las afectaciones ridículas de las prácticas que pretende ejercer, sin convencimiento de su utilidad, para su regeneracion sucesiva.

Acostumbrada en su juventud á finjirlo todo, á ocultar siempre las verdades de su corazon, á ridiculizar la sinceridad que observa en otras mujeres ¿qué puede esperar al fin de sus dias de las doctrinas que la han instruido y la han dirigido en sus falsas convicciones?

Sus prendas morales, abandonadas por la costumbre de sus antiguos engaños, no han de arraigar saludables raíces en su pecho impidiéndole coordinar el arrepentimiento con sus virtudes inherentes, y *el desconcierto vergonzoso* obligará á su alma á seguir confundida en otros vicios no menos perjudiciales y degradantes, pero agregados al pesar continuo de los desengaños que no puede ella misma evitarse.



## CAPÍTULO XIX.

### LAS TRISTEZAS.

La tristeza degrada al alma como el  
moho corroe los metales.

\*\*\*

#### I.

Cuando las contrariedades de la vida ó lo insuficiente de nuestras complacencias alteran la dulzura y las impresiones agradables del corazón, una languidez fría y molesta, que termina con la insensibilidad, se apodera de nuestro ánimo y nos conduce á un estado de decadencia que imprime y revela en nosotros el carácter natural de nuestros sufrimientos.

Ese estado perjudicial para la salud de nuestro cuerpo, y más aún para la tranquilidad de nuestro espíritu, es la expresión fiel, pero á veces infundada, de la importancia con que consideramos las crudezas de nuestro destino ó las inquietudes de nuestra alma en este valle de amarguras.

Las múltiples contradicciones y las diversas luchas del corazón que con frecuencia nos hacen sentir con más enojo el abatimiento y el fastidio, nos producen la tristeza impertinente, ó sea la melancolía, sostenida siempre por

las cavilosas del raciocinio que exajerando los males en nuestra fantasía nos espone á las vehementes exaltaciones del delirio.

No entra en el objeto de nuestro limitado estudio, ni mis facultades me permiten estenderme en las consideraciones á que se prestan varios fenómenos en que la tristeza ó la alegría de nuestro ánimo influyen de una manera más ó ménos directa en la salud de nuestro sér, porque estas demostraciones corresponden esclusivamente al vasto exámen de las ciencias médicas.

Dedicado á observar ligeramente las diversas causas que contribuyen á la felicidad ó á la desgracia de la mujer, y siendo las tristezas del ánimo la primera espresion de los pesares de la vida, me concreto á buscar la importancia moral que puedan tener los diversos sentimientos del dolor y los efectos que les son consiguientes.

La fisiología, para armonizar la influencia recíproca de los males del alma con los del cuerpo, disculpa muchas veces el origen de aquellos con la complexion débil del individuo; y reconociendo la verdad esencial de este principio, no niego yo la predisposicion que la naturaleza misma de la mujer pueda tener para sufrir con mayor abundancia de sensibilidad las aficciones del corazon.

La tristeza presenta tan diversos caractéres como la forma con que espresa las variaciones de sus resultados.

Conserva su primitivo nombre si solo influye en nuestra imaginacion y domina los pensamientos.

Si descendiendo desde la cabeza penetra en el corazon para aumentar las aficciones en su fondo, su pertináz influencia toma el nombre de melancolía.

Si la aficcion nos lleva al aborrecimiento y continuo fastidio de todo cuanto nos rodea, nueva alteracion de emociones y de ingratos influjos nos origina el hastío ó el tédio en que se apoyan las exaltaciones de la desesperacion.

Todo acto contrario á nuestra voluntad y á nuestra satisfaccion impresionada desagradablemente el ánimo, escita el raciocinio al disgusto y conmueve nuestros sentimientos, preparándonos á deplorar y á sufrir nuestra conformidad forzosa.

Los pesares del alma nunca nos dominarían con la crueldad conque se ceban, si la naturaleza no debilitara con ellos en primer término nuestras fuerzas contribuyendo á aumentar la gravedad de los males que nos aquejan.

Cuando las dolencias corporales hieren é interesan los sentimientos del corazón, las congojas de nuestro ánimo no duran más tiempo que el de los dolores del cuerpo.

Pero cuando esas aficciones nacen de los males secretos para la naturaleza, el sentimiento más reconcentrado en el fondo del alma, despliega toda la intensidad del dolor, y sin consentir más consuelos que los insuficientes de la resignacion ineludible, se inclina á la soledad y al silencio en busca de una tranquilidad que ni las esperanzas del tiempo le pueden dar en muchas ocasiones.

Consuelo grande es para algunos males del corazón el silencio y el retiro, cuando las fuerzas de nuestra voluntad son tales que pueden por sí solas arrancarnos oportunamente de la exageracion de nuestras abstracciones.

Más si el alma se obstina en encontrar placer en sus propios sufrimientos ó se abandona á las fuerzas exclusivas del dolor, la insensibilidad acaba por hacer permanentes é incurables sus angustias, despreciando todo cuidado que armonice con nuestras preocupaciones y no conserve la aspereza y la frialdad del corazón.

En este estado en que todo nos molesta, el alma agrava sus situaciones, se envenena lentamente con la meditacion de sus propias desgracias, y cuando la melancolía sale de su apático temperamento es para buscar en el tédio de la vida los delirios de la desesperacion.

## II.

Dignos son de respeto y de compasion muchos males inevitables del alma, cuando están destinados á realizar el cumplimiento invariable de la voluntad divina.

Pero hay otros que pudiéramos disminuir ó evitar nosotros mismos sin más que el apoyo del raciocinio y la fuerza de nuestra voluntad, que son los eficaces medios que la resignacion necesita para recibir y soportar los que dimanen de lo alto.

Si á investigar fuéramos todas las causas que motivan nuestras tristezas y todos los fenómenos que presentan los pesares del corazon, observaríamos tal divergencia en sus motivos como estraños son sus efectos.

En las clases trabajadoras y de modestas aspiraciones, es donde comunmente hay más felicidad real en la familia, porque á ella contribuyen todos los individuos con la alegría que produce la regularidad de sus trabajos y la de sus placeres.

Las clases elevadas y de posicion ociosa en que las pasiones tienen en el ánimo toda la libertad que desean, acaban por encontrar hastío en la abundancia de sus goces y en la misma felicidad ficticia de la vida.

Verdad es que la imaginacion de aquellos individuos, dedicada siempre al cumplimiento de sus deberes, está constantemente distraida con la diversidad de sus obligaciones que son desempeñadas y atendidas por ellos mismos; mientras las personas favorecidas por la fortuna, ó que no estiman la gratitud del trabajo ni la del estudio, dejan la inteligencia y el alma en un estado de vagancia propia para toda escentricidad ó idea vana.

Y cuando este estado se apodera de nuestro espíritu, si los gustos y necesidades no se satisfacen segun nuestros deseos, el abatimiento trae inevitablemente la pérdida de nuestras fuerzas morales y la tristeza que se apodera del corazon corroe los mejores sentimientos de nuestra vida.

Cuando la mujer, que generalmente vive con menos ocupaciones que el hombre, no tiene el estímulo de la instrucción para destruir los caprichos de su fantasía, está frecuentemente espuesta á buscar en las reminiscencias ó en las esperanzas de sus pasiones el bálsamo saludable de la tranquilidad para llevar la alegría á su alma.

Los medios á que apela le son muchas veces perjudiciales porque no siempre satisfacen bastante las esperanzas; ni todos los recuerdos contribuyen á la felicidad de nuestro corazón.

La falta de amor que desde edad temprana observa la mujer y necesita para llenar el vacío incomprendible de su alma, es una de las principales y más funestas causas que conmueven sus sentimientos y la colocan en una situación crítica que no todas las naturalezas pueden resistir; y al buscar en las distracciones inocentes de la vida el alivio de sus males, que nunca encuentra, sufre y enferma el corazón.

La enfermedad es peligrosa si con tiempo no se repara; empieza con la tristeza sensible é inesplicable del alma que desea lo que no puede conseguir, y cual las alteraciones primeras del pulso alteran el calor y la regularidad de la imaginación, así producen la violencia y las asperezas en su carácter para seguir alimentando con sus ansiedades la fiebre que devora sus deseos y que la hace adquirir esa tísis moral con que se califica la melancolía.

Los males del corazón, que en la mujer proceden de los vacíos del amor, son padecimientos no muy comunes que revelan el exceso de bondad y de dulzura de sus sentimientos interiores.

Puede que algunos de ellos se curáran si la mujer pudiera tener dignamente libertad para descubrir los secretos de sus pasiones, porque los males del amor únicamente la pasión misma del amor puede curarlos.

Pero desgraciadamente la condicion de la mujer es triste bajo todos los conceptos que se mire, y no cabe mayor desgracia para su alma que sentir una pasion noble, dulce y virtuosa y tener que contenerla ó ahogarla en el piélagos de su propia ternura.

Cuando el esceso de amor domina el corazon de la mujer y su correspondencia no deja satisfechas sus aspiraciones cual ella desea, un dulce pero vago sentimiento de languidez penetra en el alma y la atormenta con la incertidumbre de las esperanzas.

Cuanto más tardan estas en realizarse, más impacientan los deseos, más entristecen el espíritu y lastiman el corazon, ocupando la melancolía los vacíos que no sabe llenar el amor del hombre.

Los mayores sufrimientos de la vida los reserva el corazon de la mujer, como mujer tan solo, cuando amando de veras á un hombre en quien depositaba su sinceridad y sus esperanzas, llega un dia en que la falsía de su engaño le descubre con el abandono todo el veneno del menosprecio.

La mujer que ha amado de veras no puede aborrecer casi nunca á su amado; y por cruel que sea el desenlace de sus esperanzas, ella sufre por lo general las consecuencias exaltando sus delirios hasta aceptar como necesarios el suicidio ó la venganza, ó resignándose á morir aislada en los misterios de su melancolía y de su retiro.

Estos remedios extremos resultan siempre funestos para la mujer; prohibidos están por todas las leyes y por la conciencia; y aunque acuda á la soledad para lamentar en silencio los secretos de su corazon, nunca debe secarlo con los desengaños de la tierra, sinó buscar en sus propias emociones el valor y la resignacion conque se fortifican las sublimes esperanzas del cielo.

## III.

Las tristezas de la cabeza y las del corazón, cuando la mujer sabe perfectamente afectarlas, le sirven de recurso para influir mejor en el logro de sus deseos.

Nunca las falsifica la mujer sincera y de nobles sentimientos, que muchas veces posee hasta virtud para tener el corazón despedazado y presentarnos apacible alegría en su semblante, ocultándonos sus pesares.

Cuando la mujer discreta espresa su melancolía, es porque las agudezas del dolor no pueden soportarlas ni le permiten disimular más el secreto de sus angustias.

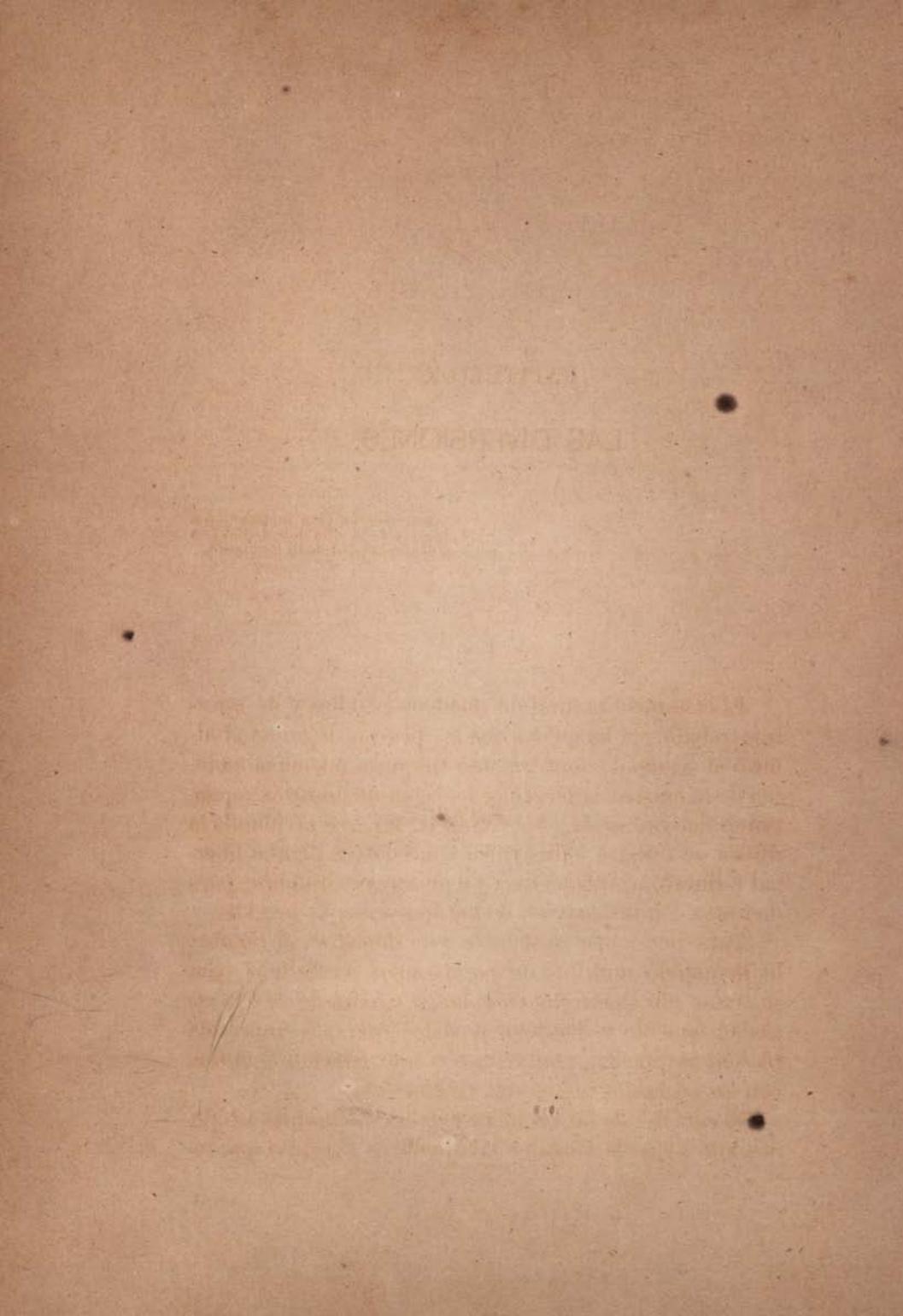
La prudencia y el temor de que sean poco respetadas ó de que puedan disminuir la importancia con que ella considera sus aficciones, la hacen reservada y la inclinan á la soledad.

En su aislamiento hojea con calma el libro de sus pesares y aquilata una por una todas las circunstancias de la aficción que la abrumba, para arrancar de su propio dolor las fuerzas de su resignación virtuosa.

En cambio la mujer frívola ó coqueta que pide el consuelo antes que las tristezas impriman ninguna huella en el alma, estudia y prepara la palidez de su cara, el abatimiento de sus fuerzas y la exajeración de su sentimiento para allanar las contrariedades que sus caprichos pueden encontrar en nuestra voluntad.

En los tiempos en que el romanticismo influía en las cualidades del amor, la melancolía afectada tenía sus partidarios, exigía sus méritos y se aceptaba como indispensable en estas escuelas de especial sentimentalismo.

Hoy el hombre con mejor criterio no respeta más tristezas en la mujer que las que nacen de sus sinceros sufrimientos, y cuando distingue las afectaciones de la melancolía en un semblante cómico, lo deja relegado á su propia ridiculéz por medio del desprecio.



## CAPÍTULO XX.

### LAS DIVERSIONES.

Es raro que una viva inclinación á los placeres de la vida deje de llevar á una mujer á la pérdida de su virtud.

\*\*\*

#### I.

El cansancio natural de nuestros estudios y de nuestros trabajos, la languidez que los pesares dejan en el alma ó el estado de aburrimiento en que la misma monotonía de la existencia nos coloca, exigen de nosotros expansiones determinadas y oportunas en las que olvidando la rigidez de nuestra indiferencia concedamos alguna libertad á nuestros sentimientos y á nuestras costumbres, para disfrutar con satisfaccion de los descansos de la vida.

Para hacer más agradable este descanso, el hombre ha inventado multitud de pasatiempos recreativos para su ánimo que desarrolla en el hogar y fuera de él, y la sociedad fomenta y distingue aquellos que más impresion placentera puedan producirnos y más relacion guardan con los adelantos de nuestra civilizacion.

• El carácter de las naciones y de las costumbres se oponen aun á que la moda no consienta en absoluto que to-

dos los pueblos tengan iguales gustos ni encuentren el mismo atractivo y entusiasmo en sus placeres y en sus diversiones, tanto privadas como públicas, por más que su influencia, casi siempre dominadora, se propone dirijirlas á generalizar en ellas sus extravagancias y sus caprichos.

Sin embargo todos ellos, cualesquiera sean sus condiciones y sus circunstancias, siempre se establecen con la intencion de recrear al hombre y de contribuir á su progreso y á su felicidad en la tierra.

No debemos distinguir en el estudio de las diversiones las que corresponden al hogar doméstico, donde la libertad y la confianza de sus individuos les conceden derechos privados para expandir el ánimo, porque el mismo carácter adquieren en público como privadamente cuando con ellas se afecta al esmero de la educacion.

El oropel y brillo social que con el nombre de buen tono imprime su índole especial de vanidad y de orgullo á las diversiones públicas, hacen que unas y otras reflejen sus defectos en el seno de las familias, corriendo muchas veces la esposicion de perder las virtudes más estimables.

Muchas diversiones, tanto públicas como privadas, se propone la sociedad hacerlas servir, no solo para el recreo del hombre si que también para la aplicacion de su higiene y de su ilustracion; y si sus condiciones se concretaran á cuidar de perfeccionar estas utilidades, no dejaríamos de reconocerlas como un medio fácil y agradable para propagar nuestra cultura y educacion.

Naturales son nuestras inclinaciones á los placeres de la vida, necesidad tienen de ellos nuestras pasiones, nuestros sentidos y nuestra inteligencia; pero así como los sentimientos del corazon requieren una direccion saludable y una oportuna restriccion moral, también los necesitan nuestros goces y diversiones á fin de que nunca redunden en perjuicio nuestro y contribuyan á nuestra degradacion.

Diversiones hay que no solo afectan á nuestros sentidos y á nuestra inteligencia, con cuyo solo criterio pudiéramos distinguir la bondad ó maldad de ellas, sinó que procurando adormecer el raciocinio graban sus impresiones de una manera imperceptible en el corazon, lastiman dolorosamente la ternura más delicada de nuestros dignos sentimientos y faltan al respeto que siempre debe inspirarnos la inocencia y el candor.

Y este género, adoptado por el naturalismo impuro, aunque se proponga plantearnos problemas comunes en la vida y descubrir misterios de torpes costumbres, ninguna solución conveniente y precisa dan á aquellos ni nada perdemos continuando con la ignorancia de sus excesos.

Lo que sí sucede es que cuando de una manera inesperada y, permítasenos la frase, brusca se nos revela uno de esos misterios ó se nos presenta violentamente uno de esos cuadros de la vida sin luz en la inteligencia ni preparativos en el alma, aunque la curiosidad nos distraiga y recree momentáneamente, el veneno de la malicia penetra y corrompe para siempre nuestro corazon.

Diversiones hay en que para obtener estos resultados perpétuamente deplorables, tiene la mujer que empezar por arriesgar su pudor y destruir sus más apreciables ignorancias á fin de nunca servir de materia á las estravagantes sátiras de algunos hombres que no la considerarían inocente, porque entonces quizás la respetaran, sinó que la calificarían de tonta y de ridícula.

Casi todas las diversiones que adquieren cierto carácter de publicidad, por inocentes que sean, alteran el móvil que debieran tener, y en vez de contribuir al recreo nuestro se preparan en forma que más bien sirven de pretexto para fomentar nuestras pasiones, descubrir á costa de sacrificios los grados de nuestra vanidad y de nuestro orgullo, y hacer ostentacion de nuestra fortuna las más de las veces ficticia y quizás inmoral.

No desconocemos que hay distracciones que por su índole natural nunca pierden la espontaneidad de la alegría y su inocencia, ni se desprenden de los fines útiles á nuestra higiene é instruccion; pero si nos fijamos un poco en el concepto que ellas revelan, resultan insulsas y producen el aburrimiento desde el instante en que se les priva del estímulo instigador para sus pasiones, y no se les permite destruir de alguna manera los caracteres de una sincera confianza y de una naturalidad espontánea.

La mujer encuentra en toda diversion un motivo para escitar su sensibilidad que sabemos es muy delicada; y predispuesta á imprimir en su corazon toda emocion fuerte ó agradable, muchas veces se aficiona á sus recreos, inconscientemente, sin meditar los efectos que en su educacion puedan producir.

La demostracion de estas observaciones bien puede deducirse de toda diversion, pues depende del espíritu que rije en sus objetos.

## II.

Aunque haya diferencia entre la definicion de las distracciones, las diversiones y los deleites, nos permitimos confundir bajo un solo nombre todas estas expansiones del ánimo por la semejanza que sus influencias producen en nuestra educacion.

Respetemos y admiremos los sencillos juegos de la infancia, en que la inocencia armoniza toda la bondad de las acciones y no es capáz el corazon de conocer todavía por qué la libertad del individuo debe tener límites y por qué hemos de sonrojarnos cuando despues se desea disfrutar de esa misma libertad.

En la edad en que el desarrollo de las pasiones conmueven nuestro corazon y nos produce esa inquietud incomprendible que entristece el alma, es cuando las dis-

tracciones de la vida se consideran más necesarias y las ilusiones que nos rodean nos inclinan á disfrutar mejor de sus atractivos.

Sin embargo, es la época más peligrosa para dejar en libertad todas las expansiones de nuestro ánimo.

La música, la lectura, las impresiones del campo y las de la misma sociedad, todo contribuye á despertar en nosotros aficiones escitantes al placer.

En todas desea tomar parte la mujer para satisfacer su sensibilidad y á veces más bien para saciar la curiosidad que sus novedades le inspiran; pero bien pronto otras ilusiones y otras aspiraciones cambian el atractivo de sus recreos y aunque en aquellas encuentre siempre deleite, su principal interés no estará ya en el mérito de sus impresiones sinó en el efecto que su hermosura y su elegancia produce, y en las conmociones amorosas y conquistas que intentará hacer su corazón.

La música que se considera como el lenguaje más expresivo de nuestros sentimientos y como el más dulce alivio de las penas amorosas del alma, no está al alcance de todas las instrucciones, y aunque generalmente agrada y conmueva no siempre las mujeres pueden conseguir con ella la calma y las satisfacciones de su espíritu.

La inocencia y la bondad de este placer no cabe discutirse y tan grato es al alma, que las fantasías de nuestra imaginacion lo hacen existir en el Edén eterno.

Cuando la lectura se escoge por la mujer para sus distracciones, debemos aplaudir y fomentar su inclinacion en que revela la ansiedad de su alma por ilustrar su inteligencia.

Base es la lectura de la instruccion y aún más de la ilustracion nuestra; pero no todas las mujeres están preparadas para la mayoría de sus géneros y para el análisis de todas las doctrinas, sin que se espongan á comprometer la rectitud de su criterio y aún de su virtud.

Enhorabuena que la mujer apele á la lectura para ensanchar su ilustracion; pero creo que debe prestar un gran esmero en las materias que elija á fin de que nunca de ellas deduzca la confusion del escepticismo, desvaneciendo la pulcritud de sus creencias y el consuelo de sus más firmes esperanzas.

Si los autores que se dedican á la publicacion de obras recreativas no olvidaran que el deber y el mérito de sus escritos sería mejor conocido y apreciado si se sujetaran á la instruccion del bien y á la esposicion de la moral, no atentarían tan impunemente contra la pureza de las costumbres sociales, como lo hacen, ni contribuirían á aumentar la ignorancia de la mujer.

Recuerdo haber leído en una obra de escritora española, que más daño producen en el corazon de algunas jóvenes impresionables la lectura de ciertas novelas absurdas que la galantería seductora de los hombres que las persiguen.

De nada servirá, pues, para los cuidados y los progresos de la educacion de la mujer que una madre vigile y defienda el pudor y la inocencia del alma de su hija, si despues la permite que se instruya por medio de ciertas lecturas en todos los misterios del estravio y del libertinaje.

Por mucha prudencia que el hombre tenga en su amor para no mancillar la estimacion propia de su compañera, nunca podrá vivir tranquilo en su fidelidad si ella ha aprendido en doctrinas corruptoras los reclamos halagadores de la seducccion, y si cree dignas de defensa la perfidia del adulterio y la libertad del amor en el divorcio.

Partidarios somos de la instruccion é ilustracion de la mujer; con gusto la veríamos que nos disputase las glorias del saber humano; pero ni aún para pasatiempo la aconsejaremos jamás que se instruya en aquello que pueda



corromper las bondades de su corazón destruyendo la estabilidad de su elevada condición.

En todo recreo, en todo espectáculo y en toda diversion no negamos que la influencia de su bondad ó de su malicia alcanza segun la manera cómo se reciben y aprecian sus impresiones.

Las más sencillas é inocentes pueden, por los defectos de nuestra educación, resultar peligrosas y perjudiciales á nuestra dignidad y á nuestros sentimientos.

Como tambien las virtudes mejor arraigadas pueden salir ilesas ante los espectáculos más degradantes de una orgía.

La prudencia y la modestia son las armas con que debe resguardar la mujer en toda diversion la pureza de sus intenciones y el inapreciable candor de su alma.

### III.

Demuestra generalmente la mujer una gran afición por las reuniones y tertulias, cuya predilección se la concede porque le sirve de aliciente para improvisar otro género de recreos que le facilitan ocasiones oportunas para coordinar las aspiraciones de su corazón.

No se satisfacen siempre con las amistades íntimas que con confianza puedan escitar la natural expansión y ternura de sus afecciones y contribuir al consuelo de sus sentimientos y al esparcimiento de sus fatigas.

Necesitan tambien de la concurrencia de otras mujeres que se presten á su estudio, y que las consideren y examinen á ellas, con quienes puedan competir en hermosura, en elegancia y en lujo, y desde luego de muchos hombres que las contemplen, las galanteen y las declaren dignas de la buena sociedad que frecuentan.

Cuando las tertulias no salen de la confianza de la amistad y de la modesta amabilidad de sus asistentes, el

interés que á nuestro estudio pueden prestar es escaso, por más que no deje de haber sus escepciones ridículas que inspiren grotescos argumentos para perfeccionar las soirées de Cachupin.

Pero cuando las reuniones salen de los límites de la confianza, el carácter que toman adquiere las condiciones de un espectáculo público, en el cual todos los hombres y todas las mujeres se constituyen en actores y se disputan el derecho de deslumbrar á los demás con sus papeles, que aceptan y representan como mejor cuadra á su condicion y á sus intenciones; y aunque su asistencia sea gratuita, hay necesidad de someterse á privaciones y de hacer sacrificios exigidos por las modas y por la vanidad.

La sencillez de la confianza resultaría para estos casos ridícula, y es menester apelar al brillo de la seda, al esplendor de las joyas y á la sorpresa de las invenciones más modernas con objeto de demostrar una importancia que casi nunca se tiene, de ostentar el buen gusto y la opulencia que, si no se disfrutan, al menos sostienen la débil pretension de figurarlas.

De necesidad es que las mujeres desempeñen los papeles más importantes de toda *soirée* ó recepcion, y de no ser así, este género de reuniones resultarían insulsas, frias y demasiado severas para el espíritu que las dirige.

El placer estriba las más de las veces, mejor que en la variedad del espectáculo, en el móvil que conduce allí á cada individuo y en las observaciones que los hombres y las mujeres adquieren de sus propios estudios.

Deben considerarse los salones de reunion como el vasto mar en que las pasiones navegan casi siempre sin rumbo fijo, con el timon de la caridad abandonado, y espuestas continuamente á naufragar todas las virtudes.

Así lo conoce la mujer discreta que ama sinceramente, y á pesar del bullicio y de los esplendores del festejo ais-

la su corazon de toda mirada seductora, cierra sus ojos y sus oidos á toda espresion que no nazca de su corazon eligido y solo se deleita en las ilusiones de su amor.

Vá allí llena de entusiasmo para aprovechar la ocasion de contemplar ó conferenciar con su amado y poder sostener más directamente la inteligencia de sus sentimientos.

Su único placer consiste en lo que de su amor dimana, y su vanidad en el deseo inocente de probarnos que se considera feliz.

Pero cuando una mujer tiene el corazon independiente, le interesa tomar parte en las reuniones para poder alimentar sus esperanzas y preparar sus ternuras para la primera impresion que consiga fijar en su alma.

Con su hermosura ó con su elegancia predispone en su favor las miradas de los hombres y se atrae su galantería; fascina con su modestia ó con la libertad de sus gracias; seduce con sus estudios y no es extraño acabe por cautivar á aquel que la preocupa.

La mujer coqueta considera su asistencia á todos los espectáculos como una necesidad indispensable para desplegar sus travesuras; y en las reuniones se distingue porque puede hacer comparar de cerca su elegancia con la de otras, acreditar su frivolidad sembrando la envidia en el corazon de sus rivales, publicar sus glorias y elegir mejor sus conquistas.

En cambio de todos estos ejemplares, producto del instinto de las pasiones amorosas ó de la vanidad, hay otras mujeres que por la adversidad de su suerte ó por haber pasado ya la época de sus ilusiones no tendría su presencia determinado objeto en estas sociedades, si por su carácter no se constituyeran en censoras de todos sus recuerdos y de todas las observaciones que su penetracion ó malicia alcanza.

La murmuracion y la crítica son los recursos á que



apelan algunas mujeres para que el aburrimiento y el fastidio no las hagan insoportables las reuniones, cuando la indiferencia de los hombres no las considera dignas de sus galanterías.

La indignacion que les produce su triste estado despierta en ellas el deseo de descubrir todas las faltas ó defectos que reconocen en sus semejantes, y se ceban en despedazar las reputaciones más acrisoladas al amparo, muchas veces, de una ligera sospecha ó de una calumnia.

La aficion á la música y al baile son los pretextos que oficialmente se alegan para abrir los salones de reunion; pero si despacio se considera, podemos asegurar que el amor y la galantería son los alicientes verdaderos que contribuyen á la animacion de estas sociedades.

La música y el baile, aunque conmuevan los sentimientos de nuestros corazones y recreen nuestros sentidos, no interesan tanto nuestro ánimo como la mirada intencional de la mujer que desea sondear nuestros pensamientos, ni la frase seductora que nos abre las esperanzas del porvenir.

La mujer misma necesita ante el público de las demostraciones galantes del hombre para apreciar su urbanidad, la altura de su ilustracion, la delicadeza de sus sentimientos y los méritos de su proceder y de su dignidad.

Nosotros reconocemos la necesidad de las reuniones, pero no con los caracteres que la pedantería humana las reviste, sinó para que las familias se comuniquen sus impresiones de afecto, aumenten sus relaciones y estrechen los vínculos de la amistad que consolida la sinceridad de los demás lazos sociales.

La depravacion de nuestras costumbres introduce y necesita del juego en algunas reuniones y espectáculos para dar más importancia á sus atractivos, y aunque esta pasion más bien domina al hombre, no deja desgraciada-

mente de interesar y perjudicar á algunas mujeres que no conocen los peligros resbaladizos que conducen á su corrupcion.

Nos esplicamos que la ambicion y el interés se apoderen del corazon de la mujer para satisfacer sus vanidades en caprichos costosos, y que por falta de prevision contribuyan á su ruina cegadas por los desórdenes del lujo.

No comprendemos ni podemos esplicarnos cómo su corazon sensible, que rechaza con indignacion todo cuanto afecta á la suavidad de su delicadeza, se atreva á comprometer su salud, su reputacion y sus intereses ante las fuertes conmociones y azarosas alternativas de un vicio que si al hombre lo envilece, á la mujer la degrada por completo.

Sin embargo, tristes ejemplos se deploran frecuentemente en la sociedad, y el hombre se complace en fomentar esta pasion en la mujer si nó á la vista de un tapete verde, alterando las formas disimuladas de las apuestas en las regatas y en los hipódromos.

#### IV.

Los bailes son otras de las diversiones más necesarias para la mujer por lo que influyen en el ejercicio corporal; pero tal como la sociedad los viene preparando, no solo acabarán por resultar indiferentes para la higiene, sinó imposibles de sostenerse al alcance de las fortunas modestas.

No hay duda que para tomar parte en un baile se necesita no sentir ninguna opresion en el corazon, porque las ejecuciones cadenciosas que requieren los movimientos de nuestro cuerpo aspiran á demostrar el vértigo de nuestra satisfaccion y alegría.

Oigo decir á los inteligentes que en todos los movi-

mientos y en los pasos acompasados de los bailes hay un sistema de filosofía que no está al alcance de todas las inteligencias.

Si esta filosofía se concreta á la demostracion, por medio de los movimientos del cuerpo, de las inquietudes y voluptuosidades de su corazon, les concedo el descubrimiento de esta ciencia misteriosa; porque otro sistema no es posible deducir de ningun vals ni rigodon.

Lo que sí ocurre, es que los bailes se prestan á meditaciones muy profundas y que de ellas se desprenden las más de las veces observaciones dolorosas y repugnantes que descubren los males de nuestra sociedad y las veleidades del corazon humano.

Consideremos que cada baile representa un sacrificio pecuniario que la moda exige para poder presentarse la mujer con los trajes adecuados á estas fiestas, porque su vanidad ó temor á las censuras no le permite asistir á ellos siempre vestida de igual manera.

Observemos que esos trajes requieren ostentacion de adornos especiales que disimulan la liviandad de sus vestidos, pero que no defienden nunca su pudor.

Fijémonos en que para un baile hay necesidad de aparentar opulencia ó riqueza con mayor profusion de joyas aunque tenga que apelarse á los oropeles de la bisutería, y de antemano saldrá la mujer preparada desde su tocador para deslumbrar en un salon, pero espuesta á ser asediada por la curiosidad crítica de otras mujeres ó por las intenciones profanas del libertino.

En los bailes, como en todo espectáculo, tenemos el convencimiento de que la mujer de discrecion cuida en primer término de no comprometer su virtud, y en el tocador de su casa procura velar su pudor con la sencillez de los adornos que realcen la hermosura de su cuerpo.

Por el contrario, muchas mujeres que se ruborizarían si un hombre se permitiera con sus manos desprender de

su tocado una flor próxima á caerse al suelo, no tienen inconveniente de presentarse en algunos bailes, como regla indispensable de la etiqueta, con el cuerpo medio desnudo y con el estudio perfeccionado de la sensualidad, para servir de materia á las impúdicas miradas de los hombres.

Mucha poesía se encierra en un baile, pero toda ella no es más que el velo vaporoso de nuestra exagerada fantasía que cubre ante la luz espléndida de los salones los misterios de una sociedad que quiere olvidar, en la efervescencia de los delirios y del placer, el sacrificio de muchos intereses materiales y los tormentos del corazón.

En esa esposicion de hombres y de mujeres todos aspiran á hacer desempeñar al amor su papel principal, y al mágico influjo de esta pasión, se confunden en aquel torbellino de movimientos y de evoluciones, unos para aspirar á la inocente felicidad de su alma, y otros para arrancar por medio de la seducción la virtud de una mujer véleidosa.

No intento censurar los encantos que un baile tiene para la mujer, ni tampoco negar la conveniencia de su influjo en la higiene y en las pasiones del corazón sinceramente enamorado; pero no se me negará que esta diversion contribuye en gran manera á desarrollar la malicia de la coquetería, el encono de las rivalidades, el enreimamiento del amor propio y los atractivos de la seducción.

La galantería encuentra en el baile como en ningún otro espectáculo facilidades y ocasiones innumerables para desarrollar sus propósitos.

Si estos no salen de los términos del decoro y de la buena fé, posible es que una mujer asegure en un baile el porvenir de su felicidad; pero si desgraciadamente el corazón del hombre no ocupa el sitio del decoro y los sentidos son los que dirijen los entusiasmos de la pasión, es-

citados por la voluptuosidad y perturbacion de las emociones libres, no es de estrañar que de un baile surja la perdicion de la mujer.

A sus consecuencias se deben muchas infidelidades, y sin la asistencia á un baile jamás hubiese peligrado la honra de muchas mujeres que se las ha visto impunemente apelar despues al divorcio.

Por muy grande que sea la vigilancia de las madres y la de los maridos, nunca faltan allí á la mujer astuta medios para burlarla y sincerarse de los compromisos y accidentes *imprevistos* que siempre la sorprenden y la tienen asediada.

Difícil y muy difícil es, no imposible en absoluto, que despues de un baile las ilusiones del alma conserven la dulzura de sus misterios y que los amores inocentes no descubran y aprendan allí inoportunamente la corrupcion de sus sentimientos más nobles.

La culpabilidad no está en el hombre ni en la mujer, estriba en las libertades íntimas que se consienten á ambos y las autorizan nuestras viciosas costumbres.

La felicidad ilusoria de los bailes se comprende y se disfruta mientras las esperanzas y el amor impresionan nuestra alma y nos incitan á admirar sus encantos en la juventud.

Cuando aquellos atractivos se pierden y los compromisos de la vida obligan á asistir, el hombre lo mismo que la mujer, para no sacrificarse con su aburrimiento y propio fastidio, se inclinan á convertir en tertulia pacífica el movimiento general de aquel espectáculo.

Así se esplica que en los bailes cada dia aumente más el número de los espectadores á la vez que disminuye el entusiasmo de los actores.

Los bailes de máscaras, que conceden más confianza á la mujer y al hombre para sondear con sus bromas las reservas ó las quejas de su corazon, son objeto de más di-

version por la ridiculéz ó novedad de los trajes, por las peripecias y los equívocos que la confusion y la torpeza producen, y por las sátiras y recriminaciones que se esgrimen y hieren las susceptibilidades veladas por el secreto; pero resultan más peligrosos aun que los de sociedad por las libertades que se permiten los concurrentes con sus rostros cubiertos.

¡Cuánta virtud no se ha perdido al abrigo de un alegre dominó!

¡Cuántas lágrimas irreparables de remordimiento no se han derramado al dejar el difrúz de que la mujer se ha valido para prodigar sus complacencias y conceder sus favores!

¡Cuánta indignacion y cuántos desengaños no se experimentan despues del Carnaval, velados en el semblante de las mujeres, que los disimulan, y que nosotros atribuimos al insomnio y al cansancio de sus inocentadas!

En todo baile la mujer que más contribuye á su esplendor y se presta á ser asediada por los hombres, es la coqueta incansable que desde el tocador lleva estudiadas sus preferencias, sus favores, sus venganzas y la latitud de sus conquistas.

Para ella estas fiestas son el campo libre de sus operaciones, y de fijo que el dia en que los bailes mueran ha de ser difícil á la mujer frívola encontrar terreno más apropósito para estender victoriosamente sus dominios.

## V.

Otra de las diversiones que nuestra sociedad fomenta con interés y que algunas familias no quieren ó no pueden sostener todavia por la importancia de sus dispendios, es el teatro.

Verdad es que la moda exige sacrificios para los bai-

les únicamente en breves temporadas del año, mientras que el teatro los exige cotidianamente, porque nuestra nécia vanidad no nos permite asistir con iguales vestidos, adornos y abrigos á todos los espectáculos.

Y aunque se pretenda manifestar que la mujer concurre á este recreo para ilustrar su inteligencia y espan-dir su corazon en un pasatiempo culto, la verdad es que pocas veces asiste al teatro por el interés de las represen-taciones.

Ella vá allí, como generalmente asiste á todas partes, guiada por el deseo de demostrarnos los atractivos de su belleza y las novedades de sus modas.

La mayor parte de las mujeres, más distraccion en-cuentran en los entreactos de una funcion que en el interés de sus escenas; más preferencia dan á la animacion del salon que á la importancia del espectáculo.

Díganlo sinó la hora de retraso en que el buen tono exige la entrada de las personas de la sociedad distingui-da que necesitan llamar la atencion de todo el público y distraer á los actores para ocupar sus sitios.

Díganlo tambien el uso estudiado de sus gemelos que les permite descubrir á larga distancia los defectos de sus conocidas y las distracciones de los hombres que persi-guen un fin.

Para algunas mujeres la música del teatro tiene mu-cho de música celestial, y el arte de la poesía no merece inspirarles más atencion que cuando la fuerza de la esce-na la llama á todo el auditorio.

Si está enamorada, el drama de más interés es el que ella sostiene de cerca ó de lejos con el dueño de sus pen-samientos.

Si la ilusion de escena abstrae la imaginacion de los despreocupados, ella queda en más libertad para espre-sar á su amado con la palabra, con el juego de sus geme-los, con el pañuelo ó con el abanico toda la belleza de las ilusiones de su amor.

Y solamente encuentra agradables é interesantes aquellos episodios que armonizan con las situaciones de su corazón.

Cuando una mujer no tiene un objeto determinado en el teatro, sus estudios se confunden con las frases de los actores, las observaciones que á su curiosidad ocurren, y nunca la preocupa la riqueza del lenguaje ni la fantasía que encierran los pensamientos del poeta.

Allí solamente estudia las alteraciones de las modas para imitarlas, la gracia y el donaire del cuerpo de las actrices para consultarlos despues con el espejo, y las situaciones de más efecto para aprovecharlas en ocasiones determinadas.

Allí descubre grandes misterios de las familias, que interpreta segun sus simpatías y le sirven mañana para alimentar sus conversaciones en la tertulia y en el paseo.

Aunque parezca indiferente á todo, ya procurará que desde el lugar que ocupe nada escape á su mirada perspicaz y astuta de lo que le interese averiguar para satisfacer su curiosidad.

Sus observaciones y sus estudios se concretan á considerar con indiferencia todo lo que sucede y se dice en escena y á fijar su atencion en el efecto que su presencia produce en el salon, en el alcance que las miradas de los hombres dedican á su belleza y á su elegancia y en la curiosidad que promueve á otras mujeres.

Algunos autores, de cuya buena fé no dudo, pretenden en sus obras teatrales moralizar á la sociedad presentando en los dramas modernos problemas de difícil solucion, que ni por la forma conque se hace ni por la mayoría del auditorio ante quien muchas veces se esponen, es de esperar ningun resultado favorable.

La moral nunca deja de ser doctrinaria, severa y discreta, y jamás puede hermanar con las chispeantes agudezas del naturalismo que hoy dia, siguiendo la moda de las ideas, pretende invadir todo género de publicacion.

Más vicios que virtudes se descubren ante la inteligencia de la mujer en el teatro; más aprende lo que quizás le convendría ignorar toda su vida, que lo que debiera enseñársele para contribuir á hacer una doncella virtuosa, madre digna y esposa fiel á sus deberes.

Si el esmero de la educacion de la mujer lo confia el hombre á las obras que comunmente presentan las escuelas modernas en los teatros que nunca se censuren las consecuencias, pues no será estraño que acaben por romper su candidéz y las más hermosas virtudes de su alma, enseñándola en vez de desempeñar con rectitud sus deberes en todo estado, á reclamar los derechos de su emancipacion para privarla de su felicidad y de la que pudiera proporcionar á la familia en el porvenir.

## CAPÍTULO XXI.

### LA MODA.

Lo que se concede á la moda es lo que ordinariamente se quita á la razón.

V. D. Crousse.

#### I.

Apenas habrá en nuestro idioma una palabra que envuelva un concepto más ridículo, caprichoso, exigente y dominador que la que encabeza el presente capítulo.

Trajes, peinados, adornos, alimentos, bebidas y medicamentos, todo lo altera y lo modifica.

Usos, costumbres, trabajos, diversiones, enfermedades y lutos, todo lo invade y exajera.

Y su influyente despotismo llega hasta trastornar el cumplimiento de las leyes é invadir el terreno de las ideas, relegando al olvido hoy unas doctrinas y unos estudios, que mañana se posponen á otras nuevas opiniones de escuelas desconocidas.

Ignoro la época en que la moda estableció en el mundo su gobierno arbitrario, en que el buen gusto y la conveniencia le cedieron sus atribuciones y en la que nuestra frivolidad, orgullo y vanidad acordaron considerarla necesaria para nuestras satisfacciones.

Ídolo sin duda de las religiones absurdas rechazadas por el raciocinio, pudo escapar tal vez del estrañamiento de los demás dioses; y replegando sus altares al amparo de las veleidades de nuestro corazon, constituyó en sacerdotisa á la mujer para jamás perder ya el culto de la humanidad entera.

Los progresos de nuestra civilizacion, ávidos afanosamente de manifestar la cultura de nuestros adelantos, se dejan avasallar por las innovaciones que realizan otros pueblos en los momentos de sus desvaríos y los aceptamos seguidamente con la sorpresa y natural admiracion de nuestra ignorancia, sin observar los méritos que puedan contener sus aplicaciones y sin atender casi nunca á la oportunidad y á su conveniencia.

El positivismo industrial y mercantil de nuestro siglo, en el afán de aumentar sus beneficios, ha aceptado tambien como oráculos las ideas caprichosas de la mujer ociosa, y somete á sus consejos la forma, la calidad y demás condiciones de sus productos inaplicables y supérfluos, para darles la importancia de lo útil, bello y necesario.

Si la reflexion y el criterio nos detienen alguna vez para no seguir las huellas de la inclinacion que á todos nos arrastra á la idolatría exigente de la moda, el ridículo nos persigue, y por temor al escarnio y al desprecio de nuestros semejantes tenemos que declararnos todos admiradores y prosélitos apasionados de sus caprichos y de sus novedades.

Su dominio, aunque todo lo subyuga y nada respeta, se distingue y se hace más notoria su influencia, cuando las des preocupaciones de nuestra ociosidad ó la vanidad de nuestro egoismo nos obliga á preferir sus estravagancias, buscando algo nuevo ó estraño que nos ayude á realizar la importancia que queremos y creemos tener derecho á demostrar sobre las demás géntes.

No son, pues, los excesos de la moda consecuencia úni-

camente de nuestras veleidades y de la frivolidad humana; proceden tambien de la ignorancia y de la vanidad del individuo que encuentra en su esclavitud un yugo seductor y un apoyo indestructible para sostener el orgullo desmesurado de su corazon.

Cuanto más débil es la voluntad de la criatura, más frivolidad demuestra en sus deseos, más inconstancia declara en sus caprichos y más importancia concede á las rarezas de las pueriles novedades.

La mujer, que á estas sensibles condiciones de su naturaleza reúne el deseo de agradar al hombre y el afán de aumentar sus gracias y su hermosura, se ha declarado partidaria acérrima de la moda y no apetece ni estima nada de la vida como no esté en relacion íntima con sus variedades y sujeto á las reglas de sus leyes rigurosas.

Su inocencia, su pudor y sus más hermosas virtudes, las lleva con este motivo, casi siempre, prendidas de los alfileres de sus adornos, veladas por el tul ó por él encaje de su vestido y defendidas por la voluptuosidad perfilada de un corsé.

Por mucho que se esfuerce la mujer para acreditar su discrecion, su religiosidad y su virtud, nunca conseguirá convencernos de la sinceridad de sus propios principios y de la ingenuidad de sus demostraciones, mientras continúe siendo esclava de las arbitrariedades de la moda.

No pretendemos por esto aspirar á ser censores severos de sus reglas para caer en el ridículo de no aprobar ni aceptar ninguna en absoluto, cuando las condiciones de nuestra sociedad la hacen indispensable para su consideracion progresiva.

Pero adictos de buena fé á sus modificaciones, el buen sentido nos obliga á defender tan solo las que están en armonía con la naturalidad, la sencillez y la delicadeza del gusto, porque reuniendo estas circunstancias realzan

las gracias de la mujer, aumentan los atractivos de su hermosura y embelesan el corazón del hombre.

A pesar de esta condescendencia aconsejamos no se olvide que las libertades de la moda en el vestido, en las costumbres y en las aficiones de la mujer, contrarían las dichas domésticas, exigen sacrificios y desembolsos considerables, comprometen en algunos casos su reputación y humillan su condición respetable.

## II.

Muchas mujeres ignoran el origen y las causas de ciertas innovaciones introducidas en el mundo elegante y aceptadas inconscientemente para hacer ostentación pública de ellas.

Si se cuidaran de estudiar sus antecedentes con detención, tenemos el convencimiento de que había de repugnarles á algunas adoptar los mismos atractivos que sirven á las innovadoras para pregonar sus intenciones malévolas.

Recorran los centros de las poblaciones extranjeras que imponen las leyes del gusto al resto del mundo y tropezarán continuamente con mujeres despreciativas, que al aliciente de reclamar la atención de los hombres y de acuerdo con industriales ingeniosos, se prestan á servir de maniquís constantes para escitar al lujo, cubrir sus defectos y ocultar su miseria, y se comprometen á estrenar todas las invenciones extravagantes de la loca fantasía femenil.

La que entre ellas ha conseguido atraer más miradas y absorber más la atención, ha servido después muchas veces de primer modelo para que la alta sociedad haya considerado como distinguidas y excelentes sus locuras, sus trajes y sus costumbres.

Varias modas se dice que se aceptan para desfigurar

los defectos naturales de la mujer; y aunque ignoro el alcance de esta hipótesis, no creo que todas aquellas que las adoptan tengan tantos defectos que cubrir, porque en ese caso bien pudiéramos dudar de la perfección física de casi todas las mujeres.

A las feas y á las coquetas se atribuye la necesidad de exagerar las modas, de aumentar y renovar sus caprichos y de amoldarlos á sus pretensiones para fascinar con más facilidad al hombre y escitar la envidia de las demás mujeres.

Si consultáramos con algunos espejos de tocador, nos habian de sorprender sus revelaciones descubriendo en la mujer que dá más importancia á sus afeites, á sus tintes, á sus peinados y á sus adornos, que á las cuestiones trascendentales de su vida.

Algunas mujeres no pueden soportar las cualidades naturales de su cabello; no pueden tolerar la imperfección de un lunar ni la palidez de sus labios; sienten de veras la irregularidad de sus cejas, la pobreza de sus párpados y aún la propia laxitud de su cutis; y pasan las mejores horas del día ejercitando su talento artístico, pincel en mano, en retocar las imperfecciones que atribuyen á la naturaleza.

Si ese tiempo tan precioso lo destinaran y distribuyeran concediéndolo á su instrucción, ¡cuán hermosas parecerían á la vista de los hombres mismos que las ridiculizan por su extraordinario esmero!

Si dudan de esta disgresión, que consideren las burlas merecidas conque por ellas mismas es recibido el hombre necio que se distingue de los demás por su predilección á los retoques artísticos de sus extravagantes amaneramientos.

Nos esplicamos que la mujer, cuyo principal interés es agradar y cautivar al hombre, repare con discreción cualquiera falta notable con que suponga desgraciada su hermosura.

Pero no sabemos cómo calificar la estolidéz de algunas que se obstinan en desfigurarse por completo tan solo por imitar otros modelos naturales.

Ridículo es ver á las rubias demostrar con sus tintes que ambicionan el color de las morenas, y ver convertida con frecuencia la palidéz natural de las unas con los ficticios colores sonrosados que envidian á las otras.

En las épocas en que el romanticismo exigía estudiadas perfecciones en la mujer, la pintura de tocador no temia exagerar sus pinceladas para adquirir más pública importancia y realze.

Ahora, aunque nunca faltan sus adeptas á esta ficcion, la mujer sabe que á la generalidad de los hombres les repugnan las composiciones químicas, y aunque algunas no puedan prescindir de sus barnices desfiguran sus efectos con la cal de la velutina, alegando la necesidad de suavizar el cútis.

Creo que la mujer que estime é intente conservar su hermosura y sus gracias, debe ser muy precavida y prudente en el tocador desechando todo mejunje y afectacion para su cuerpo, que en vez de aumentar sus encantos los desvirtuan y aceleran las señales y síntomas prematuros de una vejez anticipada por la influencia y el abuso de los productos químicos.

### III.

El estudio que las mujeres hacen de sus vestidos y de sus adornos, se presta á sensiblès consideraciones que desgraciadamente no advierten ellas mismas.

Algunas modas de los últimos años no hay duda que son mas modestas que las adoptadas por nuestros antepasados y tienden á igualar en la mujer las condiciones de ciertas prendas propias para el hombre, dando á su corte y á sus formas parecida severidad y carácter á

las de las nuestras, lo cual sería menos censurable si adoptaran también nuestra sencillez respectiva; pero como esto no es más que un capricho de imitación, como otros muchos que ella tiene, la profusión de adornos, de abalorios y de encajes las hace exajerar y ridiculizar desde luego sus imitaciones para ostentar la fastuosidad de su lujo.

Imposible sería someter á la severidad de una crítica razonable las alteraciones costosas que vienen sufriendo de algunos años á esta parte los trages de la mujer, á medida que la industria y el comercio las patrocina y propone para estimular sus especulaciones.

Para esto nos referimos á cualquiera edicion escogida de las novedades del mundo parisiense.

Los trages de sociedad propios para ciertos espectáculos, como los teatros y los bailes, siempre los caracteriza la mujer con detalles voluptuosos y sensuales que únicamente demuestran, sus aplicaciones, serles insoportable en aquellos sitios el pudor y el respeto que á sí mismas se deben.

La distincion que con ellos hacen, prueba al hombre sensato que no ignoran los peligros á que esponen su virtud, y ellas mismas se complacen en arriesgarla preparándose en el tocador para facilitar las ocasiones con que el hombre destruya su candor y las persiga imprudentemente.

Si las que así ván deploran algun abuso ó se creen insultadas que no culpen sus percances únicamente á las libertades del hombre, porque éste, mas ladino de lo que ellas suponen, pocas veces provoca con su osadía cuando de antemano sus observaciones no deducen la confianza de que la fragilidad de la mujer ha de serle favorable.

¿Y cómo no ha de considerar en este concepto á aquellas que confían su modestia en ciertos sitios de confusion y de libertad á las sutiles redes de un encaje?

La profusion de las modas revela desde luego la sed insaciable de la mujer por el esplendor y el fausto del lujo, en cuyo mar de fantasía se engolfa y espone á perderse.

Prueba de ello la superabundancia de adornos, sus aplicaciones inútiles y la ingeniosa colocacion que saben darles para demostrarnos su conveniencia.

Para adquirir estos y satisfacer sus caprichos no reparan algunas mujeres muy consideradas en la alta sociedad, en las necesidades apremiantes de la familia, en la situacion de sus intereses, en los sacrificios á que espone su fortuna, en las privaciones á que tienen que sujetarse despues y ni aun en el descrédito de sus deudas.

¿Qué importa á la mujer que así piensa que en el dia de mañana sus hijos se vean sumidos en la miseria si hoy la moda exige aparentar abundancia en el carruaje, en los trajes, en las joyas y en la constante asistencia á los espectáculos?

¿Para qué fijarse en las prudentes reglas de la economía, si nó falta el apoyo de la buena fé del industrial y del comerciante que siempre son sus víctimas elegidas?

Algunas desgraciadas, más locas aún que las mismas modas con que se distinguen, sienten tal ceguera y obcecacion por el lujo, que para adquirir ó sostener su fausto no les repugna recibir las dádivas deshonorosas de la seducccion ni los auxilios mercenarios del envilecimiento, ahogando los sentimientos más delicados de su dignidad y abusando de la respetable honra de su familia.

En esta situacion deplorable en que se colocan, y que la sociedad advierte y censura, el hombre las defiende y las sostiene en su error engañado por las apariencias de una pasion criminal que desmiembra el fruto de sus trabajos y destruye insensiblemente las más respetables economías.

Ninguna de estas mujeres demuestra capacidad y talento para el trabajo ni conoce la moderacion de sus ca-

prichos; adictas á las doctrinas libres de las coquetas solo sienten las necesidades acompañadas de las pretensiones exigentes de la moda, y en los favores que reciben encuentran las satisfacciones de su bienestar.

Nos escandalizamos frecuentemente del desórden y de las ruinas sociales á que las mujeres condujeron en épocas remotas las naciones más florecientes de la antigüedad destruyendo con su lujo y profusion los imperios más poderosos de la tierra, y no observamos ni remediamos los males que hoy pudren del mismo modo la discrecion de la mujer, que contribuye con sus excesos y con su pasion desenfrenada por las novedades á la desorganizacion moral de las familias, base principal de la miseria que han de legar forzosamente á sus hijos.

#### IV.

La influencia perjudicial de la moda no estriba en aceptar los progresos y los adelantos de los pueblos más civilizados para aumentar nuestra comodidad y nuestro bienestar, sinó en la corrupcion de nuestra cordura concediendo importancia, estimacion y conveniencia á todas las frivolidades estrañas.

De aquí las consecuencias funestas y ridículas en que caemos inconscientemente todos sus prosélitos.

La vanidad é insensatez de nuestra general ignorancia nos conduce al extremo de exajerar la necesidad y la utilidad de las constantes reformas en casi todas las costumbres sociales, sin creer prudente someterlas al estudio de la observacion y de la esperiencia.

Basta que los heraldos de la moda lo anuncien en sus variables programas, para que sea aceptado con el asentimiento y satisfaccion del público inocente.

El paseo de hoy no debe ser favorecido el dia en que la moda le declare su antipatia.

Los espectáculos de actualidad deben morir á la hora en que la moda eclipsa la buena estrella de los empresarios.

Las prácticas religiosas revelan más ostentacion y aparente magestad cuando la moda favorece los templos é incita y despierta nuestra piedad.

El alimento es más succulento y más higiénico si la moda lo adereza con innovaciones extranjeras, aunque al paladar repugnen, y distribuye y altera las horas de su consumo.

El saludo de hoy y el carácter de la visita se consideran más expresivos y más afectuosos siempre que la moda dirija la mano y limite el tiempo.

En los carruajes la moda ha descubierto más comodidad en los pescantes que en el interior, cuyo preferente sitio muchas veces debe servir para dar la representacion de las casas á los abrigos del conductor.

Las palabras, las frases, aunque riñan con el criterio y destrozan la pureza del lenguaje, son más selectas y oportunas si la moda interviene en su elegancia y en su interpretacion:

La virtud de las drogas, de los cosméticos y de los medicamentos se disipan á pesar de las perfecciones químicas siempre que la moda descubre y favorece los reclamos de los específicos desconocidos.

Hasta las ciencias mismas y muchas artes están espuestas al descrédito cuando la moda no introduce en ellas sus reformas, no altera sus principios ni acepta inconscientemente sus innovaciones.

Y las pretensiones de todas las clases, desde las envidiosas ambiciones de las más necesitadas hasta el orgullo próspero de las más distinguidas, todas aspiran á aumentar el barullo y el desconcierto de la sociedad para poder tributar igual culto al insensato ídolo de la moda, cuyos favores y distinciones solicita y estima preferentemente la humanidad.

## V.

La sagacidad de algunas mujeres ha descubierto en su naturaleza misma un gran recurso para defender no solo sus caprichos vanidosos sinó tambien sus faltas morales, su indolencia, la altivéz de su carácter y su egoismo, dispensándose siempre que lo estiman conveniente del cumplimiento de sus deberes.

Este recurso lo saben explotar á las mil maravillas para manejarse libremente, aunque para ello tengan que consumir y que agotar la paciencia de los hombres.

Tal es la aplicacion inteligente y oportuna que saben imprimir á sus nérvios y á las enfermedades que de ellos dimanar.

La moda, que nunca quiere perder su dominio en la tierra ni desprenderse del favoritismo de la mujer, ha conseguido entonar y desentonar sus fibras principales, cual teclas de un instrumento de cuerda, y sostiene su voluntad á la altura siempre de su antojadiza direccion.

Para esto ciertas enfermedades de la mujer están tambien sometidas y predispuestas á las innovaciones y experiencias de la moda.

Hoy las convulsiones y el histerismo escitan y agitan metódicamente á una mujer irascible que encuentra contrariada su voluntad caprichosa por el criterio y el raciocinio del hombre, cuando intenta moderar sus inclinaciones inconvenientes y reprimir sus exigencias.

Mañana la epilepsia le permite defenderse del desdén y del desprecio más ó menos merecido ó justificado y ensordecen á las recriminaciones de la indignacion.

Otro dia la variable jaqueca la autoriza á solazarse impunemente en su flojedad y en su pereza.

Las utilidades de estas dolencias son inapreciables para la mujer de escaso talento y de exigencias inmoderadas.

Los males aparecen instantánea y repentinamente, según requieren las circunstancias.

Las recaídas se harán tan frecuentes como la voluntad se encuentre contrariada y el mimo suavice la entereza del hombre.

La duración tiene la ventaja de no alarmarnos cuando llegan á conocerse bien estas enfermedades, casi siempre pueriles, porque son tan breves y tan variables como las complacencias ó los desengaños lo permiten.

Los remedios nunca deben consultarse con las farmacopeas, sino con el criterio del hombre que dirige á la mujer para aplicarle oportunamente las dosis de indiferencia despreciativa ó de la condescendencia benigna, según los casos y los temperamentos.

La estimación exajerada que algunas mujeres hacen de sus encantos y de la perfección de sus formas, le aconsejan hoy día apelar á recursos extraordinarios y perjudiciales para su salud con tal de que no sufran alteración ante el concepto del mundo elegante.

Si la deformidad de su cuerpo les entorpece, apelan á la anemia estudiada, á sus ejercicios y métodos alimenticios, con tal de aparecer en las moderadas proporciones conque ellas comprenden su perfección.

Si por el contrario la flaqueza de su cuerpo está en relación con la de su espíritu pobre, no les es difícil abusar de la superabundancia de sus respectivos sistemas para corregir sus defectos.

La mujer se cree autorizada siempre á perfeccionar su hermosura y á corregir los dones de su naturaleza, y para esto cuenta con la influencia incondicional de la moda cuyas extravagancias nunca reconocerá ni despreciará mientras no se la convenza, por medio de la instrucción, de que los hábitos más perfectos de nuestras costumbres los funda el raciocinio en una discreta educación, y que sus adornos más hermosos y siempre en moda únicamente las virtudes puras del alma pueden proporcionárselos.

## CAPÍTULO XXII.

### LA FRIVOLIDAD.

La ligereza fué en todo tiempo patrimonio de las mujeres.

Proporcio.

#### I.

La imparcialidad que deseo se distinga en mis observaciones, me obliga á declarar que muchos de los defectos morales censurados en la mujer son comunes al hombre en su relacion respectiva.

Cuando algunos de esos defectos varian sus caracteres, no es porque la naturaleza haya eximido á los hombres de las debilidades propias á la especie, sinó por el conocimiento que con su instruccion adquieren de su inconveniencia y de sus perjuicios, y por el correctivo y modificacion que imprimen á sus inclinaciones para llegar á conseguir su perfeccion.

Si el valor y la estimacion que damos en la vida á muchas cosas no están aplicadas con exactitud á la importancia que revela su propia esencia, prueba irrecusable de la irregularidad é imperfeccion de nuestro raciocinio que descubre la superficialidad de nuestras impresiones y la ligereza conque espresamos nuestros conceptos.

La manera apasionada como comunmente consideramos á la mujer, nos hace atribuir á su frivolidad un carácter especial y propio de su séxo, distinto por su naturaleza de la gravedad y de las particularidades de nuestro criterio; y sin fijarnos en lo volubles que son muchas veces estas apreciaciones las aplicamos erróneamente, descubriendo desde luego en nuestros propios juicios el mismo defecto conque las calificamos á ellas.

Poco acostumbrada la mujer á ejercitar su raciocinio en estudios provechosos, sin integridad por esta circunstancia en su inteligencia para poder distinguir con perfecta imparcialidad y acierto la conveniencia y la utilidad de las cosas, conserva casi siempre sus facultades en un desarrollo imperfecto cual se observa en la infancia del individuo.

Y sigue su mision en la tierra preocupada únicamente con su condicion escepcional, sumisa á sus esperanzas y confiada en el amor del hombre para satisfacer sus sentimientos y mejorar las situaciones de su vida.

Todo el abandono en que queda la inteligencia de la mujer desde sus primeros años, no es bastante á destruir despues las facultades de su alma; y ella que por sí misma las desarrolla imperfectamente, reconoce la necesidad de mantener su vida interior como parte más esencial de su sér, pero cuya nutricion confía en absoluto á su tierno corazon y á sus pasiones predilectas, abandonando la luz de la razon.

De este modo las ilusiones del placer resultan las consideraciones más importantes de su vida, los encantos de su hermosura los cuidados preferentes á su atencion, y los atractivos naturales y artificiosos para agradar al hombre los estudios predilectos á que consagra sus inclinaciones.

Si como la mujer cuida de educar su corazon para expresar al hombre toda la sinceridad y ternura de su amor

cuidara á la vez de ilustrar su inteligencia y pudiera perfeccionar y armonizar sus ideas con sus sentimientos, las cualidades de sus méritos habrían de aumentar indudablemente la felicidad nuestra en cuanto de ella depende.

Pero desgraciadamente nosotros mismos estamos en el error de que para tratar con la mujer necesitamos descender al terreno de la superficialidad, y aún para comunicarle las dulzuras de nuestro cariño nos dedicamos á exagerar nuestras atenciones, á ridiculizar nuestras solicitudes y á espresar nuestras frívolas adulaciones.

¿Qué resultados útiles esperamos conseguir con este sistema?

Ninguno: necesariamente han de resultar todos perjudiciales, porque somos los primeros en aprobar y conservar la indiferencia conque pueda mirar las cosas grandes, y nos dedicamos á instruirla preferentemente en las trivialidades de nuestros deseos y de nuestras mezquinas aspiraciones.

¿Qué influencias benignas son las que podemos ejercer en su condicion?

Nuestras influencias, sea involuntaria ó intencionadamente, se concretan á adquirir su corazón y fomentar sus fervientes pasiones; nada nos cuidamos de la frialdad de su pueril cabeza; y cuando las reflexiones tardías de la experiencia nos descubren la ligereza de nuestra elección, entonces deploramos la gravedad de nuestros males y las consecuencias del desengaño las atribuimos exclusivamente á la frivolidad de la mujer.

## II.

El egoismo de algunos hombres cuando se proponen ocuparse del estudio de la mujer, atiende más bien á los méritos físicos que realzan su naturaleza, despreciando indiferentemente sus condiciones morales y su capacidad intelectual.

Con semejante discrecion absurda, inspirada por el estímulo de nuestras sensaciones, no distinguimos en ellas más que su hermosura ó su fealdad, su edad propicia ó impropia para los amores y los distintivos de sus colores rubios ó morenos en la relacion exigente al gusto de nuestros apetitos.

Fuera de este análisis material el criterio apasionado las considera á todas iguales, con los mismos defectos, los mismos caprichos, las mismas debilidades y con igual aptitud y necesidad para continuar sumergidas en su ignorancia.

El carácter general que en ellas se distingue siempre es el de su frivolidad veleidosa, y á la influencia de este defecto se cree que por naturaleza están sometidos sus sentimientos y la pureza de sus afecciones.

No negamos que la frivolidad fuera en las épocas de la barbárie y de la degradacion de la mujer su patrimonio y especial distintivo; pero los progresos de nuestra cultura y el raciocinio de nuestras conveniencias sociales se oponen á considerarla hoy, despues de sus reformas, en igual concepto, no solo por su dignidad sinó por la consideracion de la nuestra propia.

Por muy frívola que sea la mujer del día, mejor considerada y más atendida por los progresos de la civilizacion social, nunca puede llegar á serlo tanto como el sistema que aconseja creer y defender aquellos estudios estereotipados.

Si todas las frivolidades que concibe el raciocinio limitado del hombre se dieran á luz, la sociedad se asombraría del número de superficialidades que sostiene en su seno y á las que atribuye grande importancia.

Bien considerado, la frivolidad de la mujer no dimana de su temperamento ni de su organizacion; es efecto del estado pueril en que dejamos su inteligencia mal dirigida desde la infancia y por consiguiente susceptible de correccion y de educacion provechosa.

Como niña tierna y mimada por el hombre, no sabe dar valor á los intereses generales de la vida y se entusiasma y satisface con los favores mezquinos é interesados que él le dispensa.

No conoce la importancia y trascendencia de las cuestiones árduas que la sociedad sostiene, y se concreta á darla á los caprichosos encages de su vestido y á los adornos de su tocado.

No aprende las ventajas que reportan las virtudes sociales y cifra sus ilusiones en los bailes y en los espectáculos.

Deja de comprender que el amor, además de la satisfacción de los sentimientos de su alma, adquiere deberes sagrados y sacrificios penosos que nacen de las leyes de la sociedad conyugal y de los derechos de sus hijos, y se confunde é ilusiona con las lisonjas y las adulaciones con que se celebra su hermosura y se solicitan sus atractivos.

Si recordáramos nuestros primeros años, en que el estreno de cada vestido nos llenaba de contento y vanidad, en que la asistencia á un espectáculo era para nosotros un acontecimiento feliz, habríamos de descubrir en aquellas impresiones nuestras las mismas inclinaciones y débiles ilusiones que la mujer tiene la dicha ó la desgracia de conservar por propiedad toda su vida.

Pero si observamos las modificaciones que ha sufrido nuestro discernimiento á medida que la educacion eleva nuestra dignidad, no nos sorprenderemos de los progresos de nuestra inteligencia ni de la importancia más adecuada que atribuimos hoy á nuestros asuntos profesionales y á nuestros deberes.

A pesar de ser la mujer más sensible que el hombre y más impresionable tambien, los deseos de su voluntad quedan siempre limitados á un juicio recto y perfecto cuando la discrecion los dirige.

Y la rectitud del criterio, lo mismo en el hombre que en la mujer, se perfecciona ó se pervierte segun la norma y la latitud que se concede á su educacion.

La mujer discreta, aunque nos revele desde luego sus ignorancias científicas é ilustradas, nunca se colocará en el caso de ser considerada en el concepto frívolo que atribuimos á las que merecen nuestra indiferencia por sus ridiculeces.

Aquella sabe dar más importancia á sus deberes y á sus obligaciones que á los goces de la vida, en contraposicion al proceder de algunos hombres muy graves que se convierten en niños ante las mujeres.

Buscará y adquirirá más felicidad en el amor sincero de un hombre de mérito, que en las exageradas galante-rías del nécio adulador que la corteje sin demostrar sentido comun.

Y aunque no conozca más ciencias que la filosofía que nos dicta la esperiencia de la vida, siempre en sus juicios revelará la luz clara de la lógica y de la sinceridad de sus nobles pensamientos.

En cambio la mujer coqueta, superficial en todos sus deseos y en todas sus acciones, necesita de la frivolidad de su carácter para sostenerlo, disimulando la mala fé de sus intenciones y la malicia de su corazon.

Con este defecto se defiende comunmente del despres-tigio deplorable en que pudieran colocarla sus veleidades, y á su sombra se escusa de la libertad censurable conque maneja los sentimientos de sus amores.

Para ella los cuidados de sus adornos son los asuntos trascendentales de su carrera bulliciosa, y en el placer y en el desarrollo de sus pasiones encuentra apoyo la ligereza de sus resoluciones que sostienen su juventud, con la misma incertidumbre de la mariposa que vive indecisa sin saber en qué flor más pura le conviene libar el néctar de la vida.

## III.

Ridiculizamos generalmente á la mujer de criterio cuando intenta instruirse en las cosas grandes de la vida, y esa ambicion de saber, que tan natural la vemos en el hombre, no la achacamos en ella más que á su curiosidad caracterizada.

Natural es que cuanto más ignorante sea la mujer más curiosidad despierten en su alma las impresiones extrañas y desconocidas que recibe su inteligencia.

Pero si esa sed insaciable en toda cabeza humana no la satisface instruyéndose conforme requiere su mision en la tierra, indudablemente sus pensamientos han de fijarse en las trivialidades que la rodean.

El interés conque siempre observa todo lo nuevo y extraño, la atencion que presta á las esplicaciones que puedan hacerle las personas de buen criterio ó de talento, descubren que la mujer no es aficionada únicamente á los asuntos triviales y que necesita aclarar más su imaginacion para dirigir bien sus aspiraciones.

Si los espectáculos públicos, las modas y los atractivos de su belleza preocupan algunas veces á la mujer de discrecion, nada de particular tiene que fije su complacencia en desearlos ó recordarlos, porque en el hombre mismo se observa esta inclinacion cuando sus aficiones le distraen en pasatiempos inútiles, y sin embargo, no por esto nos atreveremos á calificarnos de frívolos.

Todo lo contrario; muchas distracciones se esplican como descanso necesario á las fatigas del cuerpo y de la inteligencia.

En ningun caso creo que debemos atribuir á las mujeres en general iguales defectos, por las propias razones que tampoco nos revelan todas las mismas bondades y condiciones.

La verdad es que no podemos calificar con un criterio

imparcial de frívola á la mujer que dedicada á sus deberes se afana y contribuye á la prosperidad de su familia.

No puede serlo tampoco la que consagrada á sus obligaciones domésticas y á la sana educacion de sus hijos carece de tiempo para solazarse en una ociosidad continua.

Desde luego la mujer que cumple con los deberes relativos á su estado y á su clase, no tiene aspiraciones ridículas que descubran los defectos que censuramos, porque acredita que sabe distinguir su importancia cual corresponde á cada una de las cosas de la vida.

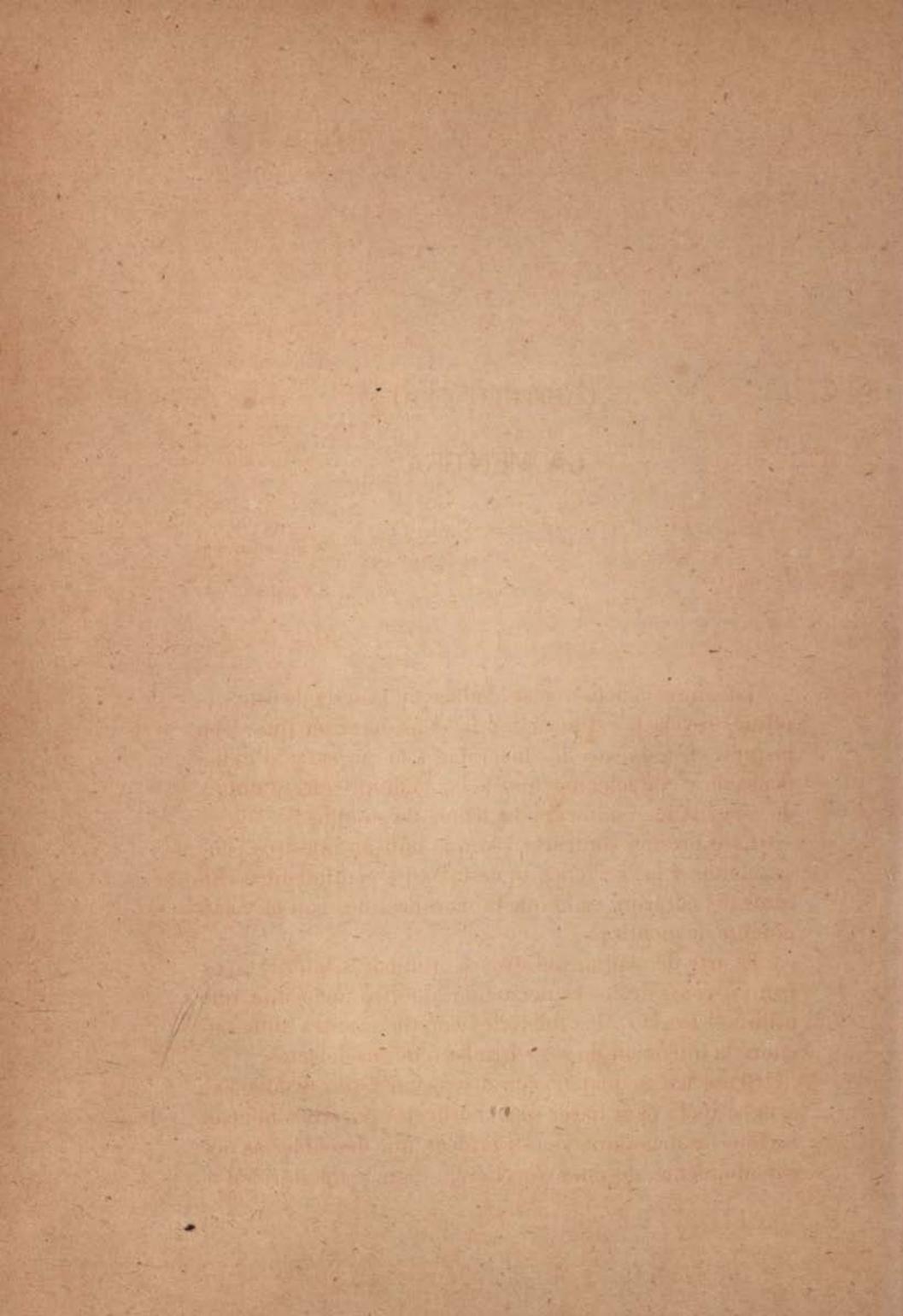
Por el contrario, las mujeres cuando prefieren á su instruccion el conocimiento variable de las modas, que abandonan la buena administracion doméstica y la educacion de sus hijos por los estudios del tocador y distribuyen su tiempo en los preparativos y en la ostentacion de su elegancia, esas mujeres asumen las frivolidades que jamás demuestran las discretas.

La frivolidad de aquellas mujeres las hace incapaces de apreciar los sentimientos dulces de su corazon; y no nos estraña que distraidas en sus puerilidades propias no se fijen en los pesares que puedan abrumar al hombre, miren con indiferencia sus disgustos y sus lágrimas y olviden la abnegacion que exigen los deberes asiduos de la maternidad.

Si su instruccion estuviera establecida por la sociedad con la perfeccion que necesita la vida próspera y feliz de la familia, y la educacion se dirigiera desde la infancia á hacer comprender á la mujer la mision sagrada que tiene que cumplir al lado del hombre y al frente de sus hijos, desaparecerían las causas conque aquella pueda disculpar sus frivolidades.

Y no autorizarían sus consecuencias á los pensadores severos para calificar nuestra indolencia y nuestro aban-

dono en corregir y remediar los males sociales como más frívolos que los caprichos veleidosos de la mujer voluble.



## CAPITULO XXIII.

### LA MENTIRA.

La verdad debe ser la amiga más leal de la mujer.

S. Catalina.

#### I.

La consecuencia que se deduce de la tesis de este capítulo, revela la estimacion y la consideracion que debe inspirar en todo caso la sinceridad á la mujer, y lo indispensable y conveniente que le es no desprenderse nunca de esta cualidad natural y bellísima de su alma.

La expresion contraria á la que indican nuestros pensamientos y las acciones opuestas á los sentimientos sinceros del corazon, es lo que la moral califica con el vasto nombre de mentira.

El arte de ocultar nuestros sentimientos interiores, es fruto á veces de los esfuerzos de nuestro raciocinio que utiliza el secreto y los misterios con que nuestra alma encubre la intencion de sus virtudes ó de sus defectos.

Si ese arte se maneja con discrecion y con prudencia, á él se apela para hacer más meritorias nuestras buenas acciones y más puras nuestras ideas, que descubiertas accidentalmente despues revelan la digna superioridad á

que es capaz de elevarse nuestra alma por medio del disimulo.

El temor de comprometer ó de perder los afectos de nuestro ánimo, el miedo de que se conozcan y se censuren nuestros defectos, nuestras pasiones ó nuestras necesidades nos hace aceptar casi por instinto ese arte que se tolera aún por las conciencias más severas y escrupulosas, con tal de conservar la paz, la tranquilidad y los dulces misterios de la vida.

Pero cuando ese arte se aprende para falsificar las bondades del corazon y tergiversar la espresion de las ideas en concepto perjudicial para nosotros mismos ó para nuestros semejantes, la intencion malévola que nos inclina á pensar y á proceder contra nuestro convencimiento, adquiere proporciones de gravedad que no solo redundan contra el hombre sinó que constituyen una ofensa más ó ménos culpable, segun el grado de su malicia, contra la *Suma verdad eterna*.

Cuando la mentira no sale de la esfera y de las reglas del disimulo, la virtud misma permite sus astucias inocentes y se complace en sus finjimientos para ocultar su modestia; pero la materia, en pugna constante con el espíritu, cambia el color del semblante, entorpece la respiracion y el rubor descubre la ingenuidad que se pretende disfrazar.

Estas impresiones naturales y muy respetables cuando el corazon defiende su nobleza y conserva su inocencia, se pierden á medida que la malicia se apodera de aquel arte y produce la falsedad, el engaño, la injuria, la calumnia y la perfidia.

Tales defectos, vicios más bien toda vez que redundan siempre en descrédito de nuestra noble condicion, resultan muy perjudiciales á nuestro decoro y no nacen con el individuo, como supone el egoismo de algunos defensores, sinó que se adquieren por efecto de la ignoran-

cia y de la perversidad que contraemos por nuestra falta de educacion.

Comunes al hombre lo mismo que á la mujer, se descubren más fácilmente en esta sus intenciones y sus consecuencias, por resultar más opuestas á la abundante sensibilidad que reconcentra su corazon, y no poder conservar siempre la misma aptitud ni las mismas fuerzas para dirigir la malicia al alcance que el hombre la conduce, cuando no conoce la buena fé y tiene perdido el honor.

La prevención apasionada conque ordinariamente emitimos nuestros juicios acerca de la mujer, nos hace considerarla faláz por temperamento, sin apreciar su condicion escepcional y la carencia de libertad que la tiene cohartada para casi todas las resoluciones de su vida.

Reconozco la influencia de sus deseos y de su voluntad para apetecer la satisfaccion de sus inclinaciones; pero seamos justos, ¿cuándo disfruta la libertad del hombre para iniciar la manifestacion de sus sentimientos?

¿Puede hacerlo sin comprometer su modestia, sin arriesgar su pudor y sin ofender su inocencia?

Hija sumisa á la voluntad de sus padres en primer término, cuando el amor del hombre penetra en su corazon, sus impresiones desconocidas, que le son agradables, la llenan de confusion y de temores, y en la cautela reservada de su adquisicion encuentra la complacencia natural que necesita para su tranquilidad.

Sostiene luchas inevitables en su pecho que constituyen sus mayores delicias porque de ellas emanan las ilusiones más gratas; y entre las aspiraciones de su felicidad y el miedo de comprometer su inocencia, prefiere ocultar al hombre las franquezas de su alma.

Esposa amante despues, anhela siempre descubrir los secretos del corazon del hombre, teme que se debilite su amor con el exceso de confianza, disimula sus seguridades ó sus dudas, arranca nuevas pruebas de sinceridad

con sus preparadas afectaciones y sorprende los deseos del hombre con sus ingeniosidades sutiles.

Madre por fin, debe sostener dos cariños con igual intensidad; tiene que escusar los defectos de sus hijos, y armonizando con su ternura la gravedad y las asperezas del hombre con las veleidades de los pequeños, únicamente se le ocurre apelar para la defensa de sus amores á la invencion de motivos y de razones supérfluas.

Mujer siempre, cree que el hombre pueda interpretar su amabilidad en sentido perjudicial para su candor y afecta distracciones é ignorancias muy respetables, que nuestra malicia traduce inoportunamente por la falsía de su corazon.

Sin que ningun género de pasion nos ciegue, es preciso reconocer las condiciones críticas en que continuamente se encuentra colocada la mujer, y no interpretar por mentira el disimulo conque oculta sus dignos secretos y las excusas conque defiende sus acciones, cuando la malicia no se propone corromper su natural sencilléz.

## II.

La mentira descubre la imperfeccion y la malicia de nuestra alma, y la severidad moral en ningun caso juzga disculpable ni perdonable su franca aceptacion, por resultar siempre contraria á la pureza y á la realidad de la verdad.

Respetando esta doctrina, para que la mentira deje de adquirir su carácter grave es menester que no afecte á nuestra dignidad, no perjudique á nuestros semejantes y por consiguiente deje de ofender á Dios: es decir, que no sea mentira.

Sin embargo, de las contradicciones del raciocinio con las inclinaciones del corazon, se derivan la mentira necesaria y la inocente, que la mujer maneja con frecuencia

para defender su pudor ó conseguir más fácilmente sus aspiraciones.

Y esta alteracion de su sinceridad, que nunca escede de los términos sencillos del disimulo, de la escusa ó de la disculpa, es una necesidad indispensable en la mujer, atendida su condicion, que no puede autorizarnos á considerarla con el grave carácter de la falsedad porque carece de malicia.

Para descubrir los grados de esta, no hay que atender á las aseveraciones que pronuncien sus lábios; debemos penetrar en las interioridades de su corazon, apreciar con rectitud sus circunstancias y observar atentamente las alteraciones de su semblante y la turbacion de sus ojos, que son el lenguaje verdadero conque la naturaleza, que nunca engaña, descubre los secretos de la sinceridad de sus sentimientos.

En materia de amores ninguna mujer, ni aun las más discretas, pueden ser tan sinceras como nosotros pretendemos y ellas desearían, porque nunca descubrimos la buena fé y la rectitud que deben acompañar á nuestras declaraciones.

Se opone á ello tambien la ignorancia de nuestros fines, las dudas de nuestra fidelidad y el pudor de su corazon, que teme ser destruido por las confianzas que casi siempre resultan inconvenientes para los encantos de sus ilusiones.

En el difícil arte de amar gusta el hombre encontrar ignorancia para enaltecer los misterios de la pasion que disfruta, y se complace en no satisfacer las curiosidades de la mujer para no vulgarizar las impresiones; y cuando ella ignora estas circunstancias, se cree obligada á inventarlas para aumentar las ilusiones del corazon.

Descamos los hombres que la mujer nos inspire siempre el mismo grado de amor que en sus primeras impresiones; y cuando estas cambian de carácter tiene que re-

currir á nuevas demostraciones, jamás tan sencillas ni naturales como las primeras, para sostener la misma fuerza de la pasión.

Si nuestra fé se debilita, su astucia lo comprende; y temerosa de variar el carácter de sus esperanzas afecta disgustos y pesares relativos á sus sospechas para descubrir los resortes de nuestra mudanza.

Y estos sencillos artificios son necesarios para la mejor armonía de dos corazones que se aman con sinceridad, y que están obligados á estudiar con prudencia la virtud de sus propias inclinaciones para no perder el equilibrio de su pasión.

¡Cuántas veces la infelíz mujer que deposita las sinceras confianzas de su corazón en el hombre se encuentra burlada por la malicia de un vil falsario!

Generalmente el hombre obliga á la mujer á escuchar con prevención las declaraciones y las protestas de su amor, porque nunca descubre él los verdaderos sentimientos de su alma.

Apelando á las exageraciones de la galantería para inspirar más vehemencia y fuego con su pasión, recurre á la adulación de los encantos y de los méritos de la mujer, con tal de conseguir la conformidad incondicional de su voluntad.

Ocultá siempre los defectos, los vicios y las intenciones villanas que le guían á la ambición de sus intereses y á la satisfacción de sus sensaciones, y únicamente manifiesta la inclinación apasionada que revela el amor finjido.

¿Qué hace el hombre con esta innoble conducta más que engañar á la mujer?

¿Qué resultados es posible esperar cuando la experiencia descubre más tarde los verdaderos móviles de su amor?

Reconozcamos con imparcialidad que muchos hom-

bres son culpables de que la mujer les falsee los sentimientos de su corazón; y si los resultados redundan perjudiciales para él, á sus engaños y á sus lecciones se deberá la responsabilidad de las consecuencias del sistema de finjir las nobles pasiones del alma.

### III.

Graves son los perjuicios que la mujer sufre con la falta de sinceridad del hombre; irremediables en algunos casos; pero ¿cuáles no son los que á sí misma se ocasiona cuando falsea los sentimientos de su amor?

Toda la admiración que nos inspira la mujer discreta se convierte en desprecio para la pérfida que elige un hombre y entusiasma sus esperanzas por pasatiempo, afectando recrear sus nécias ilusiones.

Veleidosa en el amor cual la coqueta, entusiasma la fiebre de la pasión del hombre para enardecer sus sentimientos, aparenta creer en sus confidencias, no tiene valor para demostrar la indiferencia de sus frías impresiones y promete la fidelidad y la constancia que ella misma conoce cuando repugnan á su corazón.

Falsa en todas sus disposiciones sostiene el amor por vanidad; y es capaz de sacrificarse en aras del matrimonio únicamente por no despreciar lo que ella llama una ocasión conveniente, y confiada en adquirir más libertad con la protección del incauto.

Víctima el hombre de su error pasa la vida á su lado acosado por los remordimientos de su sacrificio mientras ella desarrolla su perfidia; y ni aún las lágrimas que por sus desgracias vierta en la viudez la harán digna de compasión.

Bien podemos asegurarlo: aficionada á la dobléz de su corazón tiene en él arraigado un vicio de los de peor condición, que indudablemente ha de contribuir á agravar

los males de su vida y ha de servir de causa comun á las desgracias del hombre.

Predispuesta al engaño, adopta por sistema la maledicencia y difamacion, no espera para aseverar sus juicios á que se comprueben sus suposiciones é infundados conceptos, muchas veces deducidos de la casualidad y de la inocencia misma, y por un mero indicio de sospecha tiene bastante motivo para establecer la injuria y fomentar la calumnia.

No hay mentira más funesta que aquella que sirve de base para calumniar á nuestros semejantes, aunque alguna vez de buena fé se funde sobre cualquier indicio ó sospecha de verdad que se preste á llevar el convencimiento erróneo al ánimo del inventor.

La mentira y el engaño son los elementos principales que constituyen y caracterizan más á los dos tipos repugnantes para nuestra civilizacion, y que sin embargo abundan en la sociedad, cuales son las coquetas y las gazmoñas.

Las primeras, con sus pretensiones de educacion esmerada al estilo de las escuelas modernas y de familiaridad con los hombres, creen poder engañarlos á todos con sus prodigalidades y alucinarlos con su veleidad.

Algunas veces consiguen atraerse la inesperienza de la juventud, pero casi siempre les sucede que ellas son las únicas que al fin de sus dias resultan completamente chasqueadas.

Las segundas, que se proponen con sus apariencias de virtud adquirirse la estimacion social y el perdon divino, la fatalidad contribuye á que sean descubiertas y despreciadas sus hipocresías por los hombres, y confundidas por Dios en sus reprobaciones eternas.

Sin la mentira la mujer no hubiese jamás caracterizado estos dos modelos de malicia y de mala fé, que son la causa de que los hombres que han tenido la desgracia de ser sus víctimas juzguen en igual concepto á todas ellas, incluso las de mayor discrecion y virtud.



La mujer podrá suceder que mienta á veces y apele á inocentes engaños para satisfacer pueriles caprichos ó aumentar los medios de sus satisfacciones, sirviéndole de base el interés de sus economías; pero estos deslices que ninguna intencion malévola abrigan ni malas consecuencias reportan, aunque considerados como estratajemas inocentes, se hacen dignos del perdon inmediato en el seno de la confianza y del cariño y nunca deben desvirtuarse sus sencillos designios apelando á la mentira.

Porque por inocente ó jocosa que resulte, siempre revelará un defecto de la educacion, y podrá servir de estímulo para aficionarse la mujer á otro género de engaños de mayor gravedad y mas pünibles.

Algunas mentiras, aunque no puedan contener malicia en las palabras ó se pretenda hacerlas servir de broma, ¿podrá evitar la mujer que sean mal interpretadas por los intencionados de mala fé?

¿No podrá ocurrir que de una suposicion ó de una leve sospecha renazca la criminal calumnia con que la envidia desahogue sus rencores?

¿Se pueden nunca apreciar las consecuencias de las palabras que salen de nuestros labios, ni el alcance que otros les quieran dar?

Posible es que sin querer se mienta algunas veces y no se conozca el intento de la mala accion; pero esto nunca ocurrirá á la mujer de talento que acostumbra á pensar con discrecion, que tiene la costumbre de someter sus juicios á la rectitud de su racionio y medita sus palabras y sus acciones antes de expresarlas.

Repugna entrar en el estudio de las mentiras groseras comunes al hombre y á la mujer para defender sus intereses, su reputacion ó sostener su propia opinion en cualquiera asunto de la vida; porque si á este terreno descendiéramos, además de los defectos de la educacion, habríamos de descubrir innumerables y súcias pruebas de

la mala fé y de la estupidez con que se distinguen algunos individuos.

#### IV.

La mentira, en todo caso, resulta denigrativa y repugnante para la mujer, que por las condiciones de sus especiales sentimientos y por su naturaleza está designada para el amor; y sin bondad ni sinceridad no es posible el amor en el corazon humano.

Los engaños del corazon son mentiras de tal gravedad que no solo afectan á la estimable consideracion de la mujer, sinó que producen las mas sensibles desgracias de su vida y son causa culpable de que el hombre tenga que arrepentirse, aunque tarde, de su error y deplorar las tristes consecuencias de su eleccion.

Podrá de soltera comprometer únicamente su porvenir y lastimar su decoro, pero nunca puede apreciarse bien la conexion de las falsedades de la mujer casada, cuando interesan al respeto y á la honra del esposo y alcanzan á la consideracion de sus hijos.

Hay desgraciadamente en ese estado de la mujer engaños trascendentales que su ignorancia cree velados por el misterio del secreto y custodiados por la reserva, pero que desde el primer momento pertenecen al dominio de la murmuracion y de la maledicencia y sirven de mofa y de escarnio para su propia reputacion.

El temor de sus funestas consecuencias, inevitables casi siempre, la obligan desde luego á apelar á todos los resortes de la mentira para disfrazar sus actos, encubrir sus disposiciones y no comprometer sus pensamientos hipócritas.

Sus intenciones pérfidas las distrae y las dirige con aparente serenidad y con espresiones desusadas de amabilidad ficticia que sorprenden, estrañan y acaban por absorber la atencion.

Cuando el engaño empieza á revelar sospechas en el hombre, la tranquilidad de su ánimo se perturba, la prudencia le priva del valor para descubrir la falsedad de que es víctima y la paz del matrimonio se altera y se pierde á veces para siempre, cuando llega el convencimiento de un terrible desengaño.

Y perdida la paz matrimonial el lazo de esa union, que únicamente lo sostienen las afecciones del alma, se hace insoportable y destruye la felicidad de la familia.

Aunque estos engaños pueda por una vez el hombre perdonarlos á la mujer, nunca se olvidan y corroen perpetuamente las afecciones del corazon.

Hay madres de educacion incomprensible que desde la edad mas tierna de sus hijas creen conveniente, para la mejor esperiencia de la mujer, iniciarlas en los sistemas de la falsedad y del engaño, inculcándoles, casi como un deber, la conveniencia de reservar siempre al hombre la sinceridad de su corazon para rendirle más á su voluntad y poder manejarlo á su antojo.

Con estas lecciones corruptoras, propias únicamente de una escuela de coquetería, la mentira se hace familiar á la mujer, la considera siempre sencilla y natural, no comprende su gravedad ni prevé sus consecuencias y llega á los brazos del hombre con el escepticismo en el alma, con el egoismo por defensa y con la incredulidad de que pueda existir el amor sincero.

Hay hombres que consideran á la mujer indigna de la confianza completa de sus sentimientos, incapáz de comprenderlos y de estimarlos, y creen necesario ocultarle los naturales afectos del corazon para que no abuse ni desprestigie su autóridad con los derechos que se abroge de sus propias consideraciones.

Y aquellas y éstos, enemigos constantes de su educacion perfecta, contribuyen á que la mujer sea censurada por su inclinacion á la mentira y á la falsedad, y tambien

á que supongamos incurables estas propensiones del alma, que depuradas con buena direccion conservarían en ellas por más tiempo que en nosotros las hermosas cualidades de su sinceridad propia.

## CAPÍTULO XXIV.

### LA VANIDAD.

La vanidad hace sucumbir más mujeres que el gusto, la pasión y los sentidos.

Meilau.

#### I.

La elevada condicion de nuestra alma y sus mismas aspiraciones nos obligan á estimarla y á conservar sus escelentes cualidades, siéndo uno de nuestros principales deberes la defensa de su dignidad, base de nuestra propia reputacion y de nuestra estimacion natural.

La estimacion propia dentro de los límites que la prudencia tiene establecidos para sostener y demostrar la superioridad de nuestro sér, es un sentimiento muy necesario que nunca debemos abandonar, porque por su influencia apetecemos y apreciamos el mérito de las demás virtudes que enaltecen el alma.

Pero nuestra loca fantasía exajeradora y entusiasta á la vez por todo aquello que más nos halaga y nos seduce, sin apreciar la distincion y los límites que deben tener los goees y las satisfacciones de nuestro corazon en su relacion respectiva con la inteligencia, acaba por apasionarse de sí misma, considerando más conveniente, útil

y perfecto todo cuanto de nosotros dimana y á nuestra naturaleza corresponde.

Esta inclinacion que absorbe las facultades de nuestro sér y domina la voluntad, se apodera de nuestra inteligencia, de nuestro corazon y aún de nuestras virtudes, y somete arbitrariamente los pensamientos y las acciones á las exigencias del amor propio.

El amor propio constituye en el alma una ceguera incurable que no alcanza á descubrir el objeto de las cosas sinó á través de las conveniencias del egoismo, y enjendra en el hombre la ambicion, la altivéz y la arrogancia que desenvuelven la vanidad y el orgullo.

El primero de estos dos últimos defectos, comun en la mujer, no porque nazca adherido á su naturaleza sinó porque se contrae con la ignorancia á que se abandona su inteligencia, adquiere caracteres funestos de sensibles resultados por las condiciones viciosas de la educacion primitiva.

Ilusionadas las madres con los encantos angelicales de sus hijas, cuando en los más tiernos años de su infancia las contemplan en sus brazos, hermosas cual ninguna otra, esponen y prodigan con ilimitada libertad sus expansiones y sus caricias á el amparo de su satisfaccion inmensa; no reparan en los efectos posteriores é imprimen en sus inteligencias virginales el gérmen de su egoismo y de la presuncion de sus prendas naturales, que son la base del amor propio que adquieren inconscientemente para el porvenir.

La satisfaccion que la madre siente por celebrar los encantos de sus hijos y acallar sus deseos, la inclinan á dar importancia, exageracion y valor á las cosas más triviales de la vida y á que ponderando el mérito de los halagos consigan complacer sus pueriles caprichos; pero á costa de los engaños de su fantasía que empieza á considerar agradable la adulacion.

Con este sistema general para todas las madres, la ignorancia se sostiene, los gustos se complacen al antojo de la niñez, y la vanidad va adquiriendo el desarrollo conque despues influye y domina no solo los sentimientos del corazon sinó tambien el racionio.

Los frutos que la vanidad produce en el hombre, despues él mismo los modifica y exajera por la inclinacion de otros vicios ó de otras pasiones que ambiciona y adopta para su mayor satisfaccion.

Pero la mujer, menos ambiciosa que el hombre y menos interesada en los resultados de sus negocios, conserva su vanidad toda la vida si una discrecion y enseñanza bien dirigida no la preservan oportunamente de sus influencias.

Le bastan de niña para satisfacer sus vanos caprichos los halagos de su madre, la admiracion y consideracion de los estraños, la ponderacion de su hermosura y la preponderancia de sus adornos; y aunque no sepa estimarlos la llenarán de ilusiones pueriles que sabrá aplicar más tarde á las que nazcan de su corazon.

Mientras otro amor no la preocupe y la dirija, el suyo propio velará por sostener su ignorancia y creerse suficientemente ilustrada en todo lo que á la vida concierne, únicamente porque sus apreciaciones dejan satisfecha su propia vanidad.

Si algo útil aprende, más servirá para ostentar sus méritos y envanecerse de sus conocimientos que para hacerse digna de las recompensas que él amor al trabajo proporcionan, y adquirir las satisfacciones que con la ilustracion se adquieren.

Para el elevado concepto en que siempre tiene su estimacion propia, ninguna apreciacion considerará exajera para sus cualidades, sinó al contrario las calificará naturales y merecidas siempre que adulen su condicion.

Cuando la mujer reflexiona alguna vez sobre los de-

fectos de su alma, posible es que ella misma se avergüence de su fealdad y pueda corregir algunos; pero no conseguirá hacer lo mismo fácilmente con su vanidad, porque nada hay que entorpezca y perturbe tanto las facultades de la inteligencia como el engreimiento de la ignorancia propia.

Y como la vanidad necesita de todas las fuerzas intelectuales para demostrar su carácter despreciativo, y su influencia absorbe las de los pensamientos, no consigue más que dejar hueca la imaginacion.

Cuando la educacion sana de la mujer influye en los resultados favorables de su criterio, aunque carezca de talento se conocen á simple vista por la antipatía con que la discrecion considera y trata las pretensiones vanagloriosas.

En esta disposicion, los méritos personales de la mujer realzan la estimacion merecida porque siempre quedan velados por la modestia; mientras que los que distingan en el ageno amor propio quedan ridiculizados ante su consideracion y despreciados por su sensatéz y su cordura.

## II.

Cuando la vanidad domina el raciocinio, no es posible que las intenciones directivas de nuestros actos tengan otro objeto que el de satisfacer sus pretensiones insustanciales.

Con este motivo, el estímulo de los caprichos es el que establece las necesidades, designa el gusto y la aficion preferente á ciertas cosas de la vida que carecen de importancia intrínseca, pero que nuestra vanidad se la concede porque complacen los sentidos y satisfacen nuestras aspiraciones.

A estas circunstancias se debe la relacion que guarda

la mujer frívola con la vanidosa, cuando ambas no distinguen el ridículo que revisten muchos de sus gustos, censurados y despreciados digna y oportunamente por la mujer de discrecion y de talento, que carece de egoismo, y á quien repugnan las superficialidades de las cosas.

Propio del carácter de la frivolidad es halagar las ideas y la conducta de la vanidad, sin cuyo apoyo perdería aquella pasion la consideracion conque la sostiene la mujer y el influjo que ejerce en sus nécios admiradores.

La mujer frívola tiene en sus gustos, en sus modas, en sus diversiones y aún en el abandono de sus deberes, diversas razones infundadas para escusar sus caprichos, que nacen de la misma ignorancia conque la mujer vanidosa los acepta para realzar su preponderancia y engrandecerse las consideraciones de sus semejantes.

Pero aquella elige con indiferencia muchas veces las cosas que acepta, las estima y las realiza inconscientemente porque se las aprueban y las vé aplicadas y preferidas por otras mujeres, ó ella misma las conceptúa dignas de satisfacer su curiosidad.

Mientras los estudios de la mujer vanidosa no se limitan al carácter único de la frivolidad, sinó que medita, elige y aceptà aquello que más deslumbra y llena su amor propio y más preocupado deja el instinto de sus ambiciones.

En el tocador tiene con el espejo el gran libro de su instruccion para imprimir á su semblante, á su cuerpo y á sus ademanes los detalles peculiares que la distinguen de las demás mujeres y realcen la importancia que pretende adquirir.

En las modas encuentra todos los elementos imaginables para saciar sus pretensiones que se inclinan siempre por lo más moderno, más estravagante y costoso, elevándose con esta ayuda fácilmente sobre el nivel de sus compañeras.

Si asiste á reuniones aceptará preferentemente aquellas en que pueda ocupar un lugar distinguido, ó sea designada para desempeñar un pápel principal, juzgándose ofendida si los derechos de su vanidad no se llenan cual sus juicios caprichosos lo pretenden.

Si reusa asistir á algunos centros no será porque comprenda que puedan perjudicar á su ilustracion ó á su virtud, sinó porque no encontrará en ellos espacio bastante para ensanchar su vanidad y satisfacer su amor propio.

Cuando los espectáculos frecuente, no preferirá los que más la distraigan é ilustren sinó aquellos en que más viso pueda hacer, y con mayor facilidad consiga ostentar sus encantos y sus atractivos.

Amante del lujo, por propia inclinacion, en todos los actos de su vida cuidará de ocupar lugares y de adquirir relaciones en que pudiendo servir de comparacion á sus amigas, consiga sobresalir y distinguirse entre todas ellas oscureciendo ó humillando á las que no puedan comparársele ó pretendan disputarle su preferencia y distincion, que es su único objeto y principal estímulo.

La vanidad, aunque la mujer sea instruida, no revela en sus inclinaciones otra cosa que un gran vacío en la cabeza trastornada por los vapores de una nécia apreciacion propia, que trasmite á sus ideas y á sus palabras, para granjearse involuntariamente el mayor ridículo de que son dignas sus afectaciones y sus prosopopeyas.

En este estado se le hace imposible reconocer la naturalidad y el mérito verdadero que distingue á la mujer prudente y de discrecion, la cual considera sus méritos y sus condiciones iguales, sinó inferiores, á las que descubre en otras para modelar su perfeccion.

Con la vanidad la mujer no sólo adquiere el ridículo merecido por sus exajeraciones y exigencias, sinó que tambien en muchas ocasiones se espone á granjearse las mismas censuras de las coquetas, quienes se ven obliga-

das á establecer sus dominios entre un número reducido de admiradores y de aduladores prosélitos de sus propias necesidades, que parecen destinados á enjendrar y fomentar la rivalidad entre este género de mujeres.

Verdad es que sin la vanidad resultaría la frivolidad una inaplicable majadería y no serían concebibles los caprichos del coquetismo ridículo.

Escusado es observar que una vez provocada la rivalidad por una mujer vanidosa todas sus pretensiones quedan á merced de la crítica, de la murmuracion y de la general censura.

### III.

Se supone á la mujer que vive embriagada con su amor propio, privada del séptimo sentido; y gran verdad debe encerrar tal hipótesis cuando consiente que esta inclinacion destruya la bondad de sus pasiones y domine los sentimientos mas nobles de su corazon.

Nos esplicamos la inclinacion irresistible de la mujer en acumular atractivos para realzar su hermosura, y las ingeniosidades que sus pasiones desarrollan para agradar al hombre y cautivando su corazon conseguir poseer su amor.

Aspiraciones son naturales y justas que el criterio limita á la conveniencia y á la rectitud de un sentimiento espontáneo y sincero.

Pero no nos esplicamos las exageraciones y los sacrificios que algunas mujeres son capaces de arrostrar para sostener las ilusiones de su loca vanidad.

No le basta conceptuarse más perfecta y superior á las demás mujeres, acabando por no encontrar en su orgullo quien pueda comparársele, sinó que invade las afecciones del corazon y corrompe los sentimientos más tiernos y delicados de sus afectos.

La amistad, que tan necesaria es para la expansion natural de las satisfacciones y para el consuelo de nuestros pesares, que tan nobles condiciones debe reunir á su sinceridad, llega á ser deshonrada por las imposiciones de la vanidad.

No busca comunmente la mujer vanidosa en las dulzuras de esta afeccion la ilustracion, la virtud y los consuelos de sus relaciones, sinó la vanidad de otras mujeres á quienes pueda disputarles la esposicion de sus propios méritos y á las que consiga limitar la ambicion de sus aspiraciones.

Los buenos consejos que el interés de una amistad sincera pueda darle para corregir sus defectos ó para dirigir mejor sus inclinaciones, han de ser interpretados como emulacion de la envidia y ofensas á su dignidad.

Con las demostraciones finjidas de una pasion adulatora se satisface fácilmente la mujer vanidosa y frívola, que pretende asumir todos los méritos de la sociedad para corresponder en igual apariencia ó con el desdén al afecto conque sea distinguida.

Parásito de la fortuna, conservará la amistad mientras la riqueza y el esplendor ajeno puedan contribuir y aumentar su vanagloria; pero en cuanto el infortunio se ceba en sus amigos ó su posicion social prospere, las despreciará y las abandonará enseguida para solazarse con nuevas simpatías que no puedan oscurecer las aureolas de su fantástica imaginacion.

Nunca obligada á la gratitud, mira con indiferencia las consideraciones y atenciones conque se la favorece, sinó las califica justas y merecidas cual un deber exclusivo.

Si el amor propio influye en que la mujer vanidosa rebaje los afectos de la amistad á este concepto despreciable, ¿qué es lo que puede contribuir á que los otros amores de su corazon sean por ella considerados con iguales ó peores caracteres humillantes?

Misterio es este del corazón de la mujer, incomprendible si atendemos á su ternura, inesplicable si nos fijamos en su condicion y en su necesidad, y censurable si abusa de sus derechos y de su libertad.

Creada para el amor, la naturaleza lo enjendra en su corazón, inclinando sus sentimientos para aumentar su felicidad con las dichas que nacen del alma y con los placeres que secundan los sentidos.

Pero la mujer vanidosa, que tiene mudas estas facultades y corrompida la naturalidad de los sentimientos, no consulta con sus impresiones para elegir á un amante que conmueva su ternura y dulcifique su corazón.

Lo elige para demostrar el valor de la conquista que su hermosura y sus gracias han logrado alcanzar, para encontrar en el hombre un esclavo de los caprichos de su vanidad, y para tenerle con seguridad obligado á ofrecerle continuamente los incienso de la adulacion.

No atiende en el estudio de su eleccion á sus virtudes sociales, á su talento ni á la sinceridad y vehemencia de su afecto apasionado, sinó á los medios y recursos que emplea en su conquista y al efecto perturbador que en él produzca el carácter de sus vanidades.

¿Qué le importa que el hombre sufra por su amor ó le mienta con la misma pasión que le descubre, si su fantasía se llena de ilusiones gloriosas y su corazón rebosa de placer ante las lisonjas conque oye estimar su hermosura y sus atractivos?

Cuando la sinceridad existe y la modestia del hombre enamorado no encuentra profusion de frases exajeradas en los labios para realzar la vanidad de la mujer, ese hombre no sabe lo que es amor; porque la vida que ella atribuye á esta pasión estriba siempre en las frases seductoras que tanto ayudan al libertino y caracterizan la frivolidad del estrafalario.

Si la posición del hombre no puede satisfacer las pre-

tensiones que la mujer deba exigir para alimentar su vanidad en el sostén continuo de las modas y en la asistencia frecuente á los espectáculos, los honrados sacrificios de sus sudores resultarán estériles porque no han de encontrar en la gratitud de su compañera vanidosa los consuelos que tanto aliento infunden para las fatigas de la vida.

Y engañado por la misma entereza y altivez conque la mujer vanidosa disfraza la conformidad á los contrastes de sus ambiciones, no es de estrañar que rompa un dia los lazos que cohartan su amor propio y se encuentre el hombre despreciado y postergado á cualquiera otro rival más astuto que haya comprendido las flaquezas del corazon de aquella mujer.

Frecuentes son los casos en que la frivolidad de la mujer la induce á comprometer su honor y en que algunas, sobreponiéndose á las condiciones de las coquetas, no saben apreciar los deberes de la fidelidad y de la constancia dando cabida en su corazon á dos amores á la vez; obligado el uno á sostener las exigencias costosas de su vanidad, y destinado el otro para prodigarle los favores de su pasion.

Y colocadas ya en este terreno despreciable se desciende con frecuencia y facilidad á los abismos en que la corrupcion destruye todo sentimiento de delicadeza y de pundonor, solo por ostentar ante la sociedad las dádivas que satisfacen las pretensiones de sus locuras.

Tales anomalías, criminales en todo caso, que cuando la mujer no es libre constituyen el adulterio y siempre revelan la destruccion de sus sentimientos, no nacen de las ambiciones de un corazon insaciable de amor, ni de causas disculpables y relativas á sus venganzas, al interés ó á la conducta reprensible é ingrata del hombre.

Son las más de las veces exigencias de la vanidad de la mujer que, ávida de vanagloria y de adulacion, no te-

me comprometer su honor y corromper su reputacion con tal de adquirir las preferencias que los hombres puedan conceder á los encantos de su hermosura y á los méritos de sus cualidades vulgares, en que ella estima su consideracion.

La vanidad, que comunmente produce á la mujer males irremediables, nunca la deja conocer los deberes sociales que la urbanidad y la gratitud la obligan á demostrar; y acostumbrada á prodigar el menosprecio acaba por granjearse la antipatía del hombre y la rivalidad de otras mujeres.

En algunas ocasiones no nos esplicamos las causas que influyen en la antipatía que en nosotros despierta una mujer, á pesar de sus encantos y de reconocer algun mérito á sus atractivos, y aunque no tengamos motivos para juzgarla con imparcialidad, porque no la tratemos, resaltan á simple vista y nos son repulsivas las influencias de la vanidad que se le descubre.

Nos sorprendemos tambien de la rivalidad de algunas mujeres que, sin conocerse ni existir entre ellas motivos justificados para la envidia, se observan mútuamente con prevencion y se desprecian á impulsos de su propia vanidad.

Y es que temen probar sus fuerzas con la demostracion de sus méritos personales, esponiéndose á quedar una de ellas oscurecida ó humillada.

No atribuimos la influencia de este defecto á todas las mujeres en general, porque apoyariamos desde luego la opinion absurda de aquellos que en la mujer no descubren otras cosas que la fantasía, el apasionamiento y la vanagloria.

El número considerable de mujeres de discrecion y de virtud acrisolada que hay oscurecidas en la sociedad, dedicadas á sus deberes y al amor de su familia, son modelos de moderacion y de modestia que abogan por las

bellas cualidades del alma de la mujer en general, y perdonan la injusticia y temeridad de nuestras apreciaciones odiosas.

#### IV.

Cuando la vanidad se apoya en las riquezas de la fortuna, la sociedad considera á la mujer como una potente diosa digna del respeto y del amor de los hombres que se enorgullecen por cortejarla, se interesan por adquirir su conocimiento y su amistad, y se afanan por merecer de ellas una distincion.

Con la vanidad de sus riquezas se considera más fuerte y más poderosa que sin esta condicion, y se cree autorizada para dominar con insolencia ó imponerse por el desdén á los que pretendan disputarle el mérito y la necesidad de sus ostentaciones.

Colocada en esta posicion, el lujo es su culto y la adulacion los únicos tributos que exige para sostenerlo.

No repara en sacrificios ni en incomodidades, con tal de reunir á su alrededor el número mayor posible de prosélitos que le dediquen algunos instantes de adoracion.

Para esto usa continuamente el carruaje, dispone sus mayores galas y adecuado tren, aunque la sociedad sea sabedora de las privaciones é inmoralidades que su brillante sostén le exige.

Para esto frecuenta los bailes y los espectáculos y se presenta inundada de alegría y repleta de satisfaccion y de felicidad, aunque en ellos encuentre únicamente el aburrimiento y el fastidio ó sufra los tormentos conque las deudas la agobien.

Para esto abre sus salones, improvisa banquetes y desparrama sus rentas entre los individuos de una sociedad ingrata y satírica, que ante ella ponderan su gusto y su elegancia y que á sus espaldas se sorprenden de su es-

plendor, censuran su ostentacion y pronostican los resultados funestos de su lujo exajerado.

Mientras la riqueza ó sus apariencias se sostienen, el hombre y la mujer atraen á su amistad innumerables relaciones que ponderan su prosperidad, exajeran su fortuna y ayudan á desmembrarla con sus aplausos y con las manifestaciones que engrien su amor propio; pero casi nunca alcanzan á preveer el principio de su desgracia, hasta que esa misma sociedad los abandona, los desprecia y los insulta con el concepto ridículo que desde entonces dá la ingratitud á sus despilfarros.

Si la sociedad que tanto censura á la mujer vana y orgullosa y para quien solo reserva la adulacion, mientras contribuye á la vanagloria general ó á la antipatía y el desdén cuando su estrella se eclipsa, estudiara las causas que contribuyen á que esta pasion progrese y se desarrolle en todas las clases, no hay duda que podría remediar los perjuicios que la mujer á sí misma se irroga descuidando la instruccion moral que debe dirigirla desde la infancia.

Pero desgraciadamente la mujer misma, constituida en madre apasionada, se enorgullece de su condicion y prodiga al fruto de sus amores impropias exajeraciones y alabanzas ridículas, que despiertan el amor propio con que la naturaleza nos ha distinguido.

El desarrollo de su hermosura desvanece y aumenta los entusiasmos de la madre, que entabla un sistema de educacion débil y defectuosa para no contrarrestar el cariño de su hija, y admira y pondera de una manera incomprendible y ridícula el mérito de sus acciones vulgares y los encantos de su belleza, con predileccion á las hermosas cualidades pertinentes á la dignidad del alma.

Entusiasta por acrecentar los atractivos de su hija, la enseña sobre puntos que tocan á la perfeccion y propiedad de los adornos exteriores, la inicia en los secretos de

la moda, la prepara para sostener el lujo á costa de su fortuna y á veces de su honor, estimulándola con la adulacion para que no se deje corregir por el hombre.

Cuando éste, ilusionado por su pasion, tiene que declararla á la mujer, adopta como sistema más natural é imprescindible empezar por exajerar sus gracias, por dispensar los defectos de su altanería como caracteres propios de la juventud y de la jovialidad ó de la categoría de su posicion, y con la esperanza de corregirlos cuando sus derechos de esposo se lo faculten, confunde la altivez de su carácter con la dignidad de su condicion y considera indiferentes los resabios de una vanidad oculta.

La mujer, mal dirigida toda su vida, perturbada por la lisonja, ilusionada por el lujo, educada únicamente para figurar en sociedad con los papeles de *elegante y distinguida*, perseguida y adulada siempre por la seduccion ó por las confianzas de los hombres, no puede ser responsable de que su vanidad se arraigue en el corazon como sentimiento natural y propio de su honor, mientras el esmero de su educacion no lo cifre en la importancia y el cumplimiento de sus propios deberes, cuya posibilidad se atribuye á sí misma.

Ni tampoco se podrá evitar que con este defecto desarrolle otros vicios de su alma, corregibles por la moral únicamente, que la salvaría de los peligros á que está espuesta toda su vida, y evitaría al hombre los males que deplora y que atribuye el positivismo á la naturaleza y á la condicion de la mujer.

## CAPITULO XXV.

### EL ORGULLO.

El orgullo es la hidropesía moral  
de las cabezas humanas.

Casti.

#### I.

¿Por qué se confunde comunmente el orgullo con la vanidad?

Porque la distancia que en el ánimo hay de una elacion á otra es muy limitada y la enlaza siempre el amor propio.

Sin embargo, á pesar de esta union, la diferencia se hace notar; porque la vanidad es comun á todas las clases sociales, y el orgullo generalmente es propiedad especial de las gentes distinguidas, que por su posicion diversa debieran estar obligadas á demostrar educacion más esmerada, en vez de conceptuarse superiores á los demás.

El amor propio que dirige la vanidad se satisface con dar importancia á todas las trivialidades de la vida que procedan de nuestros méritos propios ó estén en relacion con nuestra posicion social, cualquiera que ella sea.

El orgullo es un sentimiento especial que nuestra propia estimacion exajera, en sentido ascendente al grado

soberbio, pretendiendo elevarnos sobre nuestra propia condicion, y nace por lo comun de nuestras pretensiones de nobleza y de virtud que nos hacen adquirir el carácter de la arrogancia.

A pesar de lo comunes que son ambos defectos, parece como que el género mismo que los distingue en el lenguaje les dá cierta nota diferencial, para que la vanidad sea más adecuada al carácter de la mujer y el orgullo se adapte mejor al hombre que con su altivéz y su soberbia cree aumentar el poder de su fuerzas.

No por esto dejan de influir ambas pasiones indistintamente en su corrupcion, lo mismo en el hombre que en la mujer; y por lo que á esta corresponde imprime en sus cualidades delicadas un resultado repulsivo y deplorable para los propios sentimientos de su corazon y para la dulzura de las pasiones que en él se enjendran.

Odiosa se hace, desde luego, la mujer revestida de orgullo que se considera con su fatuidad superior á sus semejantes y teme con su trato ver degradados los méritos de su amor propio.

Con este sentimiento confunde la dignidad noble de su alma y concluye por permanecer toda su vida engreida por las pretensiones de su nacimiento, engañada por la hipocresía de sus propias virtudes ó corrompida por los dones escesivos de su opulencia.

Ridículo es ver á una mujer constituirse por la altivéz de su carácter orgulloso en esclava de su amor propio, sin libertad ni confianza para familiarizarse más que con las personas de su misma categoría y prodigando favores y mercedes con sus miradas y saludos á sus iguales é inferiores, cual si ejerciera actos de generosidad.

Ridículo y despreciable es el desdén que reserva para las otras categorías sociales ó el temor que demuestra de ver empañada su presuncion con el roce de modestas relaciones, las cuales solo mira bajo el concepto de tributa-

rias de cierta sumision y cual si estuvieran obligadas á que le prodiguen sus admiraciones ó le presten sus servicios.

Todas las ilusiones que la mujer obtenga de su orgullo, todas las satisfacciones que en el corazon encuentren la complacencia del amor propio, todas las virtudes que necesiten del estímulo y de la defensa de la vanidad, no son más que exageraciones repugnantes del egoismo de nuestra alma, que no comprende su condicion natural y destruye en sus expansiones extraordinarias la propia bondad de sus sentimientos.

El orgullo y la vanidad, en contraposicion siempre á la modestia y á la humildad que tanto realce dan al candor y á los atractivos de la mujer, se desarrollan libremente cuando la educacion descuida las cualidades perfectas de estos otros sentimientos, y aun se apela á ellos para ocultar la inclinacion odiosa conque quieren intervenir aquellos defectos en las pasiones sencillas.

La mujer que imprime los caracteres de este vicio á los encantos de su hermosura y á las gracias de su cuerpo para aumentar los estímulos de su amor, no consigue otra cosa que infundir en el hombre un temor contrario á las ternuras de dicha pasion, que en vez de cautivar cual pretende, promueve la fria indiferencia propia del cálculo de un interés determinado que acepta el amor para sus fines particulares ó acaba por despreciarlo como inconveniente para su felicidad.

No hay mujer orgullosa que, realzando su defecto, consiga atraerse las simpatías de los hombres con la sola influencia de los encantos de su belleza ó con la esposicion de sus falsas virtudes, porque desde luego revela el dominio que es capaz de ejercer contra los derechos de autoridad del hombre para sobreponerse á su voluntad.

Y si el hombre, á pesar de esto, elije una mujer con aquella condicion, bien podemos asegurar que aspira me-

por que á la posesion de su hermosura y de su amor, á los capitales de su fortuna, ó á la vanidad de sus pergaminos deteriorados para adquirir la vanagloria social, sin cuyos méritos ridículos no podría hacer ostentacion de su importancia.

Así como la mujer frívola se hincha inconscientemente de vanidad ridícula, del mismo modo la mujer orgullosa adquiere el desvanecimiento de sus propias facultades, y devorada por el desórden de sus apetitos acaba por hacerse intolerable á nuestros ojos con su soberbia dominadora.

Cuando no encuentra su amor propio satisfaccion cumplida en los excesos de su presuncion ni en la ostentacion de su fatuidad, contrae ese carácter díscolo y altanero, que armonizando comunmente con la cólera y la ira, descompone la tranquilidad del ánimo y destruye en absoluto la bondad del corazon.

La sociedad predispuesta siempre á sostener nuestra reputacion, cuando vé que la mujer llega á este estado irremediable consecuencia natural de todo orgullo desmedido, la desprecia y la abandona como ente repulsivo á los progresos conciliadores de nuestra civilizacion, que aspira á hermanar todos los afectos y todas las consideraciones bajo el principio de la igualdad ante la virtud y la educacion.

## II.

El orgullo que se funda en las distinciones del linaje, es el que ménos base ofrece para el individuo que se vanagloria de haberlas adquirido.

No pretendemos por esto rebajar las consideraciones que la sociedad concede á la nobleza, porque con ellas se demuestra que nunca es ingrata para la memoria de los justos merecimientos trasmitidos por nuestros antepasados.

No llegan tampoco nuestras ideas democráticas hasta el punto de sostener que la nobleza no debe subsistir en las naciones, cuando en otros tiempos ha servido esta clase de elemento poderoso para defender las libertades de los pueblos y ha contribuido con sus heroicas hazañas y grandes sacrificios á alentar el amor pátrio y á engrandecer la gloria de los hombres, influyendo muchas veces en los progresos de nuestra civilizacion y en el afianzamiento de nuestras leyes.

Y aunque sobre este punto puedan resultar ejemplos contrarios, dejamos á la política y á la historia el derecho de discutir y de juzgar las causas y la utilidad de la decadencia de la nobleza y del desarrollo de las igualdades democráticas, que no alardean de menos grandes glorias hereditarias, por no corresponder á la índole de nuestro estudio.

La sociedad ha tenido y tendrá siempre la necesidad de recompensar las grandes acciones y las excelentes virtudes de los hombres que llegan á la inmortalidad dejándonos en la tierra los destellos gloriosos de sus géneos.

Y la humanidad tiene por un deber sagrado respetar y considerar dignamente la memoria de nuestros antecesores, y venerar la de los grandes hombres, para con sus ejemplos inmortales hacernos dignos émulos de la imitacion de sus virtudes.

Con un título de nobleza se contraen mayores compromisos para cumplir con este deber, porque se conserva más patente y directo el vínculo de los recuerdos venerables.

Pero resulta ridículo y absurdo alimentar nuestro orgullo con el pergamino grasiento de un título nobiliario, debido algunas veces al favoritismo de la época mejor que á los méritos del primer difunto que lo obtuvo.

Y aunque justa fuera aquella recompensa, en ningun caso puede autorizar á sus descendientes á que conser-

ven su memoria como un privilegio para satisfacer el amor propio de la rama genealógica, con lo cual se acredita carecer de otros méritos personales.

Si aceptable fuera semejante consideracion, de fijo que en todos los linajes de la humanidad habríamos de encontrar méritos y degradacion en sus ascendientes, para contrarrestar el orgullo con la vergüenza de otras pruebas despreciables.

La nobleza, pues, si se considerara de esta manera vulgar, no resultaría más que un recuerdo frívolo de nuestra fantasía para adquirir una disculpa, á nuestro mal entender justificada, que pusiera á cubierto la altivéz y la arrogancia de nuestro carácter orgulloso.

Y no siendo esta la índole ni las consecuencias que deben deducirse de las prerogativas y de las virtudes de un apellido ilustre, claro es que por su recuerdo queda obligado el hombre á sostener con su proceder y su conducta las mismas virtudes y los mismos méritos que fueron causa del primer blason de familia.

Pero como no todos reunimos condiciones ni aptitud para practicar del mismo modo las glorias de nuestros antepasados, si su memoria no se conserva ilustre granjeándonos la estimacion general por medio de la honradéz y utilidad social, lo que hacemos con nuestra conducta contraria es manchar inconscientemente su esplendor digno y ridiculizar su memoria.

Comunmente, para algunas familias, los timbres de la nobleza constituyen en sus individuos privilegios especiales para sostener su presuncion, desempeñando en la sociedad papeles inútiles y peligrosos, cuales son los que de la ociosidad y de la ignorancia suelen desprenderse.

Para estas familias, el brillo de los blasones y el lustre de sus apellidos es una verdadera desgracia; porque aferradas al orgullo de su linaje no consideran necesario estimular al trabajo y á la instruccion á sus individuos,

y engreídos por su propia ignorancia, se convierten en miserables párias de la sociedad, sinó aplican la libertad de su vida al desenfreno de sus vicios y de sus pasiones.

Con estos motivos, más bien que por la índole de sus doctrinas, se adquiere la animadversión que la democracia conserva en sus censuras para los títulos hereditarios, y la decadencia que la fortuna viene preparando á casas de antiguo ilustres y respetables, á las cuales se las vé caminar á la ruina total de sus intereses y á la indiferencia representativa, sinó se granjean el menosprecio general de la sociedad.

Sabido es que el orgullo de casi todas las familias nobles no les permitía en otro tiempo mezclar su sangre con la de individuos de otras clases sociales que dependieran del estudio ó del trabajo, y se consideraba una mengua, y á veces un baldon, á pesar de la honradéz conque pudieran distinguirse.

Hoy la necesidad de sostener el orgullo inocente de los títulos hereditarios, y el estado deplorable á que vienen reduciéndose algunos patrimonios, obliga á muchos apellidos ilustres á buscar los esplendores de la vanagloria en los capitales del industrial ó del propietario, con lo cual aunque la vanidad se prolonga gana la sociedad, porque facilita medios para que el estímulo del trabajo se generalice en todas las categorías.

Hay familias en la sociedad tan obcecadas en sus vanas presunciones, que á pesar de sus linajes vulgares no viven felices sinó se tratan ó enlazan con la aristocrácia de los pergaminos, y acaban por hacerse la ilusion de que descendiendo de noble alcurnia, recayendo en ellas el ridículo de las gentes sensatas que con sus sátiras las califican de satélites de la nobleza.

Las cualidades de un apellido ilustre deben ser apreciadas por todas las gentes para aprender de ellas la bondad conque se distingán, nunca para fomentar su orgullo y dedicarse á serviles aduladores de su vanagloria.

Las buenas cualidades de un apellido distinguido, que siempre son las que envanecen, obligan más aún que las de un apellido vulgar á acreditar las prendas especiales de la educacion y á justificar la honradéz de la familia, que tiene el deber de no empañar por ningun concepto los méritos de sus ascendientes.

Y si esto obliga al hombre que tiene espeditos los caminos de las armas, de las ciencias y de la política para pretender descollar en ellas y aumentar la gloria de sus antepasados ¿á qué no quedará obligada la mujer noble que para defender el esplendor de sus mayores no tiene más elementos propios que su corazon y su virtud?

Sin virtud no hay nobleza en la tierra por muchos y muy antiguos que sean los pergaminos que se archiven.

Sin virtud no hay honor en el corazon, y los timbrés que en este estado se hacen lucir resultan con manchas degradantes para el pecho que los ostenta.

Sin virtud y sin honor no hay vida moral en el alma, y sin esta vida el amor no puede manifestar la sinceridad de las bondades que justifican y realzan su verdadera dignidad.

La mujer noble que con su discrecion y con su talento sabe sostener siempre con verdadera dignidad el apellido que la distingue, nunca puede ser orgullosa; porque la altanería procede de la ofuscacion conque el amor propio confunde la dignidad de nuestra condicion natural.

Harto comprende la mujer virtuosa que de la cuna no sacamos todos los mortales más que un alma dignísima, igual en su nobleza á todas, y que tenemos el deber de aumentar los timbres de su elevada prosapia añadiendo en cada accion buena de la vida un nuevo florón á la corona de su inmortalidad.

La mujer noble, que de este modo sostiene las herencias de su nobleza, que abre su corazon para prodigar los bienes de su alma entre los necesitados, que emplea sus

virtudes en acrisolar el amor de su familia y que por donde pasa deja grabadas las huellas de su honrosa educación, debiera declararse ante la sociedad tan noble y tan ilustre como los grandes hombres que con sus glorias militares, políticas y científicas arrebatan nuestra admiración.

No olvide nunca la mujer noble que por el egoísmo de nuestra sociedad, cuanto más elevada y distinguida es la posición de la persona más atrae la atención general, más se escudriñan sus acciones, más se censuran sus defectos y ménos mérito se concede á sus virtudes que se consideran deberes naturales á su jerarquía; pero cuando desgraciadamente de esa posición se desciende por nuestras flaquezas, la caída es afrentosa, y los demás hombres se complacen siempre en hundir al caído con su malicia.

### III.

El influjo que el orgullo ejerce en el corazón y en el raciocinio de la mujer, contribuye á que su virtud y su honor queden á merced de su amor propio, y á la defensa de su altivez.

¡Pobre virtud y pobre honor cuando se confía su apoyo y su defensa á las fuerzas de nuestro egoísmo!

Fácil es corromperlos contra nuestra voluntad propia, porque la altivez, el orgullo y la soberbia destruyen toda la nobleza y sinceridad del corazón; y aunque la mujer orgullosa pretenda preservarse de sus peligros escudándose en la modestia y en la prudencia, ó apelando á la piedad, siempre resultarán imperfectos ó falsos estos sentimientos, exclusivos en su mérito real para la mujer de discreción y de talento, que en primer término se desprende de su amor propio y de sus elaciones.

Es la mujer orgullosa cuando hace ostentación de la

integridad de su alma un modelo que jamás puede confundirse con la mujer hipócrita, porque su malicia no alcanza á su refinamiento; y sus intenciones, si detenidamente se estudian, resultan pueriles y ridículas las más de las veces, distinguiéndose aquella de toda otra especie por la buena fé especial y característica de la ignorancia, y por la manera altiva con que practica sus virtudes y su piedad.

La modestia que tanto estima la mujer virtuosa, no es posible que la practique, ni le es fácil imitar sus caracteres, como no apele al propio engaño de su corazón que estima siempre bien ganados y justos los aplausos que se tributan á sus méritos.

Con este concepto apasionado de sus acciones destruye la sinceridad de su virtud; y aunque el recato lo manifieste con su compostura, con el recogimiento de su mirada ó con la direccion preventiva de sus obras, á través de estas apariencias de prudencia y de humildad se ha de descubrir siempre la altivéz de su amor propio, intranquilo por el abuso de la satisfaccion que destruye todo su valor meritorio.

La piedad, que segun la moral cristiana necesita en primer término de la sencillez y de la humildad del corazón, la ejerce la mujer orgullosa con indiferencia más libre que la hipócrita, procurando distinguirse en el género de sus devociones y hasta en el lugar y forma que debe practicarlas.

Por vanidad y por orgullo, más que por devocion y por virtud, hay algunas mujeres que se inscriben en sociedades piadosas y figuran con cargos distinguidos en congregaciones religiosas, procurando armonizar infructuosamente su amor propio con los deberes relativos á sus semejantes y á Dios.

No se suponga por esto que pretendemos destruir el espíritu laudable de las obras piadosas; deseamos única-

mente ver en la mujer la sinceridad con que debe practicarlas, para que á la vez que produzcan frutos saludables á sus semejantes, redunden en beneficio de su propio corazon.

La caridad misma, que el cristianismo y la civilizacion nuestra califican de la joya más pura entre nuestras virtudes, la mujer orgullosa pretende amoldarla á sus caprichos y á sus veleidades, revistiéndola de los caracteres alarmantes de la publicidad y de la ostentacion, con lo cual goza su amor propio y su ignorancia supone que debe así distinguirse; pero solo consigue disfrazarla con las apariencias y ficciones de la filantropía.

Si su honor defiende siempre, nunca será debido á las raíces fecundas de su educacion y de su virtud, sinó al temor egoista de que su nombre distinguido por su amor propio y elevado á las cumbres del orgullo resulte ultrajado y á merced del desprecio público.

Bien sabe la mujer orgullosa dar á sus pasiones la direccion de su corazon, que cree necesitar para sostener con esplendor la efímera vanagloria de sus satisfacciones y ocultarlas con los misterios de su dignidad aparente.

Y esto, que tambien aprendido tiene, justifica que su raciocinio está viciado y su corazon corrompido por los defectos adquiridos en su educacion abandonada.

Aprenda la mujer, cualquiera sea su posicion, á conocer sólidamente en qué consiste la virtud y el honor, ántes de esponerlos á los peligros y de necesitar la defensa de su dignidad.

Aprenda á desarrollar la sinceridad en su corazon para que ningun espacio quede en él á la malicia, y todas sus virtudes descubrirán el envidiable sello de la modestia y de la humildad.

No se desprenda jamás de estas cualidades para todas sus acciones y para la nobleza de sus apasionados sentimientos, y el amor le resultará más tierno y duradero, la

piedad más ferviente y sencilla, la caridad más natural y espontánea; y sin apelar á la vanidad y al orgullo defenderá su honor con entereza, viéndose constantemente rodeada de una aureola de envidiable admiracion para todos los elementos de la sociedad, de que gozará con satisfaccion en el seno de su familia.

## CAPÍTULO XXVI.

### LA ENVIDIA.

La envidia es la cárie del alma.



#### I.

La malicia que persigue á nuestra alma en acecho constante para relajar los sentimientos más nobles de nuestra dignidad, altera y confunde comunmente la aplicacion de sus bondades para aprovechar en nuestras propias flaquezas la oportunidad de corromperlos.

Así se comprende el uso á que hacemos servir indistintamente las inclinaciones más benignas y elevadas de nuestro corazon, las cuales si fueran dirigidas siempre por la rectitud sana de un buen criterio no dejarían de producir los dignos frutos de su condicion especial.

Entre estas inclinaciones hay un sentimiento que nos origina gran complacencia cuando nos escita á imitar las grandes ó las buenas acciones de los demás hombres, y cuando alentados por los deseos y por las esperanzas de poder igualar las nuestras con aquellas nos estimula y nos conduce á la perfeccion mayor posible.

Ese sentimiento, que es el de la emulacion, despierta en nosotros la energía y la actividad que, multiplicando

las fuerzas del alma y vigorizando el raciocinio, destruye la inercia y consume el fastidio; y aunque por nuestra ineptitud no alcancemos las alturas del génio, nos proporciona muchas de las pocas felicidades que podemos gozar en la tierra.

Pero ese elevado sentimiento, fuerza potente de nuestra alma, que pugna por guiarla dignamente á la inmortalidad, no se desarrolla las más de las veces en el corazon, por el raquitismo miserable en que lo dejan los defectos de nuestra educacion y los vicios que se adquieren por el desórden y desenfreno de nuestras pasiones.

Del gérmen que de aquel sentimiento queda siempre en el alma, resulta una inquietud vergonzosa causada por la ambicion de los bienes y de la felicidad de que carecemos, y por sus méritos ó fortuna vemos gozar en nuestros semejantes, aumentando con nuestra ineptitud ó exigente deseo los pesares secretos y la intranquilidad continua del corazon.

Adulterada la esencia de ese gérmen, pierde la influencia saludable de sus cualidades y establece una competencia inconveniente y perjudicial en nuestros propios deseos, de la cual dimana la envidia y la ambicion.

Es la envidia una elacion más de las de nuestro ánimo, que nos aflige y llena de pesar y de ambicion al considerar el bien que tranquilamente disfruta nuestro prójimo, á quien si en nuestro arbitrio estuviera no le permitiríamos género alguno de felicidad.

Esta pasion egoista, tan comun en la mujer como naturales son las ambiciones bastardas en el hombre, nace de la antipatía conque mira y distingue á la persona á quien se envidia y de la impotencia ó degradacion de nuestro amor propio, que no sabe adquirir sus satisfacciones más que á costa de la reputacion ó de la dicha de nuestros semejantes.

Vicio que en cuanto se apodera del corazon lo entris-

tece y enferma de una manera incurable, estravia el raciocinio, y al contacto de cualquiera efecto repulsivo para su débil estado, corrompe todas las bondades que le son inherentes y esparce el veneno que destilan la ira y la rabia en que convierte su propia impotencia.

Descubre la envidia, en el seno desgraciado en que domina, un refinamiento de malicia que algunas veces llega á la perversidad para confundir de la manera más intencionada á la persona que le es antipática; y no reparando en los males que causa ni en las reputaciones que ultraja, se ceba en ella de una manera velada é hipócrita, hasta que consigue anonadarla ante el buen concepto público y privarla de su digna reputacion.

Para conseguir este objeto, deplorable y punible segun la moral, cuenta la mujer envidiosa con un auxiliar poderoso, que al amparo de las confianzas del secreto desahoga misteriosamente las amarguras de su pesadumbre por medio de las murmuraciones.

Las consecuencias de este estímulo apasionado, como todos los que se oponen á nuestra perfeccion, son deplorables y perjudiciales, no únicamente para aquellas personas contra quienes se dirijen sus dardos emponzoñados, sinó tambien para el individuo que los maneja y los arroja porque perturba la tranquilidad de su organizacion, falsea la pureza de su educacion moral y contribuye á destruir su propio bienestar.

Rara vez la mujer envidiosa tiene valor y audacia bastante para descubrir ante los oidos que la escuchan la rivalidad conque disputa los méritos agenos, y se vé comprometida á disimularla con finjida prudencia para no degradarse descubriendo su aversion infundada; pues sin apelar á su propia franqueza se encuentra muchas veces contrariada en la villanía de sus intenciones, y humillada ante la sinceridad y justicia conque se rebaten sus temerarias apreciaciones.

Es la envidia de condicion tan miserable, que solamente se cobija en los corazones débiles privados de virtud y de convencimiento moral, que no sácian jamás la satisfaccion de su amor propio con la conformidad que inspiran los invariables designios de la voluntad divina, y dispuesta siempre á contrariarlos, acecha y persigue las bondades conque son favorecidos sus semejantes.

La mujer de discrecion y de talento, cuidadosa en primer término de la nobleza de su dignidad, no envidia los méritos que distingue en sus iguales ni ambiciona por medios reprehensibles las felicidades y distinciones ajenas; y si las desea, porque comprende la estimacion de que son acreedoras, las respeta, se desvela por imitarlas y se afana por perfeccionar las virtudes de su alma para llegar á colocarse bajo igual concepto.

Nunca acepta la amistad ni apoya las confianzas, como la mujer envidiosa que para saciar las ambiciones de su egoismo, procura disminuir siempre el entusiasmo conque se elogian las cualidades reveladas por las demás, y cuyas relaciones se encarga de emponzoñar á todo trance.

Satisfecha por el contrario con los dones que recibe de la Providencia, no olvida un solo dia los deberes de su gratitud y de su conformidad, y aún en las necesidades y en las tribulaciones mayores de la vida, se reviste de una prudencia y de una santa resignacion que realzan las cualidades hermosas conque la educacion enaltece la grandeza de su alma.

## II.

Tan diversas son las causas que influyen en el incremento de la envidia, como los elementos de que necesita para saciar sus descabelladas aspiraciones.

Todas las elaciones que del amor propio y del egoismo dimanen, contribuyen á su desarrollo y sirven de

combustible para inflamar el fuego de esta pasion devoradora.

La curiosidad le presta su ignorancia, la frivolidad la acoje con su insensatez, la mentira la alucina con sus propios engaños, la vanidad pretende atraérsela para sostener su presuncion, la ingratitud justifica con ella sus ambiciones, el orgullo la impulsa con su altivez y la caridad le niega su tierna compasion.

Funesta resulta la condicion de la mujer envidiosa cuando dedica sus curiosidades á descubrir los defectos ó los méritos de los demás, no para ilustrar su alma con la conexion propia ó el estímulo de sus ventajas, sinó más bien para acopiar investigaciones que puedan lastimar la reputacion y aminorar los merecimientos agenos.

El concepto fatuoso de su valimiento y de su perfeccion engaña los sentidos y entorpece la libre rectitud de la razon, para no poder comprender la mujer cuán frívolamente estriba los deseos y la ambicion que la tienen descontenta de su suerte y de sus condiciones.

La situacion crítica y escepcional en que se vé obligada á permanecer la mujer mientras no llega á conseguir la realizacion de sus esperanzas, la hacen envidiar la felicidad del amor ageno; y deseosa siempre de agradar á los hombres y de ver cumplidas todas sus aspiraciones, ella misma se coloca en observacion anómala para investigar, aprender é imitar las cualidades estrañas, acabando por envidiar el gusto, las costumbres y la suerte de las demás.

No le basta confiar en la fidelidad que se le promete por seguridades que obtenga; duda de sus esperanzas mientras no se le satisfacen; teme encontrarse postergada á otras ó burlada por la inconsecuencia del hombre; y con esta confusion en que decaen sus reflexiones, enjendra en su pecho celos infundados de todas las mujeres á quienes conoce ú observa.

La vanidad que procede de su hermosura, adulada fre-

cuentemente por el hombre aunque de ella carezca, y sostenida por sus galanterías, la alientan á ser envidiosa y á considerar sus encantos incomparables en perfeccion á los que puedan semejársele.

El prurito de su ignorancia propia, cuando no comprende el valor que tiene la discrecion y el talento, la hacen apreciar estas escelentes cualidades como rarezas dignas de sus ridículas censuras.

La virtud modesta que sabe sostener siempre la reputacion propia y que se adquiere por la integridad y por sus caracteres severos, la juzga la mujer envidiosa como falta de sociabilidad, cuando no se espone á la corrupcion de las impertinentes galanterías en que ella mejores goces disfruta y necesita para vivir con más libertad.

Su deseo inmoderado de figurar con preferentes consideraciones en todos los actos de la vida, escita á que la envidia desprecie las emulaciones ajenas y á que pretenda la mujer colocarse sobre las de condición más justamente distinguida.

La variacion inconstante de las modas, la estravagancia de los gustos, la profusa aplicacion de los adornos y de sus encantos, motivos todos pueriles pero importantísimos para la mujer vanidosa, prestan gran materia para ridiculizar cada uno de sus detalles, é intenta sujetarlos al rigor de su crítica, para fomentar la envidia con que se contemplan las elegantes invenciones elegidas á veces con más discrecion y acierto.

No hay espectáculo público, no hay baile ni reunion social en que á través de las sonrisas afectuosas, de los saludos atentos y de las miradas afables de las mujeres no se descubra la enfermedad cancerosa de la envidia, que aún cuando no haga palidecer los semblantes alegres, destruye infaliblemente la salud moral del corazon.

Cuando la mujer envidiosa comprende que cautiva á sus admiradores con la celada astucia de su pasion, y que

causan sus maledicciones un efecto satisfactorio en armonía con sus intenciones, á cuya influencia confía y consigne enaltecer sus méritos sin más trabajo que su conducta rastrera, desciende desde luego al terreno del coquetismo, y en él vive ya siempre intranquila con sus pretensiones absolutas, ávida de complacencias generales, de adulaciones fastuosas y de envidias insultantes.

Sus pensamientos temerarios no la conceden un momento de reposo ni de claridad para respetar la candidez ni aun la inocencia de sus competidoras que, ignorando la intencion y el alcance de las miradas y de las observaciones que sorprenden y distinguen con el instinto natural de su dignidad, se convierten en víctimas de sus sedentarias murmuraciones.

Los celos que de la envidia nacen en el corazon de la mujer, resultan más despreciables y degradantes que la envidia que enjendran los celos del amor.

Sin fundamento aquellos, se desarrollan por la acumulacion de ambiciones egoistas enjendradas por la vanidad, y sin más estímulos que su ciega presunción revelan desde luego en sus groseras inquietudes y maquinaciones la ignorancia completa, no sólo de los deberes sociales, sinó las más de las veces hasta de los respetos de la urbanidad.

La envidia que nace de los desengaños conque el alma vé alejarse y desvanecerse sus ilusiones más queridas, hiere de diversa manera el corazon y confunde la tristeza natural de aquel pesar con la melancolía que dejan las amarguras de las esperanzas, cuando la resignacion no usa de sus atribuciones consoladoras.

Los celos de amor, que se adquieren á continuacion de esos mismos desengaños, absorven todas las amarguras del alma, y en medio de su abandono y de su desconuelo se decae en un abatimiento que promueve la envidia natural de la felicidad ultrajada ó perdida.

Si despreciable y punible es la envidia en todo caso y sus consecuencias son muy funestas para la mujer, cuando esta pasión brota de las heridas que el amor deja en el corazón ó de las infidelidades del hombre, más que censura y desprecio debiéramos conceder compasión y remedio á sus pretensiones, toda vez que por nuestra conducta infame se desarrollan estas al amparo de las esperanzas burladas y de nuestros perjuicios.

Muy groseras son las ambiciones infundadas que desconciertan nuestra dignidad natural, y desarrolladas bajo el dominio de las demás pasiones viciosas del alma destruyen los gérmenes de la educación moral, haciendo vivir á la mujer en un continuo escepticismo y mal estar que, por más que oculte sus propósitos, siempre se distinga la injusticia de sus insensatas pretensiones.

Pero muy doloroso debe ser para la mujer y más sensible cuando la discreción se confía de la formalidad de las promesas, ver la buena fé de sus sentimientos hollada y perdida de un golpe por un desengaño inesperado, ó una de esas infidelidades que de repente desvanecen todas las ilusiones creadas á la sombra de nuestros juramentos, que dejan el corazón vacío é inundado en lágrimas de desesperación.

¿Qué de extraño es que con las luchas de los recuerdos y del desprecio, dude entonces la mujer de la influencia conque sus competidoras hayan contribuido á arrebatárle su tranquilidad y sus seguridades?

¿No es natural que en su propio estado de aislamiento y sin valor para acudir á las venganzas, aumente sus sufrimientos ante las felicidades que sabe se prodigan á otra mujer por el mismo falsario que á ella le engañó?

Nunca puede abstraerse el corazón de disgustos nacidos de comparaciones íntimas, ni de ese estímulo á que se le provoca con el sarcasmo de sus mismas desgracias.

Por mucha nobleza que se conserve en el alma, los

sentimientos todos del pesar han de alterarse con más ó menos precision, á pesar de las influencias de la resignacion que porfia siempre por atemperarlos á su consoladora tranquilidad.

Sin embargo, la moral cristiana que en su indiscutible perfeccion solo cuida de normalizar nuestros deberes y de corregir nuestros vicios, cuenta en sus propias doctrinas con un prodigioso caudal de consuelos, en que la mujer, sin más esfuerzos que dejarse guiar por su propia prudencia y acogiéndose al amparo de la caridad, puede destruir las inclinaciones estraviadas de la envidia y consolidar su amabilidad universal, por medio de la abnegacion y de la conformidad con que estamos obligados á recibir siempre la voluntad suprema de la Providencia, base de la satisfaccion de nuestro destino y de sus determinaciones.

### III.

La competencia que en el interior de nuestra alma suscita la envidia, produce comunmente una animosidad repugnante que no solo nos hace ambicionar la felicidad ajena, si que tambien nos inclina á mirar con menosprecio y aversion á la persona ó al objeto que envidiamos.

En oposicion constante con todo aquello que contraria nuestra voluntad y que no acalla nuestros deseos, aumentamos los pesares del corazon con un nuevo mal estar, cual es el resentimiento enjendrado sin fundamento notorio por la envidia, que redunde en ofensa de ingratitud para el Sér Supremo y de antipatia y de enemistad para nuestros semejantes.

Esta antipatia que se promueve en mayor grado cuando mejor deja la sensibilidad percibir sus abundantes efectos, se apodera imperceptiblemente del corazon de la mujer, que cuida poco de distinguir las cualidades de sus

sentimientos, y que guiada generalmente por sus libres inclinaciones, acepta como buenos todos sus estímulos, sin reparar en la fatalidad de sus consecuencias.

Colocada en este estado por su propia irreflexion, el resentimiento inesplicable que se desarrolla en su corazon degenera en rencor, y sin la base de ninguna ofensa justificada, las más de las veces, crece la aversion de un modo absoluto destruyendo una tras de otra todas las simpatías de los afectos, y acabando por descubrir con sus resultados el ódio implacable.

Es el ódio una aversion que solo se consiente en el corazon para repugnar la degradacion, el vicio y la injusticia, pero que nunca puede permitirse su desarrollo para ensañarse contra sus semejantes, ni se considera disculpable para que la mujer destruya sus bondades enjendrando rivalidades propias y ajenas.

Los deberes de toda sociedad humana exigen para sostener la union indispensable de sus individuos el respeto y la estimacion general, que proceden de la prudencia con que se dirijen las simpatías de la especie; y cuando esta prudencia falta, el menosprecio que dimana de la vaguedad conque el egoismo deja nuestra inteligencia resulta irracional, y se convierte en obcecacion estimulante para cegarnos con la malicia que se desprende de las pasiones censurables.

Los efectos de la amabilidad de la mujer más en relieve por la dulzura de sus sentimientos, deben armonizar su buena voluntad con los deseos ajenos, y con las ternuras naturales de su alma destruir las influencias repugnantes de cualquiera otra impresion que le sea enojosa ó que se apoye en las antipatías del corazon.

Pero como la dignidad de la mujer degenera en otros caracteres más bastardos, cuando su amor propio intenta imprimirle su accion imperiosa pierde aquella noble propiedad su virtud y sus buenas cualidades, y deja el cora-

zon á merced del influjo que en él quieran ejercer los estravios del menosprecio, en que redundan todos los efectos de la envidia.

Y al destruir la dulzura natural de sus sentimientos se pierde la afabilidad, la consideracion propia hermanada con la agena, y se descuidan los deberes relativos al respeto que pudiera desvanecer la mala voluntad, que tuerce en sentido contrario las simpatías.

De la obstinacion conque se sostiene esa mala voluntad resulta el encono ó sea la irritacion pertináz del ánimo; que en escitacion constante, no se considera satisfecho el corazon ni aún aplicando sus sentimientos á otras diversas pasiones, si no llega á embriagarse en los perversos placeres de la venganza.

A este término deplorable y criminal llega el corazon que cobija en su fondo las inclinaciones de la envidia, y cuya curacion se descuida impunemente por la obcecacion conque los celos desvirtuan desde el principio sus mejores propósitos.

Con semejantes celos consigue hermanar casi siempre las tristezas de la envidia con las exaltaciones de la cólera y de las iras, que debilitando nuestras fuerzas morales empobrecen el corazon, corroen sus sentimientos y acaban por destruirlos, atribuyendo á causas anexas á la fatalidad las consecuencias de su educacion abandonada.

Nunca descende á este extremo la mujer virtuosa, que satisfecha con su suerte y conformada con su felicidad y aún con las desgracias de su destino, tiene abnegacion bastante para no envidiar en las demás otra cosa que el cúmulo de las virtudes que la escudan con su natural modestia, y ella apetece para adquirir la perfeccion peculiar de su sexo considerado así prudente y fuerte por las doctrinas de la sabiduría.

## IV.

Las debilidades de los primeros años nos hacen considerar con gran indulgencia la envidia como una necesidad de nuestros deseos naturales para acallar las satisfacciones intemperantes de la edad, y en nuestras exigencias pueriles revelamos desde luego los caracteres malévolos que más tarde pueden convertir aquella pasión en un vicio crónico é incurable.

Si la madre no observa oportunamente la manifestación é índole de estas inclinaciones, y no corrige con su prudencia el apetito desordenado de nuestros deseos ni combate el capricho infundado de nuestras veleidades, posible y probable es que el mal contagie á los demás individuos de la familia y nunca se consiga disfrutar la paz, que es la principal satisfacción de su bienestar.

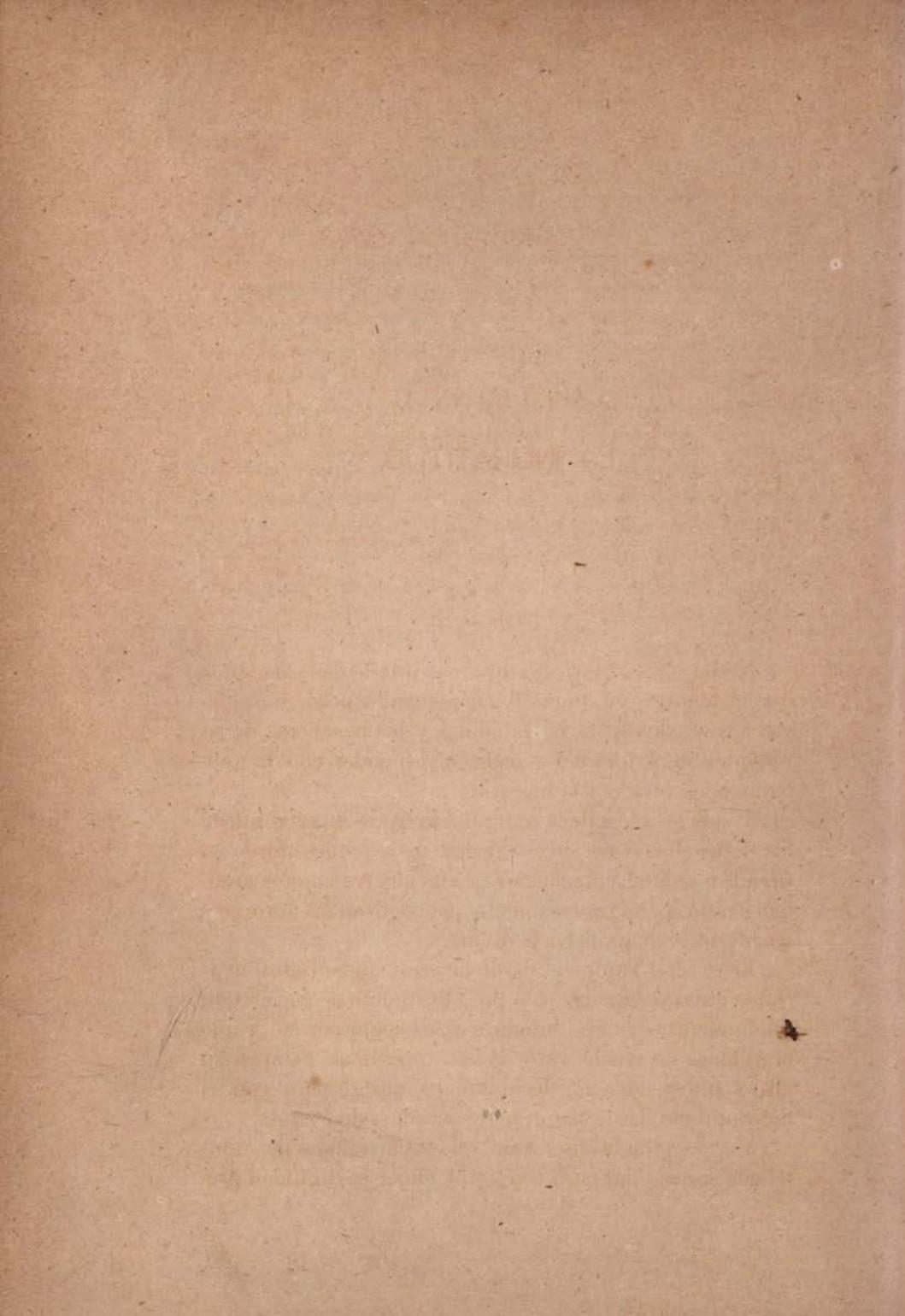
Comun es la rivalidad entre los hermanos; inesplicables en muchas ocasiones sus causas, que á nuestro alcance no tienen otra procedencia que las reservas de la envidia; y de sus competencias resultan los rencores, las odiosidades y las enemistades, que es posible lleguen á enconarse con agravios y ofensas tan frecuentes como sea el trato de las familias, para acabar por destruir las afecciones más desinteresadas de la naturaleza.

A la mujer, como madre, corresponde vigilar cuidadosamente no solo los defectos de su propio corazón para que no los adquieran sus hijos en sus primitivas impresiones, sinó los que de igual índole revelen ellos por su temperamento ó por la oscuridad de la ignorancia de su alma.

Si se dedica desde el principio á armonizar las voluntades de sus hijos con su amor maternal, inculcándoles el respeto y la consideración mútua, obligándoles con su solicitud á que comprendan el valor de la dulzura de los sentimientos del corazón y la afabilidad y amabilidad

conque deben recíprocamente entenderse siempre, sin duda que con este sistema establecen una de las principales bases para su educacion perfecta en sentido moral, y con más facilidad comprenderán y estimarán las relaciones y los deberes de los amores humanitarios de la caridad.

Pero si aquellos defectos, graves por su propia esencia, se abandonan como bagatelas indiferentes y propias de la infancia, la mujer inconscientemente se hace responsable de las consecuencias conque la insensatez nos coloca luego en las pendientes del egoismo, de la degradacion y del vilipendio, siendo culpable sin preveerlo de la vía torcida que se pueda dar á la emulacion, conque todos los individuos de la sociedad deben disputarse la gloria de contribuir á los progresos de nuestra cultura que tengan por objeto realzar la nobleza y la dignidad de nuestra inmortal condicion.



## CAPÍTULO XXVII.

### LA INGRATITUD.

Amar á un ingrato es no amar.

Plauto.

#### I.

No hay en la tierra criatura más privilegiada por Dios que el hombre, en quien frecuentemente prodiga á discrecion los dones de su sabiduría y los beneficios de su providencia, á los cuales suele corresponder con la indiferencia, el olvido y la ingratitud.

Todos los séres de la naturaleza reconocen cada nueva luz de los dias como otro beneficio más que les otorga su Creador; y en el entusiasmo de sus alegres amores entonan cánticos de agradecimiento que poetizan las auroras y glorifican la magnificencia divina.

Esos séres cumplen desde la creacion con este invariable sistema guiados solo por el estímulo de su instinto vital, mientras que el hombre, apasionado por su propio orgullo, se ha creído autorizado á proclamar siempre su altiva independendencia, declarándose ingrato para con el Sér Supremo desde las primeras acciones de su vida.

Y á pesar de la discrecion y de las facultades de su inteligencia, creadas para conservar mejor su dignidad pro-

pia, el desvanecimiento de los sentimientos de su alma le arrastra con su orgullo á desconocer como uno de sus principales deberes el del reconocimiento que se desprende de los beneficios y mercedes con que se le favorece.

Si así procede el hombre con Aquel á quien debe la vida, la luz de la razon y todo cuanto corresponde á su existencia pasajera y aún á su inmortalidad futura ¿qué de extraño tiene que olvide los beneficios de sus semejantes y no corresponda con la fraternidad á que la consideracion social obliga?

No intentamos con esta deducción aminorar la gravedad de los males de nuestro proceder egoista; sinó declarar desde luego que la conducta innoble que observamos los hombres para nuestra propia especie, tiene su fundamento en las soberbias primitivas castigadas con la severidad de nuestra sucesiva degradacion.

Encargado el hombre, por mandato supremo, del amparo de la mujer y de su direccion, debiera declararse espontáneamente responsable de las ingratitudes que en ella observa, en vez de lamentarse de la veleidat de su carácter que es susceptible de tanta modificacion y reforma como lo es el nuestro.

Pero aceptada por el hombre aquella tutela en la sola relacion que le conviene para la satisfaccion de sus necesidades y de sus placeres, se considera desligado de fomentar las bondades del corazon de la mujer con las instrucciones y los ejemplos de una educacion recíproca, conservando envuelta en su ignorancia natural la inteligencia, y atribuyéndose el derecho esclusivo de sus censuras y recriminaciones, cuando somos por nuestra apatía culpables de la mayor parte de los defectos y vicios que constituyen su distinta y anómala conducta.

Con verdadera injusticia juzgaríamos los hombres las ingratitudes de la mujer, si antes no confesáramos con imparcialidad que con la misma ligereza que ella, olvi-

damos nosotros sus mercedes, sus cuidados, su amor y sus sacrificios, algunos de más importancia que los nuestros.

Díganos sinó nuestra conciencia cómo agradecemos casi siempre la esposicion en que se coloca para darnos á luz; díganos también cómo correspondemos á su solicitud y á sus cuidados indispensables para nuestro desarrollo y para nuestra vida, y positivamente que los remordimientos de nuestro corazón descubrirán la ingratitud para los grandes sacrificios de nuestras madres.

Ellas se privan del jugo de su sangre para robustecer nuestro cuerpo; despiertan la razón para reconocer á Dios y adorarle; ilustran nuestra alma con su amor, y apasionadas siempre á pesar de nuestra indiferencia, están continuamente dispuestas á sacrificar su vida por la nuestra, sin interesar aún la debida y ciega recompensa de nuestros afectos.

A ellas debemos, después de Dios, el germen de nuestra educación, los principios de nuestro buen pensar, la rectitud de nuestros sentimientos y aún la bondad y la pureza de nuestros primeros y más castos amores.

¿De qué manera correspondemos los hombres á tanto beneficio y á tanta abnegación como arrostra la mujer para elevarnos á la altura y á la utilidad del papel que desempeñamos en el mundo social?

¿Cómo agradecemos la fidelidad de su incomparable cariño?

Con la indiferencia más absoluta nacida de nuestra vanidad, con el olvido más punible que adquirimos con nuestra soberbia y con el abandono de nuestra ingratitud; llegando algunos corazones abyectos á considerar despreciable á la misma mujer de quien proceden.

Sólo la insensatez y el colmo del orgullo pueden aconsejar á algunos hombres el desprecio por sistema de la mujer en general, olvidando el respeto que en vida y

muerte merecen siempre los recuerdos de la honra y de la consideracion de sus madres.

Si este precepto natural y divino lo conserváramos perpétuamente grabado en el alma, no juzgaríamos tan frívolamente esos seres acreedores de nuestra vida, de quienes deseamos el amor y sus placeres y con cuya amistad pretendemos compartir nuestro porvenir perpétuo.

Y para culpar dignamente las ingratitudes de la mujer, fruto de su veleidad, debiéramos facilitarle en primer término, como prueba de nuestro reconocimiento y de el interés que su felicidad nos inspira, todos los arbitrios que la cultura y el progreso humano tienen, para perfeccionar las bondades de su corazon é ilustrar las facultades de su inteligencia.

Mientras así no suceda, nuestros juicios inconsiderados solo revelarán en sus temeridades los resabios de nuestra primitiva soberbia y las ingratitudes de nuestro perpétuo egoismo.

## II.

Por la debilidad natural que caracteriza el temperamento de la mujer, necesita esta de una proteccion y de una defensa vigorosa que resguardándola de todos los peligros de la vida, la aliente á seguir su peregrinacion mortal y la ayude á cumplir su mision con la confianza relativa á su gran inesperienza.

La sabiduría del Creador ha confiado esta tutela al hombre como el sér más inteligente de la tierra; y al otorgársela por compañera ha impuesto á ambos deberes recíprocos, que para no descuidar la falta de su cumplimiento ni repugnarle la aridez de su severidad, los anuda con el enlace del sentimiento más delicado y sublime del alma, cual es el del amor.

Colocada bajo esta proteccion, debiera el hombre desprenderse de su egoismo y de la sensualidad de sus afeciones, considerando á la mujer no como un elemento propio á sus placeres ó como una ayuda para descargar en ella las penalidades de la vida, sinó como un sér predilecto de la Divinidad confiado á su custodia y á la educacion de su saber.

La mujer, si de esta manera estimáramos su condicion, podría adelantar más en su cultura y dirigir con exactitud las inclinaciones de su alma al fin perdurable á que es destinada.

Pero desgraciadamente cuando el amor impresiona, sucede siempre que en vez de someterse al arbitrio de un recto criterio, tanto al hombre como á la mujer les alucina la influencia de su propia pasion; y entusiasmados ante sus atractivos con el encanto de sus sentidos y con las ilusiones de su dicha imaginaria, no pueden meditar el objeto de su afecion ni preveer la importancia que tiene la sociedad matrimonial, establecida sobre las obligaciones que á ella los sujetan.

Todo deber moral implica una necesidad ó una conveniencia relativa al sostén de nuestra propia nobleza, no una carga creada para aumentar los pesares de la vida y agravar sus circunstancias.

Y los deberes que establece el amor son tan necesarios para la elevacion de este sentimiento, que sin ellos carecerian de su estímulo sublime las esperanzas de felicidad completa, y se considerarían inútiles las bellas condiciones de la fidelidad y de la constancia.

El cumplimiento de todo deber crea en el corazon un afecto de benevolencia, que aun cuando otro interés no nos estimulara sirve de satisfaccion cumplida para nosotros mismos; y en los pensamientos de esa misma satisfaccion absorbe el alma la gratitud de sus complacencias más inocentes y purísimas.

Las faltas que afectan á esos mismos deberes proceden del olvido ó del desprecio de nuestras escelentes condiciones y nos colocan en un estado al parecer independiente, pero resultan perjudiciales á nuestra perfeccion y nos dejan espuestos á la vaguedad y arbitrariedades de la malicia.

Es el amor una de las necesidades del alma que más obligaciones la imponen para conservar su pureza y no corromper la benevolencia de sus afectos, por el contacto que guardan con las exigencias de los sentidos.

Aunque el hombre queda tan sujeto como la mujer á los deberes que nacen de su amor, la profusion de los sentimientos que en esta atesora la naturaleza, sus cualidades tiernísimas y la condicion misma que ocupa al lado de él, la debieran inclinar al agradecimiento invariable para su protector.

Pero es tan imperfecta la idea que tenemos de los deberes del agradecimiento que, á pesar de nuestros progresos, el amor propio y el egoismo conservan los derechos de recibir todos los beneficios de la vida como propiedad indiscutible de nuestros méritos; nunca como gracias especiales conque seamos distinguidos.

Muy violento se nos hace para nuestro orgullo confesar la pequenez de nuestra naturaleza humana, elevada á gran condicion inmortal por las mercedes divinas y por la cultura y las leyes de la sociedad; pero la verdad es que sin el cumplimiento exacto de nuestros deberes, nuestra inteligencia no revelaría las especiales cualidades de su superioridad ni podría conservarla.

No debe el hombre buscar únicamente con el amor de la mujer la saciedad de sus pasiones sensuales; más bien con su discrecion comunicar las expansions del alma con otro sér que le comprenda, que conozca cual él las amargas de la vida, con quien pueda compartir los frutos y las fatigas de sus trabajos y de quien tiene el derecho de reclamar la gratitud de sus consuelos.

Desde el momento en que la mujer se constituye en compañera del hombre por el amor, queda ella obligada á su obediencia no con el sacrificio de su libertad absoluta, sinó con la voluntad espontánea que nace de la mútua inteligencia de los sentimientos.

Debe reconocer la mujer que su docilidad necesita, en primer término, de la mayor prudencia para sostener la suavidad y dulzura de su propio corazón, no alterando la paz, que pudiera irritarse con la contrariedad de las voluntades.

Siento declarar aquí mi convencimiento de que no es la prudencia la virtud mejor comprendida por la mujer, á pesar de serle tan indispensable para acreditar con cordura su modestia, moderar los ímpetus de sus sentimientos y los estravios de su raciocinio.

Cuando aquella virtud se pierde á impulso del egoísmo y de la altivez, nos dejamos arrastrar por una violenta atracción que, en su impetuosidad desbordada, afecta y destruye hasta las mismas simpatías del amor.

La imprudencia, pues, es uno de los elementos principales que influyen en el olvido de nuestras consideraciones y á cuya sombra se desarrolla la independencia que proclaman nuestras ingratitudes.

Aconsejamos á la mujer que jamás deje de considerar que al hombre tiene que agradecerle los frutos de sus afanes, los cuidados de su seguridad y propia conservación, la defensa de sus peligros y todo cuanto á ella en la vida social concierne; hasta la emancipación y libertad de su antigua esclavitud.

No hay duda que la mujer anhela en todos sus proyectos encontrar para su amor un hombre que, al compartir con ella sus placeres, se constituya en defensor perpetuo de su vida y en esclavo de su corazón; porque sin esta garantía no desplegarían sus pasiones las dichas ideales que aumentan sus bondades con la seguridad de su posesión, y la grata esperanza de nunca perderlas.

Y esta pérdida de la libertad, á veces penosa y aflictiva, que el hombre experimenta por los lazos del amor, es un beneficio que la mujer tiene necesidad de reconocer, sin engreirse de su triunfo y dominio, conservándolo para siempre á fin de que al menos la felicidad doméstica no se disipe á costa de muchas infidelidades.

Ese beneficio es el primero y más inolvidable que la mujer recibe del hombre; y aunque á esta deuda corresponda ella con el consentimiento de sus afectos, obligada queda á su gratitud para toda la vida, conforme con aquel pensamiento sublime de Francklin que en materia de gratitud considera perpétuamente acreedora á la persona que dispensa la primera fineza.

Si la memoria de la mujer nunca olvidara la virtud social del aprecio y estimacion que debe al hombre, por quien consigue mortificar los sentimientos afectuosos de su corazon hasta el estado sublime de la maternidad, no aumentaría su ingratitud con la dureza que permiten las veleidades de su carácter frívolo.

Á fé que cuando en ella no falta la discrecion, cada favor que recibe del hombre es un nuevo lazo de más estrecha gratitud, que consolida su amor y le eleva de afeccion en afeccion á las regiones puras del ideal perfectísimo.

### III.

Se queja la mujer con razon fundada del criterio apasionado de los hombres que no reconociendo en ella el mérito de sus virtudes, ni sabiendo apreciar la sinceridad de un amor verdadero, estiman esta pasion como juguete que sirve á sus caprichos sésuales y apelan á la infidelidad para saciar sus apetitos de seduccion, despreciándola á su antojo cuando de su constancia se aburren.

Justas son las expresiones de este sentimiento que no podemos disculpar los hombres con solidéz y argumentacion verídica, por culpa de nuestras propias flaquezas; y apelando á los subterfugios del coquetismo achacamos al carácter veleidoso de la mujer y á su frivolidad, la naturaleza de sus propias ingraticudes y las causas de nuestras inconstancias.

Hay en la mujer ciertas pretensiones de independencia y de rebeldía que se le perdonan, no porque carezcan de gravedad las consecuencias que puedan reportarnos sinó por las bondades del corazon del hombre, que mientras las amarguras de un desengaño incorregible no disipan el gérmen de la excelencia de su dignidad propia, está siempre predispuesto al olvido de las ofensas que se le infieren, y es más agradecido que la mujer á las indulgencias por las que se desvirtua la fealdad de sus faltas.

Esta grandeza de ánimo que comunmente el hombre manifiesta con más espontaneidad que la mujer, á pesar de la arrogancia de nuestro carácter nos autoriza á censurar sus ingraticudes, aunque puedan ser de igual especie á las nuestras, mientras ella no consiga igualársenos en la magnanimidad y el valor del corazon.

Quizás parezcan erróneas estas ideas recordando la flexibilidad de los sentimientos de la mujer y la dureza del génio dominador del hombre; pero si comparamos la modificacion favorable que se nota en el desarrollo de cada una de las facultades intelectuales por medio de la instruccion, comprenderemos que cuanto mejor educadas estén estas, más influencia ejercen en el alma para despreciar los desengaños y dominar sus pesares, cuya instruccion con evidencia se manifiesta más patente en el hombre que en la mujer.

No olvida la mujer con facilidad las ofensas de una rival que pretenda arrebatarle con el amor del hombre las ilusiones de su corazon; y aunque el perdon asome á

sus lábios ante el recuerdo de los deberes de la gratitud, en el fondo de su conciencia queda siempre arraigado el deseo de la venganza.

No tiene la mujer la entereza del hombre para despreciar las ofensas cuando afectan á su personalidad; ella procura rebajar más su condicion con la influencia de sus celos y la envidia que se desprende de los temores de su cobardía y de la inesperienza, para dominar sus sentimientos.

Olvida, disculpa y perdona una madre no solo las faltas sinó hasta los crímenes de sus hijos; pero jamás consigue la mujer borrar de su memoria las ofensas del hombre ó las de otra mujer que la humille, aunque deba estar reconocida á un agradecimiento imperecedero.

Y esto sucede, porque el amor materno se hace inextinguible por los impulsos de la naturaleza; mientras que las afecciones de la amistad y las que nacen de los sentimientos afines del corazon se debilitan ó mueren al contacto de cualquiera contradiccion que las combate, para desarrollar sus estravios la ingratitud.

Ningun derecho hay que autorice á la mujer á ser ingrata para el hombre, como nada hay que la exima ni disculpe de los deberes relativos á su subordinacion.

Y deber muy sagrado tiene la mujer de conformar su voluntad á las condiciones todas de la vida, como reconocimiento fiel por lo menos á los designios que dimanan de la Providencia.

Por esto, aunque los sufrimientos de su alma despierten en ella los recuerdos amargos de las ofensas y la compasion que en sus desgracias pueda inspirar la consideren injustamente tratada, la resignacion y la abnegacion aplicables á sus otras virtudes no le consentirán motivo alguno en que poder fundar y defender la conveniencia de su agradecimiento.

Absurdo es, pues, fundar los resentimientos que ha-

cen ingrata á la mujer en los ultrajes, en la insolencia y aun en las traiciones de la infidelidad, porque cualquiera estímulo impropio á nuestro raciocinio debe ser rechazado para no caer en el estado abominable á que se pretende arrastrarnos, siguiendo las huellas de la indignacion y de la irascibilidad.

No se oculta á la mujer que hay en ella ingratitudes imperdonables, por la gravedad de las consecuencias que pueden reportar perdiendo al hombre y ridiculizando la respetabilidad de su honor, cuando miserablemente se olvida la fé jurada y se desprecia la lealtad del corazon.

No son esas consecuencias de la misma índole que cuando el hombre apela á iguales abusos y destruye las confianzas de la mujer, porque en todos los engaños de la vida su importancia y su gravedad están en relacion á los perjuicios que originan.

Mayor es la importancia, más terrible la gravedad de esos engaños, cuando menos libertad natural tiene la persona que los comete y cuando más obligada está por sus condiciones, por su obediencia y por las atenciones que se le dispensan al afecto benévolo que enjendra en nuestro ánimo el reconocimiento.

Y la falta de libertad es indiscutible en la mujer, no solo en la subordinacion impuesta por Dios y sancionada por la sociedad, sinó por la debilidad natural de su propio temperamento que necesita siempre de la ayuda del hombre para proporcionarse todos los elementos de conservacion para la vida.

Ingrato es el hombre que hace infelíz á una mujer de discrecion y de virtud por medio de sus inconstancias é infidelidades, á quien no ofrecen ni aún respeto los consuelos y las afecciones que ella le sabe prodigar dignamente.

Ingrato es aquel que á pesar de reconocer los méritos de su compañera, en su libre depravacion, la posterga

siempre ante el prurito de seducciones nuevas y la relega al desprecio y al olvido por otros amores ilegales.

Ingrato es el padre de familia que por su ociosidad y por sus vicios obliga á su mujer, y quizás al fruto de sus amores, á vivir y perecer en la indigencia y en la miseria.

Despreciable es el lugar que en la sociedad ocupa, abominable su conducta y criminales todas las ingratitudes de que es capaz un corazon perverso, ¿pero ha meditado la mujer alguna vez la parte de culpabilidad que ella pueda tener en que el hombre descienda ó permanezca en este estado de abyeccion?

¿No se le ocurre reflexionar que las ingratitudes de un espíritu pobre, de un corazon imprudente, de una cabeza vacia empujan y precipitan al hombre á perder hasta su dignidad propia?

Nuestro fatalismo no llega por esto al punto de considerár á la mujer causa de todos nuestros males y de nuestros desvarios y desesperaciones.

Pero no hay duda que su-veleidad enjendra la envidia, y unidas atacan á las bondades del corazon para desarrollar el fruto de la ingratitud, base de la inconstancia é infidelidad de la mujer.

Cuando en ella se desarrolla la perfidia y se olvidan los deberes sagrados de su union con el hombre, los males que á todos alcanzan son por desgracia tan frecuentes y vulgares en la sociedad, que no debemos reproducirlos ni aún para lamentarlos.

Nada hay más amargo en la tierra que amar á un sér ingrato; no hay dolor más contumáz en el corazon que verse obligado á perdonar una tras otra las ingratitudes continuas de una mujer en quien se confía; y sin embargo la condicion moral del hombre le impide olvidar el deber de esta indulgencia, recibiendo de la mujer por premio el mismo proceder que él con su propio orgullo viene desde el principio sosteniendo para su Creador.

## CAPÍTULO XXVIII.

### LA EDAD.

Aún cuando se arrugue el rostro de la mujer virtuosa, su corazón no envejece jamás.

Landa.

#### I.

Si corrigiendo la mujer los defectos que acabamos de demostrar en los capítulos anteriores, para desprenderse de los vicios que deprimen su dignidad desplegara toda la precaucion conque procura ocultar siempre al hombre su edad, seguramente nos aventajaría en los progresos de la cultura moral, sirviéndonos de envidiable modelo.

El valor de su prudencia sería realmente inapreciable y destruiría el rigor de nuestras quimeras que la suponen privada de cordura.

Pero se observa comunmente que aún las mujeres más indiscretas é imprudentes para los asuntos diversos y más delicados de su vida, y aún aquellas á quienes más confianzas merece nuestra amistad, se encierran en una gran reserva y revisten de misteriosas disculpas la declaracion verdadera de sus años.

Nos parece pueril y frívola la obstinacion conque las mujeres occultan á nuestra indiscreta curiosidad aquel ac-

cidente natural de su vida, permitiéndonos atribuir á su vanidad y á sus necias presunciones el olvido casual ó el engaño tenáz de la fecha de su nacimiento.

No hay sinceridad en esta hipótesis nuestra.

Adopta este sistema la mujer, porque conoce la índole de nuestras curiosas intenciones más sensuales que racionales, y comprende que no es el número de los años lo que indagamos para estimar su discrecion, sinó la averiguacion del tiempo que su hermosura y sus atractivos puedan hacer más ó menos duraderas las ilusiones del placer.

En el apogeo de las repúblicas romanas, á pesar de la libre corrupcion de algunas de sus costumbres, tenian sus leyes consideraciones tan respetables, que aún hoy se admiran por su prudencia y por su recto saber.

Descuellan entre ellas las que concedian honoríficas distinciones y prerrogativas, cuando la mujer dignamente entraba en ciertos estados y periodos de su vida, ambicionadas por todas las damas romanas como patente ilustre para poder acreditar la discrecion y los méritos de sus indiscutibles virtudes privadas y públicas.

Grande ambicion sustentaban para conseguir ocupar un lugar entre aquellas á quienes la pátria confiaba la interpretacion de sus leyes femeniles, á quienes se consultaban las reformas y se encargaba la moralidad de la juventud, preocupándoles poco ó nada las alteraciones de sus encantos físicos.

Hoy, que ninguna importancia concede la mujer á la experiencia del pasado, que mira con indiferencia su porvenir en todo lo que no se relaciona con su amor, y que solo se preocupa en sostener de presente la candidéz y el entusiasmo de los hombres, aspira desde niña á ostentar los hechizos de mujer, desprecia en sus amores el término breve de la hermosura y de la juventud, y se le resiste olvidar que los atractivos de sus pasiones se marchitan en cierta época de la vida y caen despues como las hojas secas de los árboles.

Inducida desde niña á idolatrar en su propia hermosura para inspirar en los hombres el amor, más bien que la amabilidad que pudiera cautivar sus simpatías, se rige únicamente por el deseo de agradarles; y la mujer, que no se ruboriza ni ofende por nuestras adulaciones más atrevidas, se considera groseramente insultada cuando se pone en duda la edad que ella declara.

Verdad es que la mujer vive de ilusiones; y nacidas estas en la juventud al calor de la primera impresion amorosa, no puede ya en el resto de sus dias desvanecerlas, haciéndosele insoportable la vida si tuviera que convenirse de que podría llegar el momento de perder para siempre sus esperanzas más queridas.

En esta preocupacion apoya la mujer el misterio en que envuelve desde su adolescencia la realidad de sus épocas; y á medida que el tiempo imprime en su semblante las huellas de su dominio, ella cuida de desfigurarlas con nuevos encantos, con la aplicacion de otros atractivos y con el uso de los cosméticos y de los adornos para borrar las señales de su edad.

Sabe bien que para arrebatarse las ilusiones de los hombres no tiene la mujer otros atractivos que los de la belleza y los de la juventud, y todos sus afanes se concretan á suponer y demostrar que son incorruptibles en ella estos breves y transitorios méritos.

Conoce tambien que las pasiones necesitan del estímulo de la juventud, que en esta edad es más bella la hermosura y que sus encantos inspiran las agradables adulaciones de los hombres, quienes no las prodigan con tanta vehemencia y sinceridad cuando la arruga del semblante ó las alteraciones del tiempo revelan la indiferencia del corazon; y todos sus desvelos, por nuestras propias exigencias, tienden á manifestarnos que aún podrían ser muy dichosas á nuestro lado, y que serían capaces de hacernos felices por mucho tiempo á pesar de la respetabilidad de sus años.

Tiene la mujer un deseo vehemente desde sus primeras ilusiones de adquirir la posesion del amor del hombre, en cuya pasion estriba su felicidad mundana y de quien depende el porvenir, el amparo de su vida y la satisfaccion de todas las necesidades de su corazon.

Mientras en su juventud se encuentra adulada por las seducciones de los hombres, sus esperanzas se sostienen y se alientan confiadas ante la probabilidad de una inmediata conquista; pero á medida que los años trascurren y las pasiones se calman, la duda penetra en el corazon y pretende destruir las esperanzas de sus ilusiones amorosas, considerándose desgraciada en su aislamiento.

Espuesta á la indiferencia de sus aduladores no vé en su edad viril más que el principio de un porvenir oscuro y triste, que ha de llegar con el tiempo á entorpecer los impulsos de su amor y ha de secar los afectos más tiernos de su corazon, considerándose relegada al aislamiento y al desprecio de los mismos hombres que antes tan hermosa la consideraban.

Y en cada año que pasa, la mujer pierde con sus dulces esperanzas las bondades de su corazon, que se desprenden de ella con la misma facilidad conque se apoderan las canas y las arrugas, acompañadas de los desengaños de la vida y de las irremediabiles esperiencias, que solo sirven para aumentar sus amarguras y sus dolores postreros.

Si procuráramos los hombres dar más importancia á la discrecion y á la virtud de la mujer que al deseo de sus goces, si nuestros sentimientos tuvieran influjo bastante para dominar el estravío de las pasiones y destruir los estímulos peligrosos de los sentidos, ella misma comprendería el deber de no buscar en las consideraciones de los hombres el halago de las simpatías de su amor sinó el respeto y la estimacion que en todo tiempo debe inspirarnos su corazon bondadoso.



## II.

Algunos hombres, dedicados á la galantería ó á la seducción continúa de las mujeres, pretenden descubrir en sus semblantes las señales del cálculo de la edad, que con justa prudencia ocultan ellas á su indiscrecion decayendo frecuentemente en grandes errores.

No siempre son fieles revelaciones del tiempo la palidez del rostro, las arrugas de la frente ni la blancura del cabello; porque hay enfermedades en el cuerpo, fatigas en la inteligencia y dolores en el alma, que aún en la juventud más vigorosa destruyen sus fuerzas é imprimen para siempre las huellas de una vejez prematura.

Nosotros aconsejamos á esos mismos hombres á quienes tanto interesa contar los años de las mujeres, que dirijan sus estudios aritméticos mejor á aquellos corazones deteriorados por la índole ó el abuso de las pasiones y que necesitan revocar con los albayaldes y carmines los encantos físicos de sus rostros, tras la pretension de alucinar los sentidos de una manera exagerada en todas las edades de la vida.

Porque en esas mujeres, las luchas del corazon las promueven sus desvaríos, y no imprimen en su hermosura las propias marcas naturales del tiempo, sinó que revelan desde luego la disipacion de sus mejores ilusiones en las locuras de su juventud y en los devaneos de sus amores.

En este género les ha de ser más fácil averiguar los años perdidos en inútiles coqueterías y censurables amóríos, que adivinar el tiempo de ilusiones y de placeres que pueda prometer en el porvenir el amor de una mujer sensata.

Sabido es por demás que adherida el alma á nuestro cuerpo desde su creacion, esta esencial sustancia nuestra ya no envejece; y por consiguiente sus sentimientos naturales, sujetos á su condicion inmortal, no hay peligro que se

puedan deteriorar ni extinguir á costa de los años que trascurren, sinó por el abuso y la corrupcion de sus propias inclinaciones.

Con el tiempo y á influjo de nuestra naturaleza se debilitan las pasiones, se estingue el placer, se destruye la hermosura, se disipan los encantos que el amor sensual busca en la juventud y á nuestra vista repugna la vejez del cuerpo cuando los atractivos físicos se pierden.

Poco durables estas cualidades, únicamente hacen dulce y encantadora la vida por el amor en esa juventud que tan gratas ilusiones imprime en nuestro corazon y en nuestros sentidos; pero ¡ay! cuántos desengaños, cuántos dolores dejan en el alma á medida que los dias pasan y la reflexion detiene el ímpetu de nuestras ideas!

Si con las esperanzas se alienta ese amor y tardan en realizarse, mueren inoportunamente cuando las ilusiones de la edad cambian el aspecto de sus misterios y más pueden necesitar de sus consuelos.

Si los placeres embriagan con la completa satisfaccion de los deseos, la pérdida de nuestras fuerzas destruye el entusiasmo de los sentidos y su debilidad nos deja amargos recuerdos y dolorosos remordimientos.

Si el egoismo nos aconseja adoptar una juventud indiférente para el amor y sus satisfacciones, los pesares de nuestra soledad y el aislamiento de nuestro corazon, sin afectos y sin ilusiones, nos preparan una vejez triste, amargada continuamente por el remordimiento de los propios desengaños que ya no pueden remediarse.

Y el infierno de la desesperacion, sin consuelos ni esperanzas posibles, nos espanta y enloquece ante el porvenir sombrío de los últimos años.

Pero cuando el amor nace solo de las bondades del corazon y preferentemente exige la expansion de sus dulces sentimientos sin estribar sus venturas en la fogsidad de las sensaciones, ese amor, que jamás envejece ni nos

afea, á medida que los años lo desarrollan descubre más vivacidad, más entusiasmo y más alegría aumentando perpétuamente los encantos de su juventud primitiva.

Con el combate de los sentidos consolida su triunfo, calma las pasiones, desprecia el placer, y aunque los encantos físicos de la hermosura los destruya el tiempo, la discrecion y esperiencias de la virtud robustecen el alma, la embellecen con nuevas ilusiones misteriosas y ante la creencia de esperanzas imperecederas nada nos angustia ni lleva á la desesperacion.

Verdadera desgracia, pues, es para la mujer imprevisora emplear su juventud en fomentar sus pasiones y las del hombre, para cautivarle únicamente por medio de su belleza y de los encantos de un amor sensual, sin preveer la respetabilidad y la admiracion que debe procurar granjearse para el fin de sus dias.

Porque aquellas se disipan aún en la flor de nuestros mejores años, dejándonos tan solo los recuerdos de sus vivas impresiones, que pronostican una vejez repugnante relacionada con la molicie de los sentidos y acreditada prematuramente con las debilidades y hastío del corazon, que se encuentra privado ya de la solidéz de sus encantos y de las alegrías naturales.

Cuando una mujer en edad viril, olvidada de la discrecion propia á sus años, cuida esmeradamente de exajerar su hermosura y gracias corporales con adornos y atractivos infantiles, innecesarios para demostrar la amabilidad natural de su corazon y supérfluos á ciertas épocas de la vida, pruéba que pretende inspirar el amor sensual á los hombres y manifiesta en su estravagante coquetería que ni aún conoce los méritos positivos de la prudencia y reflexion.

Y á favor de sus pretensiones impropias, se revisten las afecciones más tiernas de una exajeracion ridícula, en que se descubren desde luego la vanidad de su séxo y el

amor propio que exigen las necias adulaciones de los hombres dedicados á sus galanterías.

Y á través de sus cuidados y de sus precauciones no puede la mujer ocultar jamás que procede con la simpleza propia de las cabezas necias, que en vez de sorprender y engañar á sus semejantes con la afición á sus caprichos, no consiguen más que ridiculizarse por los efectos contraproducentes de sus intenciones estudiadas.

### III.

Si nos fijamos en la vida de la mujer, la encontraremos racionalmente dividida en cuatro periodos, relativos á las cuatro edades en que puede demostrar la influencia de su educación.

Es decir: edad primitiva, aquella en que sin guía la razón vive envuelta en su feliz inocencia y aletargada por las distracciones de la niñez descuida peligrosamente los fundamentos de su porvenir moral.

Sigue después la edad en que despertando la razón apetece ilusiones y las confía á esperanzas venturosas, que si son cuidadas y dirigidas por el candor y la prudencia, pasan al tercer período de su vida concediendo al amor todos los encantos de su modestia sublime que llenan el alma de su felicidad relativa.

Pero si desgraciadamente esas ilusiones se crean é inflaman á impulso únicamente de las exaltaciones sensuales, sus esperanzas aunque se consideren cumplidas, no pueden elevar su satisfacción del terreno efímero de los goces de la naturaleza tan fáciles de corromperse é impiden llegar al cuarto estado de la vida, en que el placer estriba solo en la gratitud de los recuerdos del pasado, en la tranquilidad de la conciencia y en las afecciones purísimas de la amistad desinteresada que sabe por sí sola enaltecerse ante el respeto y la veneración que im-

prime en los corazones grandes el convencimiento de su excelente dignidad.

Nacen en la edad primera las afecciones del alma indiferentes para la sublimidad de los sentimientos; y embotadas las armonías de la inteligencia con el corazón, á pesar de la impotencia de los sentidos, revelan en sus propias impresiones las tendencias al amor apasionado.

Examínense sinó los juegos infantiles de la mujer, en que ella pretende comunicar á sus muñecas toda la alegría y toda la dulzura de su inocente corazón, y se la verá en sus primeras ilusiones conceptuarse madre cariñosa de sus inertes juguetes.

Desde esa edad en que el amor sin conocer sus fines empieza á commover los sentimientos, pasa la mujer á aquella en que la sed de placeres dicta al corazón la necesidad de sus pasiones, y si para entonces las virtudes no han arraigado con firmeza en él sus principios posible es que la mujer, llena de desencantos y de amarguras, se vea condenada á deplorar desde su juventud el remordimiento de una vejez imprevista, que empieza á declararse por las melancolías del corazón y por la palidez del rostro.

Tristes son las consecuencias de todo desengaño propio de la edad del amor, cuando á esta pasión se le permite la libertad absoluta que ninguna restricción reserva para la defensa propia del porvenir ó tiene que sufrir en silencio la impotencia de sus necesidades y de sus satisfacciones.

Y coloca á la mujer en una situación crítica, que sinó la conduce al desvarío la sostiene toda la vida en peligro constante para dejarse arrastrar por las atracciones de la adulación y de la galantería.

A impedir que el amor de la mujer se estravie en todas sus épocas tiende la educación moral que los padres, celosos siempre de la felicidad futura de sus hijas, imprimen en el alma de estas desde sus primeros años.

A esa educacion deberá la mujer virtuosa la juventud imperecedera del alma que llena de inestinguible alegría, no cuenta su edad por la repetición de los latidos de su corazón ni por los años que pasan, sino por las impresiones conque sus virtudes la permiten distinguirse en la sociedad como hija excelente, esposa fiel y madre perfecta.

Si en estos tres estados sabe permanecer la mujer con sólidas y adecuadas virtudes, su discreción le hará mirar con indiferencia las naturales impresiones de la edad, por más que graben señales ásperas en el cuerpo, y en sus justas satisfacciones no reparará en más goces que aquellos en que el tiempo, á pesar de su dominio destructor, no tiene influencia para entristecer ni abatir el alma.

Toda mujer de cualidades reprensibles teme que los días que trascurren deterioren su físico y puedan destruir en los hombres el concepto de sus méritos naturales.

Toda mujer de educacion defectuosa pasa la juventud distraida en ambicionar y satisfacer sus pasiones, sin preveer que estas se calman más pronto cuando de ellas más se abusa; y confiada en sus fuerzas no distingue el término irremediable á que puede conducirla su indiscreción por las diversas vías en que se camina á la vejez.

Los goces de la juventud, la plétora de ilusiones que tanto nos satisfacen cuando la naturaleza nos apoya y alienta, se pierden muy en breve y se convierten en lágrimas, en dolores y en fantasmas que nos acobardan y mortifican en los últimos periodos de la vida.

Toda mujer virtuosa sabe que aún cuando su rostro se arrugue puede tranquilamente acreditar que su corazón jamás envejecerá, como no envejecen las virtudes; y aunque su amor pierda los bríos vehementes de la adolescencia, queda en el alma un sentimiento incorruptible que reemplaza con sus dulces y tiernas simpatías los consuelos que en la tierra necesita siempre la humanidad,

## CAPÍTULO XXIX.

### EL TALENTO.

Para la mujer, vivir no es comer y beber, sinó pensar y amar.

Lamennays.

#### I.

Los beneficios evidentes que resultan de nuestra civilizacion, nos estimulan á apreciar los dones intelectuales del alma como preferentes á los naturales conque Dios ha enriquecido nuestro cuerpo desde el principio de la vida.

El conjunto de esos dones, acumulados por el entendimiento, revela una fuerza potente de nuestra alma que con facilidad le permite concebir, conocer y comprender las cosas que distinguen nuestros sentidos y tambien aquellas que afectan de una manera opuesta á las convicciones de la razon.

Segun el desarrollo y perfeccion de esos dones sobrenaturales, así el individuo con la claridad de su inteligencia puede demostrar el grado de luz que revela su talento ó su ingénio.

Resultando la brillantéz del talento de la aplicacion y el acierto conque espresamos y ejecutamos nuestros pensamientos, debemos considerarlo como la facultad de-

mostrativa de nuestro saber, más fecunda cuando con más esmero le dedicamos los cuidados de nuestra educacion é instruccion.

Aunque ambas facultades deben estimarse como especiales dones de la Providencia, el ingenio por su sola inspiracion puede conducir al hombre á las fecundas regiones de la fantasía creadora; mientras el talento, sin influencia tan potente aunque concibe é inventa con facilidad, necesita casi siempre del auxilio de los conocimientos que adquirimos con nuestra aplicacion y perseverancia.

La especie humana, únicamente favorecida por esta luz misteriosa que nos acerca á la Divinidad, se distingue de todos los séres de la naturaleza por su propension natural al conocimiento y estudio de las cosas, que despierdan en el hombre esa ambicion plausible que le alienta y le impele á perfeccionar los progresos de su cultura, mientras para los séres irracionales es indiferente todo aquello que no implica necesidad para su natural existencia.

Tanto el hombre como la mujer no manifiestan en los primeros años de su vida el alcance á que puede llegar la luz de su inteligencia superior, y aunque embrutecido el sér por el entorpecimiento de sus miembros, y entumecidas las fibras que ponen en contacto el raciocinio con los sentimientos, bien fácilmente se descubre en sus primitivas impresiones el gérmen privilegiado de su disposicion esclarecida.

Los sistemas lentos á que tiene que sujetarse la instruccion primitiva, la direccion y latitud que se dá despues por nuestros mentores, la libertad propia que más tarde anhela el hombre, son las escalas que en la educacion ha de recorrer para desarrollar las fuerzas sobrenaturales de su inteligencia, y la facilidad conque las supera demuestra el poderío de su alma preparada para probar las utilidades de su talento.

El temperamento y la naturaleza del hombre acreditan comunmente que sus facultades intelectuales, en armonía con su propia constitucion física, están más pre-dispuestas á la dureza de la meditacion que las de la mujer; y al observar en su propia cabeza la abundancia y riqueza de sus admirables pensamientos, ha tenido ocasiones en que viendo á la mujer postrada y confundida en un estado de depresion asimilado al instinto irracional, en su imperfecto y apasionado saber ha supuesto que su compañera, pobre en juicio y abandonada en educacion, era incapáz de poder elevarse á las esferas del estudio é indigna tambien de abstraer su pensamiento más allá de las necesidades y goces materiales de la vida.

Error absurdo, que no solo revela nuestra ignorancia sinó que á el apela nuestro orgullo para considerar el alma de la mujer inepta para todos aquellos adelantos que el positivismo encuentra contrarios á sus fines materiales.

Pero dotada el alma de la mujer de las mismas facultades que el espíritu del hombre, aunque distingue la inferioridad de su inteligencia ella observa, concibe y expresa con igual libertad de accion que aquel y nos prueba la realidad de su talento con más sentimiento de corazon que profundidad de ingénio, sabiéndose elevar tan perfectamente como el hombre, sinó al esplendor misterioso de las ciencias á las bellezas morales del espíritu y á las ideales concepciones de la fantasía, como lo prueba su aprovechamiento en la poesia y en las artes.

Demuéstralo tambien la preferencia que la mujer dá á las cuestiones de amor, la prontitud conque las adivina y profundiza, la perspicacia conque las comprende y resuelve, la facilidad conque las embellece en su fantasía inflamando su corazon é inspirando su entendimiento.

No aludimos al amor que necesita de las bellezas físicas para despertar en los sentidos el entusiasmo pasagero de la naturaleza, sinó á la pasion sublime del alma

que para creer en sus propias impresiones y confiar en sus esperanzas, requiere conocer de antemano la intencion del hombre, admirar sus cualidades y descubrir las virtudes ó los vicios de su corazon.

No hay ciencia más diffeil para la comprension humana que el estudio del corazon del hombre; y la mujer, sin más filosofía que las observaciones á que alcanzan sus miradas, penetra en el interior de nuestra conciencia y nos examina atentamente para detener nuestra audacia ante el respeto que merece su discrecion y su honor, ó para alentar nuestro entusiasmo con las esperanzas de su pasion.

No es la voz de la naturaleza la que influye exclusivamente en estas resoluciones misteriosas, es más bien la luz de la inteligencia que al sentir las impresiones conmovedoras del alma, no duda en aceptar ó rechazar la aplicacion oportuna á la gratitud ó desprecio de sus simpatías.

El sentimiento de lo bello y la moral que nace del candor y del pudor natural, son elementos arraigados en el corazon de la mujer, que cual destellos de su alma nos revelan la pulcritud y elevacion de ideas que caben en su mente y lo susceptibles que son de reforma y discreta aplicacion.

Si comparamos la cultura actual de la mujer con el estado de su inteligencia antes de la emancipacion cristiana; si observamos la curiosidad perseverante conque prueba siempre cuán refractaria le es la ignorancia; si atendemos al entusiasmo conque acoge todas las reformas progresivas que el hombre introduce en su condicion social, no podremos menos de declarar que la mujer no carece de talento, aunque por la imperfecta educacion de la humanidad conserva en embrion las facultades que adornan su inteligencia.

Dotes propios del talento son la agudeza, la capaci-

dad, la reflexion, la prudencia, la constancia y otras muchas propiedades internas que aisladamente y en conjunto resplandecen en toda mujer; y aunque en ellas resalten á la vez los defectos opuestos á sus bellas cualidades, corresponde á la instruccion del hombre destruirlos y acumular conocimientos adecuados á la naturaleza y á la mision de su compañera, para que pueda ocupar á su lado dignamente, no el lugar ilusorio que pretenden las pasiones del corazon sinó el real y positivo que exige la cultura que tiene por fin otra luz superior á la del mundo.

## II.

Las sociedades que tienen aún abandonada la educacion de la mujer, son aquellas que no saben apreciar perfectamente el valor de la inteligencia ni el deber que la criatura racional tiene de utilizar á un fin digno y elevado las luces de su mente.

Si con ellas miramos solo las exigencias de la materia, la mision de la mujer tendría impropriamente que concretarse á seguir las reglas de la vida irracional del alimento, sueño y placer, para satisfacer sus apetitos carnales; pero creada para el amor y para dirigir al hombre y á la familia, su necesidad principal es pensar y elevar los sentimientos de su alma de la condicion grosera é insulsa en que la coloca el instinto general de la naturaleza.

No hay que dudar de la capacidad que la mujer tiene para elevar su condicion ni de la sutileza é ingenio con que aplica los pensamientos de su inteligencia á sus fines determinados, porque desde la infancia parece que por inspiracion sobrenatural comprende que su ternura y sentimientos necesitan de las sublimes expansiones del alma, y que prevee su mision de madre cuando todavía no es mujer.

Sin disputa el hombre tiene más desarrolladas las fa-

cultades intelectuales que su compañera, no por su organizacion particular sinó por la aplicacion especial á que obliga su inteligencia por medio del trabajo y del estudio.

La mujer, en cambio, como observa Rousseau, tiene por su naturaleza propia más vivacidad, penetracion y reflexion que nosotros, y desde niña curioseosa é investiga á la par de sus inclinaciones las que imperfectamente en su tierna edad sospecha en el hombre.

Ella comprende que la demostracion de estas inclinaciones halagan á la mujer y aunque ignora el objeto, todo su afan es llegar á la edad de los amores para pensar en ilusiones desconocidas que, aunque al principio la confunden y ofuscan, acaban por preocupar en absoluto de un modo agradable su inteligencia.

Si para esa época, en que podemos decir que la mujer entra de lleno en el mundo y comienza el desempeño de su mision, no está de antemano preparada con los preliminares de una educacion virtuosa, posible es verla adoptar irreflexivamente las sendas torcidas de los desvaríos, á que pueden conducirla la vivacidad de su carácter, las inesperecias del corazon y la debilidad de sus pasiones.

Porque el hombre admira y apetece con más entusiasmo los amores vírgenes, que en sus primeras impresiones revelan el candor y sinceridad de la inocencia, mientras permanecen velados de la malicia por la santa ignorancia.

No porque el hombre se interese principalmente cual debiera por la virtud de la mujer, sinó porque encuentra en su amor más encantos, más misterios y más facilidad para su seduccion en la época crítica de su desarrollo natural, en que las incertidumbres contrastan con los temores y los deseos.

Acosada desde entonces por el hombre, ¿qué sería de la dignidad de la mujer y de sus propios sentimientos si careciera de la discrecion, única arma que tiene para defender su virtud y su honor?

Víctima de nuestras asechanzas, no podría resistir aún á nuestras primeras exigencias, mucho menos á nuestras obstinadas persecuciones que duran mientras hay juventud y belleza en el semblante.

Y estraviada con las propias locuras de su fantasía, habría de acabar por colocarse siempre, arrastrada por sus obcecadas ilusiones, en el lugar despreciativo que en la sociedad corresponde á los séres envilecidos por el vicio y los extravíos.

De necesidad absoluta es, pues, el desarrollo del talento de la mujer, aumentado con la regularidad y conjunto de sus facultades, para poder precaver los peligros de la corrupcion, resistir las contrariedades de la desgracia y caminar con seguridad y propias luces por las sendas del deber.

Si al lado de sus padres ha sabido desempeñar dignamente el lugar de hija obediente y cariñosa, no le basta la práctica de esta instruccion, apoyada por la relacion natural, para poder ser amante discreta antes de llegar á ser esposa virtuosa y despues madre previsora y prudente, porque resultan muy peligrosas las confianzas que el hombre enamorado somete al juicio de la mujer cuando se prepara para elejirla por compañera fiel de su amor.

Basados generalmente sus estudios, no en las investigaciones del carácter y de la índole del corazon sinó en los deseos vivos de una felicidad ilusoria, apela á la galantería y adulaciones frívolas conque arranca del pensamiento de la mujer el entusiasmo que necesita para sostener el fuego de su pasion.

Las luchas contiúnuas de los sentimientos, los temores y las esperanzas de un porvenir desconocido perturban la razon de la mujer, cuando más tranquilo debiera tener el ánimo y más clara la inteligencia para precaver y resguardarse de cualquiera desengaño, tan frecuente en estas circunstancias.

Sí para estas críticas situaciones careciera de luz su entendimiento, no usaría la mujer de esa sagacidad ingeniosa con que analiza los pensamientos y promesas del hombre, en quien adivina no solo las predisposiciones que sorprende sinó hasta las intenciones que oculta en sus reservas.

A su talento deben muchas mujeres, más que á la vehemencia de su pasión, el desenlace feliz de las relaciones con el hombre, á quien observan con prudencia, dirijen con rectitud y dominan con discrecion, obligándole á venerar en su propio amor la santidad de su modestia y de su virtud.

Ejemplos frecuentes hay en la sociedad de mujeres discretas que con sus luces naturales y sin amor, han conseguido variar en absoluto la conducta del hombre, y á pesar de la frialdad de sus pasiones siempre han conservado inalterable la felicidad matrimonial.

Si el amor fuera inestinguible, quizás la mujer no necesitara de su talento para vivir en ciertas ocasiones al lado del hombre; pero como esta pasión está sujeta á tan diversas alteraciones y obligada á armonizar las voluntades de la familia, sin la perspicacia luminosa de su criterio, difícil, sinó imposible, sería conseguir la perseverante union de sus individuos.

A las luces de la mujer se debe que sin disminuir el afecto del esposo, sin abandonar otros deberes dedique á sus hijos, aparte del incomparable amor maternal, esa solicitud con que ilumina su inteligencia haciéndoles comprender en sus brazos la naturalidad de las cosas, la definicion de las maravillas que sorprenden sus sentidos, la grandeza de las verdades que no alcanza su razon y la utilidad y satisfaccion de sus deberes.

Y si consultáramos á muchos grandes hombres no habian de sorprendernos sus francas declaraciones, por las que muchos se han confesado deudores á sus madres

del valor, amor pátrio, ciencias y virtudes conque han alcanzado meritoriamente las recompensas de su inmortalidad.

Sin los cuidados intelectuales de la madre, pues, no es posible que la influencia de la mujer consiga en el hombre tan excelentes resultados.

### III.

No pretendemos ocuparnos en este estudio de las mujeres de talento que en la aplicacion de las artes y en la esfera de las letras se vienen distinguiendo con más lucidez á medida que su cultura progresa; pero esto mismo nos autoriza á demostrar á los detractores de la mujer, la injusticia de sus juicios apasionados y la conveniencia de que la sociedad cuide con preferencia de cultivar su entendimiento.

No le basta sentir en su alma el gérmen de la virtud, si en la moral no se instruye para vivir siempre resguardada con los deberes relativos á su estado y condicion.

No puede estimar la verdadera sencillez de la piedad, si nó conoce la sinceridad de la conciencia y sus relaciones con Dios.

Nada adelanta con la actual instruccion rudimentaria, si nó se preparan sus mismos conocimientos para auxiliar al hombre con sus consejos é instruir á sus hijos en los principios del saber.

¿De qué sirve á la mujer la excelente ternura y dulce bondad de sus sentimientos, si únicamente confia en absoluto el porvenir de su vida á la suerte de su amor y nada puede esperar de su propia instruccion y conocimiento?

Feliz es la mujer si consigue ser preferida por un hombre de talento que, sin distinguirse por la fama de sus obras, sabe educarla y dirigirla realzando su condicion de esposa y madre.

Pero ¿cuántos hombres no necesitan de los consejos y de las luces de una esposa modelo para normalizar su economía y modificar la libre conducta de su vida?

Verdad es que no todas las mujeres tienen la suerte de enlazar su destino con hombres de discrecion y de virtud, y por nuestra culpa, en vez de elevarse á la respetable condicion que les corresponde, degeneran en víctimas del capricho ó despotismo de nuestras pasiones.

Sabido es que la mujer es una de las partes principales de la familia; la autoridad está en ella, dividida como lo están las satisfacciones del amor; la administracion económica se confía á su direccion; y del uso que ella haga de su talento depende el bienestar de sus individuos.

Podrá el amor haber ocultado á la mujer apasionada los defectos del hombre antes de constituirse en esposo, porque la realidad de su carácter no siempre se descubre hasta que entra en posesion de sus derechos, y para respetarlos y defender ella los suyos necesita de antemano estar instruida en los deberes recíprocos.

Si la mujer casada carece de talento, las desgracias de su vida se hacen irremediabiles, el contraste de los caracteres resulta insoportable y las pasiones del corazon, por vehementes que hayan sido, se debilitan y mueren sinó conducen á sus individuos al desvarío, por no saber apreciar la conformidad del destino y apelar á la resignacion virtuosa.

La prudencia de la mujer, la hermosa pureza de su pudor, nada bueno pueden prometer si las ideas no conciben la elevacion apreciable que deben adquirir en el criterio.

Y aunque el temor de la crítica defienda á la mujer y la separe de su perdicion, nunca esta defensa puede estimar la necesidad y gratitud del deber que nos dirige en todas nuestras acciones, si con claridad no se comprende por la ilustracion del entendimiento.

Mientras la mujer tiene el apoyo del hombre, resalta menos su ignorancia cuando con prudencia y amor ella se sujeta á su direccion y casi á sus cuidados confia el honor y porvenir de la vida; pero por la condicion especial de la libertad limitada que su séxo disfruta en la sociedad, no siempre puede alcanzar el honor de esposa, y aún obtenido, la desgracia fácilmente deja á la mujer espuesta á las consecuencias del desamparo.

Para ninguna situacion de la vida necesita la mujer tanto de la ilustracion de su talento como para aquellos casos críticos en que tiene que permanecer soltera ó en su juventud queda viuda.

Si pertenece á las clases menesterosas, sin instruccion de ningun género, se vé obligada para satisfacer sus necesidades á dedicarse á trabajos improductivos, las más de las veces, que no le salvan de la miseria, y casi siempre pesados para su débil naturaleza.

Si en la sociedad ha figurado en posicion más distinguida el orgullo de clase, aumentado por su ignorancia, la impide considerar el trabajo obligatorio como virtud honrosa y su apatía é ineptitud aumentan las privaciones y desgracias de la vida.

Si por fin alguna instruccion tiene adquirida, resulta por lo general tan deficiente para la defensa del porvenir, que únicamente le sirve para demostrar la fatuidad y pedantería de sus pretensiones.

Y privada de recursos, amenazada por la miseria, mortificada por la ambicion queda expuesta á vender su hermosura y á corromper su corazon, no sirviéndole las luces naturales para otra cosa que para meditar las amarguras de su desgracia y derramar lágrimas inconsolables de desesperacion,

Si los hombres que tanto aman á la mujer cuidaran de su porvenir, siempre oscuro, con la solicitud conque atienden al aprovechamiento é independencia de sus hi-

jos, estimularían el celo de los gobiernos para exigirles una educacion obligatoria y productiva que designara artes y estudios adecuados á la naturaleza de la mujer, con los cuales, además de instruirla en sus deberes y utilidades domésticas, pudiera independiente y dignamente adquirir recursos para preveer una desgracia y evitar la miseria que tantas víctimas conduce á la deshonra.

No somos partidarios de que el talento de la mujer se dedique á profundizar los conocimientos confusos de ciertas ciencias, y menos las filosóficas; pero hay estudios como la botánica, hay artes de adorno, hay negocios en el comercio, hay destinos en los servicios públicos que por su tranquilidad y sencillez pudieran bien encomendarse á mujeres instruidas, mientras que los hombres que los desempeñan habrian de contribuir forzosamente al desarrollo de la riqueza de los pueblos con la oportuna aplicacion de sus brazos é inteligencia que siempre escasean para la agricultura é industrias mayores.

#### IV.

La educacion defectuosa de las familias y las inclinaciones corruptoras del hombre, impiden que la mujer no sepa apreciar el valor de su propia luz intelectual y que las facultades de este don privilegiado se apliquen inconscientemente á aumentar los peligros y las desgracias de su vida.

Para la mujer, desde su infancia no hay más porvenir que el matrimonio, no hay más ídolo que el hombre, no hay más estudio que el arte de agradarle, no hay más culto que el del amor.

Para ella el talento estriba en la vivacidad del carácter, el ingenio consiste en las agudezas de la malicia, la instruccion se adquiere en las lecturas seductoras y la educacion debe estar limitada á sostener el fausto y vanagloria ante la sociedad.

Con estas apreciaciones, su talento lo dedica á instruirse, nó en la elevacion de ideas que desde el fondo de su alma pueden ennoblecer y defender la dignidad de la mujer, sinó á esmerarse en las variedades del gusto y distinguirse en la originalidad de las pasiones, en la veleidat de los sentimientos y en el escepticismo de las adulaciones.

Si el entusiasmo se apodera de su fantasía, las sutilezas del ingénio sirven solo para arrancar exajeradas demostraciones de amabilidad que enturbian la delicadeza de su corazon, y alucinada por las nécias galanterías dedica la mujer sus cuidados á distinguirse en su propia elegancia, y hacer resaltar sus encantos físicos como superiores y preferentes á cualquiera otra bella propiedad moral.

Para ella la curiosidad no estriba en el sagrado deber de la instruccion ni en el delicado conocimiento de los deberes, sinó en la averiguacion de las nimiedades ó vicios de los hombres, en la adquisicion de materias frívolas para sus punzantes agudezas, sus murmuraciones malévolas ó sus burlas despreciativas.

Alucinada por la libertad y desenfado del coquetismo, acepta este medio como más propio para adivinar y comprender las intenciones de los hombres; y sin distinguir los lazos de la seduccion, se espone á quedar prendida en ellos á fuerza de halagos y de promesas que, aunque se cumplan y satisfagan sus ambiciones sensuales, nunca acaban por establecer la dulce tranquilidad en el corazon.

En esta forma, la esperiencia resulta ineficáz para la mujer que, á pesar de su talento, vé degenerar sus previsiones en débiles temores que no permiten al ingénio evitar las improvisadas locuras de sus propios descuidos y punible confianza.

Adolece la mujer, entre sus diversas vanidades, de la présuncion de conocer á fondo el corazon de los hombres;

y en su fatuidad imperdonable no repara que la generalidad de sus juicios revelan una torpeza absoluta, á pesar de la premeditacion de sus temores y de sus prudentes cálculos.

Si la posicion de la mujer le permite adquirir alguna instruccion de conocimientos vulgares, mejor que para contribuir á su progreso sirve su ilustracion deficiente como superficial adorno de la inteligencia, que facilita, nó claridad á sus luces sinó mayor vanidad para sus pretensiones.

La sencillez y franqueza de la ignorancia natural infunde en el ánimo un temor relativo á los deseos de curiosidad, que nos impide descender al terreno de la tonteria, á que llega la mujer cuando, sin profundizar sus estudios ni adquirir la solidéz en sus conocimientos, se arriesga á ostentarlos alentada por el galante estímulo de los hombres y los aplausos exajerados de la adulacion.

No descubre la mujer en ninguna ocasion de la vida mayor grado de estupidéz á los hombres sensatos, que cuando engreida por su fatuidad pretende demostrar ante néeios aduladores los adelantos de su pedantesca instruccion.

Preparada por los elementos de una erudicion superficial, afecta con su propia ignorancia una modestia ridicula que la llena de vanidad ante los que la admiran, sin poder probarles en ningun término el conocimiento y aplicacion exacta de sus deberes, comprometidos siempre por los aplausos y lisonjas que la llenan de orgullo y la autorizan á despreciar á sus semejantes.

A evitar este mal social y sus consecuencias debe dedicar la mujer su instruccion, para que su amor no quede expuesto á la disfrazada liviandad del hombre, su inteligencia no revele la pobreza de espíritu y su honor y su virtud no tengan por única defensa la altivéz y el temor de la difamacion.

## V.

Así como la educación frívola de la mujer no le permite considerar su propio talento cual una emanación predilecta de la Sabiduría Suprema que tiene el deber de utilizar, y por cuyo descuido deja de aplicar sus luces al esclarecimiento de su espíritu, del mismo modo indiferente juzga y estima la inteligencia de los hombres.

Por anomalías especiales de la humanidad no adquieren sus individuos el concepto justo y calificación que requieren los méritos propios que se desprenden de sus obras.

De aquí que todo capital se considere adquirido con la legalidad del trabajo y del derecho, toda temeridad se confunda con el valor, toda infamia se disfrace como agudeza del saber y toda intriga sirva para probar las virtudes cívicas.

¿Qué de extraño tiene que la mujer, individuo más débil y delicado de una sociedad que impunemente defiende sus propios vicios con este erróneo criterio, no sepa apreciar y confunda de un modo arbitrario las cualidades del hombre que la pretende y adula?

La mujer, cuando carece de instrucción, no puede hablar con los hombres de materias graves y asuntos áridos sin abrumar y confundir su inteligencia; tiene que ocuparse de las cuestiones de amor, de sus diversiones, de sus novedades y de toda frivolidad que esté a su alcance.

Si la escuela del hombre no encuentra atractivo en estas puerilidades, el silencio y prudencia de su carácter se interpreta como falta de urbanidad ó de trato social, y por mucho talento que revele no impide sea juzgado severamente por la mujer que no comprende sus buenas cualidades.

Porque desgraciadamente para ella, el talento que en el hombre admira no está en la discreción de sus facul-

tades, sinó en el gusto que revela en sus costumbres, en la elegante manifestacion de sus modales y en la libertad y colorido de sus espresiones.

Mejor acepta el halago de una amabilidad finjida y la sutileza maliciosa de un audáz adulator, que el respetable silencio y la oportuna espresion prudente del hombre estudioso y discreto.

Más le conmueven las originalidades escéntricas del libertino y calavera, cuando osadamente analiza sus perfecciones físicas, que la sensatéz del hombre sencillo y virtuoso que admira y contempla las nobles bondades de su corazon.

Mejor acepta el candor aparente y estravagante de la ignorancia y la indiferencia moral del galanteador officioso, que la rectitud del saber y las modestas aspiraciones del hombre sensato.

Las agudezas libres del seductor son para ella travesuras del ingénio, por mucho que lastimen y comprometan la delicadeza de su pudor.

La virtud llega á ser ante sus ojos innecesaria y tan variable como los caprichos de su fantasía.

Y en sus absurdos conceptos, si las riquezas favorecen al hombre no teme disculparle de todos sus vicios, de todas sus estupideces y atrevimientos, como locuras naturales de un talento escepcional y libre.

Dolorosa es la ceguera conque la mujer contempla á los hombres que se honran con su galante amistad y la cortejan; las consecuencias frecuentemente las deplora con tardíos desengaños, pero estos no impiden que los ejemplos desgraciados se reproduzcan con enlaces en que la discordia y la desgracia revelan las torpezas de la irreflexion.

## VI.

Nuestro juicio apasionado nos hace considerar á la mujer con un criterio pobre por naturaleza y diverso del nuestro; y á pesar de descubrir los grandes dotes de sus luces intelectuales, la punible indiferencia con que miramos su parte inmaterial la obliga á vivir estacionada ante los progresos de nuestra cultura.

Su curiosidad pueril y descuido indiferente, suponemos que revela una tendencia marcada á acreditar su ineptitud para la ilustracion, su falta de sensatéz y su predisposicion á la tontería, cuando todo no es más que manifestaciones del deseo de saber, torpe y confusamente expuestas por su entendimiento.

No hay duda que la mujer veleidosa por el abandono en que la dejan sus defectos, la frívola por sus insuficientes y groseros conocimientos, la coqueta por su escépticismo amoroso, y una gran mayoría por otros diferentes motivos, cometen increíbles tonterías para adquirir la admiracion y estimacion de los hombres; pero esto solo revela la punible culpabilidad nuestra, que para electrizar el corazon de la mujer apelamos al recurso de la exajeracion y de la majadería, desfigurando la natural expresion y amabilidad de los sentimientos.

La mujer adopta rarezas estravagantes y exajeradas en sus modas y en sus costumbres, que la ridiculizan tanto como pretende sobreponerse al gusto general; pero tambien hay hombres que dan gran importancia á sus propios gustos y ridiculees, acreditando carecer al mismo tiempo de sentido comun.

La mujer comunmente pretende acreditar abundancia de gracias y de encantos que muchas veces no tiene, y cuando apela á la imitacion de aquellas que se distinguen por su naturalidad, cae en ridículas manifestaciones que promueven singulares desprecios.

Pero todas las necedades y tonterías que podamos descubrir en las mujeres, terminan desde el momento en que un amor discreto y sincero abstrae su reflexion y la obliga á atender á sus deberes, á cuidar de su porvenir y el del hombre, y á preocuparse en la gloriosa dicha de la maternidad.

Parece cuando llega á este estado que una nueva luz del cielo y una preferente voz de la naturaleza aclara y embellece sus sentimientos y le aconseja ser más prudente, virtuosa y discreta, como para contribuir á iluminar mejor el alma del fruto que cobija en sus entrañas.

Algunos hombres, por el contrario, á pesar de que por sus estudios y seriedad revelan gran discrecion á nuestra vista, en cuanto se relacionan con cualquiera mujer descienden á un género de lisonjas pueriles é insulsas que les colocan en una situacion ridícula, considerada por ellos elegante y de buen tono porque la frivolidad de la mujer queda así satisfecha.

No nos preocupemos de aquellos entes sociales que no conocen otra ocupacion más que la de mortificar á las mujeres con sus audacias y afeminaciones continuas é inoportunas, porque su lamentable conducta revela la falta absoluta de educacion conque se distinguen algunos hombres inútiles á la sociedad, los cuales acaban por granjearse con sus ineptias el desprecio de todas las mujeres.

Terminamos aconsejando á la mujer cuidadosa de su discrecion, que desconfíe de la conversacion y amistad de estos tipos, porque únicamente pueden instruirla en sus ridículos defectos y en sus intencionales cálculos opuestos á la sinceridad desinteresada del amor.

Y ya que por naturaleza hay comunmente más bondad y sentimiento en el corazon femenino, inclínese á su útil instruccion y educacion y adquirirá la mujer toda la luz que su inteligencia necesita para desempeñar en la familia y en la sociedad el importante papel que le corresponde.

## CAPÍTULO XXX.

### EL TRABAJO.

Dios ha puesto el trabajo para que sirva de centinela á la virtud.

Hesiodo.

#### I.

El útil empleo de nuestras fuerzas naturales y la aplicación de nuestras aptitudes que designamos comunmente con el nombre de trabajo, es una necesidad de nuestro cuerpo, un deber de la inteligencia y una virtud del alma, á la que por las leyes naturales y divinas está obligado el hombre cualesquiera sean sus facultades, cualquiera sea su posición social.

Esta necesidad, este deber y esta virtud, lo mismo obliga al jóven que al niño y al viejo, con tal que su salud y capacidad se lo permitan; y aunque el hombre está siempre dispuesto á sacrificarse por la mujer, no hay ley escrita que á ella la exima la sociedad del rigor de esta obligación ineludible y fatigosa que tiene que compartir con el hombre, como con él comparte las satisfacciones de su amor.

Prueba la consideración que la mujer merece á las sociedades cultas, que el hombre acepta espontáneamente

los ejercicios más rudos y pesados del trabajo, los más difíciles y oscuros á la inteligencia para procurar á la familia el sustento preciso y fomentar su fortuna, mientras que en ella declina el cumplimiento de otras ocupaciones más ligeras, relativas á la armonía que las necesidades domésticas tienen con el fruto productivo de las fatigas y cavilaciones de su compañero las cuales hacen más dulce y agradable la vida.

Es el trabajo una ley impuesta por la naturaleza, que no exime al pobre ni al rico, al sábio ni al ignorante, y aunque condenada por Dios la humanidad despues del pecado original á sufrir los apuros y las penas que llenan de sudor nuestra frente y agobian nuestro pecho, en esa dura ley encuentra el hombre, cuando la cumple con fé y espera beneficios de sus resultados, un entusiasta placer incomparable á los demás de la vida que le ciega y engolfa en satisfacciones inesplicables.

Sin el trabajo, el cuerpo no adquiriría su desarrollo necesariamente perfecto para completar la salud física, la inteligencia no aprovecharía ese inmenso campo del saber, en el cual ejercitando el hombre sus facultades allana todos los obstáculos, duplicando sus propias fuerzas destruye los inconvenientes que se oponen á sus deseos, y sin otro guia que *el más allá* del progreso consigue constituirse en autor de maravillas incomprensibles.

Alentado por la actividad y por las ilusiones grandiosas de la fantasía, sometido el pensamiento al afán de perfeccionar sus obras, enorgullecido y confiado en sus propias fuerzas nada encuentra imposible para la profesion universal, y con sus audaces disposiciones se arriesga en empresas admirables que varían los límites de los mares, desentrañan los secretos de la tierra y sujetan ó amplían las libertades del aire á merced de la inspiracion y voluntad del hombre, que con perseverancia increíble y audacia sorprendente consigue con su humilde saber adqui-

rir el conocimiento y revelacion de los arcanos misteriosos de la creacion.

El trabajo cambia la debilidad natural del hombre en un poder creador casi divino, en una inspiracion noble y sublime que lleva el pensamiento mas allá de lo que sus fuerzas y sentidos alcanzan, enseñoreándose en los propios elementos del Universo; y auxiliado por el estudio y por la meditacion descubre y adquiere conocimientos, utilidades y satisfacciones en las artes y en las ciencias más ingratas y confusas, que constituyen su gloria y su fortuna y contribuyen á los sorprendentes progresos de su civilizacion.

Sin el trabajo la dignidad del hombre no revelaría las nobles cualidades de su alma que en él encuentra dulzura para sus pasiones, satisfaccion honrada, justa y apetecible para sus placeres y estímulo para los sentimientos de su amor, que le obligan á no reparar en sacrificios, en molestias ni en privaciones, con tal de conservar inalterable la alegría de su esposa y la felicidad de sus hijos.

Si los pesares de la vida que Dios nos envía entristecen nuestro corazon, si las ingraticudes de la amistad nos olvidan en nuestras desgracias, si las infidelidades del afecto nos abandonan y destruyen el influjo de las simpatías, una aficion decidida al trabajo, una ocupacion constante absorbe los sentimientos del alma y esparce en su fondo ese grato é inesplicable consuelo que no pueden dar los hombres, enjugando nuestras lágrimas y regenerando nuestras culpas con méritos aceptables para la sociedad, los cuales son casi siempre recompensados por la misma Providencia divina.

Por esto muchos hombres que se dedican preferentemente al trabajo sin necesitarlo, no solo buscan en él la adquisicion de las riquezas y la realizacion de sus prodigiosos resultados, que revelan la educacion de su inteligencia, sino que en el deseo de tranquilizar su alma le

sirven sus ocupaciones de motivo para olvidar ó disminuir sus tristezas, creando en su fantasía goces inocentes que á la par que le instruyen en conocimientos nuevos, distraen el ánimo y le desvian de las preocupaciones inmorales y exaltaciones absurdas, en que decae el holgazan abatido por su molicie.

Ingratos son muchos trabajos del hombre, oscuros y miserables sus resultados cuando no mejoran su posicion social ni ofrecen una recompensa dignamente merecida por su aptitud y su constancia, en el descanso de un porvenir más tranquilo; pero no por esto desmaya ni se debilita su fuerza de voluntad, mientras hay nobleza en el corazón y claridad en la mente que le retiene siempre esclavo de su deber y le conserva amante de sus virtudes para trasmitirlas honradamente á sus hijos.

Lo mismo que decimos del hombre aplicamos á la mujer; y entre todas las pasiones del corazón, ninguna más loable y noble que aquella que nace de la afición, utilidad y placer al trabajo, porque ella domina el pensamiento, inclina el corazón al reconocimiento de sus propias bondades, dirige éstas al fin útil de la sociedad, las desvia de la corrupcion de los vicios y acumulando los progresos de la civilizacion, se llega insensiblemente á cumplir en la tierra la mision predestinada por la voluntad Suprema.

## II.

Hemos indicado al principio de este capítulo que el trabajo es para el hombre una obligacion necesaria, un deber moral y una virtud sublime que revela la supremacía de su condicion distinguida sobre las demás criaturas.

Y es porque no solo requieren sus ejercicios las fuerzas físicas del hombre, sinó que en primer término

necesita aplicar las intelectuales; y aún en algunos delicadísimos casos toman parte hasta los sentimientos del corazón.

Como necesidad, no solo sirve para satisfacer las exigencias apremiantes de su propia naturaleza sino que es un medio influyente para dirigir sus pensamientos á los fines útiles de su misión, y sin proveerse sirve de remedio y auxilio providencial para las demás criaturas.

Apela el hombre por medio del trabajo al desarrollo de sus fuerzas físicas para adquirir la salud y el valor que reclama la defensa de su propiedad y de su familia; necesita la tierra del sudor de su frente para producir y mejorar sus frutos más apetecibles, necesita la mujer, más débil que él, de sus beneficios para sostener su continua gratitud; necesitan los irracionales que están á su servicio y contribuyen á su nutrición de sus cuidados y vigilancia; y aún aquellos que solo nos recrean con sus armonías, y hasta los que huyen de nuestra vista ó infunden temor en nuestro ánimo por su ferocidad, aceptan el trabajo del hombre como un elemento directo para su propia conservación y cuya influencia aprovechan, temen y respetan.

Atendiendo el hombre á estas necesidades naturales, se facilita á sí mismo y á su familia los medios de conservación, se procura el albergue en que reúne y resguarda á sus individuos más queridos, adquiere el abrigo que los preserva de las inclemencias del cielo y del rigor de las estaciones y confía á la mujer la dirección secundaria de sus alimentos, la aplicación de los respectivos objetos domésticos, y sujeta á su cuidado el gusto y la satisfacción completa de la familia.

Noble es la conducta del hombre cuando honradamente lleva al seno del hogar los frutos de su trabajo y no le mueve al asiduo cumplimiento de su obligación más estímulo que el bienestar de sus individuos.

Por pesadas que sean sus obligaciones, por corta que

sea su retribucion, si el hombre deja su casa custodiada á una mujer inteligente que poseida de su discrecion piensa solo en su amor y cuida de conservar y económicamente distribuir los productos del trabajo, honrada base de la fortuna, esa mujer modelo, que quisiéramos ver imitada por todas, se ocupa y se afana por acrecentar la riqueza de su esposo acallando sus propios deseos, vigila porque en primer término nada le falte ni perturbe su descanso y se prepara diariamente á hacer sus delicias con los inocentes placeres de la gratitud y de la recompensa.

Ella comprende el valor que tienen las fatigas y los sacrificios del hombre, y limitando sus aspiraciones á las imprescindibles necesidades de la vida, relacionadas con la conformidad de su amor, nada ambiciona para satisfacer sus halagadores deseos femeniles; pues en las ocupaciones domésticas que sostienen la alegría de su esposo y la de sus hijos encuentra la felicidad mayor de su corazon y no le queda hueco para preocuparse en bagatelas ni frivolidades.

Ayuda con su buena direccion á que la abundancia se refleje en la posicion social más modesta, porque ni el lujo ni el capricho distraen ningun valor de los que la prevision reserva para las enfermedades ó contratiempos de la vida.

En el aseo está su lujo, en la limpieza sus novedades, en la economía su riqueza y en la satisfacion propia ese bienestar constante que no ambiciona mas bienes que la proteccion invariable de la Providencia.

La modestia es el ornato que mas brilla en las obras de la mujer laboriosa, indiferente para todo lo que no sirva de homenaje á sus ocupaciones y la que refleja en su disposicion la cultura de su talento dedicado exclusivamente al cuidado y educacion de los hijos y á confortar al hombre con sus prudentes consejos en sus cansancios y en su aburrimento.

Cuanto más modesta es la posición de la familia á más privaciones se concreta gustosamente la mujer, y sin embargo más lucen sus economías y más feliz resulta la armonía conyugal, porque toda la administración estriba en las prudentes reglas de la necesidad cuyos límites jamás se traspasan mientras no se abandona la discreción.

Esta satisfacción envidiable es una consecuencia que no se deriva de la especialidad de las pasiones, de la ignorancia de las dichas desconocidas ni de la imposibilidad de adquirirlas; es más bien el resultado moral de la nobleza del trabajo, que cifra en el indispensable uso de sus beneficios la gloria de sus deberes y de su virtud.

### III.

La continua preocupación de útiles pensamientos que absorven la inteligencia de la mujer laboriosa, acaba por ilustrarla en el cumplimiento de sus deberes domésticos y en la moralidad de sus amores, sin dejarle tiempo para que divague en caprichosas frivolidades.

En esto se revela su mejor discreción, cuando dedicada por necesidad ó afición al trabajo y gobierno de su casa, nunca olvida que su esposo por ella se sacrifica y sus hijos han de necesitar constantemente de su vigilancia y de sus servicios y procura con solicitud evitarles la más ligera contrariedad, molestia y privación que de su ternura dependa y pueda disgustarles.

La mujer apasionada de corazón, mira desinteresadamente como el deber más sagrado para su amor el sacrificio constante de su voluntad, de sus fuerzas y de su inteligencia, contribuyendo con la estricta ejecución de sus deberes á la felicidad del hombre que ama.

Para ella los placeres de la vida nada son ante la serena alegría que observa en el semblante del esposo cuando admirado de su solicitud y servicios la espresa su com-

placencia; nada tampoco las miradas de gratitud y de satisfaccion que sorprende al ver que interpreta anticipadamente su voluntad y llena sus deseos sin esperar á que los manifieste.

Asidua porque la necesidad nada tenga que exigir del deber, considera sus obligaciones domésticas como una ventaja para consolidar su amor, y á pesar de las dificultades conque á veces lucha para cumplirlas todas no desatiende ninguna de ellas, ni descansa hasta que comprende que las reclamaciones no han de amonestarle por sus descuidos.

En cada estado, en cada posicion social y en cada edad tiene la mujer obligaciones adecuadas de un modo diverso, que aunque algunas parezcan fáciles de cumplir se requiere que en todas sea de antemano instruida por las doctrinas morales del deber, para que se desempeñen con acierto y se acepten con entusiasmo, delicadeza y amor.

Con estas cualidades no mirará indiferentemente los trabajos de su séxo cual carga pesada para sus fuerzas ó impropia para su condicion, ni los desatenderá posponiéndolos á los caprichos y aficiones de su veleidad.

Si la mujer fuera mejor instruida y tuviera conocimiento perfecto de la importancia del trabajo, si estuviera educada para estimar la obligacion que tiene de trabajar, administrar y dirigir los cuidados y las atenciones de su familia, si tuviera nociones morales de lo que es el deber y comprendiera en qué consiste su equidad y cuáles son los que corresponden á su estado de esposa y madre, mejor educada estaría la humanidad y más dulces y virtuosos serían algunos lazos conyugales.

Pero desgraciadamente el amor propio, el fanatismo y el trato social corrompen la educacion moral de la mujer y acaban por oscurecer las luces de su entendimiento, creándose obligaciones diversas á las que su noble mision la destina.

Mujeres hay que desatendiendo la conveniencia de su vigilancia doméstica y despreciando el gobierno de sus intereses y los cuidados de sus hijos, aunque permanecen retiradas en su domicilio casi todo el día, dedican sus principales y mejores horas al tocador de su persona, al estudio de sus encantos y mejor orden de sus adornos, y á la lectura de frívolas novelas que la distraen de los sagrados deberes anexos á su cargo; y cuando pretenden que sus servidores activen los quehaceres de la casa y apresuren su despacho, solo consiguen con su direccion torpe y atropellada perturbar el orden de las cosas, aburrir á los que han de obedecerlas y esclavizar á la familia por la falta de tiempo lastimosamente perdido en sus caprichos.

Mujeres hay de tan escasa instrucción, que confundiendo las relaciones de la piedad con las del deber, prefieren hacer ostentacion pública de aquellas mejor que atender á las obligaciones de su estado, olvidando que el cristianismo condena la holgazanería.

Y abandonando desde que se levantan al esposo y á los hijos, pasan las mañanas visitando templos, recitando devociones y cumpliendo con prácticas piadosas que, por muy santas que sean, no pueden agradar á Dios, ni aprovechar á la mujer que á ellas se dedica, si antes no ha cuidado de que su esposo nada encuentre censurable en el cumplimiento de sus deberes domésticos, ni en nada influya su ausencia para perturbar la tranquilidad moral de la familia.

Mujeres hay, por fin, esclavas de sus caprichos, que si se las escucha apenas tienen tiempo para atender á sus deberes sociales, y desde que salen del tocador que es su santuario se lanzan á la calle para escudriñar las tiendas, informarse de las últimas novedades y de la chismografía popular, importunar á las amigas con sus visitas, frecuentar las sociedades filantrópicas en que están inscritas, acudir á los paseos y presentarse en las tertulias y en los

espectáculos para hacer ostentacion de la vanidad de sus gustos.

A todas partes llegan tarde, porque como el tiempo es tan corto y la moda y el buen tono exigen su presencia en tan diversos sitios, ni aún se les permite enterarse de lo que en ellos pasa ni acreditar la oportunidad de sus molestias y el provecho de sus afanes.

Entretanto el padre ó el esposo reniega de los compromisos sociales de la mujer y los hijos, más abandonados é independientes que los de la pobre obrera que se desprende de ellos para procurarles un pedazo de pan, no reciben más cuidados ni más educacion que los de una servidumbre soez y corrompida que abusa de las autorizaciones y libertad de su ama.

La ignorancia que la mujer tiene de sus obligaciones y el abuso que hace de sus derechos, son las causas que influyen en que no aprenda á estimar la utilidad y necesidad de la vigilancia y cooperacion que debe tener en la economía y en la educacion directa de su familia, cuyas buenas condiciones revelarían el mérito de sus propias virtudes.

#### IV.

¿Cómo demostrar la conveniencia del trabajo á la mujer ociosa que despreocupada y sin pensamiento fijo en su mente y aburrida por el fastidio de su molicie se vé precisada á divagar en ideas inútiles y absurdas que destruyen la bondad de sus sentimientos?

Para ella no es posible que en el trabajo se encuentren satisfacciones, y si disfruta indirectamente de sus beneficios los considera improductivos; en el deber no encuentra responsabilidad, ni virtud en el orden de sus obligaciones.

A esta escuela pertenecen aquellas mujeres que á pe-

sar de sus buenas condiciones estravian su razon en los caprichos extravagantes de la moda, en la lectura de frívolas páginas y en la inclinacion irresistible á las diversiones y pasatiempos.

Vacio el raciocinio y preocupado el corazon, siguen una vida lánguida que las aburre en el tocador, las cansa en el paseo, las distrae en el templo y las aletarga en cualquiera espectáculo social.

La economía es para ellas una estrechéz insoportable, la modestia una insensatéz adecuada al mal gusto y la prudencia una torpeza que revela la falta de sociabilidad, segun sus escepcionales comentarios.

Agotadas las ilusiones de su fantasía, en irrealizables proyectos, acaban por demostrar ineptitud lo mismo para comprender las satisfacciones del trabajo que infelicidad en las abundancias del placer; y presas de una melancolía prematura, no tienen ni aún fuerzas para espresar la vivacidad natural de su séxo.

Con indiferencia reciben las alegres impresiones de la vida, y el silencio tenáz y sombrío, en que decaen sus mayores entusiasmos, revela no solo el adormecimiento de sus facultades sinó los peligros y las indiscreciones de la estupidéz.

Su incomprendible conducta las lleva del frío indiferentismo que las confunde á la vivaracha petulancia en que se engrien; de la calma absoluta de las pasiones á las locuras del desvarío; y sin fé ni conciencia de su propio estado se alucinan ante las doctrinas de las adulaciones que las precipita en los misteriosos abismos del vicio.

Aman el lujo por su propia vanidad y no puede sostenerlo su holgazanería; pretenden apoyarse en su altivéz para defender su virtud, conque disfrazan su propia dignidad, y el honor se compromete ó corrompe á impulso de las ambiciones de su corazon.

Enemigas del hogar y esclavas de la servidumbre so-

cial acuden á sus manifestaciones en busca de una expansion para el ánimo idiota á quien todo le cansa y aburre.

Si un padre ó un esposo se sacrifica por ellas, su ingratitud ó infidelidad hacen estériles todos sus beneficios, ineficaces todos sus consejos é inconsecuentes todas sus enmiendas; porque desde la infancia no han comprendido que el hábito del trabajo y la moral de los deberes aclaran la inteligencia y fortalecen el corazon.

Su amor, que no comprende la pureza de los goces, se desborda en afecciones reprensibles que la seducen y con ellos encuentra fácilmente los medios de sostener las necesidades de su familia y las exigencias de su molición, pero á costa de sus virtudes más respetables.

Nada le importa la instruccion y educacion de sus hijos; tiernos los encuentra siempre para inclinarlos al trabajo é inculcarles el deber; y mientras, enervando sus propias fuerzas en una vagancia imperdonable, por más que ella les oculta los elementos despreciables de que se vale para prodigarles su pan, sigue libre y sin conciencia una senda que arrastra á la perdicion á toda la familia.

## CAPÍTULO XXXI.

### LA POSICION SOCIAL.

No conteis demasiado con el porvenir porque no sabeis lo que sucederá mañana.

Prov. XXVII.—1.º

#### I.

No es el loable estímulo conque la sabiduría se distingüe de las clases ignorantes, no es tampoco la repulsion conque la virtud mira á las gentes corrompidas en los vicios de sus costumbres lo que sirve de base á la sociedad para justificar el legal órden de esferas en que los hombres se colocan y clasifican.

Es el amor propio, las ambiciones y el orgullo lo que se pretende hacer valer entre los demás para colocarse en una situacion mejor distinguida entre sus semejantes, sin reparos ni escrúpulos para alcanzar los medios de adquirir resultados positivos,

Si el saber ocupa una esfera meritoria ante los hombres que piensan, esta es tan reducida y se considera aún con tal ingratitud que pocos aspiran á ensanchar sus límites.

Si la virtud se aplaude, no entusiasma tanto como para que la humanidad consiga reconocerla cual elemento

indispensable para el bienestar y preponderancia de una envidiable situacion en que la tranquilidad de la conciencia y el amor á sus bondades sublimes la hacen superior á las demás aspiraciones humanas.

En cambio las riquezas bien ó mal adquiridas, mejor ó peor administradas, pero que revelan abundancia, la presuncion del egoismo y del amor propio que hinchan al hombre de vanidad y de insensatez, los méritos de nuestros padres y los recuerdos de nuestros antepasados adquieren tal preponderancia en la tierra, que por estas triviales condiciones nos conceptuamos dignos de un valimiento superior.

No negamos el justo derecho que los hombres tienen para colocarse con méritos propios en un lugar adecuado á sus acciones dentro de las esferas de la consideracion social; no negamos la respetabilidad que al superior deben sus inferiores; pero esto nunca puede servir de causa para envidiar, olvidar ó despreciar á los demás individuos que no reunen sus cualidades propias ó igual destino.

Aunque la fortuna dirige siempre el porvenir de las criaturas y sin manifestar estas con sus obras la justicia de sus favores, parece como que elije aquella á los menos dignos confiándoles sus bienes, en nada se nos autoriza á censurar los designios de la Providencia, y sí por el contrario la ineptitud nuestra que abusa de sus dones y altera los fines á que deben ser aplicados.

Los defectos de una educacion propia del estado, naturaleza é inteligencia de cada individuo, se refleja involuntariamente en la ambicion y egoistas pretensiones de los hombres, que aspiran á representar más importancia de la que se merecen y de la que ellos mismos apetece-rían si comprendieran el valor verdadero del mérito.

Pero alucinados los hombres de la sociedad moderna con los esplendores fátuos de la vanagloria, ensobrecidos con el poder de las riquezas, entusiasmados con sus

propios atractivos físicos caminan ciegamente olvidando su condicion natural, sus deberes relativos al fin eterno y arrastran con su ejemplo á la mujer que siempre sueña satisfacciones inmensas en el órden preferente de una posicion social.

Contagiada por la ambicion la mujer imperfectamente instruida que apénas se esplica la cualidad de sus sentimientos, envidia el lugar que otras ocupan, ignora las circunstancias que deben contribuir á elevar con justicia su consideracion, y desprecia á aquellas que vé en clase inferior y aún á los hombres que le ofrecen su mano y su amor sin poder sostenerlas en el boato y asegurarles el rango que sueñan sus ilusiones domésticas.

Para llegar algunas mujeres á ocupar el lugar que apetecen al lado del hombre, no tienen más mérito que su corazon ni más elementos que su amor y aun este lo falsean y prostituyen con tal de alcanzarlo ó no descender de su clase.

¿Qué le importa á la mujer la instruccion virtuosa de su alma mientras los hombres le atribuyan talento, la consideren de sorprendente hermosura, de incomparables atractivos á sus ojos y la autoricen á figurar en primera línea al lado de sus aduladores solo porque un nacimiento, un matrimonio ó una falta la eleven en la sociedad sobre el nivel comun?

¿Para qué han de servirle las riquezas si el hombre la alienta con su conducta á que las disipe en el lujo y esplendor de la vida cual si fueran tesoros inagotables ó bienes imperecederos?

¿Qué necesidad tiene de administrar sus intereses domésticos y de educar á sus hijos si por su posicion social sería censurada al descender á estas humildes ocupaciones y está obligada á desempeñar ante sus admiradores otros cargos, otros papeles opuestos á su virtud y á su mision?

No pretendemos que la mujer se esclavice solitariamente en su hogar privando á la sociedad del ejemplo noble de sus virtudes; no queremos democratizar las clases que se llaman elevadas hasta el punto de confundir ó anular los saludables proyectos y justas influencias que el buen criterio, la fortuna y la esplendidez ejerzan para estímulo de sus semejantes.

Deseamos que la mujer conozca desde sus situaciones elevadas que aún tiene que subir á mayores esferas para inmortalizar su corazón y que debe desde su sitio, cualquiera sea el que ocupe en el mundo, ilustrar con su amor y prodigar las bondades de su alma á aquellas criaturas que en diversos órdenes la siguen siempre anhelando sus venturas y necesitando de sus nobles impulsos por vivir condenadas á sufrir los rigores de la miseria y de la desgracia.

Adquiera la mujer educación adecuada para cada una de las esferas en que el destino la coloque y no le faltará resignación para la desgracia, conformidad, gratitud y abnegación para utilizar los bienes de que se rodee; pretenda elevarse á las más superiores por las escalas de la discreción y de la virtud y conseguirá contribuir con su influencia á la regeneración de los mismos hombres que tan injustamente la estiman y la tratan.

## II.

A pesar de los adelantos de nuestra civilización, la necesidad de que la sociedad se divida en diversas clases sigue invariable y aunque reconocemos su conveniencia é importancia más moral sería que se distinguieran sus individuos por los méritos que contrajeran en sus acciones diversas que nó por las facilidades de que disponen las familias para sostener las aspiraciones de sus miembros en la vanagloria mundana.



De esta apreciacion que parecerá utópica, pero que en realidad resultaría practicable si tuvieramos mas educacion y ménos pretensiones, resultaría destruida la envidia con que las clases proletarias miran á las que ellas creen más felices, desaparecería el olvido en que se consideran colocadas las clases medias y no existiría el desden y el desprecio que se desprende de esferas elevadas.

El hombre, por sus negocios y destinos sociales, por su propia independencia tiene que estar mas en contacto con los individuos de toda la sociedad; y aunque nunca faltan tipos originales que con su orgullo desmesurado creen inferiores á su condicion al honrado menestral y al hombre trabajador que contribuye á fomentar sus riquezas, la educacion moderna vá adelantando en las relaciones recíprocas que debe el hombre tener para sus semejantes respetando los derechos que dignamente se adquieren ante la consideracion general.

Pero la mujer, aunque con mayores bondades naturales en el corazon, acepta muy paulatinamente este laudable progreso y desde sus situaciones mas encumbradas mira todavia con censurable indiferencia las órdenes inferiores de sus semejantes y hasta con desden las posiciones mas humildes.

Efecto de su educacion viciosa y de su instruccion superficial, así como de su grave ignorancia moral, es la falta de conocimiento que tiene de las gentes que contribuyen á satisfacer sus gustos á costa de privaciones, y el valor virtuoso que adquieren los servicios de las personas que la ayudan y proveen sus necesidades aunque sean retribuidas mercenariamente.

Si la mujer de posicion encumbrada reflexionara que el lujo que tanto la deslumbra enjuga innumerables lágrimas á pesar de hacer derramar otras de diversa índole, no podría ostentarlo sin el trabajo de las clases proletarias cuyo único capital consiste en el ejercicio penoso y

constante de sus fuerzas; si meditara que para satisfacer sus deseos caprichosos, débiles individuos de ambos sexos, amantes de sus propias virtudes, han sacrificado su salud y sus vigiliias recibiendo un mísero jornal en pago de las costosas sedas que ella arastra por el suelo, de los encajes que destruye en un descuido y de los adornos que ante el espejo tan bella la hacen, mejor consideraría á esos seres necesitados siempre de su proteccion.

Todos concebemos que para conservar su honra propia, defenderse de la miseria y procurar el pan indispensable de la vida á seres desvalidos, hay mujeres de gran ternura que sacrifican su salud y sus fuerzas en trabajos pesados y uniformes que embotan el raciocinio y destruyen las complacencias más nobles del corazon.

Esas mujeres que pueblan los talleres de ciertas industrias, no son por nadie miradas como delicados individuos del sexo bello, creado para la felicidad y el amor del hombre, sinó como brazos auxiliares de ciertas máquinas que acaban por moverse sin reflexion ni conciencia ante el instinto de no morir de hambre.

La alegría que asoma á su rostro en el dia festivo y en las horas de asueto revela más bien el cansancio del idiotismo que la satisfaccion de un corazon tranquilo.

Sus sencillos goces y el aseo de sus modestos vestidos requieren vigiliias, sacrificios y privaciones para conseguir de tarde en tarde una expansion natural y legítima, que pasa ante su imaginacion con la rapidéz de un sueño, volviendo á las breves horas á sacrificarse en aras de su esclavitud imprescindible.

Tal es la obrera honrada que todo lo arrostra á impulso de la necesidad imperiosa del trabajo y para quien las industrias apénas tienen más retribucion que un jornal mezquino, siempre inferior al del hombre é insuficiente para sus necesidades indispensables, ni la sociedad más recompensa que un asilo ó un hospital para cuando se inutiliza ó enferma.

Sin disfrutar las dulzuras del hogar, sin aprender sus deberes domésticos, olvidada á veces de la consoladora piedad del alma y de la moralidad de su conciencia, la pobre obrera ni piensa en los peligros de su posicion ni prevee las consecuencia tristes de su porvenir mísero.

Todo lo ignora, todo lo olvida y sin más instruccion ni facultades para salir con sus propios elementos de su situacion precaria, cuando no encuentra un hombre que por su amor legítimo la exima de la esclavitud de las fábricas, sigue toda su vida embrutecida por el silencio propio, el aislamiento del taller y el insoportable ruido de la maquinaria.

Cuando dotada de hermosura y envidiosa por la vivacidad de su imaginacion admira el lujo de otras afortunadas mujeres que sin sacrificios nadan en la abundancia, el ejemplo la ciega, las aduladoras ofertas de los seductores la alucinan, y sin abnegacion para defender su virtud con la modestia de su dignidad natural, se precipita en los peligros de una vida más independiente pero deshonrosa, que aumenta sus desgracias.

Para estas mujeres á quienes el hombre explota, por el abuso conque aprovecha sus fuerzas ó su inteligencia, debieran los gobiernos dedicar la atencion preferente de sus estudios económicos mejorando con sus leyes la retribucion equitativa de sus jornales, instruyéndolas para que elijan profesiones adecuadas á su temperamento, saber y condicion, y se disminuiría el considerable número de séres inmorales que sirven de amenaza y corrupcion continúa en la sociedad.

### III.

Cuando la mujer pertenece á lo que vulgarmente llamamos clase media, parece como que se encuentra en su centro social y predispuesta para desempeñar fácilmente la mision respectiva á sus diferentes deberes.

Creo que nunca debiera pretender salir de este estado, porque es donde más se disfrutan las felicidades relativas de la vida y donde más resaltan las virtudes meritorias que tanto la embellecen.

Aunque más distinguida que la obrera, vive también dedicada al trabajo constante, pero trabajo inteligente que desarrolla las facultades del pensamiento, la ilustra en los deberes de su condición y conmueve la gratitud de las bondades del alma.

No es la miseria la que le impone la ley de sus molestias, no es el hambre la que le obliga á necesidades ineludibles; es el amor y el convencimiento de su utilidad quienes la inclinan á prestar sus fuerzas, es la inteligencia que aprovecha los beneficios de su dulce afición, es la gratitud que la alienta al cumplimiento de los deberes.

Y mientras el hombre se afana por hacer productivos sus sudores y cavilaciones, la mujer discurre también, cuida de fomentar sus beneficios con su buen gobierno, economiza con sus manos lo que la prudencia y prevision le aconseja para el porvenir y dispone con discrecion lo necesario á satisfacer los gustos de la familia.

No tiene que abandonar por el trabajo rudo, como la obrera, á sus hijos para darles un pedazo de pan, sino que se dedica á sus quehaceres para prepararles mejor nutrición y facilitarles el mayor número de comodidades posible.

No los deja á merced de la vagancia, sino que los reúne á su alrededor, los vigila constantemente, les comunica los cortos conocimientos de su inteligencia, enseñándoles lo que cree convenirles y los educa haciéndoles servir de miembros útiles para la familia y la sociedad.

Sabe apreciar las virtudes que han de ir unidas á su condición de esposa, á su misión de madre, y solo en el seno de la familia encuentra con facilidad los más envidiables goces de su amor.

Contenta con su suerte, si es discreta, no ambiciona el lujo ni la felicidad profusamente demostrada por las clases elevadas, y puede considerarse por su posición independiente más defendida y respetada que la modesta jornalera ó la dama encopetada.

Si la clase media que tan importante papel debe desempeñar en la sociedad humana pusiera en práctica todos los propios medios de que dispone para instruirse perfectamente, no en triviales conocimientos ni en frívolas ilustraciones sinó en estudios útiles y adecuados á realzar la dignidad de la mujer, serviría sin duda de lazo de union á las pretensiones de las demás esferas sociales.

Pero desgraciadamente en la clase media empiezan á adquirir más desarrollo las ambiciones de gerarquía y el egoismo de la satisfaccion propia, y aunque no se envidien ni se desprecien las otras posiciones sociales, la indiferencia con que se miran las unas y tratan las otras perjudica bastante á sus propias aspiraciones y consideraciones.

Más arraigadas las doctrinas moralizadoras, más puras las intenciones piadosas, más virtuosas sus pasiones, no impide el atraso de nuestra cultura y la ceguedad del positivismo actual que en esta clase se sujete el amor de la mujer y el porvenir del hombre á sus méritos propios ni á los beneficios honrados de la laboriosidad, fomento de los estímulos de su felicidad relativa, sinó al cálculo de la posición social, que dicta numérica y anticipadamente el valor que puede esperarse de un buen partido matrimonial ó el grado de orgullo que pueda adquirirse con la fastuosidad de timbres y títulos rancios.

Si los que pertenecemos á esta esfera sostuviéramos con pureza los consejos y las virtudes que en la infancia nos han inculcado nuestras madres y no olvidáramos sus doctrinas y desvelos, no prepararíamos á nuestra prole para que las generaciones futuras poseídas de glacial es-

cepticismo nada vean bueno, útil y perfecto sinó llena los fines del egoismo y de la realidad positiva.

Las ambiciones de todas las clases se revelan igualmente en un buen número de individuos de la clase media que pretende alcanzar con más brevedad sus aspiraciones y elevarse á otra representacion más envidiable, lanzándose al gran mundo á costa de sacrificios y despilfarros, con cuya conducta se estrellan y caminan á una ruina inevitable, de la cual no les salva ni las compasivas consideraciones de los que pretendió olvidar ni los desprecios de los que le alentaron en su risible encumbramiento.

#### IV.

Es condicion del hombre y de la mujer no estar nunca satisfechos de su suerte y envidiar la posicion encumbrada de las familias que en el gran mundo ocupan las altas esferas de la sociedad.

Y siéndonos imposible penetrar en el interior de los corazones, consideramos felices por sus extraordinarias apariencias exteriores á las personas que viven en brillantes moradas, que satisfacen todos sus gustos, disfrutan todas las comodidades y diversiones de la vida y revelan una despreocupacion y tranquilidad inalterable, base del orgullo original conque miran á las demás gentes.

En este gran mundo vive entusiasmada la mujer que, por su ignorancia y frivolidad, no conoce otros deberes que la realizacion de sus caprichos, el estudio para agradar á los hombres, y desnaturalizar los sentimientos de su amor con el coquetismo ó romanticismo que mejor se adapta á su temperamento y molicie.

Rodeada de servidumbre que obedece al punto sus órdenes y la evita todo género de molestias, con elementos abundantes para sostener las variedades de su mesa,

los caprichos de su tocador y el lujo y la voluptuosidad en todos los actos públicos y privados de su vida, no tiene que preocuparse en las fatigas del trabajo ni en el gobierno y educacion de su familia, pues si tiene hijos el amable esposo le facilita desde la nodriza que les dá la leche de sus pechos hasta el ayo ó institutriz que cuida de su ilustracion.

Si algun pesar le preocupa no debe traer consecuencias, porque lo motivarán las informalidades de la modista, el retraso de los cocheros ó los descuidos de la peinadora, motivos despreciables para la importancia de las serias cavilaciones del raciocinio.

Si tiene que distribuir el tiempo sin que sus horas la hastien, no faltan tiendas que recorrer, modas que estudiar, visitas de etiqueta que cumplir, paseos que frecuentar, bailes á que asistir, teatros y diversos espectáculos que disfrutar.

Aunque en todo el dia no haya visto al esposo más que en las horas precisas de la mesa y aún en ellas no pudiera resistir la presencia de sus traviosos hijos, no debe entristecerle el corazon, porque nunca faltan relaciones íntimas entre sus amigas y los conocimientos de su esposo, que mirando por su honor y entusiastas por su afabilidad la acompañan á unas partes y la invitan á otras, contribuyendo siempre á su contento y bienestar.

Y cuando en las altas horas de la noche, soñolienta se retira á su dormitorio, bien poco pueden importunarle los sucesos de su hogar ni el variable porvenir de su suerte, porque rendida y cansada un sueño reparador la rehabilita para seguir á la mañana siguiente igual libertad y ventura.

¿No es verdad, amables lectoras, que es feliz y envidiable la condicion de algunas mujeres de la *sociedad distinguida*?

¿Cómo no aspirar todas á ese estado de dichosa representacion?

Sin embargo; esa vida acaba con la salud y destruye hasta los mejores propósitos, la abundancia del placer cansa y fastidia como aburren y fastidian las privaciones, la administracion y gobierno doméstico confiado á estraños desmiembra el mejor capital si se tropieza con la mala fé, los hijos no gozan del calor del regazo materno, el esposo conserva á la mujer propia como objeto de vanidad y los sentimientos del amor no anudan nunca ningun lazo de ternura entre los individuos de la familia.

Su inteligencia, aunque parece ilustrada porque ha aprendido determinados giros y conceptos en la urbanidad refinada de sus amistades, nada profundo enseña y sus conversaciones resultan tan frívolas é insustanciales como las de sus pretenciosos admiradores.

Si escudriñárais su conciencia, aunque libre de vicios condenados por la moral, la encontraríais vacía de virtudes que enaltecer é indiferente para la comprension de sus deberes.

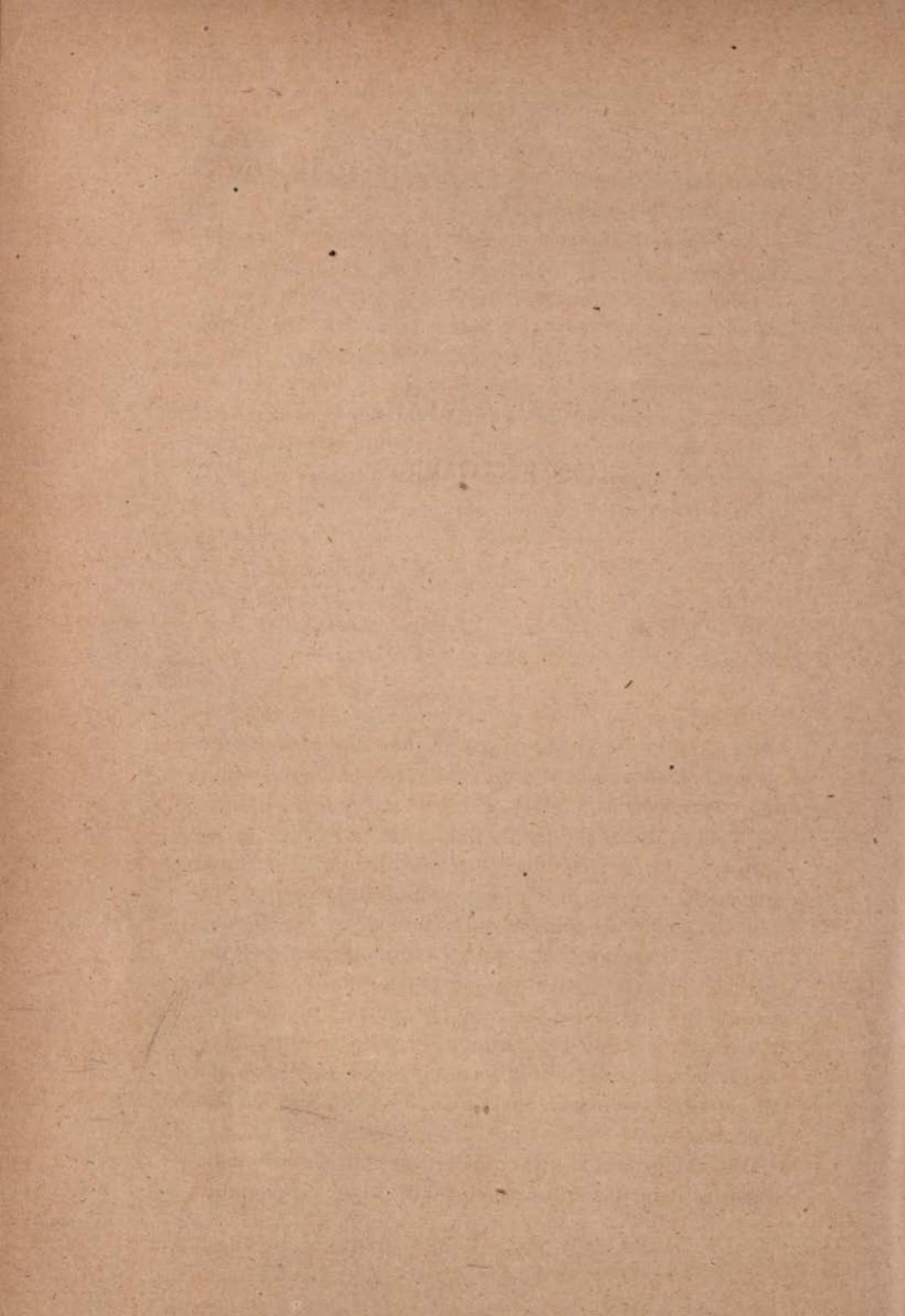
Si la piedad parece conmover las fibras nobles de su corazon, desconfiad de su sinceridad; porque se acuerda de Dios con la misma independencia que de sus hijos y le visita con la misma etiqueta y cumplimiento que á sus amigos, siéndole muy fácil olvidarle engolfada en las atenciones de su vida especial.

Las que así proceden, las que así piensan, son las que desgraciadamente deslumbran nuestras aspiraciones; porque el entusiasmo de la vanagloria despierta la envidia y la ambicion de los pobres de espíritu y ciegos de entendimiento.

En cambio, pocas aplauden y casi nadie repara en la mujer discreta y virtuosa de alta condicion social, que sin abandonar sus propios deberes domésticos, esclava del amor de su familia, sirve de modelo de perfeccion en el hogar, de alivio y útil instruccion á sus servidores y sin degenerar de su rango comparte sus riquezas y sus con-

suelos con los desgraciados que lloran en los rincones de la miseria y del sufrimiento.

La regeneradora moral cristiana que esparce sus bálsamos de virtud reparadora entre todas las criaturas, sin distincion de categorías, indica á las pudientes y desahogadas la mision que en la tierra tienen por su propia abundancia y poder de compartir sus riquezas, destinar sus influencias y sus conocimientos y practicar la caridad con los desheredados, cuyas bendiciones y agradecimiento son imperecederos galardones que perpetúan más allá las felicidades de la tierra y jamás alteran las verdaderas dulzuras del corazon.



CAPÍTULO XXXII.  
LOS ESTRAVÍOS.

De la pérdida del honor de la mujer nacen las desdichas mas funestas que experimenta en su vida.  
Duclos.

I.

Hombres que impunemente llevais vuestro sarcasmo hasta el punto de insultar á las mujeres desgraciadas que corrompen su pudor, el tribunal severo de la imparcialidad os acusa de sus faltas y condena por vuestra audacia.

No disculpeis vuestra participacion ó inocencia en sus extravíos con la debilidad y la ignorancia de la mujer que sueña en una independencia absoluta, porque sois quienes la alentais con vuestras libertades.

Si su pobre razon desvaría por la fogosidad de una inclinacion torpe y sucumbe por el peso abrumador de la miseria que se ciega ante las ambiciones del lujo y la molicie de la ociosidad vuestra es la mayor culpa, pues nunca la mujer llegaría al término de su perdicion por su voluntad esclusiva sinó la ayudárais con los ejemplos licenciosos.

Si sus locuras la arrastran á una vida desenfadada, vosotros debisteis antes de consentir que se precipitara

en los abismos del vicio despertar su reflexion y tenderle una mano caritativa que la detuviera y separara del inmundo caos en que muchas se hunden.

Dios os ha confiado desde la creacion su protectorado y defensa y teneis el deber sagrado de amar con respeto á todas las mujeres sin seros permitido abusar ni corromper á ninguna.

La responsabilidad de sus desdichas es casi toda vuestra aunque la sociedad contemple impunemente vuestra indiferencia, aplauda vuestra conducta y perdone vuestro cinismo.

Sabed que nunca puede la mujer defender su honor y su virtud cuando no se la ilustra bastante en sus bondades escelentes y en sus deberes respectivos; nunca podrá robustecer los tiernos sentimientos de su alma mientras se la deja que descuide su piedad religiosa; nunca podrá su razon discurrir con rectitud cuando su entendimiento no tiene luces para preveer y evitar los peligros que la asedian.

Instruidlas, pues, en la severidad de sus obligaciones, no en la libertad de vuestras inclinaciones sensuales.

Respetad siempre su pudor y no lo comprometeréis con las adulaciones de sus encantos.

Enseñadlas en lo que el alma necesita para no degenerar de su dignidad noble, y no se entusiasmarán ante la esperanza de efímeros placeres materiales.

Educadlas para pasar de esta vida á la felicidad inmortal, nunca para la sensualidad de vuestros goces, y os eximiréis de la culpabilidad general que se os imputa.

Amadlas, siempre con la sinceridad que á su condicion y estado corresponde, no con la voluptuosidad de vuestras seducciones sedentarias.

Y cuando elijais compañera para vuestro amor, respetad las dulzuras inocentes de su corazon, ayudadla á purificar y ennoblecer sus sentimientos y no se os atribuirá la corrupcion de su alma.

Los que duden de estos remedios que no olviden á la mujer discreta y virtuosa que por nada del mundo desciende al terreno culpable de las libres complacencias, ni compromete su amor indebidamente, porque posee en su instruccion sana los elementos necesarios para purificar las ideas, acallar los sentidos y vencer las tentaciones.

Los que consideren ineficaces nuestros consejos, que no contribuyan, al menos con su desprecio insultante, á aumentar la desgracia de la infeliz que la sociedad abandona en su desvarío; porque la indignacion se revela contra la índole propia de las pasiones y puede extinguir el gérmen de arrepentimiento que conserve la mujer en su corazon, precipitándola en los extravíos del vicio ó arrastrándola á las estremas resoluciones de la desesperacion.

Si las pasiones amorosas no se desbordaran irreflexivamente á impulso de la impaciencia de nuestra naturaleza, estimaríamos más la reputacion de la mujer que dominada por la influencia de sus ternuras no comprende la relacion que guardan con los sentidos, desconoce el valor de su propia honra y no sabe estimar y conservar los tesoros que su noble espíritu adquirió de la Bondad Suprema.

Pero ciegos siempre los hombres ante una hermosura femenil, é ilusionada la mujer por los misterios de unas impresiones que agradan al alma y no se comprenden, luchando con el temor de la ignorancia, los deseos de su tranquilidad y las impacientes ansiedades de sus goces, abusa de las fuerzas de su corazon, apaga las luces de su raciocinio, pierde la entereza de su voluntad, olvida sus deberes y destruye la irreparable joya de sus virtudes más sagradas.

Tengamos, pues, compasion de la pobre mujer cuando comete su falta primera y hágasele comprender la gravedad de su pecado; porque para los corazones no encenagados en el vicio, la condescendencia del perdon los

regenera y salva de mayores peligros, en que se hundan despues si el hombre abusa de su desgracia y mofándose de las manchas que la sociedad injustamente arroja sólo sobre el rostro de la estraviada, cree considerable la disculpa, el halago y la absolucion para su infame cómplice.

## II.

Los extravíos de la mujer son siempre consecuencia inmediata de la importancia escesiva que ella misma dá á sus gracias y encantos físicos y de las inmoderadas pretensiones que siente por agradar á los hombres, convencida de que son los atractivos más eficaces é influyentes para inspirarles amor, y de los riesgos á que espone constantemente su pudor por falta de sólidos conocimientos morales.

Con mezquinas ideas de las ternuras sublimes y dulces sentimientos de su pasión predilecta, descuida el esmero de su inteligencia y de su alma, y considerando preferente á todo el cuidado y atavío de su belleza, se arriesga á oír de los hombres frases lisonjeras que la engañan, la perturban y la seducen muchas veces sin adivinar las intenciones malévolas que encubren sus galanterías.

La sencillez natural de la mujer inesperta que desea ser halagada, presta atención á todas las frases conmovedoras que oye al hombre descubriendo su amor, cree que brotan sinceramente del fondo de su corazón, que son incapaces de contener la malicia de la mentira, y anhelante por descubrir los misterios que ilusionan torpemente su ignorancia cede en sus ternuras un lugar á las esperanzas de fidelidad, que nunca debiera concebir tan tempranas.

Entusiasmada con la repetición continua de frases exageradas, de protestas amorosas que la lisonjean, vá cerrando las facultades de su alma y escitando los senti-

dos con la seguridad de promesas de indefectible cumplimiento, que supone poder acelerar sin comprometer sus deberes, á la sombra de un secreto conocido sólo por Dios y como prueba de los sacrificios de que es capaz su corazón enamorado.

Frágil para las tentaciones, se obstina en sostenerlas; débil para las luchas, se arriesga á combatir, y abandona su cautela, olvida la santidad de su virtud ó imprudentemente abusa de la libertad de su conciencia desprendiéndose del inocente velo de su pudor, que una vez rasgado sólo deja dolores incurables y desengaños amargos y perpetuos en el corazón.

¡Pobre mujer! rodeada de ilusiones y de engaños ha prodigado indebidamente un favor inestimable que espera ver recompensado con la gratitud del hombre, ha hecho el sacrificio mayor de su vida confiada en el misterio de la reserva y reparación justa, y cree que su mérito servirá de estímulo á una fidelidad eterna que apresurará la legalidad de su pasión.

Pero pasa un día y otro día, el entusiasmo del hombre se debilita, las promesas no se cumplen, los juramentos se olvidan, las esperanzas de la mujer se alejan, la revelación del secreto vá á ser un escándalo ante su honrada familia, las quejas empiezan, las recriminaciones se suceden, la indignación se impone y sus apremiantes exigencias son las causas mismas en que su cómplice se apoya para dudar de la importancia de su sacrificio y rehuir los deberes de la reparación.

A pesar de las obstinadas porfías conque el hombre sostuvo finjidamente sus pretensiones, conocida la facilidad de su primera victoria, ya no le aconseja la ilusión, ya no le alienta el amor, ni la honradéz le obliga.

A las lágrimas de su víctima corresponde con el desdén, el insulto y el abandono, llenando de vergüenza á una mujer desdichada que confió su candidéz á la perversa astucia de un seductor infame.

Si el terrible desengaño afecta á la salud de esa jóven inesperta, si el fuego de su amor torpe se convierte en destructora fiebre que consume su vida, perturba su razon ó la lleva desesperadamente al suicidio ¿qué importa á los hombres un desastre más en la mujer?

Si poseída de temor abandona la casa de sus padres y la indiferencia de su espíritu calma sin arrepentimiento sus pesares, los gobiernos civilizados que blasonan de paternales permiten su refugio en las inmorales casas de lenocinio, donde una vez alistadas pierden para siempre su vergüenza y se instruyen en la corrupcion completa de su alma y en los desórdenes de todo género de vicios.

Difícil, sinó imposible, que pueda ya una mujer conocer sin sentir las impresiones de un amor noble que la eleve á las cumbres ilusorias de la dicha.

Mientras tanto el cobarde seductor, ufano de su impunidad, no altera su conciencia, deprime en sus juicios á toda mujer desgraciada, ofende con sus calumnias á las que no secundan sus pretensiones y con sus inmundos méritos alcanza el título escepcional de hombre conocedor del mundo, cuya miserable experiencia admite la sociedad y aplauden los nécios libertinos.

Así impera en nuestra sociedad la justicia sábia y recta de las leyes del honor y de la virtud, que confían sus derechos y defensa á merced de nuestro egoismo y de nuestros infames caprichos, en oposicion constante á los envidiables progresos de una civilizacion moral que repararía con su amparo las desgracias de la mujer ultrajada por el amor y castigaría ejemplarmente la cobarde tiranía de los viles corruptores de la mujer.

### III.

Las galanterías más ó menos finjidas del hombre no sirven solo para destruir en la mujer la castidad por me-

dio de su inesperienza, ejercen tambien su influjo en muchos casos comunes.

La mujer coqueta, ilustrada en lides de amor, que victorea sus triunfos humillando á débiles aduladores, se descuida en su sistema provocativo, no prevee que la voluptuosidad de su insidiosa inclinacion la puede comprometer ante el carácter insistente de un hombre de mundo y acaba por sucumbir á quien ella menos presumia.

Las dádivas que generosamente se le prodigan y ella ambiciona para calcular los estímulos que debe poner en juego á sus veleidosos planes, sirven de anzuelo para hacerla caer en las redes de la perdicion.

Cuando pretende desligarse de los compromisos á que la sujeta un hombre solo, ella que siempre los ha considerado á todos manejables juguetes de su capricho, se encuentra víctima de asechanzas más astutas y pérfidas que las de sus invenciones, las cuales le hacen sentir y llorar quizás por vez primera en la vida.

Su caida, más fácil y tan vulgar como otra cualquiera, se considera por los libertinos como gran hazaña y resulta ruidosa para su apetecida celebridad y presuncion.

Los estravíos de las mujeres no dimanan siempre de iguales causas, por más que les produzcan las mismas consecuencias.

El amor vehemente y apasionado influye las menos veces en su deshonra; cuando la pasion ciega al hombre y á la mujer es posible una reparacion desinteresada; pero nunca deben arriesgarse las pruebas anticipadas porque con la enmienda no se borra la sensible sombra que resalta en el corazon y suele alcanzar á sus hijos.

La venganza de una pasion contrariada lleva más allá de sus deberes á la mujer irreflexiva que no medita en la esposicion que corre por satisfacer sus agravios.

Si saborea el placer de su empeño, en vez de vengadora queda esclava de otra mayor ofensa irreparable que á sí misma se infiere.

La vanidad de ser admiradas por muchos y elegidas por varios hace desgraciadas á otras infelices, que se ilusionan ménos con la abundancia y variedad de amores que con la envidia que creen engendrar entre sus rivales.

La porfía de sus descocadas demostraciones, la veleidat de sus caprichos, en vez del entusiasmo que pretenden, producen la repugnancia aversiva á sus prodigalidades livianas, y el desprecio las coloca en la esfera ínfima de las villanas prostitutas.

Increible parece que la mujer, más pudorosa que el hombre por las condiciones misteriosas de su naturaleza misma, que no debiera conmoverse más que á impulsos de un amor más ó menos sensual, contribuya á valorar caprichosamente su honor, su libertad y sus deseos, escitando al hombre con otro género de alicientes.

Por venganza, por vanidad y por capricho es capáz una mujer de comprar ó vender su honor.

Si es rica, los beneficios que pretende nunca los adquiere de un hombre sensato; generalmente se presta á complacerla algun holgazan ó libertino que se sobrepone á su voluntad, la esclaviza á un despotismo ultrajante, la precipita en la ruina despilfarrando su fortuna y la hace llorar perpétuamente humillada y deshonrada.

Quisiera muchas veces, arrepentida de su locura, desprenderse de los lazos viles que la sujetan á un tirano, á quien llama amante á pesar de su aversión, y la cobardía y falta de amparo la retienen condenada á una vida deplorable que perpetúa la gravedad sensible de su debilidad.

Hay ejemplos frecuentes, muy desgraciados y lamentables, de mujeres que envidiosas del esplendor y fortuna en que ven á sus semejantes, y enemigas de la honradéz del trabajo, anhelan adquirir una vida regalada á costa de su reputacion y de su virtud, no dudan en sacrificar la pureza de su alma con tal de poder ir mejor vestidas, más adornadas y disfrutar de libertad absoluta para solazarse en continuas diversiones.

Dominadoras de la voluntad del hombre, le obligan á costa de dispendios costosos á cumplir todos sus deseos y facilitar todos los objetos y elementos que apetece su ambicion, porque sus placeres se concretan solo á las exterioridades y regalos de su cuerpo.

La alegría despreocupada y ruidosa que demuestran algunas mujeres livianas, no es la expansion natural del corazon satisfecho que esparce la gratitud de sus sentimientos, es la locura bacanal de la insensatez aturdida que no comprende ni sabe dar razon de la complacencia natural de sus goces.

Si en público rien y escitan la sorpresa de los que contemplan su tranquilidad aparente, en su soledad la conciencia las mortifica y desahogan en suspiros lo que nunca deja de convertirse en ayes de dolores agudos.

Hay mujeres tan desdichadas, que perseguidas por la suerte, abatidas por el infortunio, acosadas por las necesidades apremiantes de la vida, apuran todos los medios decorosos que su oscura razon les sugiere para defender con dignidad el pudor de su alma, luchan infructuosamente con el trabajo, resisten las privaciones, mendigan hasta el pan que llevan á su boca y cuando han apelado sin proteccion á todos los recursos imaginables, succumben al fin víctimas de la miseria vendiendo la joya purísima de su virtud para poder conservar sus fuerzas y sostener el aliento de sus padres.

¡Infelices! Han sufrido por no corromper su corazon, han luchado por no llegar á la ignominia, han defendido con toda la grandeza de su alma el honor de su nombre mientras fuerzas han sentido, y sin embargo la sociedad que no se ha compadecido antes de ella maldice y humilla su sacrificio sin condenar á la vez al criminal infame que no tuvo abnegacion para remediar con limosna caritativa la necesidad apremiante que facilitó el justiprecio mercenario de su deshonor.

Sin el soborno de algunos villanos y la intriga y astucia de miserables Celestinas, no se conocerían tantas víctimas por esta causa lamentable, que es la que más compasion debiera inspirar á las sociedades encargadas de la instruccion de las mujeres.

Si los hombres tuviéramos más conocimiento del corazon humano y más caridad para las desgracias de la vida, antes de cegarnos en un deseo libidinoso, no nos prestaríamos á servir de cómplices agentes en las causas diversas que destruyen el sentimiento pudoroso de la mujer.

Las vemos abatidas y abusamos de sus desgracias, las vemos libres provocándonos con sus miradas y no pensamos en la triste condicion á que se condenan perdiendo su honor.

Llorosas se conforman á nuestra voluntad, bulliciosas acaban por gozar en nuestra presencia y no adivinamos las amarguras que ocultan sus expansiones.

Locas por verse halagadas, anhelantes por usar miserables trages que no han conocido, olvidan sus pesares por un momento y sueñan en felicidades y fortunas fantásticas que jamás se realizan.

Pero allá en las soledades de su alma, cuando la reflexion aporta los recuerdos de su pasado y no puede aclarar las sombras de su porvenir, las pretensiones decaen y el gusano roedor de su conciencia les hace ver con claridad la vergüenza ignominiosa de su vida, y ante la realidad de su aislamiento lloran y quizás maldicen los favores mismos que momentos antes han codiciado.

Sin duda alguna la situacion más deplorable y funesta en que se coloca la mujer es cuando, estraviada por sus pecados, se encuentra sin el apoyo moral del hombre y sin derechos legítimos para exigirle castamente los consuelos de su amor y proteccion.

Busea en vano para rehabilitarse una mano cariñosa que con indignacion se le rehuye, pide á la sociedad un

consuelo para su arrepentimiento, y los hombres la ultrajan despues de haber marchitado su hermosura y agotado su juventud complaciendo sus criminales exigencias.

Si es sola en el mundo, sus faltas alcanzan únicamente á su corazon desdichado, y su mayor tormento es la envidia que le producen sus antiguas amigas á quienes por su discrecion y virtud vé felices desempeñar en la sociedad el papel de buenas esposas y madres.

Si es casada, la infamia de su conducta para con un hombre engañado que la elevó á la condicion distinguida de esposa no debe, no puede concederle tregua á los remordimientos de su infidelidad aunque despues disfrute en mayor apogeo el colmo de las delicias terrenales.

Si tiene hijos, en su cariño encuentra la pena más amarga de sus deslices, en la inocencia de su frente resalta toda la fealdad de su pecado, en su razon despues la acusacion mas severa y terrible de sus impurezas cuando ni aun un apellido legítimo puede darles, y sin fé ni conocimiento de su dignidad propia, no sabe levantar sus miradas al cielo implorando la clemencia divina que es la única regeneracion que en la tierra le queda.

#### IV.

Consideran algunos hombres el honor de la mujer como una frágil mercancía sujeta al valor imaginario de las seducciones, que se estima y codicia mientras conserva el brillo de su entereza, pero que una vez empañado el lustre de la novedad debe arbitrariamente arrojarse al lodazal inmundo de la ignominia.

Así ocurre que en toda edad, en todo estado y en toda posicion social esos salteadores del corazon de la mujer no omiten sacrificio ni escatiman dádivas ni lisonjas para acosarla y deshonorarla, fingiendo entusiasmo, que no son capaces de sentir, y sin cuidarse de reparar sus fal-

tas con la santidad del matrimonio que pudiera contribuir en él á una tranquilidad desconocida, estableciendo la recta conducta de su vida sedentaria.

La mujer ignorante y simple, siempre que de amor se le habla no comprende la malicia conque es perseguida por estos séres despreciables, y cuando no cae en las redes de sus pretensiones perversas queda espuesta á servir de mofa á sus burlas torpes y calumniosas.

Debiera por este motivo tan delicado é interesante ser más prudente en sus confianzas, prestar alguna preferencia más al estudio moral de los hombres que la galantean y escusarse de prodigar con exajeracion su amabilidad, toda vez que muchas aspiraciones no descubren la llaneza de la intencion.

Confia en la inesperienza del adolescente y le resulta un atolondrado calavera, cree en la formalidad del hombre maduro y tropieza con la astucia de un libertino, espera en la sensatez del viejo y cae en la sagacidad de un seductor de oficio, pretendiendo todos destruir la pureza de su corazon.

Los errores que comete en estas distracciones amorosas no son solo consecuencia de la perversidad de los hombres sinó resultados de su ignorancia, imprudencias é indiscrecion, que califica y considera el amor como otra cualquiera de las frivolidades de su vida.

Hay desgraciadamente en el dia mujeres que saben prematuramente lo que debieran ignorar, y á pesar de que disimulan á los hombres su instruccion viciosa, no quieren comprender los peligros á que están expuestas con sus adelantos y les instigan á que sondeen sus misterios.

Así hace la fatalidad tantas víctimas.

Ilusionadas, con escepciones raras, de aparentes fortunas que ven disfrutar á alguna que otra mujer estraviada, consideran más aceptable y conveniente la independencia del amor libre que el yugo de la indisoluble

union del matrimonio, y olvidando sus deberes más sagrados no temen comprometer su reputacion amancebándose con un hombre que cansado algun dia de sus favores puede dejarla abandonada á merced de corrupciones más escandalosas.

Si las enseñanzas de la mujer fueran más positivas y sólidas no comprometerían su honradéz, ni se prestaría ella á estos consorcios que la privan del respeto social y de la garantía que puedan reclamarle sus hijos, siempre víctimas inocentes de sus extravíos.

Los hombres que descendemos ya la escala de la vida, los que hemos apagado los fuegos de nuestras pasiones con más ó menos pesares sin olvidar los consejos de nuestras madres y amamos á la mujer únicamente con la amistad leal y sincera que siempre exigen nuestros consuelos de sus ternuras, creemos tener algun derecho para hablarles con la franqueza que revelan estas páginas.

No es el amor una pasion tan libre para el corazon como nos la describen nuestros sentidos y deseos; emanada de Dios, está sujeta á la pureza relativa de nuestra naturaleza, y custodiada por las leyes del honor y de la virtud debe dirigir nuestras costumbres á gozar de sus inefables satisfacciones, sin corromperlas ni degradar la elevacion de nuestra alma ni manchar nunca la inocencia de nuestros hijos.

Toda libertad desenfrenada no cabe en el corazon; todo amor que alucina exige más libertad de la que corresponde á las pasiones; y cuando se abusa del estímulo de las sensaciones, aunque al pronto manifiesta más poderío y vehemencia, sucumbe á impulso de sus excesos y desvaríos perdiendo sus más gratas virtudes en la incierta senda del extravío.

Entran las mujeres en ella sin poder conocer los peligros, sin meditar las consecuencias, sin preveer las desgracias que le sobrevienen en su ceguera y no escarmentan en los ejemplos que continuamente observan.

Van siempre lo mismo en su amor que en sus extravíos tras una gloria faláz, buscando un porvenir afortunado que al calmar las inquietudes de su pasión satisfaga las demás aspiraciones y ambiciones de su corazón, y se estrellan contra sus absurdas esperanzas ilusorias.

Si la escasa importancia de las pequeñas poblaciones en que muchas viven no les permite descubrir las amargas desdichas de las mujeres estraviadas, yo les recomiendo que no olviden que á otros centros importantes, en que la sociedad boga á impulso de sus desórdenes, afluyen cotidianamente casi todas las que no han sabido respetar su honor, buscando fortuna ó reparación; y abandonadas en aquellos mundos desconocidos se ven obligadas á entregarse á todo género de vicios, ó acaban en una miseria y desesperación deplorable que las conduce á los hospitales, á los manicomios y á los atentados criminales contra su propia vida.

Para evitarse la mujer estas funestas consecuencias, Dios la ha dotado de una claridad de raciocinio que debe instruirla en sus deberes desde la infancia, sujetando á su discreción todas las disposiciones de su vida, todas las inclinaciones de su corazón y sosteniendo la limpieza de su honor con los hábitos de su virtud que nacen del trabajo, de la educación y de las esperanzas celestiales.

Si después de sucumbir el arrepentimiento la rehabilita, que no se avergüence de sus lágrimas y sincero pesar, porque aunque tropiece con criaturas desalmadas que no quieran olvidar sus agravios, nunca faltan en la sociedad corazones bondadosos que con caridad y sana enseñanza la sabrán elevar á la altura en que el Salvador colocó á la estraviada Magdalena.

## CAPÍTULO XXXIII.

### EL LLANTO.

Las lágrimas son la sangre del alma.

San Agustin.

Si las lágrimas son efecto de la sensibilidad del corazón ¡desgraciado de aquel que no es capaz de derramarlas!  
Jovellanos.

#### I.

Las lágrimas son la primera espresion de nuestra vida y el desahogo natural de las ternuras del alma.

Ellas, al nacer el hombre, cambian los dolores agudos de la madre en una inefable alegría que fatalmente confirma la posesion de la triste herencia que se adquiere con la luz del mundo, y empieza con las asperezas de las sensaciones para terminar con nuestro último suspiro.

Nada puede concebir la razon todavía, nada pueden espresar los sentidos ni aún la voz de nuestra naturaleza, y ya brotan del corazón los sentimientos que salen á nuestros ojos haciéndonos derramar la abundante sávia de los pesares que nos esperan.

Misteriosa y triste es la condicion de la humanidad condenada á sufrir y á llorar siempre, aun cuando no podamos dar cuenta de la índole de nuestras acciones.

Verdad es que transitamos por un valle de lágrimas, y los consuelos que á nuestro paso encontramos son tan deleznales como el tiempo que en él permanecemos.

Nuestros primeros deseos y necesidades destruirían desesperadamente nuestra vida si el recurso del llanto no sirviera para conmover el amor de nuestra madre que con solicitud incomparable lo interpreta y enjuga.

Sus consuelos son la primera luz de la débil vida nuestra, pero necesitamos llorar mucho para saber apreciarlos.

Sólo cuando la razon comprende el mérito y la influencia de nuestras lágrimas las economiza y reserva para espresar más tarde las angustias amargas del corazón.

La ignorancia que tenemos de nuestra condicion y destino, nos hace olvidar pasajeramente la importancia que tiene el llanto, desde el momento en que la variedad de los pensamientos concede diversa índole á las cosas que nos rodean, y alentados por las novedades ilusorias que en la vida descubrimos pretendemos conseguir una felicidad que necesita el alma para su descanso, pero que vanamente se busca en la tierra.

El aturdimiento natural de aquella edad en que la inocencia confunde á la vez las alegrías y los pesares, nos hace creer encontrar esa felicidad en el laberinto de nuestros juegos y en el regazo de nuestra madre, mirando con indiferencia el porvenir sombrío que para nuestra vida nos tiene preparado la suerte.

De este estado, quizás el único relativamente feliz de la existencia, salimos entusiasmados y dispuestos á sofocar las penas de la vida con la embriaguéz de las pasiones, los atractivos de sus goces y el poderío de nuestra naturaleza.

Pero ¡ay! con cuánto engaño cambiamos de tiempo, de pensamientos y de disposiciones!

Cada pasión halagadora nos adormece; cada placer nuevo nos extasia; y aturridos por las seducciones de la

juventud despreciamos con más indiferencia aún el porvenir que nos separa de la felicidad soñada, porque las pasiones y los placeres nos ocasionan también lágrimas dolorosas que no se consuelan tan fácilmente como en la infancia.

Las fuerzas propias en que á esa edad confiamos sobreponernos nos fatigan; los placeres nos desencantan de sus goces; el torbellino de las pasiones se calma al amparo de un amor tranquilo que nos entrega á ilusiones nuevas y supone encontrar la felicidad real y positiva en sus encantos.

Mas ¡ay! el amor hiere el corazón más hondamente que las otras expansiones del alma, y sus dulzuras y bondades, que no son sinó ilusiones de diverso carácter, escaldan los ojos é inundan las mejillas con mayor amargura cuando las infidelidades y desencantos desimpresionan el entusiasmo de sus esperanzas efímeras.

Y sin guía, saber ni experiencia, debilitados y cansados por todos los desengaños adquiridos, llegamos á la vejez creídos de encontrar la felicidad en el descanso de nuestros últimos días, cuando apenas nos queda tiempo ya para atender y cuidar de nuestros achaques físicos y morales, que aumentan los pesares de la vida con lágrimas inconsolables.

Triste y congojosa es la condicion humana condenada á no ver jamás cumplidos sus deseos y sus aspiraciones.

Menos mal si el escepticismo no destruye los únicos consuelos que nos quedan y no perdemos la fé de nuestra inmortalidad ni las esperanzas de otra vida más feliz, porque en ella es únicamente donde el espíritu descansa y se encuentran las dichas que constantemente anhelamos en el mundo.

La moral cristiana, que todo lo profundiza, ha analizado la bondad de nuestro llanto y nos lo dice: *bienaventurados los que lloran.*

Feliz, pues, la criatura que sepa y pueda llorar; desdichada la que se avergüenza de este consuelo ó no sabe comprender el valor de una lágrima por no poderla arrancar de su duro corazon.

## II.

A pesar de que las lágrimas que asoman á nuestros ojos revelan en el alma un caudal riquísimo de sentimiento y de ternura, parece como que el hombre las considera impropias de su carácter, y cuando corren por sus mejillas se avergüenza ó se cree atormentado por la debilidad de su corazon.

Si algunos hombres las desprecian, é indignados ven en ellas solo el abatimiento de su altivéz y orgullo, es porque ni aún saben comprenderlas y las declaran consuelo natural y propio de mujeres.

El espíritu, por muy fuerte que sea, debe conocer que sin sentimiento ni bondades no hay dignidad posible; y el mejor valor es aquel que se robustece con los sufrimientos y sabe y puede conservar inalterable el aliento de su ánimo con la expansion de sus propias lágrimas.

De ellas nace la resignacion conque se reportan las adversidades; á ellas contribuye la abnegacion conque se arrostran los sacrificios, y en medio de los rigores del infortunio son los consuelos poderosos que nos salvan de la desesperacion.

Ellas descubren las esperanzas que anhela nuestro pecho, las alegrías que más nos deleitan, los sentimientos que más nos agobian y aún las amarguras que indignan nuestra ira, engendran el ódio y nos empujan á la venganza.

No hablamos de esas lágrimas que con facilidad riegan las mejillas de los séres pusilánimes y que con más facilidad prodigan las mujeres que saben falsificarlas,

porque estas son solo gotas de agua que se forman en los ojos á impulso de la hipocresía, oscilan en las pestañas y se secan sin conmover el corazón ni dejar impresion en el semblante.

Hablamos de esas dulzuras suaves que nos electrizan y consuelan y de esas abrasadoras impresiones que rompen los diques del pecho, le inundan, afluyen contra nuestra voluntad á los ojos y descubren los secretos del alma.

Si queremos averiguar los misterios que la mujer nos oculta en sus confianzas, no atendamos cuando llora á la espresion vocal de sus palabras, porque casi siempre nos reserva sus pensamientos más íntimos y dice parcialmente lo que le conviene ó apetece.

Si tenemos el privilegio de leer en las manifestaciones de sus ojos lo que su pensamiento no se atreve á revelar, lo que su boca no dice, en cada lágrima á que se les oblique interpretaremos la sinceridad natural de sus sentimientos.

No por esto juzgo conveniente que en ningun caso el hombre haga llorar á la mujer, porque las manchas que afectan á su hermosura han de resaltar más en la cobardía infame del tirano que se complace en hacerla sufrir.

Pero si distraidos veis á una mujer que absorbe sus pensamientos en vuestra presencia, balbuciente contesta á vuestras preguntas, sonrojada evita vuestras miradas, alternativamente os contempla con respeto y modestia y oprimiendo su corazón una lágrima imprudente asoma inadvertida á sus ojos, no dudeis de esa mujer que sabrá amaros con sinceridad y pureza mejor que aquellas que esciten vuestra galantería con sus exagerados estímulos.

Si sabeis que en vuestra ausencia, y allá en su soledad, ha sido sorprendida secando con su pañuelo una lágrima incomprensible, no dudeis de ella, porque la fidelidad de su amor la arrancó de su corazón alentando la ilusion de sus esperanzas.

Si estas las considera lejanas y una agradable sorpresa las realiza, respetad la fé de su alma y el entusiasmo de su emocion que no puede espresarlo más que con sus agradecidas lágrimas abrasadoras.

¡Felíz el amor cuando tiene la virtud de descubrir con lágrimas sus mejores ternuras y llega á la realidad de sus goces con la inocencia esclusiva de estas expansiones!

¡Dichosa felicidad la que se adquiere á costa de lágrimas de gratitud y embellece sus inocentes esperanzas!

La mujer que así ama, siente y sabe amar con pasion sincera.

Ella perpetuará con su candor las delicias de su esposo.

El hombre que no sabe venerar este amor no puede elevarse del terreno mezquino de las sensaciones, y solo le conmueven las coqueterías exajeradas de los cálculos interesados ó de las voluptuosidades escitantes.

Nunca interesa al alma la hermosura de la mujer como cuando el llanto que nace del corazon la realza.

Parece como que su graciosa majestad nos electriza y pretende elevarnos á otras trasformaciones sucesivas.

La espresion de su semblante inspira pensamientos nobles á la inteligencia, las simpatías armonizan aún sin conocerse, el pudor se venera, la contemplacion nos conmueve, la confianza fraterniza y el consuelo digno y santo brota de nuestro corazon para disipar sus tristezas.

Si esa mujer pretende disimular sus pesares, nuestro interés aumenta, nuestra solicitud nos alienta á descubrirlos, sus desconocidas penas nos atormentan y la compasion engendra una inclinacion irresistible que, sin ser amor, nos granjea su amistad desinteresada.

Los dolores del corazon son los más puros lazos que ligan las almas gemelas y los únicos que pueden salvarlas del naufragio de la perdicion.

Pero para que así suceda es menester que el hombre,

cualquiera sea el estado de su vida, haya aprendido en las doctrinas de la desgracia á amar, á sufrir y á llorar, y comprenda el valor importante que las lágrimas tienen cuando asoman á los ojos de una mujer virtuosa.

Porque si el positivismo las considera condimento del egoísmo, de la malicia y de la hipocresía, sus estudios inutilmente han de afectar á un corazón marchitado por la indiferencia y la duda ó seco por el naturalismo.

No se puede distinguir á través de estas pobres apreciaciones el valor real del llanto ni su magnética influencia, pues se atribuyen á las facilidades del olvido los consuelos que nacen del alma.

¿Qué misterio encierra para el corazón endurecido por vulgares pasiones la interpretación consoladora que la mujer dá al llanto de su tierno hijo?

¿Qué resignación santa pudieran revelar las lágrimas de la madre, cuando esclava de su amor lo contempla abandonado por un padre cruel, ó víctima de una enfermedad con que pretende la muerte arrebatárselo de sus brazos?

¿Qué ilusiones se interpretarían de esas soledades angustiosas, en que fija la vista en el horizonte afluyen los recuerdos más gratos en el corazón al amparo de deseos castos y sublimes consuelos?

Y las esperanzas incomparables que se adquieren llorando tranquilamente sobre el sepulcro de los padres queridos, de los esposos amados, de los hijos que se llevaron los pedazos de nuestro corazón, ¿qué serían si el pecho no pudiera desahogar sus ternuras con su abundante llanto?

Cruel desesperación se apoderaría de nuestra alma desde el momento que considerásemos ineficaces nuestras lágrimas y solo viésemos en ellas una expresión material de nuestra naturaleza.

Los que os burláis de la sencillez de los corazones, los

que dudais de la buena fé de las mujeres y no las veis aptas más que para vuestros goces, respetad sus lágrimas ya que no tienen influencia vuestras aduladoras palabras y alegres distracciones para consolarlas de muchas de sus penas.

Sinó comprendéis el valor de los dolores y de los sufrimientos del alma y pasais indiferentes por el lado de una mujer que llora sin explicar la causa, llamad la reflexion al silencio por un momento, no os burleis de su llanto, consoladlo por caridad, si otro móvil no os obliga; y al evaporarse sus puras gotas, Dios las esparcirá de nuevo sobre vuestro propio corazon convertidas en rocío de regeneracion santa.

¡Benditas sean las lágrimas sencillas de los corazones atribulados que influyen hasta en el realce de esa virtud, y se interpretan por Dios como las oraciones más puras y sublimes que á su presencia eleva el corazón humano!

### III.

Un proverbio castellano, tan vulgar como la interpretacion que de él hacemos los hombres, dice: *En lágrimas de mujer y cojera de perro no hay que creer.*

Lo cual supone que el llanto de las mujeres es una habilidad ingeniosa que adquieren para encubrir sus intenciones y un recurso para disimular sus engaños.

Poderosa es siempre la influencia del llanto de una mujer, porque directamente afecta á nuestro ánimo, absorbe nuestra atencion, domina la voluntad y obliga á cambiar de resolucion nuestro criterio.

Pero la naturaleza misma de los sentimientos, la torpeza que embarga el raciocinio, la dificultad que estorba las palabras, la expresion que el semblante adquiere, la opresion del pecho, el ahogo de la garganta, las agitaciones trémulas del corazon, descubren involuntariamente

no solo la importancia del llanto sinó la sinceridad y la indole de sus veraces ó falsas indicaciones.

Ficticias serán las lágrimas de la veleidosa é infiel mujer que se burla de nuestro amor, acariciándonos con sus gotas inmundas para esplotar nuestro corazon; pero esta espresion, aunque enrojece los ojos, no inspira tristeza real al semblante ni marchita las mejillas, las mancha tan solo, y cuando alguna esperiencia y perspicacia hay en el hombre, fácilmente se conoce la calidad del humor que destila la hipocresía.

Si las mujeres coquetas tienen aprendido el llanto del cocodrilo para apresar incautamente á sus admiradores, la discrecion puede descubrir bien la fuente de donde dimanen sus lágrimas, porque el surco que hacen no filtra la epidermis, ni alcanza á penetrar en nuestro interior.

Aunque el despecho provoque el llanto de esas mujeres, desconfiemos de sus lágrimas acerbadas como de las que filtran los celos, porque si nos salpican á impulso de sus iras pueden convertirnos en víctimas de sus miserables venganzas.

Las lágrimas que de un amor sincero brotan y las que despiden un dolor verdadero tienen el privilegio de ir acompañadas del candor que conserva el alma, adquirir su ardimiento al contacto que el pudor imprime en las mejillas, y las dulzuras que esparcen sus vapores influyen tanto en el desahogo de los pesares que, arrebatando nuestros afectos, crean un goce inesplicable en su abundancia, de la cual obtienen sus mejores consuelos.

Dichosas las mujeres que no olvidan nunca esta manera de llorar sencilla, porque las lágrimas de la inocencia son las que más conmueven, más entusiasman á los hombres y las que purifican la pasión, embelleciendo la gratitud que inspiran.

Con razón se dice que el corazón que no sabe llorar no puede amar.

Ni sabe qué es amor tampoco el alma que repleta de ternura, de gratitud y de entusiasmo no tiene pasión para destilar su sangre á nuestra vista.

Aunque las alegrías cuando no caben en el corazón resaltan al semblante y reconcentran en el deleite nuestros pensamientos más puros hasta el punto de no poder expresarlos más que con lágrimas de gratitud, el abuso de este placer inmenso es temible por el exceso á que puede conducirnos la exaltación de nuestras impresiones.

No son los consuelos los que modifican en este caso el estado del corazón, porque lo debilitan; es la embriaguez del goce la que promueve, escita y hasta pone en peligro de perturbación á la inteligencia.

Las lágrimas de mujer que más debieran conmover á los hombres respetándolas, pero que desgraciadamente resultan las de menos aprecio, son esas suplicantes expresiones de que se vale la infeliz acosada por la seducción y el libertinaje para defender su honra.

Con ellas demuestra el último respeto que tributa á su virtud, la compasión que debiera inspirarnos su debilidad, los temores que abriga su ignorancia, la vergüenza con que defiende su pudor, la fidelidad que en vano quiere arrancar de la honradéz de un falsario.

Pero así como las lágrimas de nuestras alegrías comprometen la razón y nos arrastran tras el abuso del deleite, las lágrimas de la víctima que se destina al sacrificio de los caprichos del hombre ciegan su conciencia, endurecen su sensibilidad y suplen con el engaño los consuelos que en su peligro debieran salvarla.

Verdad es que cuando á este estado se llega es porque el hombre no considera á las mujeres más que como planíderas hipócritas que pretenden alucinarnos con los encantos de sus lágrimas.

¿Qué es para su audacia arrancar la honra de una infeliz á costa de un pesar irreparable?

¿Qué importan los dolores y la vergüenza que los remordimientos dejan siempre en el corazón abandonado si han servido para satisfacer el criminal capricho de un momento?

¡Desgraciado el hombre que no comprende las amarguras que cuestan á la mujer estas lágrimas, y se burla de ellas!

¡Más desgraciados aún los que contribuyen á sus desgracias y no las consuelan!

#### IV.

Los sentimientos del corazón espresan mejor su importancia por el llanto que hacen afluir á nuestros ojos.

Y el llanto más noble y digno es el que promueven el dolor y el arrepentimiento.

Ante las luchas fatales de nuestros infortunios y de nuestros desvarios, el corazón estallaría mil veces en la soledad en que se coloca, si á la persistencia de nuestra suerte ó á los errores de nuestras acciones no tuviésemos en nosotros mismos un consuelo reparador que nos fortaleciese y alentase en esta peregrinación forzada que llamamos vida.

Absortos en la variedad de sus falaces encantos no prevenemos las necesidades apremiantes, los dolores y las miserias que nos rodean y persiguen.

Si en posición desahogada oímos hablar de las desgracias que la sociedad oculta las creemos exajeradas, y solo conoceríamos su verdadera importancia si cuidásemos de estudiarlas.

Creemos ser virtuosos porque la Providencia nos favorece, vivimos tranquilos porque nuestros deseos se satisfacen á medida y gusto de nuestra voluntad y nos creemos felices mientras el porvenir nos sonríe.

Pero ¡ay! si al menos siguiendo la alegre senda de

nuestra suerte nos paráramos cada vez que oímos un lamento, si nos detuvieran los quejidos del que sufre, si nos conmovieran las lágrimas del que llora, de cuán diversa manera habríamos de apreciar las condiciones de nuestro egoísmo.

Entonces veríamos á seres desvalidos que desde la infancia tienen la inteligencia entumecida y el corazón escaldado por tanto llorar perseguidos por la fatalidad y abrumados siempre por su infortunio.

Huérfanos que lloran las desgracias de sus padres, el abandono en que quedan por su falta de amor y de virtud y el desamparo en que tienen que seguir toda su carrera para terminarla con el vicio ó el crimen.

Jóvenes que apelan á los sacrificios de trabajos rudos é improductivos y al abuso de su honra para ofrecer á sus padres un pedazo de pan regado con sus propias lágrimas y sazonado con dolores amargos.

Mujeres que perpétuamente lloran la vergüenza con que marchitaron la hermosura que otras veces encarecimos en ellas como un don de la fortuna.

Hombres que sufren en silencio los desengaños de sus torpezas y las contrariedades del destino.

Ancianos que agobiados por sus años, sus enfermedades y sus penas imploran alguna clemencia al cielo para el fin de sus días.

Seres infelices, todos esclavos de la miseria y del sufrimiento, que se quejan, padecen con resignación y lloran.

Modelos de virtud envidiable que miramos en la sociedad con desprecio porque tienen espíritus heroicos y saben soportar los rigores de su destino.

Y ante tantos lamentos, los hombres á pesar de nuestra ilustración, engolfados en nuestros negocios, distraídos en nuestros placeres, ciegos por el escepticismo, no tenemos otra reparación que la indiferencia para simbolizar sarcásticamente la supremacía de nuestro orgullo y aparente felicidad.

Porque la fortuna y el bienestar son dones ficticios que tambien hacen llorar, aunque á esa altura el llanto pareciera vergonzoso y se ahogue en el pecho sin dejarle salir á nuestros ojos.

La mujer, con menos instruccion que los hombres pero con más fé en el alma y más ternura, nunca carece de compasion para los desgraciados que á su alrededor sufren y lloran.

En estos tristes ejemplos efectúa los estudios que nuestra vanidad le niega, y al amparo de su amor y sublimes inclinaciones está siempre propicia á prodigar los consuelos de la caridad, dejándonos vencidos con sus bondades.

Si así siente quien no sabe explicar lo que siente, si así penetra en los misterios de la desgracia la criatura que no sabe definirla y solo se guía por los impulsos de su nobleza y por las ternuras que la conmueven ¿cuánto no valdría el corazón de la mujer ilustrada y educada con arreglo á su capacidad, á su posición y á su destino en la tierra?

Cuántas lágrimas les evitaríamos en la vida y nos evitarían ellas á la vez si conocieran bien sus deberes, su misión y la importancia de la dignidad.

Los peligros en que caen perseguidas por nuestras seducciones, serían con anticipación conocidos y salvados oportunamente con el heroísmo y fuerzas propias de la virtud.

El abandono en que el error ó la desgracia las coloca no les produciría las tardías lágrimas de arrepentimiento que arrancan de sus desengaños.

La orfandad que tanto les acobarda obtendría inapreciables consuelos en la santidad de la honradéz y del trabajo, y no vivirían espuestas á nuestros ultrajes y á nuestras miserables estimaciones.

Educación, pues, para las mujeres si queremos amar-

las cual ellas pueden valer, no cual nuestros ojos estiman su destructible hermosura ni cual nuestras libres costumbres las hacen.

Educacion para evitarnos los males que su ignorancia nos produce.

Enseñanza para su corazon y para su inteligencia.

Luz y saber para su amor y su virtud.

Estos son los mayores elementos conque podremos contribuir á su felicidad.

Los que crean ineficaces estas doctrinas, que no olviden la discrecion y la virtud respetable de nuestras madres, á cuyo amor debemos los hombres las mejores cualidades que nos distinguen en la sociedad.

Los que teneis hijas no confiéis en vuestra vigilancia si queda oscura la inteligencia de la mujer y se pretende dar libertad al corazon.

Porque de esta manera aprenderán en su oscurantismo lo que vosotros deseais que ignoren y servirán de rémora siempre á los progresos de nuestra civilizacion moral, cuando por su condicion y la de nuestros adelantos están llamadas á desempeñar dignamente el importante papel de ángeles regeneradores de la humanidad.

## EPÍLOGO.

Mis queridos hijos: Si del conjunto desordenado de virtudes y vicios, de pasiones y afectos que caracterizan los accidentes diversos de la vida personal y social de la mujer, descritos torpe y confusamente en las páginas de este libro, habeis conseguido aprovechar el conocimiento de las cualidades preferentes que debe el hombre buscar en la eleccion de compañera, y la sinceridad de mis intenciones para mejorar su condicion y remediar los males sociales queda para siempre grabada en vuestra alma, el resultado, aunque otra estimacion el público no crea dable conceder á mis pensamientos, me dejará gratamente satisfecho.

Por la lectura de mi obra habeis distinguido la oposicion radical que las diversas escuelas de educacion pueden descubrir en las cualidades de la mujer y el desfavorable concepto que comunmente merece á algunos hombres, que solo ven en ella la confirmacion de sus erróneas y sensuales apreciaciones.

Sabeis que el positivismo no califica á la mujer más que como un sér de condicion inferior al hombre; la considera privada del talento necesario para concederle más derechos que los de esposa y madre, segun la naturaleza; inepta para sostener su dignidad á la altura que los progresos de la civilizacion tienen el deber de colocarla, é indigna de desempeñar en la tierra otro destino que el de la procreacion y nutricion de la especie.

Con estos conceptos absurdos los hombres, que en su ciego orgullo á tanta altura intentan elevarse deprimiendo á la mujer, abandonan su instruccion, le niegan las facultades para ilustrarse, y dejándola confundida entre sus pasiones defectuosas y viciosas descuidan su educacion que es y será siempre la base y el fomento de nuestra cultura y de nuestra civilizacion.

Del sistema inconveniente de estas doctrinas deducen ellas que la mala fé nos guia á todos los hombres en nuestras apreciaciones, que tenemos interés en sostener su ignorancia como necesaria para no disminuir nuestros derechos autoritarios y para no restringir la libertad desenfrenada de nuestras pasiones y de nuestras inclinaciones.

¡Ingratas! ¿han olvidado acaso las mujeres que aunque las leyes divinas y humanás han concedido la supremacía de la autoridad al hombre, consentimos que ellas nos esclavicen siempre que quieran con el dominador influjo de su ternura?

El hombre y la mujer, segun la materia, son de complecion distinta y destinados por la Sabiduría infinita á los fines determinados para secundar los de la naturaleza; pero, sin embargo, no es el cuerpo únicamente lo que constituye el sér de la criatura, sinó el alma en quien estriban los principios vitales de nuestra inmortalidad.

Y el alma es de igual sustancia en el hombre que en la mujer, dotada está de las mismas facultades, destinada al mismo fin imperecedero, y obligada á los mismos deberes para no corromper su condicion distinguida.

Si el hombre comprende perfectamente la necesidad de su propia instruccion para perfeccionar su alma y la estima indispensable para sus venturas y aspiraciones, ¿con qué derecho queremos absorver toda la luz de la vida dejando á oscuras la inteligencia sagáz é impresionable de la mujer?

El idealismo, resultado de la efervescencia de nuestras

pasiones y de la exaltacion de nuestros sentimientos, eleva por el contrario la condicion de la mujer á las esferas de la fantasia, considerándola digna de nuestra idolatría y base casi esclusiva de nuestra felicidad.

Así sigue su carrera engreida y perturbada por los vapores de la adulacion, siempre lisonjeada por los desvaríos de la vanidad.

Así seguimos tambien los hombres en pos de ellas, locos por el delirio de un entusiasmo que ciega el criterio y destruye la conciencia.

Solo cuando el amor ofusca nuestro raciocinio y domina á su manera el corazon se permite el hombre sostener estas creencias exajeradas, que le impiden descubrir ningun defecto físico ni moral de los muchos que desgraciadamente la mujer manifiesta á través de su educacion defectuosa.

Diversos males deplora el hombre por culpa de la mujer; muchas felicidades debe á la que sabe siempre sostener su amor á la altura de la delicadeza de sus sentimientos.

Y unos y otras solamente se derivan del carácter que se imprime desde la infancia á los deberes de la conciencia y á las inclinaciones del corazon.

La idea que ha dirigido mis intenciones nace de la compasion que me inspiran muchas mujeres, dotadas por la naturaleza de perfecciones físicas y de encantos admirables, que aunque seducen nuestros sentidos nada en absoluto dicen al corazon, y dejan al hombre sumido en su egoismo indiferente, si equivocadamente no se constituyen en causa irreparable de sus desgracias perpétuas.

A evitaros estas en lo posible, hijos míos, tiende el objeto de mi escrito; y si con la publicacion de mis pensamientos consigo llevar alguna luz á otras inteligencias necesitadas, ¿para qué solicitar mayor recompensa?

Quiera el cielo que principalmente vosotros nunca olvideis mis buenos propósitos, y recompensareis con vues-

tra estimacion las dignas censuras conque el público tiene derecho á juzgar la escaséz de mérito en estas páginas.

Probable es que me sea imposible acompañaros siempre en los accidentes de vuestro porvenir y no pueda daros de viva voz el siguiente consejo que, cual aquí estampo, pretendo grabeis en vuestro corazon sirviendoos de apoyo constante para vuestra felicidad en la tierra.

Deseo que os esmereis mucho en la mujer que elijais para compañera vuestra, y que no os encapricheis funestamente con alguna de las vulgaridades que tanto abundan en la sociedad moderna.

Yo quisiera para vosotros la mejor mujer de todas las mujeres.

¿Dudais encontrar una que atesore condiciones tan especiales para perpetuar vuestra felicidad doméstica?

¿Creeis que no existen con tan completas cualidades, despues de haberos dado á conocer los defectos que abundan en algunos pobres corazones?

Reflexionad con calma, que sí las hay; y únicamente aquellas que reunan todas las exigencias que reclamo en mis páginas, son las que podrán llenar de consuelos y de alegrías la vida de los hombres.

¿Quereis conocer los pergaminos que conservan y acreditan mejor la limpieza del linaje?

LOS DE LA EDUCACION.

¿Quereis distinguir en dónde se reunen la belleza, las gracias y las riquezas, sin que nada del mundo las altere, las corrompa ni las disipe?

EN LA VIRTUD.

FIN.



## ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
CARTA PRÓLOGO. . . . .	VII
INTRODUCCION. . . . .	1
CAPITULO I.—La Educacion. . . . .	11
CAPITULO II.—La Ilustracion. . . . .	25
CAPITULO III.—La Modestia. . . . .	37
CAPITULO IV.—La Virtud. . . . .	47
CAPITULO V.—La Amistad. . . . .	57
CAPITULO VI.—El Amor. . . . .	69
CAPITULO VII.—El Matrimonio. . . . .	93
CAPITULO VIII.—La Maternidad. . . . .	113
CAPITULO IX.—La Viudéz. . . . .	125
CAPITULO X.—La Familia. . . . .	135
CAPITULO XI.—La Religiosidad. . . . .	145
CAPITULO XII.—La Vocacion religiosa. . . . .	159
CAPITULO XIII.—La Caridad. . . . .	171
CAPITULO XIV.—La Castidad. . . . .	181
CAPITULO XV.—La Curiosidad. . . . .	197
CAPITULO XVI.—La Debilidad. . . . .	209
CAPITULO XVII.—La Hermosura. . . . .	219
CAPITULO XVIII.—La Coquetería. . . . .	233
CAPITULO XIX.—Las Tristezas. . . . .	245
CAPITULO XX.—Las Diversiones. . . . .	253
CAPITULO XXI.—La Moda. . . . .	271
CAPITULO XXII.—La Frivolidad. . . . .	283

CAPITULO XXIII.—La Mentira.. . . .	293
CAPITULO XXIV.—La Vanidad. . . . .	305
CAPITULO XXV.—El Orgullo. . . . .	319
CAPITULO XXVI.—La Envidia.. . . .	331
CAPITULO XXVII.—La Ingratitud. . . . .	345
CAPITULO XXVIII.—La Edad. . . . .	357
CAPITULO XXIX.—El Talento.. . . .	367
CAPITULO XXX.—El Trabajo. . . . .	385
CAPITULO XXXI.—La Posicion social. . . . .	397
CAPITULO XXXII.—Los Estravíos. . . . .	411
CAPITULO XXXIII.—El Llanto. . . . .	425
EPÍLOGO. . . . .	439



## ERRATAS.

<u>Pág.<sup>a</sup></u>	<u>Linea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
XIII	21	ligera	ligereza
XIV	14	abstractas	abstractas
172	17	pertenece	pertenecen
401	21	las	los
404	20	aconseja	aconsejan
419	31	ella	ellas







